

M A R I A F L O R A Y A Ñ E Z

**HISTORIA
DE MI VIDA**

E D I T O R I A L N A S C I M E N T O

OBRAS DE LA AUTORA

EL ABRAZO DE LA TIERRA	(Novela) 1933
MUNDO EN SOMBRA	(Novela) 1935
ESPEJO SIN IMAGEN	(Novela) 1936
LAS CENIZAS Dos ediciones	(Novela) 1942-1948
EL ESTANQUE Cuatro ediciones	(Cuentos) 1947-1960
VISIONES DE INFANCIA Seis ediciones	(Memorias) 1963-1971
LA PIEDRA	(Premio Municipal de Novela) 1952
JUAN ESTRELLA Dos ediciones	(Cuentos) 1954-1970
ANTOLOGIA DEL CUENTO CHILENO	1958-1971
EL TRIGO Y EL VINO	(Novela) 1962
EL ULTIMO FARO	(Novela) 1968
EL PELDAÑO	(Novela) 1974

M A R I A F L O R A Y A Ñ E Z

Historia de mi Vida

FRAGMENTOS

Seguido de un ensayo crítico

de

CARLOS DROGUETT

sobre la personalidad de la autora

EDITORIAL NASCIMENTO
SANTIAGO 1980 CHILE

27227

Inscrp. N° 52.191

N° 3937

Tiraje 1.500 ejemplares
Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento S. A.
— Arturo Prat 1428 —
Santiago de Chile, 1980

*“Inexorablemente, inmóvil, el pasado tiene
la forma de una divinidad...”*

BARBUSSE

PROLOGO

Estas memorias muy subjetivas —cosa rara en América muy corriente en Europa— pueden ser o un documento lleno de amarga ceniza o un cántico a la vida. Contienen la sinceridad de quien anhela entregar su alma sin reservas, prescindiendo del respeto humano que, a menudo, al amarrar los brazos del artista, resta valor y calidad a la creación.

Quiero además, decir a mis lectores, que olviden que soy yo, María Flora Yáñez, a la que muchos conocen de nombre, de vista o personalmente, la que escribe este libro y únicamente piensen que se trata de un ser humano que les cuenta su vida, con sus grandes pesares y también con una dosis de felicidad: sol y bruma.

En fin, este libro contiene las impresiones de una mujer que recogió mucho en su camino y que ahora desea, no entretener a aquellos que la lean, sino acercarse a ellos y crear un lazo espiritual. El público suele ser implacable con sus contemporáneos. No importa. Sólo el tiempo colocará la

obra en su sitio. De eso se trata: matar prejuicios, tener valor e intentar que el fruto que se entrega contenga la esencia íntima del autor, algo de su entraña y de su sangre.

He terminado recién estas memorias, y, si aún vivo cuando aparezcan, será ya por poco tiempo. Si he muerto ¡tanto mejor! podrán juzgarlas con mayor imparcialidad.

Doy, pues, sin temor mi obra postrera que queda como un testamento de una ya larga carrera literaria.

María Flora Yáñez

PRESENCIA Y ACTUALIDAD DE ELIODORO YAÑEZ

Su nombre pertenece ya a la historia. Es difícil para mí describir su prismática personalidad que, durante años, plasmó la vida política de Chile y fue luz dentro del foro, de la vida pública y del periodismo. Es difícil mostrarla en toda su integridad creadora que descolló en el país en una ardua lucha que sólo debía terminar con su muerte. Lo que pueda yo decir no dará sino una débil idea del hombre multi-forme que fue, pleno de sabiduría, de armoniosa serenidad que, como un alquimista del siglo XIII, atravesó la existencia absorto en la gran obra que concebía, solitario en su cumbre y henchido de amor a su patria y a sus semejantes.

En una vasta quinta que poseían sus padres dentro del barrio humilde y triste de la Chimba, vino a la tierra. Era el penúltimo de siete hermanos, todos de claros ojos, piel mate y cabellos castaños. A los tres años de edad perdió a su padre y su infancia transcurrió apacible entre sus hermanos y su madre, doña Josefa Ponce de León. Pero una tarde, doña Josefa cerró los ojos para siempre.

Todo cambió desde entonces: la situación holgada pasó a ser crítica porque el hermano mayor se declaró mayorazgo y acaparó para sí la modesta herencia, dejando a los otros en la miseria. Eliodoro tenía catorce años. Junto a su hermano algunos años mayor, Luis Fidel, su único amigo, seguía sus estudios en el Instituto Nacional y diariamente, ambos hacían a pie el largo trayecto, sin abrigo en invierno, soportando el frío y la lluvia. Don Crescente Errázuriz, profesor de Derecho Canónico en el Instituto, decía de él en aquel entonces: —“De mis alumnos, Eliodoro Yáñez es el más inteligente, el más apuesto y el más pobre”. Un día explicaba a sus alumnos lo que es un manto talar. Papá llevaba aquel día de pleno invierno el viejo sobretodo de su hermano Elías que le quedaba ancho y largo, haciéndole una figura divertida. —“¿Quieren saber de un modo gráfico lo que es un manto talar? preguntó don Crescente a sus alumnos. —Yáñez, venga aquí, acérquese”. Y mostrándolo bajo el enorme sobretodo, agregó: —“Un manto talar, aquí lo tienen”.

Durante las noches, a la luz mortecina de una vela de cera, Eliodoro leía hasta el alba, sumergiéndose con pasión en el mundo de la antigüedad. Grecia y Roma pasaron a ser un refugio dentro de la áspera realidad de la vida. Pero, la inquietud de un porvenir incierto velaba todos los rostros. Eliodoro había terminado sus humanidades y decidió ser abogado. Estudiaba sin tregua: códigos en el día; durante las noches, Virgilio y también Macaulay, de quien era devoto.

Un día, acababa de cumplir dieciocho años, comprendió cuán injusta era la situación a que estaban condenados y el atropello de que habían sido víctimas. Reunió a la familia en el salón desmantelado para comunicarles que él, el menor

de los hermanos, había decidido hacer de jefe y consultar al abogado más notable de la época, don Marcial Martínez, para entablar pleito a aquel que los despojaba de lo que por derecho les pertenecía. Adolescente, luchaba ya contra los hombres y contra la pobreza; adolescente, sostenía una pesada carga sobre los hombros —“¿Y con qué le pagamos? alegaron los otros. —Me dará crédito, he sido su alumno y me estima”. Así se hizo. El pleito se ganó y pudieron seguir subsistiendo.

El formó, pues, su propia dinastía. De figura delgada y frágil, su rostro era excesivamente pálido y en él brillaban los ojos verde mar, acerados, un poco fríos, que parecían traspasar a los seres. La situación era siempre precaria. Los hermanos se habían dispersado. Eliodoro terminó su brillante memoria de abogado, pero pasó un largo año sin poder recibirse por carecer de medios para pagar los derechos del título. Había que resignarse, había que aprender a esperar. Dura prueba porque su fuerza creadora crepitaba dentro de él, pidiendo actuar y porque, entretanto, por medio de esfuerzos silenciosos, había que ganar el sustento diario. Al fin su hermano Elías, que era capitán de ejército destacado en Iquique (más tarde el General Yáñez) le envió la suma necesaria para adquirir el título. Se recibió de abogado y empezó a trabajar. Su primer pleito fue para defender a don Pedro Alessandri, padre del futuro Presidente, que se querellaba con su vecino a causa de una muralla divisoria. Recuerda Arturo Alessandri que fue él personalmente quien abrió la puerta de su casa cuando Eliodoro Yáñez llegó llamado por su padre. Y así se conocieron los dos grandes futuros políticos.

Fue la época en que se comprometió con la que cuatro años más tarde había de ser su esposa: Rosalía Bianchi Tupper. Cuando Eliodoro Yáñez intentó pedirla en matrimonio, su futura suegra y vecina doña Flora Tupper Zegers, inclinada a oponerse a esa unión de su hija con aquel abogado modesto, aplazó su respuesta hasta consultar a su medio hermano don Jorge Huneeus Zegers, quien le dijo: —“Este joven oscuro de que me hablas fue mi alumno. Le pronostico un porvenir brillante. Acéptalo sin vacilar”.

Vuelvo al rápido encuentro de aquellos dos grandes políticos chilenos: mi padre y Alessandri, que tanto debían hacer por Chile. Representaban algo del todo diferente en su idiosincrasia; y si ambos tenían ideas de vanguardia y anhelaban para el país una auténtica democracia, sus cualidades y su técnica eran diferentes. Eliodoro era la encarnación de la elocuencia sobria, profunda, elegante; Alessandri era un tribuno: arrastraba a las masas. Mi padre, demasiado frío para identificarse con el pueblo mismo planeaba más arriba, rasgo que lo alejaba de aquellas turbas a quienes Alessandri dominaba a su antojo. Este último sabía también mostrarse más audaz en sus expresiones, cualidad que acercaba su persona a quienes lo escuchaban. Por ejemplo, a los jóvenes aristocráticos del Club de la Unión que a su antojo habían dominado la atmósfera, los llamó en sus discursos “la canalla dorada”, calificación que pasó a ser famosa. Sin embargo, en 1915, mi padre tuvo oportunidad de ser Presidente de la República, según se explicará, antes de que postulara Alessandri. Chile, de norte a sur, le dio un apoyo entusiasta que él no supo aprovechar. Fue débil cuando se necesitaba energía y esperó creyendo que la ocasión iría a repetirse, sin recordar

que los grandes momentos que deciden un destino no vuelven o se esfuman.

Sigamos con el período anterior de su vida. Como he dicho, don Marcial Martínez ganaba sin esfuerzo el pleito entregado por mi padre en que devolvía sus modestos bienes a los hermanos Yáñez Ponce de León en contra de su primogénito Ricardo. Mi padre renunció a sus derechos en favor de sus dos hermanas. Sin recursos aún, no precisaba de aquel patrimonio porque sentía dentro de sí un caudal enorme, porque tenía fe en sí mismo y se sabía capaz de grandes cosas. Como abogado, a juicio de cuantos escuchaban sus alegatos, su palabra era un foco de luz que iluminaba todas las regiones oscuras, maravillando a los jueces con sus apreciaciones jurídicas.

Su vida era una lucha continuada: desde el alba trabajaba sin descanso con esa admirable resistencia que conservó hasta sus últimos días. Pronto se destacó como el primer orador forense de su época. Cuenta la escritora Inés Echeverría, que una tarde su tío, don Luis Aldunate Carrera, talentoso abogado, llegó a casa de ella y dijo: —“Fíjese que, en vez de Marcial Martínez que era mi contendor, entró a alegar un joven desconocido, pálido, de gran cabeza, y puso unos argumentos firmes como la gran Pirámide. Yo, que estaba preparado para contestar a Marcial Martínez, comprendí que debía prepararme en otra forma para tan formidable adversario, estuve satisfecho de que pasara la hora sin tener que contestar. —“¿Y quién es él?” preguntó ella. —Tuve que averiguarlo, contestó don Luis. Se llama Eliodoro Yáñez”.

Miembro del Partido Liberal donde muy joven, en 1894 entró a la Cámara elegido por las provincias de Valdivia y

La Unión. Dos meses después asumió la Presidencia de la Cámara. Ansiaba intervenir en política porque aspiraba para su patria un porvenir de grandeza. En aquella época, Chile ocupaba, dentro de América Latina, una situación preponderante. A consolidar esa situación culminaron sus esfuerzos, difundiendo su doctrina clara, identificándose con los problemas de su tierra y tratando de comunicar a los otros su firmeza de visión, inspirada siempre en un alto espíritu continental americano. A ello debía consagrar su vida. Soñaba con un Chile recio y heroico que diera ejemplo al mundo, como lo había dado siempre, de las más elevadas virtudes morales y cívicas. Quería hacer obra imperecedera y para ello sacrificaba situaciones cómodas y jugaba cada día su tranquilidad. Y, en medio de la áspera lucha, conseguía una victoria sobre la incertidumbre y el pesimismo. Lo guiaba su talento, pero lo guiaba algo más: un sentido casi sagrado de responsabilidad frente a la época en que le había tocado actuar. Y ello, tener conciencia de un destino que cumplir, es la mayor fuerza de quienes se olvidan de sí mismo para servir una causa. Porque quien anhela imprimir huellas y marcar rumbos ha de tomar en serio la vida, ha de darle la importancia suprema que tiene.

El 18 de septiembre de 1901, asumió la Presidencia don Germán Riesco. Fue un día de gala para el liberalismo. Eliodoro Yáñez aceptó la cartera de Relaciones Exteriores en momentos de grave tensión diplomática entre Chile y Argentina. Las relaciones con nuestros vecinos de Los Andes se hacían cada vez más tensas. Tanto en Chile como en la República Argentina la opinión pública exigía o una guerra inmediata o una amistad definida. Y el deber más urgente

que se presentaba al Ministro de Relaciones Exteriores era buscar una solución a este grave conflicto internacional.

Ernesto Barros Jarpa escribe: "El señor Yáñez fijó con tal entereza los derechos y puntos de vista del Gobierno de Chile, que la tensión declinó, las aficiones del Gobierno del Plata a intervenir desaparecieron y gracias a eso hoy nos miramos sólo para soñar con un porvenir preñado de esperanzas".

"La guerra estuvo a punto de estallar, escribe Pedro Pablo Figueroa y el señor Yáñez conjuró los peligros del conflicto con la mayor serenidad y la más alta habilidad diplomática. Sus elevadas dotes de diplomático sagaz, le han sido reconocidas aún por los hombres de estado argentinos que han declarado la derrota que les impuso en las negociaciones con el Ministro Portela".

Precursor de los Pactos de Mayo, la política de Eliodoro Yáñez fue intermedia entre la de los señores Alfredo Irrázabal, Francisco Rivas y Gonzalo Bulnes, quienes desde el diario "La Tarde", de propiedad de los dos primeros, pedían la guerra a toda costa, y aquella demasiado blanda de nuestro ministro en Argentina, Carlos Concha Subercaseux. El Canciller Yáñez había incitado al Gobierno de Chile para que adquiriera dos acorazados con el fin de preparar al país para el caso de un conflicto bélico. Sin comprender la extraña conducta de Concha Subercaseux, el Ministro Yáñez lo apremiaba inútilmente para que se plegara a la política de su gobierno. "Defiendo los derechos de Chile, exclamaba, y declaro que estamos en condiciones de *no ceder*". Concha, no sólo hacía caso omiso de estas órdenes, sino que llegó a expresarse en forma despectiva y en suelo extranjero del Mi-

nistro de Relaciones de su país. Por fin, un telegrama terminante, obligó a Concha a venir a Chile para entrevistarse con el Canciller. Pero ¡triste hecho! el Presidente Riesco no se atrevió a desautorizarlo para apoyar a su Ministro. Ello originó la renuncia de Eliodoro Yáñez a la cartera que con tal visión y energía desempeñaba.

El Presidente Riesco sacrificó a su Canciller para no desagradar a la oligarquía y al Partido Conservador que era, sin embargo, el que estaba obstruyendo su política, tanto interior como externa. El Señor Yáñez no aceptó las explicaciones que el Presidente fue a darle personalmente a su casa. Consideró con sobrada razón que Riesco posponía los derechos y grandezas de Chile a meras consideraciones sociales. Pero su patriotismo se sobrepuso a su dignidad herida y a la decepción que le causó la actitud del Presidente de la República y siguió prestando sus servicios en la Cámara algunos meses más. Leo en un número de "La Tarde": "El Presidente Riesco tuvo la desgracia de incurrir en debilidades y ligerezas de las cuales nos es triste hacer recuerdo. Respaldo a sus Ministros de Estado es uno de los primeros deberes de un Presidente de la República".

Don Ismael Tocornal, que presidía el Gabinete, con la hidalguía que lo caracterizaba, se retiró a su vez de La Moneda como acto de solidaridad para con su colega. Escribe don Domingo Tocornal Matte: "Tiempo después, don Julio Zegers visitó a don Ismael Tocornal para mostrarle la memoria del Ministro Argentino en Chile, don José A. Terry, quien fue el que firmó los Pactos de Mayo y le hizo ver que el representante argentino declaraba que la compra de buques

por el Gobierno de Chile había determinado al Gobierno Argentino a ceder a sus exigencias”.

El 6 de mayo de 1902 se produjo la crisis ministerial. Eliodoro Yáñez no volvió al Congreso.

En el último discurso que como Ministro de Relaciones Exteriores pronunció en la Cámara, exclamaba para terminar: “¡Tristes días esperan a la política chilena! La lucha por los principios ha desaparecido; los grandes ideales de otro tiempo ya no tienen hombres que los sirvan. Hoy se dirigen los esfuerzos en la Cámara y fuera de ella a atacar a las personas, a herir reputaciones, a socavar el prestigio de los servidores públicos. Y la juventud viene a aprender en esa escuela la manera de regir los destinos de la nación. ¡Qué penoso descenso revela esto en la intelectualidad política del país! El resultado, en época más o menos remota, llegará. Habrán de alejarse de los altos puestos los hombres dotados de un verdadero espíritu cívico que se creen objeto de una gran injusticia, debilitando el vigor de sus convicciones y la energía para sostenerlas y darán paso a quienes nunca estuvieron penetrados de la gravedad de ciertas situaciones que afectan al futuro de la patria”.

Había sido víctima de una gran injusticia que dañó sobre todo los intereses de Chile. Pero siguió adelante sin mirar hacia atrás y sin odio hacia quienes lo humillaron. Porque entre todas sus elegancias tuvo la de saber no odiar. Pero esa cualidad que revela grandeza espiritual, puede ser una debilidad social.

Pasaron varios años en los que se consagró por entero al ejercicio de su profesión. Era tan grande el relieve de sus argumentos, que todo pleito que venía a sus manos era ga-

nado. Su prestigio llegó a ser notorio como orador jurídico y como patriota. Había sido elegido senador por Valdivia y La Unión. Así llegó el año 1915 en que se realizarían las elecciones presidenciales y en mayo tuvo lugar la Convención Liberal-Radical-Demócrata para elegir candidato a la Presidencia de la República. Como senador había presentado numerosos proyectos de ley, entre ellos "El reconocimiento a los hijos naturales", "Ley sobre alcoholes", "Protección a la naciente industria nacional", etc. A pesar de que Eliodoro Yáñez no había hecho ningún trabajo para ser candidato, su candidatura surgió en forma espontánea e irresistible del seno de la Convención. Las dos primeras votaciones dieron a su nombre tan abrumadora mayoría que se comprendió que, sin distingo, sería llevado a la lucha como bandera del liberalismo. Pero un grupo de su propio partido, compañeros de fila, decidió cerrarle el paso. Desde luego, don Enrique Mac-Iver, radical y de una generación anterior, levantó la sesión justamente en el minuto en que se hacía imposible no proclamar a Yáñez. Las de estos dos oradores eran dos escuelas que se combatían: Mac-Iver, que también era orador, representaba la escuela liberal inglesa manchesteriana: Yáñez propiciaba la protección a la naciente industria nacional frente a la competencia extranjera. "¡Ay de los caracteres independientes!" decía Lastarria. Sus compañeros de partido deseaban un candidato más "manejable" o sea menos firme en sus convicciones. Lo calificaron de revolucionario, de hombre de avanzada e hicieron una resistencia sorda a la poderosa corriente que intentaba llevarlo a las urnas. Amenazaron con retirarse del partido y romper así la Alianza Liberal. En esta situación, Eliodoro Yáñez hizo uso de la

palabra para pedir a la numerosa asamblea que diera su voto a algún otro candidato que no despertara resistencia. Se produjo, entonces, una escena emocionante: la gran sala de honor del Senado, compuesta en casi su totalidad de juventudes liberal y radical, se puso de pie aclamándolo y él recibió durante largo rato una ovación impresionante y calurosa. Por fin fue llevado en triunfo hasta la sala en que debía continuar la votación.

Se vivían las apasionadas luchas políticas entre la Coalición y la Alianza Liberal. Los partidos deseaban a toda costa que la ya próxima elección para Presidente de la República, separara bien a los hombres según sus doctrinas y que si ellos perdían la disputa, les proporcionara, por lo menos, una derrota gloriosa en que la bandera liberal no se rebajara poniéndose al servicio de transacciones. Se vio dentro de la Convención que la candidatura Yáñez no tenía contendor. Se produjeron escenas emocionantes: la juventud de los tres partidos se puso de pie gritando: “¡Yáñez, sólo Yáñez!” y él fue objeto de la más brillante ovación que se puede hacer a un ser humano.

Entretanto, durante esa semana, nosotros, la familia, atravesábamos por emociones inolvidables. La ansiedad primero, luego el orgullo que crecía poderoso al aquilatar el espontáneo triunfo nacional del padre y, por fin, la amargura de sentir la resistencia de sus propios colegas y toda esa ola de malas pasiones que se desencadenaba aplastando la personalidad del que debió ser candidato por demanda del país entero. Copio de mi diario: “Un grupo de valiosos jóvenes entre los que sobresale Guillermo Eyzaguirre partió a Chiloé para defender la bandera liberal. Es un viaje en que abundan

los peligros y sinsabores, pues la lejana isla de Chiloé está en manos de autoridades conservadoras inescrupulosas y la lucha que dividirá a ambos bandos será una lucha a muerte”.

Sigue el diario, pocos días después: “Un grito de horror me sube a los labios: ha llegado la noticia de que un duelo provocado por un coalicionista de los que se encuentran en Chiloé, ha muerto de un balazo por la espalda al hombre y abnegado representante de la Alianza Liberal. El adversario, un tal Carlos del Canto, le disparó en duelo antes de que se diera la señal de rigor y lo mató alevosamente. Eyzaguirre era un hombre de bien y de gran talento. Había puesto su virilidad y su inteligencia al servicio del país. Y muere defendiendo sus ideales. Muere heroicamente. Quienes fueron a esperar sus restos, viajaron de regreso, durante dos días, con el ataúd abierto, contemplando el rostro yerto del hombre abnegado. En las estaciones subía al tren gente de todas las esferas sociales y desfilaban junto al féretro con la cabeza descubierta. Los funerales, efectuados hoy fueron una manifestación imponente. Todos marchaban a pie. Hubo muchos discursos. Mi padre pronunció una pieza hermosísima a nombre de la Alianza Liberal. Exclamó, entre otras cosas: “Se dijo a la juventud liberal de Santiago ¿quién de vosotros quiere ir a compartir la suerte de los liberales de Chiloé? ¿quién está dispuesto a dejar su hogar, abandonar sus intereses y sacrificar si es necesario su vida por aquella noble finalidad que llamamos las libertades públicas? La juventud liberal respondió en masa al llamamiento y todos se disputaron el honor de la jornada. Hubo que aceptar que Guillermo Eyzaguirre, cuya presencia en un banco de la Cámara era fuerza y prestigio para la representación parlamentaria, mar-

chara allá y presidiera esa legión de muchachos dignos de los tiempos de la vieja Esparta.

El lugar es inclemente, la vida dura, los peligros ciertos. Allí se vive sin respeto y sin ley. ¿Qué importa? Allí está el deber y partieron. Hoy vuelven trayendo a Guillermo Eyzaguirre sobre el escudo. Allí cayó, alevosamente asesinado, como han caído otros en las etapas sucesivas de nuestro régimen electoral, en cruentas luchas por las libertades públicas. ¡Qué siniestra responsabilidad para los eternos violadores del derecho electoral, para los que abusan de una autoridad que ha sido puesta en sus manos como signo de garantía, de orden y respeto al ejercicio de todos los derechos! Apartemos los ojos del dolor de su esposa desolada, de su pequeño hijo huérfano, de su anciana madre; apartemos los ojos de ellos y contemplemos el dolor de la patria que pierde una de sus mejores esperanzas, el dolor del partido que fue su noble hogar político y que hoy ve desaparecer oscuramente, allá en la playa ingrata y desierta de Chiloé, una vida útil y provechosa, una fuerza educadora con la palabra y el ejemplo, una mente esclarecida por el estudio y guiada por un valeroso corazón. ¡Honor, honor a su memoria!"

Las consecuencias de estas bellas páginas oratorias no se hicieron sentir: a las dos de la madrugada, mientras dormíamos, un grupo de coalicionistas, armados de piedras y bastones, a una señal del jefe de la banda lanzaron su cobarde ataque, quebrando todos los vidrios y despertándonos sobresaltados. La casa resultó con veinticinco vidrios rotos. Los asaltantes pertenecían todos —como se supo después— al aristocrático grupo que más tarde y genialmente, Arturo

Alessandri, en sus discursos de tribuno, llamó “la canalla dorada”.

¡Cuántos sucesos siguieron casi de inmediato! Entre ellos, la gravísima enfermedad al corazón que afectó a mi padre y que nos hizo creer que lo perdíamos a raíz de los acontecimientos que levantaron tan alto su nombre. Pero al cabo de algunos meses de angustias, se recuperó del todo y pudo proseguir su vida de hombre público.

Seguían por lo bajo los manejos del grupo de liberales para impedir que llegara a ser candidato de la Alianza Liberal. Eliodoro Yáñez, al comprender que él sería un obstáculo para la unión del partido, renunció indeclinablemente, en un absurdo gesto de civismo, al honor que le hacía la mayoría del país y pidió que cedieran esas fuerzas a don Javier Ángel Figueroa, liberal como él pero hombre opaco, sin relieve y sin arrastre, que iba a una derrota segura. Y esta renuncia dio la Presidencia al conservador don Juan Luis Sanfuentes quien, a causa del gesto incomprensible de Yáñez, triunfó fácilmente.

Joaquín Edwards escribe: “Don Eliodoro fue un vidente, un perfecto hombre de Estado, un vigía capaz de advertir esos cambios y recetar el remedio adecuado. Ninguna innovación saludable, ninguna idea generosa dejó de encontrar cabida en su múltiple personalidad. Los defectos que echaron en cara a don Eliodoro mañosamente, están dentro del obstruccionismo que llamaremos “santiaguinería”, o sea, están dentro de lo pequeño, de lo mediocre. Santiago es un baluarte anticuado y de difícil penetración para el que no comulgue con sus ceremonias afectadas y sus credos. A veces, por casualidad han penetrado algunos que fueron calificados

con incomprensión ridícula. Por ejemplo, Vicuña Mackenna como mentiroso y loco, y así hubiera sido para ellos Bolívar, Sarmiento, Mora. Aquí no se conocen los valores intrínsecos, sino los reflejos, las apariencias. Más que un talento claro vale hacer visitas, pasearse con figurones, presentarse en los sitios de moda. Don Eliodoro no integra en ese casco viejo y siempre estuvo en pugna con él. Tenía muchas ideas y programas propios que chocaban con la rutina de las frases hechas, cortadas por moldes establecidos. Uno de los mitos más desastrosos del santiaguinismo es el mito del hombre reposado. Sólo del casco viejo de esta ciudad pudo salir una especie tan absurda. ¿Se imagina el lector a Napoleón reposado? ¿A Bolívar reposado? El reposo es la negación de todo progreso y actividad. Reposatum quiere decir muerto. Don Eliodoro fue el antirreposado y en este sentido, sus actividades parecían siempre sospechosas e infundían miedo. Cada vuelo suyo era coreado por una salva de imprecaciones”.

Los liberales dirigentes, al combatirlo, trabajaron en contra de ellos mismos y de los ideales del Partido: la lucha se perdió para el liberalismo. Las fuerzas que pedían con delirio la candidatura de Yáñez, apoyaron sin calor a don Javier Angel Figueroa, quien fue vencido.

Mi padre vivió esas luchas, esa derrota, esa incomprensión de sus colegas con su serenidad habitual, llevando a la práctica la frase de Dante que fue siempre su divisa: “Miro y paso”. Además, era iluso y creyó que aquellos trascendentales momentos que la vida pone en nuestro camino, pueden volver. Creyó que en 1920 su apoteosis podría repetirse. No fue así. Entonces Alessandri, más audaz, fue un adversario temible y triunfante. Era un tribuno que se enfrentaba cuer-

po a cuerpo con las masas, llamándolas “querida Chusma” y pasó a ser el ídolo de esas masas. Mi padre, más que un conductor de hombres era un sembrador de ideas. Pero supo resignarse y dar otro giro a su vida, giro magnífico del que hablaré en seguida. Nunca lo vi abatido. Recordaba que la tradición helénica recogió en una leyenda esta eterna lucha ante la cual aparecemos impotentes y vencidos. Y a él podrían aplicarse las palabras que Prometeo encadenado decía a Zeus triunfante: “¿Crees acaso que yo desespero porque mis sueños no se han realizado? ¿porque mis flores no han abierto sus pétalos al sol? No, otras primaveras harán brotar otras flores y nuevas fuerzas realizarán lo que hoy parece imposible”.

Consejero de Estado en 1918, determinó la exaltación de Monseñor Crescente Errázuriz, su antiguo y venerado profesor, a la sede arzobispal de Santiago, hecho que tuvo enorme trascendencia para asegurar la paz religiosa en el país y para efectuar la separación de la Iglesia y del Estado.

Su obra definitiva se realizó en el periodismo y tuvo la más alta trascendencia social. A fines de 1917 algunos liberales formaron una sociedad para fundar un diario que se llamó “La Nación”. Algún tiempo después Eliodoro Yáñez compró su parte a sus compañeros y quedó dueño único de la empresa. Con firmeza de apóstol y temeridad de convencido, abrió una era nueva en la vida del país y la vieja rutina del periodismo chileno fue renovada desde sus cimientos. Se rodeó de elementos jóvenes, buscando de norte a sur del país a hombres que debían secundarle. De la noche a la mañana,

la clase media, hasta entonces mantenida al margen de la política, se vio incorporada a la vida pública.

Nombró director del diario a un hombre inteligente que hasta entonces no había podido salir de la oscuridad de un puesto de traductor de cables de "El Mercurio", Eliodoro Yáñez dio alas a la inteligencia inaprovechada de Carlos Dávila, lo modeló a su modo, encumbrándolo con verdadero cariño hasta la alta situación que significaba la dirección del diario. Confiaba en él ciegamente y Dávila prosperaba a la sombra del talento del propietario de "La Nación" que era a la vez un maestro y un amigo.

Escribe Joaquín Edwards Bello: "Su facultad de hacer hombres era asombrosa. No salían títeres de sus manos creadoras, sino hombres de una vitalidad que justificaba la marca de fábrica. Eliodoro Yáñez fue un animador, esa es la palabra exacta. Su impulso quedó vibrando y las obras de sus manos dejaron huellas imperecederas. Desde que fundó "La Nación" se reveló su deseo de innovar, lo cual no le perdonaron los conservadores. El diario produjo cambios fulgurantes. A los artículos aparecidos en sus columnas y, en fin, a su espíritu se deben: el arreglo del asunto Tacna y Arica y la revolución de 1925, sin cuyo triunfo el pacto Leguía-Ibáñez hubiera sido imposible; las nuevas plazas de La Moneda, la transformación de la vida obrera, etc." Y escribe Domingo Melfi: "'La Nación' se inició en plena marejada de la Alianza Liberal y se dedicó a formar y reformar el sentimiento liberal del país. Le tocó vivir entre escombros y convulsiones, entre todo lo que ha soportado Chile en un paréntesis de veinte años. Es mucho decir. Quizás sea poco, porque a la historia de un diario que en su primera etapa removió tantos pre-

juicios y asestó golpes tan certeros a las añejeces y a los arcaísmos, va siempre adherida la historia del pensamiento en sus más variadas actitudes. Recuerdo la impresión de ventada, de arremetida que tuvo "La Nación" en el período lento y rumiante de ese tiempo. Fue como una fulguración, como si de pronto hubiera nacido un organismo nuevo y vibrante, con posibilidades y fervores desconocidos. Se movía entre los prejuicios como un cuerpo juvenil y gallardo. Su nervadura era joven y su manera de enfocar los problemas y las inquietudes que por entonces comenzaba a sacudir el sistema arterial de Chile, era siempre distinta de los otros diarios. Se ganó rápidamente el alma pacífica y obesa de las provincias y las comenzó a galvanizar con una intensidad que acaso el propio diario no comprendió".

"La Nación" de entonces tenía una bella independencia. Las jornadas más gloriosas las ganó en el ejercicio enaltecedor de la crítica. Por ello fue un diario temido y respetado; por ello la zona de su influencia se extendió hasta rincones desconocidos de nuestro país. No era sólo la crítica elevada, nefasta cuando se ejerce sin sentido y a la desesperada, por avidez de figuración o por incomprensión de los problemas vitales; era también la elaboración lenta de un principio de respeto a las virtudes esenciales que sostienen la firmeza de un pueblo. Combatió todo lo que simboliza inercia, obstáculo, depresión y pesimismo. Fue tan vibrante para lo interior como para lo exterior y en sus columnas encontraron eco problemas que otros diarios, aún muchos de América, no pudieron o no quisieron acoger. Fue el diario de la juventud y el diario del obrero, el de los hombres que habiendo pasado la línea de sombra conservan sin embargo el espíritu joven y

alerta y están dispuestos a vibrar con el pensamiento renovado.

José María Raposo escribe: "Quien desee estudiar la historia de nuestras leyes obreras, de la legislación tributaria, del fomento de nuestra producción, de la política caminera, de nuestras orientaciones internacionales, tiene que leer las páginas de 'La Nación'. Hasta 1927 fue un inmenso hogar donde se fraguaba el nuevo organismo nacional. Todo aquel que representaba alguna de las actividades del país llegaba allí con sus ideas y proyectos, encontrando amplia hospitalidad. Así se explica la inmensa circulación, no igualada hasta hoy día por diario alguno en Chile. Escribir sobre 'La Nación' de entonces es tema para un libro, no para un artículo o mero ensayo. Crisis ministeriales y hasta de Gobierno fueron forjadas en aquellas viejas salas de redacción de la calle Agustinas donde, en franca y alegre camaradería, alternábamos los redactores con don Eliodoro, alma y calor de aquella inmensa fragua de ideas".

Permítaseme aquí una breve acotación.

Tras el triunfo de las armas chilenas en la Guerra del Pacífico, Chile pasó a ser una gran potencia, o mejor dicho, para decirlo con una redundancia: una gran potencia potencial. Si se considera que entonces, hacia 1880, los Estados Unidos estaban recién llegados a California, que aún no disponían de una flota poderosa en el Pacífico; que, faltando aún decenios para que se abriera el Canal de Panamá, debían para defender las nuevas presiones que estaban resistiendo de México, hacer uso del Estrecho de Magallanes y recalcar sus barcos de guerra en puertos chilenos; si se considera, además, que el carácter caótico de los gobiernos y de la vida

pública de la mayor parte de los países de América Latina en ese entonces, y que el Japón aún no despertaba a la vida moderna, no es exagerado afirmar que Chile fue, por su estabilidad política primero, y, luego por haber adquirido en la Guerra del Pacífico el monopolio mundial del salitre, la primera potencia en las costas de este océano. Es verdad que este monopolio sólo duró cuarenta años. Pero entonces podía habersele proyectado ad infinitum.

Si Chile hubiese sabido defender sus riquezas naturales de la codicia extranjera, si su clase dominante hubiese aceptado la inflexión que las circunstancias requerían, agregando a la nueva explotación de las riquezas agrícolas y mineras del territorio, el propósito de crear una gran industria moderna, cuyos productos habrían penetrado en todos los mercados entonces aún abiertos, el país habría estado a la altura del destino que sus fundadores parecen haberle atribuido. La visión de este gran país que Chile podía ser la tuvo el Presidente Balmaceda. La oligarquía chilena no aceptó convertirse en burguesía industrial. Prefirió —pero es una preferencia que le fue dictada, por así decirlo, desde Londres—, vivir de sus rentas, usar la inmensa riqueza del salitre en costear, con los impuestos que ella dejaba en las arcas fiscales, los gastos públicos. Prefirió convertir al Estado, no en el órgano propulsor del progreso, generador del destino nacional que debió haber sido, sino en un instrumento que redistribuía los recursos, que generaba ocupaciones para las clases medias y que aplacaba, en las horas críticas, la lucha de clases. Tergiversó el conflicto originado por los planes audaces de Balmaceda en una disquisición de Derecho Público sobre la preeminencia del Poder Ejecutivo sobre el Par-

lamento. Mi padre fue también víctima de esta tergiversación ideológica. Fue un antibalmacedista convencido.

Sin embargo, y sin haber tenido acaso plena conciencia de ello, renovaba en su acción parlamentaria y en su programa presidencial de 1915, mucho de lo que había propuesto el gran Presidente a quien antes combatió: política arancelaria de protección a la naciente industria nacional, formación de nuevas industrias destinadas a producir en nuestro territorio lo que importábamos de las grandes potencias que nos dominaban, etc. En este sentido, no es aventurado decir que fue un precursor de la política que más tarde, a través de la Corporación de Fomento a la Producción, impusieron sucesivos gobiernos radicales.

Fue también un ardiente defensor de la creación de servicios estatales de bienestar social. Le salieron al paso las "privilegiadas perezosas", que ya antes habían urdido el derrocamiento de Balmaceda bajo la eficaz protección de los intereses británicos. Pienso que tal vez mi padre comprendió pronto que había abdicado a lo que era, no sólo el cumplimiento máximo de su carrera de político, sino la más alta aspiración para su patria. Acaso ello no fuera ajeno al infarto que sufrió poco después y del que felizmente se recuperó, pudiendo proseguir su vida de hombre público.

En los grandes tiempos, durante los diez años que "La Nación" estuvo en su poder, Eliodoro Yáñez trabajaba hasta doce horas diarias, con una resistencia que asombraba a quienes lo seguían de cerca. Y en la noche no se entregaba nunca completamente al reposo: tenía el teléfono junto a su cama y a cualquiera hora atendía los llamados, corrigiendo a veces los editoriales hasta el alba.

En abril de 1919, el gobierno de Sanfuentes lo designó jefe de una Misión Especial que visitó Estados Unidos y las más importantes capitales de Europa, con el triple objeto de estudiar los problemas de la postguerra, aquellos especialmente relacionados con la vida económica de los pueblos. En todas partes los gobiernos recibieron a Yáñez con honores rara vez prodigados a un diplomático sudamericano y los soberanos de algunos países le tributaron especial deferencia. El éxito de la Misión Yáñez superó con mucho las expectativas del Gobierno de Chile, quien sin embargo no aprovechó en todo su alcance esta peregrinación de estudio sobre la experiencia recogida en una brillante obra titulada modestamente "En Viaje" que se publicó a su regreso, obteniendo elogiosos comentarios. Don Ernesto Barros Jarpa dice entre otras cosas: "En pocas ocasiones se han exhibido estos asuntos —la cuestión social europea y los problemas económicos— con una claridad tan diáfana y una precisión más admirable que en este libro. El artista se revela tanto como el estadista".

Tal obra, leída hoy día, treinta años después de escrita, alcanza un sentido profético, sobre todo cuando analiza el Pacto de Versalles y la Sociedad de Naciones. Esta última le parece la quimera de un visionario. "La Sociedad de Naciones, escribe, tal como lo ideó Wilson y como la consagró el Pacto de Versalles, es una creación prematura y se resiente de cierta ideología que la hará inaplicable en la práctica. El Tratado de Versalles, escribe, ha sido un error diplomático que deja abierta la puerta para futuros conflictos tal vez más graves que los pasados. La Sociedad de Naciones no salvará la situación porque es un organismo débil, sin elementos de coerción y de fuerza para hacerse respetar". Y

más adelante: “Francia queda en una ruda labor frente a Alemania vencida pero temible”.

Desde Alemania escribe lo siguiente en su libro “En Viaje”: “El Rhin legendario surge a nuestros ojos con todas las leyendas de su romántica historia y con el misticismo de su intensa vida religiosa. ¿Por qué Wagner no colocó a orillas del Rhin el templo simbólico del Santo Graal? No sé, pero el viajero se lo imagina allí, en medio de las siete montañas de Heisterbarch o en las alturas escarpadas de Lahnerck donde se cuenta la historia de los doce templarios o en Rheinstein donde parece oírse aún el eco de la Cabalgata Nupcial”. Por fin termina esta misión financiera y diplomática en que el nombre de Chile quedó a gran altura. Joaquín Edwards Bello deja este epílogo a ella: “Infructuosas resultaron en definitiva las grandes gestiones y ventajas que el señor Yáñez obtuvo en España, Francia, Holanda, para su patria, pues el Gobierno chileno no las aprovechó ni las tomó en cuenta”.

Hasta entonces en Chile —y creo que en todos los países hispanoamericanos— la clase media no actuaba. Vivía escondida, oprimida, sin lograr destacarse. Mi padre, primero en sus discursos del Senado y luego con los editoriales de “La Nación” recién fundada que azotaban al público como latigazos, habló y escribió sobre el tema con tal elocuencia, que ayudó a los débiles a levantarse y a mostrar sus ocultas dotes. Y a los otros, a los miembros de las cuarenta familias que reinaban triunfadoras, enseñó que servirían para enaltecer al país. Triunfó con sus ideas. Y muy pronto valores ignotos y hasta entonces hundidos en la oscuridad surgieron como avalancha y empezaron a actuar.

En 1922 publicó con su firma varios editoriales titulados: “Hacia la Unión Aduanera y Monetaria de la América Latina”. En ellos propiciaba para los países de nuestra América —bajo la consigna de *unirse o morir*— la constitución de un solo gran mercado y de una misma moneda común. La ALALC, y más aún el Pacto Andino, el Mercado Común Centroamericano, están en la continuidad de estas proposiciones audaces. Acaso realizadas entonces habrían permitido a los países de Latinoamérica constituir una unidad política y económica capaz de negociar en pie de relativa igualdad o de menor desigualdad, con los Estados Unidos de América.

Entre los diarios de Chile llega a “La Nación” un hermoso artículo de Inés Echeverría sobre mi padre. Es una carta abierta a Joaquín Edwards Bello quien anteriormente incitó a mi padre a presentarse como candidato a la Presidencia de la República: “Sus palabras, Joaquín, incitando a don Eliodoro Yáñez al candidato unionista para la lucha presidencial, ponen hielo en mis venas. ¿Desea Ud. que baje a la arena de las pasiones un espíritu orientador de rumbos, un alma faro que alumbraba la tormenta desde la nevada cumbre de su serenidad? No, mi amigo. El que guarda un faro debe evitar que la luz vacile al soplo de huracanes. Si pudiera don Eliodoro ser un candidato de transacción, un Presidente de lujo, llevado al poder sin compromisos bastardos ¡tal vez! ¡tampoco! Su refinadísima estructura espiritual no es para esta tierra moza, convulsionada de histerismo. Gobernaría bien en Francia o en cualquier país viejo de tradición donde se lograran afrontar los problemas modernos a que esa civilización diera origen. Su claridad mental, su visión tan anticipada de las cosas, la agilidad prodigiosa con

que coge los hilos de la madeja viviente, los tuerce y retuerce, teje y entreteje, su sutileza finísima, no van con la sólida cuadratura de nuestra alma, oprimida aún por la coraza de hierro de los conquistadores.

Don Eliodoro es un mago de la luz, un Rembrandt de las ideas. Crea armonías estupendas. Aplica el foco de su mente, lo vierte entero sobre la parte de verdad que debe mostrar y deja el resto en la sombra. Es un desconocido, un solitario. La vida le pegó duramente la máscara al rostro. ¿Qué hay tras ella? ¿qué se oculta dentro de la magnífica torre marfileña de su cráneo? ¿por qué titilan los cristales límpidos de unos ojos tristes que han mirado muy de cerca en el pecado de Adán? ¿qué hay allí de pérfido, de inquieto?

Don Eliodoro se presentó allá en mi lejana juventud como un alma de muy remota data, caída por castigo en la tierra virgen, reencarnación fatal de un espíritu de cultura milenaria, con sabiduría asiática, que conservara como único talismán su quietud nirvánica. Alma que se siente más larga que el tiempo y que ignora la prisa de llegar. Soporta la vida como una condena inevitable pero la ama con pasión de enamorado. Gusta que la corriente impetuosa lo arrastre. Flota en los remolinos. Se ahogaría en un remanso. No ha anclado nunca. Espera una suprema revelación desde el umbral. No se inquieta porque tarda. Sabe que la corriente arrastra los tesoros y que sólo puede cogerlos el que espera. Gusta de colocar a los hombres en un tablero de ajedrez. Es su sport personal. Los juegos malabares son su vicio de Ingres.

Que venga a la lucha un campeón de esta democracia tan

rica en ideales. Es el momento de acreditar sus derechos presentando al hombre que los encarna”.

Los hechos antes relatados mueven a alguna reflexión sobre la acentuada pugna que se había vivido en Chile entre la clase media y la oligarquía. Ya he dicho que mi padre, por su origen modesto, pertenecía a la primera. Mas toda clase dominante sabe que le conviene incorporar elementos de aquella con que rivaliza. De este modo, obtiene una doble ganancia: de una parte, enriquece su acervo de talentos disponibles para la defensa de sus intereses; de otra, priva a la clase rival, que objeta sus privilegios, de un portavoz eficaz que podría resultarle a la postre peligrosa. Dicho en términos hoy en boga: el dominio de una clase implica un coeficiente de “co-optados”. Mas el cuerpo extraño no es asimilado de inmediato: se le vigila, se avalúa el grado de su docilidad, se le compromete con los intereses que se espera defienda, se le atrapa en una red de vínculos sociales y económicos. Más que de un espaldarazo súbito, se efectúa un proceso de lenta succión. Mientras este proceso dura, el “co-optado” se sabe precario. El éxito de su incorporación depende de que sepa evitar las pugnas, de que sea, en suma, como se espera que sea: avenible, sumiso, respetuoso. Mi padre no lo fue en la medida requerida.

Me parece pertinente reproducir aquí algunos pasajes de una carta que mi padre dirigió al escritor y redactor de “La Nación”, Joaquín Edwards Bello y en que expone sus concepciones políticas.

Santiago, enero 9 de 1925.

“Mi distinguido amigo: En la imposibilidad de verlo

hoy, le escribo rápidamente unas líneas para agradecerle las expresiones excesivamente benévolas con que en su artículo de esta mañana se refiere a mi persona; y para manifestarle mi plena conformidad con los términos con que Ud. ha caracterizado en ese artículo y en otros anteriores la situación política del país.

Como Ud., creo que en los círculos santiaguinos hay una profunda incomprensión del movimiento universal de la democracia y del estado de nuestro propio país. Levantar hoy una candidatura presidencial como concreción de las tendencias oligárquicas-conservadoras, es atentar contra la tranquilidad futura de la República. No bastarán para apartar este peligro las cualidades que reconozco en el ciudadano que tan fielmente refleja la colectividad política que acaba de proclamarlo su caudillo.

Es de temer que esta actitud espontánea e innecesariamente contenciosa de la Unión Nacional, pueda rebotar sobre las propias clases conservadoras que han desplegado tal bandera, porque ellas tienen grandes intereses ligados al orden y a la evolución tranquila de las ideas liberales y democráticas. Contrariar o pretender detener este impulso natural de los pueblos hacia su desarrollo y hacia la expansión de legítimas aspiraciones populares, es como poner débiles compuertas en un cauce de impetuoso torrente.

No habrá hombre juicioso que no lo comprenda si no tiene ante los ojos la venda de la pasión partidista. El sentimiento democrático y liberal, el sentimiento popular, se ve atacado de frente. Se levanta en su contra la espada vengadora y se cree posible dominarlo precipitando una lucha apa-

sionada y violenta. Los resultados serán desastrosamente contraproducentes...

Cerrando los ojos a estas cualidades, se ha preferido la contienda áspera y ardorosa, provocada a desigmo. Y cuando sentimos que la revolución de septiembre no logró resolver la situación ni crear un régimen estable, se arroja el guante de desafío, entre arengas de guerra, en el escenario de un teatro.

El guante debe ser recogido por los partidos de base popular. Contra ellos está dirigido y son ellos quienes deben buscar al hombre que encarne sus aspiraciones y sea el intérprete de sus derechos, sus necesidades y sus esperanzas. Es el país, es la córdura nacional, es el instinto de su propia conservación el que debe recogerlo y designar al ciudadano que habrá de confiar el triunfo, no a su influencia personal, sino al robusto impulso de los anhelos populares y a la fuerza incontrarrestable de una democracia que siente su evolución amenazada o detenida...

El fenómeno más trascendente de los tiempos modernos es la admisión de las clases populares a la vida política. El liberalismo lo ha realizado por doquier y Chile no es en este movimiento una excepción. Esta evolución ha concluido con las castas, los privilegios y los autoritarismos, y ha elevado los problemas sociales, que son en gran parte problemas económicos, al primer plan de las obligaciones del Estado.

Y tanta es la fuerza de esta verdad, que ya verá Ud. cómo los mismos que han alzado la "espada vengadora" de la reacción oligárquica, tendrán que presentarse ante el pueblo revestidos de otro ropaje y hablar en un sentido enteramente distinto del que dominó en la Convención.

Mi actuación en el día de hoy se concreta a reorganizar

las fuerzas políticas. He creído y creo que después de un trastorno institucional, lo único que puede asegurar las libertades públicas y las instituciones políticas, es ésta: porque un país que carece de fuerzas políticas organizadas, cae fácilmente en la anarquía o el despotismo.

Es también ésta la mejor manera de obtener que los partidos políticos chilenos realicen la evolución que los acontecimientos exteriores vienen imponiendo. Nuestra incuria, nuestra incapacidad gubernamental, nos hace asistir a la formación de una nueva lucha de clases que se manifiesta ya en las asociaciones gremiales que hoy se juntan impregnadas de amargura por el abandono en que se mantiene a las clases trabajadoras y por la falta de un verdadero concepto de la justicia social.

En todas las sociedades organizadas existen aspiraciones hacia nuevos ideales; el mundo se transforma a nuestra vista, pero los partidos hablan un lenguaje que no tiene eco en las almas ni corresponde a las necesidades del presente. Seguimos obrando con arreglo a una concepción anticuada del tiempo y de la vida, porque nuestras estériles luchas políticas no nos han permitido ver lo que ocurre en el exterior.

De aquí nace esta crisis de unidad, de dirección y de disciplina en que yo estoy empeñándome, un poco estérilmente, en combatir.

Esto mismo lo he dicho cien veces, clamando en el desierto ante los intereses personales que se agitan y dominan en Santiago, y que el electorado nacional no acierta a calificar debidamente, porque aparecen envueltos en el amplio ropaje del interés general, tan fácil de expresar en palabras como de servir en realidad.

Pero repitiendo lo que alguna vez he expresado, le digo que yo habré de servir estos ideales en el Gobierno o en la oposición, en la prensa o en el Congreso, con la convicción profunda de que el mayor bien que puede hacerse al país es disminuir el número de partidos políticos, fortalecer la adhesión a las doctrinas y darles orientaciones nuevas para tender a las exigencias de la vida moderna. Y no habré de aceptar situación alguna que produzca el caos, que aumente la desorganización, que agrave esta crisis de dirección, de autoridad y de disciplina en medio de la cual la estabilidad y la prosperidad de la República tienden a desaparecer.

Seguramente estas líneas serán mejor apreciadas en las provincias que en Santiago. Descartes decía que el sentido común era el sentimiento más esparcido del mundo, pero el gran filósofo francés no conocía estos círculos santiaguinos tan fértiles en arbitrios para distraer de sus grandes rutas al buen sentido nacional.

Afectuosamente suyo. — Eliodoro Yáñez.”

No es del caso extenderse aquí sobre los acontecimientos políticos ulteriores, sobre la elección a la Presidencia de la República de don Emiliano Figueroa Larraín, ni sobre los procedimientos de que usó su ministro de guerra para desplazarlo mañosamente y llegar a ejercer él mismo esa presidencia con poderes dictatoriales.

La actitud de “La Nación” en esos años estuvo inspirada por la aspiración de promover una evolución que restaurara el régimen constitucional, antes que por un ataque frontal a la dictadura. Persuadir a los elementos que rodeaban a

Ibáñez, muchos de los cuales habían sido formados en los propios círculos de "La Nación", parece haber sido el propósito que animó al periódico.

Mas otro hecho, bastante insólito, debe ser aquí consignado: el Director del diario, Carlos Dávila, aprovechando el que Eliodoro Yáñez estuvo en Europa entre 1925 y 1926, conmigo y mi familia, adquirió un ascendiente sobre el personal y asumió responsabilidades que en manera alguna correspondían al cargo que se le había confiado. Durante su ausencia, mi padre se extrañó de no recibir ni cartas ni informes del director del diario. Ello motivó el que enviara a Santiago a su yerno, mi marido, el ingeniero José Rafael Echeverría a cerciorarse de lo que allí estaba ocurriendo. Recuerdo estas palabras proféticas de una carta que mi marido envió de Santiago a París: " 'La Nación' no hay que reorganizarla", decía allí: " 'La Nación' hay que reconquistarla".

En algún momento del primer semestre de 1927, se me ha dicho que Juan Bautista Rossetti, le sugirió a Ibáñez la conveniencia de proveerse de una prensa propia, como lo había hecho Mussolini en Italia. El ministro de Hacienda de Ibáñez, Pablo Ramírez, vio en ello la oportunidad de dar satisfacción a una vieja inquina que tenía contra mi padre, quien, años antes, se había negado a presentarse con él en una misma lista electoral.

Pablo Ramírez se hizo cargo personalmente de presionar a mi padre, para que aceptara negociar primero, para que firmara las escrituras de ventas después. "O firma o lo enviamos a Ud. y a su familia a las Islas Pascuas" (sic), fueron palabras suyas. A la vez lo hacía seguir en todo momento por la policía. No es exagerado afirmar que mi padre fue some-

tido en esos días a un arresto domiciliario. Al apremio brutal de Ramírez se añadían los consejos mal intencionados de Dávila para determinar que la voluntad de mi padre flaqueara ante las amenazas de que era objeto.

Hacía tiempo que todos en la familia, por instinto, veíamos en Dávila algo extraño, adverso, cuyo fin no alcanzábamos a adivinar. Pero mi padre estaba ciego respecto a él. No podíamos siquiera decirle nuestras dudas y el peligro que ello representaba porque cambiaba de tema, disgustado.

Nosotros sentíamos que “La Nación” y “Los Tiempos” se nos escapaban y que mi padre ya era en ellos un extranjero. El, con los ojos fijos en un ideal muy alto, no veía a los cuervos que en torno suyo se agitaban.

El 7 de julio de 1927, Eliodoro Yáñez firmó una escritura pública por la que vendía al Gobierno las empresas periódicas “La Nación” y “Los Tiempos”, reservándose sin embargo la propiedad del inmueble en que ellas funcionaban. Muchas veces él había dicho entre nosotros y a extraños que estas empresas valían por lo menos un millón de dólares, lo que equivalía a 8.000.000 de pesos de entonces. El gobierno fijó un precio de sólo 4.000.000 de pesos. Sin embargo, en el momento de firmar la escritura, dos cheques le fueron entregados al vendedor: uno por \$ 3.700.000 para él y otro por \$ 300.000, que se le obligó a endosar allí mismo en favor de Carlos Dávila, a título de una presunta indemnización por años de servicios.

El 11 de julio, bajo nuevas y más peligrosas amenazas, mi padre fue obligado a firmar una nueva escritura pública por la que se desprendía además en favor del gobierno sin contrapartida alguna, sin suplemento en el precio, del inmue-

ble que había permanecido en su patrimonio según los términos de la escritura anterior.

El notario Manuel Gaete Fagalde, con una valentía que lo enaltece, se negó a firmar la escritura por encontrarla amenazante. La firmó el notario público Nolasco Mardones.

Cierta debilidad en la resistencia opuesta por Eliodoro Yáñez para defender sus derechos, debió de mover a Ramírez a llevar aún más lejos el abusivo despojo. Ante la gravedad de la expoliación de que era víctima, mi padre entró en un estado de verdadero paroxismo. Dirigiéndose al notario público Nolasco Mardones, ante quien se firmaba esta nueva escritura, exclamó: “Dejo testimonio expreso de que sólo firmo esta escritura bajo la presión de la fuerza, a fin de que usted, señor notario, al igual que los testigos de este acto público, así lo hagan saber más tarde, cuando se restablezca en Chile un régimen de Derecho y de libertad”. Reunió luego a los empleados y obreros del diario de quienes se despidió con emotivas palabras, terminando su breve discurso: “... y si alguna vez les preguntan por qué Eliodoro Yáñez se despidió de ‘La Nación’, los autorizo para que contesten que sólo lo hizo bajo la presión ilegítima de este gobierno y de sus personeros”.

Más adelante ocurrió que algunos curiosos quisieron ver las escrituras públicas de venta en la notaría. Se les respondió que había orden de mantenerlas “reservadas”. Algunas de estas personas fueron luego amenazadas por la policía.

Mi padre partió a Europa derrotado, deportado, en compañía de una de mis hermanas y su marido. Su ánimo era triste y taciturno. Rehusaba toda conversación sobre lo ocurrido. Durante la navegación, llegó a sus manos el boletín

de noticias que en ese entonces distribuían los grandes barcos todos los días a los pasajeros. Leyó allí que Carlos Dávila, el hombre que él había formado, del que había hecho su más íntimo colaborador, acababa de ser nombrado por el gobierno embajador de Chile en Washington. Sólo entonces comprendió la traición de que había sido víctima y el papel que Dávila, con sus consejos de ceder, invocando peligros de graves represalias si no lo hacía, había desempeñado en el trágico episodio por el que Ramírez consumó la venganza de lo que había tenido por una afrenta y un desprecio. Un temblor se apoderó de todo el cuerpo de mi padre y perduró por varios días.

Años más tarde, encontrándome yo en una comida diplomática ofrecida por el Embajador de España en el Club de la Unión, Dávila se acercó a la mesa, seguramente sin advertir mi presencia. Como pretendiera saludarme, le volví la espalda delante de todos los comensales, lo que provocó que se retirara abochornado, mostrando, en algo que quería ser sonrisa, sus dientes de caimán.

Pero acaso comentarios de otras personas y la correspondencia de mi padre durante su destierro pueden resultar más significativos para comprender estos hechos que mi pobre relato.

Escribe Joaquín Edwards Bello sobre la expropiación de "La Nación": "En 1927, o sea, diez años después de la fundación del diario, el Gobierno de Ibáñez se la arrebató. ¿Por qué no le quitaron el diario a D. Agustín Edwards? ¿Por qué escogieron a Yáñez? Simplemente porque en el triunfo de Yáñez veía el público una hazaña popular, fruto de todos, y aquí, en el pueblo criollo se desprecia el derecho de propie-

dad, como no sea el de una oligarquía de arraigo extranjero. Estoy seguro de que si el Gobierno de Ibáñez hubiera arrebatado su diario a D. Agustín Edwards en la misma forma en que se le sustrajo al señor Yáñez, tanto el Presidente Montero como Alessandri, ya se lo hubieran devuelto. El diario 'La Nación', el más libre y gallardo de los últimos años, pasó a ser un ministerio, infectado por las llagas adherentes a los organismos políticos".

Sigue: "El señor Yáñez permaneció durante todo el período de la dictadura militar, desterrado en Europa. El no era partidario de la dictadura. Por esta causa, por su prestigio y ambiciones, los militares lo alejaron quitándole el diario como vimos y quedándose con muchos de los redactores. La mayoría de ellos eran periodistas improvisados por Yáñez en diez años; jóvenes modestos, encumbrados y barnizados por la buena sombra del propietario. Pasaron a ser magnates de la dictadura y vieron alejarse al destierro, sin un asomo de protesta, al creador. El diario tuvo una sección de desahucios y jubilaciones porque era un ministerio. Fue el periodismo transformado en petróleo o cosa parecida: un chorro de oro. Llegaban nuevos directores, nuevos redactores palatinos, y los que se iban regresaban con sueldos triplicados sin devolver los desahucios. La casa vieja, crujidora como un barco varado, fue reemplazada por un palacio a lo yankee. A todo esto, don Eliodoro Yáñez estaba condenado en París al terrible y matador trabajo de no hacer nada, lo cual minó su organismo hecho para la actividad. Desde lejos presenciaba la cabalgata triunfal de sus propias creaciones. Esas criaturas nacidas de sus manos no solamente lo olvidaban, sino que lo mantenían en el suplicio lento de la inactividad y del des-

tierra. Su diario, al que amó apasionadamente, seguía un curso apartado y hostil. Don Eliodoro ansiaba dejar algo a la posteridad, por eso en el diario puso el saldo de su esfuerzo y salud. Y sucumbió ansiando recuperarlo. Fue su creación póstuma y apasionada, epílogo de una vida robusta y plena”.

Reproduciré también algunas de las cartas de mi padre entre 1928 y 1931.

A su hija María Flora.

Monte Carlo, Noel de 1928.

Mi hijita Florita: Aprovecho este día, que es día de esperanza, para enviarte a ti y a todos los tuyos mis votos de felicidad y mis deseos de que el año que va a empezar sea menos atormentado y más tranquilo que el que termina. ¡Quiéralo Dios!

Cuando miro hacia atrás, veo claramente que el golpe que yo recibí en julio de 1927 me tuvo a las puertas de la muerte. No me di cuenta yo mismo de mi mal, ni nadie lo comprendió. La navegación, que siempre ha sido tan favorable para mí, no logró curarme y llegué a Europa en un estado del más absoluto agotamiento de fuerzas y de espíritu. Me veo en ese tiempo como si hubiera sido un sonámbulo. Poco a poco me he ido reponiendo, aunque tomando diariamente mis obleas de amargura y de pesares, y mi físico al menos se mantiene bien, experimentando cierto agrado en sentirme dulcemente envejecer.

Me cuido lo más que puedo, no hago ningún desatino, fuera de dejarme llevar, con demasiada frecuencia por las preocupaciones que nunca faltan, y me mantengo en un ais-

lamiento que procuro hacer agradable. Los viajes me han distraído mucho. Al principio viajaba por cambiar de ideas, hoy lo hago por buscar climas.

París está en esta época en la plenitud de su animación, pero siguiendo los consejos del médico que consulté en Berlín, he preferido arrancar del invierno que era agudo. Sabrás, sin duda, que el frío y la nieve han alcanzado proporciones excepcionales en Europa. Hasta 18 grados bajo cero en París, hasta 20 en Berlín, más de 40 en Checoslovaquia. Y aquí estoy, entre aburrido y agrado, con un tiempo fresco y tal vez traicionero, pero con un hermoso sol de invierno que no calienta y que todo lo ilumina y embellece. Noto que Monte Carlo ha perdido mucho desde hace años. Es ahora una estación de reposo y salud, sin más entretención que el juego, que no me tienta, y el teatro que en la gran temporada es muy bueno. Pero ya no hay lujo, animación ni fiestas. Yo ocupo una buena pieza con balcón sobre la plaza del Casino y esto me da una sensación de vida y compañía que compensa la carestía de estos grandes, suntuosos, y, en el fondo, tristes hoteles.

Ya tienes un resumen de mi diario vivir. Me ocupo actualmente, para distraer mis ocios, en arreglar mis papeles y revisar mis discursos. No puedes imaginarte cuánto bien me hiciste con manifestarme interés por recopilarlos y publicarlos. Me sentí estimulado y me vino la idea de corresponder a tan cariñoso pensamiento. Antes lo había tal vez pensado, pero no me sentí con fuerza para hacerlo. Te agradezco, pues, esta poción de cordial que me has dado. Espero que la cuerda me dure y no me quede a medio camino. Nunca he podido dictar y he debido trabajar solo, escribiendo

borradores que yo mismo corregía para hacerlos sacar en limpio. La presencia de una persona en mi sala de trabajo, me perturba, me angustia y me paraliza.

He leído el discurso que escribí para incorporarme a la Academia Chilena y que trata especialmente de las libertades públicas y condena los sistemas de gobierno despóticos y de fuerza. Tú sabes que en vista de la resonancia que tal discurso habría tenido y de sus consecuencias, atendida la situación de dictadura del país, la Academia me incorporó en sesión privada con fecha 18 de junio de 1927. (Tú estabas en Europa). Un mes después, aún sin ser publicado el discurso, yo era deportado y se me arrebataban mis bienes. Con discurso, estaría pasando la Pascua en Pascuas.

Yo no tenía entonces, como la he tenido después, la intención de atacar al Gobierno. Hablaba como hombre público y exponía mis ideas con franqueza. Domingo Amunátegui, que debía recibirme en la Academia, comprendió con mayor juicio que yo, que éste iba a ser el estallido de una bomba, que podría acaso derribar a la Academia misma o al menos causar sinsabores al Arzobispo, su Presidente, a quien debo tanto cariño y respeto; y fue él (Amunátegui) según creo, el que gestionó o aconsejó la recepción privada, de lo que hoy me alegro mucho.

Ahora me ha venido la idea de publicar el discurso, es decir, de hacer un folleto, porque creo que vale la pena. A veces, sin embargo, me desanimo y me pregunto con qué objeto hago estas cosas. ¿Qué interés hay en que escriba o publique un discurso? Todo esto me suena ya a un pasado muerto y que tardará largo tiempo en renacer.

Tu última carta, escrita en un hermoso papel violeta,

me trajo una racha vital y animosa. Conserva ese estado de ánimo, mi hijita, y no vuelvas a entristecerte. Recuerda a esos condenados a quienes Dante pregunta: “¿Y vosotros, por qué estáis aquí?” y ellos responden: “Fuimos siempre tristes bajo un sol radiante...”

En este momento me llegan del hall de abajo los acordes del Adagio de la Patética que comienza la orquesta. No la puedo oír sin un sentimiento lleno de melancolía que me hace abrazarte desde aquí, mi querida hijita, con el cariño y la emoción de unos días siempre presentes en mi espíritu.

Eliodoro.

A la señora Inés Echeverría de Larraín.

París, 13 de marzo de 1930.

Mi querida amiga: Al regresar de Buenos Aires recibí su carta, escrita hace ya cuatro meses, y he tardado en contestarla por esas causas imprecisas y sin explicación, que, sin embargo, son las únicas que justifican nuestros retardos. Las cartas banales, de negocios, o que se refieren a nuestra vida exterior, se contestan sin demora, pero otra cosa es cuando tenemos que penetrar en ese archivo secreto en que se consignan y guardan nuestros sentimientos íntimos. Y la suya me ha causado este efecto porque me ha hecho mirar hacia atrás y hacia adelante al mismo tiempo; el camino recorrido y el trecho que queda por recorrer. Me habla Ud. en ella de aquellos sucesos pasados que mi viaje a Buenos Aires y la nueva separación de mi familia han renovado con inten-

sidad. "La vie se compose d'adieux, decía Chateaubriand, et c'est pour cela qu'elle est triste". Y la muerte de seres queridos que Ud. ha sufrido ¿qué otra cosa es que los adioses de un viaje que no tiene regreso?

Sus palabras me estimulan porque tiene Ud. una comprensión delicada y penetrante que me hace ver con claridad muchas de esas cosas que se sienten sin precisarlas. Y más que ellas, su ejemplo es un gran estímulo, al verla emprender animosa una obra tan trascendental como es la "Evolución espiritual de Chile". Hace poco tiempo hacíamos recuerdos de Ud. con Francisco García Calderón y él me decía que su libro "Hacia el Oriente" es de lo más hermoso que se ha escrito en nuestra América. El decenio de 1917 a 1927, que fueron los años de vida de "La Nación", quisiera yo poder escribirlo en el libro que Ud. prepara para ahorrarle el fastidio de una autobiografía. Porque, durante ese decenio, desde las columnas del diario, Ud. sacudió la mentalidad femenina, derribó barreras, borró prejuicios y empujó la evolución espiritual del país, mientras yo, por mi parte, me esforzaba en devolver a la prensa nacional su grande y noble misión de cultura, de respeto y de ilustración; y a la política, su superioridad directiva, por encima de las pasiones, los egoísmos, los apetitos e intereses que nos han traído a la situación actual. Ud. ha triunfado, mi querida amiga, y es para Ud. una satisfacción y un honor. Yo he recogido ingratitudes, agravios e injusticias. Y aquí me tiene, herido, pero no amargado. Sin odios, pero con gran memoria. Y solo, en un resto de vida que tanto requiere de afectos inmediatos.

Ud. se considera una solitaria como yo. ¿No cree que todos los latinoamericanos que hemos cultivado nuestra men-

te y hemos viajado somos unos grandes solitarios, unos desterrados? No sé si alguien haya hecho esta observación, pero en este tiempo pasado he sentido esa verdad muy a lo vivo. Si estamos acá, sentimos que nos falta el ambiente familiar, todo lo que ha rodeado nuestra vida desde la infancia, las cosas y las personas queridas, las cosas y las personas desagradables o antipáticas, porque también estas últimas se incrustan en nuestro ser y pasan a ser algo que cuenta en la vida. Si estamos allá, nos falta el pasado, la tradición, la cultura espiritual que nos transmite el arte en todas sus manifestaciones, el fondo histórico que ilumina hasta las piedras del foro romano. Y no hay alivio. Existe dentro de nosotros mismos un eterno ausente que nos da la soledad de nuestra vida habitual en un caso, la soledad de nuestro espíritu en otro. Y, pensando así, Ud. comprenderá cuál es mi estado moral cuando ni aun tengo entusiasmo por el trabajo, que ha sido la gran pasión de mi vida, pero sin perder el optimismo que siempre me ha acompañado y que es preciso cultivar con buen humor. La vida tiene por sí exigencias e imposiciones para los hombres como para los pueblos y es de esperar que las aguas desviadas transitoriamente de su cauce vuelvan pronto a su curso normal.

Pero hay un párrafo de su carta que me ha hecho vibrar y me trae a la memoria el comienzo de un hermoso cántico de Virgilio, cuyo 2º milenario va a celebrarse este año: "Infandum, Regina, jubes renovare dolorem..." Así empieza el viejo Eneas ante la reina Dido la relación de las desgracias que ha presenciado y sufrido. Yo no voy a fastidiarla con las mías y con el proceso de lo pasado. Eso me convertiría en un alto acusador y para acusar y abrir un gran proceso

es menester que existan jueces y que haya justicia. No es el caso ni el momento.

Me habla Ud. de su intimidad con la mujer de Dávila y que Florita ha visto que en esa intimidad, cubre Ud. con su aprobación la conducta del marido. ¡Cómo comprendo a mi hija de no poder convivir en el cariño sino dentro de la integridad de sus sentimientos! No puede Ud. ver en ella ni un reproche ni un enojo, sino sinceridad y lealtad para con ella misma. Cuando nos damos en nuestros afectos, sentimos rápidamente si se ha entreabierto alguna puerta por la cual nos viene una corriente de aire frío. Y no en vano la he comparado a Ud. con la reina Dido. Ud. tiene también un cetro en nuestro país y, como todos los soberanos, está un poco a merced, por más que se defienda, de ese esfuerzo de las personas interesadas en acercársele y que la estudian y se amoldan a sus gustos para ganar su intimidad.

La expoliación de que fui víctima tuvo por principales autores y ejecutores a dos ministros que, naturalmente, me debían toda clase de servicios, pero ellos no habrían podido realizar sus propósitos si no hubieran contado con la complacencia de Dávila. Yo, en el primer tiempo, me resistí a creer en lo que estaba demasiado claro, tal era mi confianza en él, y hasta ahora no encuentro explicación a su proceder. Dávila era el Director y jefe de la Empresa y su primer deber consistía en defenderla y conservarla en la integridad de su desenvolvimiento próspero y creciente. Era el hombre de toda mi confianza y tenía, ante todo, el deber moral de corresponder a ella. ¿Qué pasó, qué causas lo hicieron olvidar estos sencillos deberes? No lo sé. Pero el hecho es que él se puso del lado de los expoliadores, me presionó, me urgió,

llenándome la cabeza de temores imprecisos que aumentaron el aturdimiento que en mí se produjo en aquellos días, aturdimiento fatal que facilitó la expoliación. El obtuvo como premio o recompensa trescientos mil pesos en dinero y la promesa de un puesto en el extranjero. Pero, créame, me cuesta concebir que sea esa la causa de su actitud.

Las consideraciones que me debía eran, a mi juicio, de más peso.

Cuando, al fundarse el diario, me ofreció sus servicios, era empleado en la sección cables de "El Mercurio". Yo lo hice jefe de la misma sección en la nueva Empresa. Poco tiempo después lo nombré Subdirector y antes de los tres años llegaba a Director con participación en las utilidades, lo que le permitió adquirir una alta y notoria situación en el país. La competencia con que dirigió el diario me hizo creer que había sido justificado este rápido ascenso.

Durante mi permanencia en Europa desde 1925 a 1926, me causó la primera inquietud. A pesar de mis instancias reiteradas por carta y por cable, no obtuve la menor noticia acerca de la marcha del diario ni respuesta alguna a mis comunicaciones. A mi regreso comprendí lo que presumía desde antes (y que me movió a dar instrucciones para modificar la situación que yo había dejado al partir) comprendí, digo, que la estabilidad de la Empresa estaba ligada en mucha parte a él por sus estrechas y múltiples vinculaciones con los elementos de influencia de una época llena de perturbaciones y peligros. Una elemental prudencia me aconsejó prescindir de su extraño e inexplicable silencio y reiterarle mi confianza. En esos días el Gobierno le ofreció la Legación en Inglaterra. Me apresuré a manifestarle que no quería ser

obstáculo a su porvenir y que procediera con entera libertad, apreciando sólo su conveniencia y seguro de mi aprobación. Me contestó emocionado que él había ligado su vida a la Empresa y a mi servicio y que su deseo era conservar su puesto mientras yo lo creyera útil a la prosperidad del diario. Pocos meses después esta situación había cambiado en las condiciones que Ud. sabe, y cambiado por causas que no eran políticas, pues el diario apoyaba con mesura y discreción el estado de cosas existentes y mi dirección en él era el único medio que el Gobierno tenía de ganarse la opinión pública y encauzarla hacia la normalidad constitucional en bien de él mismo y del país.

Cuánto desearía, mi amiga, estar cerca de Ud. para conversar de estas cosas. No hay sino Ud. en el mundo, fuera de la intimidad de mi familia, con quien pueda hablarlas. Y tendría tanto que decirle. En general, me resisto a tales confidencias. Son inútiles y mortificantes para el que las hace, y para el que las recibe. Si hoy algo le cuento, es sólo movido por su carta y para que pueda apreciar el pensamiento y el sentimiento de Florita en el caso de que me habla. Ella está en la verdad y en la justicia. No la sienta equivocada...

Crea, mi querida amiga, en mi viejo e inalterable afecto y deme la esperanza de que este año la tendremos por acá.

Muy cordialmente,

Eliodoro Yáñez.

En esa época me escribe Inés Echeverría: "Te recuerdo bajo el peso del gran dolor que nos ha dado la muerte de 'La Nación'. Para tu papá ha sido un golpe demasiado cruel.

Se ha hecho en forma tan alevosa la confiscación que hasta sus enemigos han temblado ante la amenaza que implica contra la colectividad. Va tu papá muy herido y atribulado. No sólo asiste a la destrucción de su obra, sino que ha sufrido la perfidia de hombres que formó, que favoreció y que encumbró él mismo. Da náuseas esta vergonzosa deserción. Subasta al mejor postor de las conciencias y de la amistad. Lo que más siente don Eliodoro es que el aturdimiento que le causó el golpe, impidió que su cerebro funcionase en ese momento. Sufrió un eclipse de su luz. No sacó ventajas ni siquiera reservas para el porvenir. Cuando le presentaron la escritura, no sabía él ni lo que leía.

Este recuerdo lo atormenta con una inmensa desesperación. Es preciso que Uds. lo alivien mostrándole que en el plan divino, el aturdimiento está previsto para que se realice la catástrofe y que estas hecatombes sirven para abrir hueco al acontecimiento superior que viene en camino.

La verdad es que le han quitado su diario pero no su talento. Ahora precisa que encuentre en Uds. un afecto muy tierno y comprensivo. Lo atormenta la idea de que ha arruinado a su familia, de que sus nietos Pepito y Alfonso —no tendrán ese gran transatlántico del ideal para cruzar el mundo que era el Diario. Convénzanlo de que cuide bien su salud para que vuelva un hombre nuevo a continuar la vida. Su ausencia probará muchas cosas. Dile a Pilo cuán sinceramente lo he acompañado en este duelo nuestro. Don Eliodoro debe irse inmediatamente a Nauheim. Ayer tuvo un fuerte malestar cardíaco. Admiró, sin embargo, su naturaleza privilegiada que le permite atravesar tales huracanes con la cabeza erguida”.

Doy ahora la palabra a mi hijo Alfonso que escribió muchos años más tarde en sus maravillosas memorias de infancia que yo publiqué a raíz de su muerte prematura con el título de "Dintel".

"Al hablar sobre mi abuelo, sería preciso comenzar por ese niño de la película "Alemania, hora O", ese niño que lleva sobre sus hombros una responsabilidad repentina, demasiado grande para sus cortos años. Ese niño de ojos claros de la película, en cuyo rostro ya asoma la viril ternura, se dio también en Eliodoro Yáñez, cuando siendo aún adolescente, asumió la tarea de salvar a su familia. Era el hermano menor que las circunstancias convirtieron, forzosamente, en el hermano mayor.

Fue el fundador, aquel niño modesto, de aquella comarca familiar compuesta por la casa de la calle San Antonio, (con sus patios, canarios, relojes de péndulo) por el organismo rural de Lo Herrera que, en cierta forma, llevaba también su marca. Y su energía vibrante pero templada, la vació en esa empresa callejera, estremecida, prodigiosa, que fue el Diario. Fue sobre todo el fundador de cierto *estilo* en el actuar y el ser. Estilo sereno, depurado, alto, que dejó su influjo en el foro, en la diplomacia y en el parlamento chileno de aquella época.

Hay una cierta melancolía en su acción. Condujo con soledad su vida valiente y extraña. Separado de los hombres como individuos, no tenía mucha fe en ellos. Más bien los despreciaba. Combatía con su bastón la indolencia, la ingenuidad, la falta de galantería. Observaba con escándalo esa *corrosión* que ya asomaba en su patria.

Su combate, para su familia, con excepción de su hija

mayor, fue algo así como una cascada lejana. Para él, solitario príncipe, la palabra "empresa" tenía un tinte casi épico. Era preciso fundar, realizar, crecer. Tal vez la orfandad prematura y el desafío al fracaso que inspiró en él, fueron el origen de esa parsimonia que no lo abandonó nunca.

Actitud que sedujo a su yerno, adelantándose en duelos, peleando con algunos sobrinos degenerados que querían apoderarse del Diario, entregó con devoción, la nobleza y el arrojo que ponía en las causas ajenas.

Pero vino el golpe. La soledad interior es una actitud expuesta, en Chile. Hay una eterna conspiración contra el hombre solo. Un militar, no llegado al Gobierno por la vía sediciosa que le agradaba, sino por la legal que no entendía, encontró en los colaboradores más inmediatos de Yáñez, secuaces ansiosos de ayudar a perpetrar la expoliación.

El destierro debe ser una cosa profundamente extraña cuando se vive solo. Despojados del Diario que era su posesión más querida, el niño que vimos en "Alemania, hora O", conoció mejor que nunca la neblina de Europa. En la soledad y la derrota, la injusticia y la burla, otro significado adquirieron sin duda el negro perfil de las ciudades nórdicas, los grandes focos de los autos de entonces.

A pesar de su brillo, sus ojos verdes, su gentileza, él era un hombre gris por naturaleza. No dejó rastros del destierro. Pero no es lícito apresurar conclusiones. Puede un temblor recorrer un pueblo, despertando solamente algunas luces y ladridos, y estar causando ese temblor, no lejos, la destrucción y la muerte. Las decepciones más grandes las encubre el silencio.

Al verlo de regreso, en sus últimos meses, comiendo en

la pieza del hotel un pollo sin sal, y las manos cubiertas de lunares de vejez, sentía yo el estremecimiento que despiertan a esa edad las personas grandes y solas.

Escasos son los datos que abren una rendija hacia su ser verdadero. Mas todo lo concerniente a ese fino, temible y alerta caballero, me interesaba. Hasta saber, por ejemplo, que en 1897 cumplía treinta y siete años, datos así, sin importancia me parecían repletos de simbolismo.

Fue José, su nieto, quien avanzó la teoría de que la descendencia quedó extenuada de acción. La aparente asfixia que realizó en sí mismo Eliodoro Yáñez de un destino contemplativo, para encauzar su energía hacia la empresa, estaban expiándola sus descendientes por medio de una resistencia, los más conscientes; de una torpeza, los otros, hacia todo lo que fuese ejecutivo. O dicho de otra forma, reponían la creación que el abuelo, en su lucha, no quiso o no pudo realizar.

Pero no fue solamente progenitor. Fue ellos mismos, dos cuartos antes de siglo, más preparado para la guerra porque era más solo. No descendía de sí, como ellos, que al descender de él, es decir, había sido ya una vez.

Eran libres, ahora, de ser como quisieran. El levantó la muralla tras la cual, agazapados, ellos creaban. La contradicción era aparente. Eran distintas etapas de un mismo ser. (Noventa años más tarde reaparecería tal vez en alguna bisnieta, caminando agachada bajo el bosque)".

A María Flora.

París, septiembre 22 de 1930.

Mi querida Florita: Mucho me ha interesado tu carta, especialmente lo que me cuentas de tu escena muda con Dávila. Tú tienes un carácter altivo y valeroso y sabes tomar con rapidez una situación, y, por ello, ponerte siempre en tu lugar y a los demás en el que les corresponde. No sólo te felicito por tu actitud: te la agradezco con emoción.

La culpabilidad de Dávila no me vino sino algún tiempo después, cuando con mayor calma pude darme cuenta de lo ocurrido y apreciar muchos detalles que sólo más tarde tomaron su verdadera significación. Al principio, yo sentí el mismo efecto de la persona que recibe un garrotazo en la nuca: perdí los sentidos. La facultad de reflexionar y comprender las cosas se debilitó casi totalmente. Me parecía estar en mi juicio y, en realidad, no lo estaba. Era como algo muy penoso e intenso que se está viviendo en sueños. Nadie hubo cerca de mí para hacerme ver lo que ocurría. Ese estado de debilidad de espíritu en que me encontré y las consecuencias que esto ha tenido para mí y en especial para mis hijos, es lo que me causa mayor amargura.

Así comprenderás, mi hijita, cuánto me ha conmovido tu actitud y cuánto te la agradezco. Yo me reprocho no haber conocido antes a la gente que me rodeaba. En realidad la conocía y por eso me es tan doloroso no haber sabido o podido precaverme. Veía que después de la revolución, dado el estado de cosas existentes, el diario estaba a merced de Dávila por sus vinculaciones con los elementos directivos del movimiento. Esto era una garantía y un peligro. Creía yo que la confianza que le otorgaba era lo que mayor fuerza

tenía sobre él. ¿Y cómo no confiar? Me debía todo lo que era. Sin mí habría vegetado su vida entera en un modesto empleo de "El Mercurio", para llegar tal vez a jefe de crónica. Y yo lo consideraba de tal modo vinculado a la empresa, que para mí se identificaba con el diario. Sin embargo, hoy estoy convencido de que Ramírez obró de acuerdo con él y que sin su intervención nada habría podido hacerse. Hay en su conducta tal fondo de ingratitud y de indignidad, que subleva el alma...

La última vez que vi a Ibáñez fue en la tarde del día de su elección. La conversación fue larga e interesante. Luis Barros llegó a sus comienzos y participó en ella. Te contaré un solo punto, ya que tú me hablas de que yo escriba mis memorias. Después de analizar la situación y apoyar sobre los deberes de apaciguamiento y de concordia que ella imponía para restañar las heridas y volver a la normalidad—cosas todas en que el Presidente se manifestó de acuerdo—, yo le dije que él era tan feliz como Octavio, pues tomaba el Gobierno en un momento de cansancio y de anhelo de paz que todo el país sentía sin distinción de clases ni de partidos, y que ésta era una enorme fuerza para facilitar su tarea, porque le permitía contar con el concurso general. Ibáñez asintió en términos satisfactorios y aun habló de suspender las deportaciones y poner fin, salvo excepciones sin importancia, a las ya dictadas.

En la noche supe que, por razones que todavía ignoro y que nunca podré explicarme, entregaba las riendas del Gobierno al hombre más inepto y, contra toda conveniencia, mantenía la Hacienda Pública en manos tan inexpertas e incapaces como atolondradas y suficientes. En la charla de

“La Nación”, cuando llegó la noticia, dije refiriéndome al país: “Estamos perdidos. Nada hay que esperar ni nadie está seguro. Si el Presidente conoce la situación, le falta el conocimiento de los hombres, sin el cual todo Gobierno va a un inevitable fracaso”. No sé si estas palabras fueron llevadas a La Moneda, pues ya se vivía en el período de las delaciones.

Volviendo a la expedición de los Marmaduques, hay en ellas un fondo de idealismo y de arrojo personal caballeresco, digno de mejor suerte. Los ánimos, estimulados por las revoluciones triunfantes en tres países vecinos, van a acentuar y a fortalecer el espíritu de rebelión que es la forzosa consecuencia de haber suprimido las libertades públicas. Se me imagina que los Marmaduques han sido traicionados. Si son fusilados, como se asegura en cablegrama publicado hoy, los días del Gobierno son contados y caerá a corto plazo. Yo admiro el arrojo de estos revolucionarios actuales y futuros, pero francamente no tengo hechuras de conspirador. El conciliábulo secreto, la confabulación oculta, no entran en mi espíritu ni están de acuerdo con mi temperamento. Por eso, nunca en política figuré en círculos o fracciones, ni en intrigas o trampas, lo que explica que nunca tampoco se hayan formado a mi alrededor sindicatos de intereses ni haya contado con amigos complacientes entre los políticos. Y por ello también, cuando he recibido un golpe, nadie se ha sentido amenazado. Muchos consideraron egoísmo lo que era un distinto concepto de la política. Ahora mismo, para apreciar lo que pasa en el país, prescindo sin esfuerzo de mi situación personal y juzgo los acontecimientos con el criterio de la Historia que mil veces ha contem-

plado situaciones análogas con consecuencias como las que habrán de venir. Porque es inútil esperar otra cosa: cuando un Gobierno suprime las libertades públicas, tiene que vivir en tembladera. Y el gran peligro para el país, para la tranquilidad colectiva, se produce cuando este estado termina y se intenta pasar a un régimen normal. Es la hora de la liquidación de los errores del pasado. Créeme que esto me preocupa enormemente. Ha habido tal locura de gastos inútiles y de empréstitos innecesarios, que parece que nadie en Chile pensó en la crisis económica mundial que desde hace tiempo se preveía. El remedio más urgente es una feroz disminución en los gastos. Esto no siempre es fácil en la vida privada. Y en la situación actual del país es peligroso para la vida pública. El Gobierno no tiene la autoridad moral ni tendrá la energía de hacerlo, porque temerá las consecuencias para su estabilidad.

Temo mucho que esta situación se prolongue más de lo que hoy se piensa. En Chile hay pocos medios de contrarrestarla y nada se hizo para prevenirla o atenuarla.

Aquí en Europa tiene ramificaciones y repercusiones muy variadas. En el orden financiero y en el de los negocios bursátiles, ya bastante estropeados por los sucesos de New York, se complica con la situación internacional que, a pesar de los esfuerzos de Mr. Briand, se hace cada día más oscura. El triunfo electoral de los nacionalistas en Alemania y la intensa campaña por modificar el tratado de Versalles, unida a la agresiva actitud de Italia en contra de Francia, han hecho nacer la intranquilidad para el porvenir. La idea de la revisión de los tratados encuentra entusiasta acogida en Alemania, Italia, Austria y Hungría, y ella lleva envuelta una

franca hostilidad hacia Francia, Polonia y Rumania. Agrégase la indiferencia de Inglaterra, cada día más tomada por sus problemas internos, y la posibilidad de una inteligencia de Alemania con Rusia que, al parecer, Italia no mira mal.

Hay que precaverse. Nadie sabe lo que va a seguir, pero no será una era de vacas gordas. Disminuir gastos para ser menos débil en los momentos de debilidad general, me parece de todo punto indicado. Y no creas que en lo que avanzo, tanto respecto de la situación general como de la política del país, hay pesimismo; es sólo la apreciación razonada del estado de cosas existentes con su lógica inexorable.

Y todo esto que te vengo diciendo me hace pensar de nuevo en tu film mudo y en la banda de facinerosos que me robó el diario y esterilizó diez años de esfuerzo en servicio del país. "La Nación", inspirada y dirigida por mí, hacía una obra previsorá, encaminada a atenuar los males que toda dictadura engendra, a evitar nuevos trastornos y golpes de fuerza y a mantener las tradiciones de buen gobierno y de servicio público, pensando, como decía Thiers, que "para salvar una revolución es preciso precaverla de sus excesos: los de la calle y los del uso abusivo de las instituciones". Aspiraba a preparar la vuelta a la legalidad en condiciones de que ella no encontrara el país destruido, las instituciones desprestigiadas, el espíritu público desmoralizado o corrompido, y los hombres de valer dispersos, inutilizados o desacreditados.

Porque el progreso de un país representa la acumulación incesante de grandes y de infinitos pequeños esfuerzos que se pierden en la prolongación de un régimen dictatorial. Los que me despojaron del diario, obraron por pasiones mez-

quinas y mezquinos intereses personales y no comprendieron el interés del país y del propio Gobierno.

Y basta. Con nadie hablo de estas cosas, pero a veces siento la necesidad de desahogarme. Y si ahora lo hago contigo es por la impresión que me ha causado tu carta y porque tú me comprendes y sabes apreciar lo que digo y siento.

De nuevo agradezco tu querida cartita y, con muchos cariños para ti, Pepe y los niños, te abraza tu papá que tanto te recuerda.

Eliodoro.

Transcribo otra carta de esta misma época:

“Me preocupa mi biblioteca. Es preciso que alguien esté sobre ella y se me ocurre que en Lo Herrera, donde se ha pensado colocarla, estará muy abandonada y expuesta a la intemperie. Hay en ella muchas buenas obras de todos los tiempos, difíciles de reemplazar, clásicos antiguos como Homero, Demóstenes, Cicerón y las “Vidas Paralelas” de Plutarco, libro incomparable que ha tenido enorme influencia en el desarrollo histórico del mundo durante siglos.

Te despaché un montón de libros entre ellos uno de Paul Valéry que acaba de salir. Para tu hijo Pepe los “Morceaux Choisis” de Chateaubriand, aunque no soy admirador de Chateaubriand sino desde el punto de vista literario (hoy están sus obras muy de actualidad por ser este año el centenario del romanticismo); para Monique y Alfonso los cuentos de Perrault y las fábulas de Lafontaine, fuera de Robinson Crusoe que mandé anteriormente. Todo mi pensamiento

es para los queridos ausentes y, a cada cosa que veo y está a mi alcance, pienso: esto le gustará a Florita, esto a Luisita o a Gabrielita, esto a alguno de los niños.

De nuevo agradezco tu querida cartita y con muchos cariños para ti, Pepe y los niños, te abraza tu papá que tanto te quiere.

“Mi querida Florita: Esta noche es Nochebuena, noche de Natividad, como dice la canción, pero yo me siento tan desc centrado que acabo de aceptar una invitación de Mr. y Mme. W... para ir a pasar el año nuevo a Berlín.

Tu cariñosa cartita del 27 me emocionó hasta las lágrimas. Todos los que llegan dicen lo mismo: que el espíritu de revuelta crece cada día como un torrente que aumenta su caudal. Es siempre así; es la ley fatal de la Historia por la supresión de las libertades públicas. Pero los gobiernos no se convencen de que es imposible detener el torrente con el cedazo de alambre de púa de la dictadura. Al fin las aguas, llenas ya de lodo, arrastran cuanto hallan a su paso y con ello la tranquilidad y el bienestar de las familias y del país, las finanzas, los esfuerzos acumulados de muchas generaciones. Desgraciadamente en estos casos uno no puede decir como Dante: “Sguarda e pasa...”

En cuanto a lo que me pides que me dedique a escribir mis memorias, no creo, mi hijita, que encontraría en mí el reposo y la serenidad que se requiere ni creo que podría hacerlo, falto como estoy de documentos y entregado por completo al recurso un tanto vacilante de mis recuerdos. Es difícil y a veces peligroso, juzgar el pasado a través de la opaca neblina de nuestra memoria; sólo es posible dar im-

presiones, es decir, la huella que los acontecimientos han dejado. Creo además que mi participación en los sucesos de la vida política del país, no tienen el interés suficiente para justificar un libro. Si escribiera mis memorias, sería únicamente un resumen de impresiones y recuerdos que legaría a mis nietos sin otro espíritu que vivir intensamente en su recuerdo y hacerlo en cierto modo partícipes de mi propia vida, como si me hubieran acompañado y conocido en el curso de ella. Algo les serviría el conocimiento de una existencia que les está íntimamente ligada. La vida es por lo general una incesante acumulación de esfuerzos y de errores. Es una línea trazada con mano temblorosa y que sólo aparece recta mirándola desde lejos.

Deseo mucho que cultives tu música; es uno de esos recursos del hogar que ayudan a mil cosas de la vida. Deseo también para ti y los tuyos muy buenas Pascuas y feliz Año. Me acordaré intensamente de ti, de tus niños y por eso tienen un encanto especial y producen cierta melancolía a la distancia. Dan la idea del hogar, alegre y feliz, aunque en algunos casos no sea ni muy alegre ni feliz, de la familia y en consecuencia el sentimiento más fuerte y duradero del corazón humano.

Te escribo rodeada mi mesa de todos los retratos de Uds. que siempre me acompañan y te digo ¡hasta pronto!”

Eliodoro.

A María Flora.

Villa Igica, Palermo, febrero 18 de 1931.

Mi querida Florita: Desearía tenerte con todos tus ni-

ños en esta Villa Igiea, que semeja un gran castillo normando, edificado en las afueras de la ciudad, en medio de un parque con jardines y terrazas que descienden hasta el mar. La ciudad no vale gran cosa y es grato permanecer todo el tiempo en el hotel, gozando de la vista, con un clima suave y reposante. La bahía se cierra hacia un lado por cerros de formas bizarras y alturas desiguales que dejan ver a la distancia trechos de montañas nevadas y del otro lado el mar que se pierde en el horizonte. Los días de sol, Sicilia es de una belleza incomparable. Hace tiempo que yo deseaba visitar esta isla, cuya historia tres veces milenaria y cuyas ruinas, vestigios de los griegos, los cartagineses y los romanos, no carecen de grandeza. He estado solamente en Taormina, al pie del Etna siempre nevado. El hotel es un antiguo convento de monjes dominicos y guarda su aspecto con el imponente claustro y las piezas que parecen celdas de frailes. Uno se siente aquí lejos del mundo, en pleno reposo. Como Madeira, la Sicilia es un lugar privilegiado para sustraerse a la vida febril de Europa. Este Villa Igiea, sobre todo, con sus terrazas sobre el mar, sus árboles, los naranjos y limoneros cargados de frutos maduros que pueblan toda la Sicilia, es excelente para el sistema nervioso. He recuperado el sueño y la quietud del espíritu. Todos los días trabajo una hora, lo que ya es una gran cosa, pues no había podido hasta ahora sentir ese estado de serenidad moral que nos permite sentarnos frente a una mesa de trabajo.

He leído aquí un libro interesante: "Babitt" de Sinclair Lewis, autor americano. Escribí a Pilo para que te lo envíe desde París. Paul Morand, que prologa la edición francesa, no le dio la significación que yo le doy. El autor, a mi jui-

cio, no ha querido pintar el tipo corriente americano, el tipo standard, sino el hombre tipo de todos los pueblos y de todos los tiempos que se esfuerza por sobresalir en sociedad, por alcanzar la consideración y la amistad de las personas que estima mejor colocadas, por jugar un rol que llame la atención, ser siquiera un pequeño personaje, tener ideas y convicciones, y todo eso ahogado por una extrema e inevitable vulgaridad y una falta de fijeza de rumbos que lo hace ser juguete de los acontecimientos. ¡Cuántos "babitt" encontramos a cada paso en la vida!

Ahora que he recuperado cierta serenidad de espíritu, siento que alejarse de un país es como subir a un mirador; los detalles se pierden y sólo se ven las grandes líneas. El divisarlas me demuestra que la avalancha que barrió con todo lo mío, no alcanzó a nublar-me la vista. Pero para mirar bien es menester elevarse sobre sus propios sentimientos y desprenderse de aquellos que apagan las antorchas para que no se vea el camino.

¡Qué llegará a ser de Chile!, me digo con angustia. Hago cálculos, peso probabilidades y sigo con cierta lógica el desarrollo de los acontecimientos que quedaron en marcha. Cuando, a despecho de la voluntad nacional, los gobiernos de fuerza pretenden afianzarse, son derribados en la misma forma en que nacieron o quedan sujetos a eventualidades imprevistas. Duran a veces lo que el hombre que asume el poder, pero no llegan nunca a constituir un sistema estable y regular. Aparte de la difícil vuelta a la legalidad, empiezan a concentrar en su mano la mayor suma del poder público y por rodearse de hombres mediocres, incapaces y complacientes, como en todo gobierno personalista. Bien pronto

se ven arrastrados a usar esos medios que impone la necesidad de mantenerse en el poder y resguardar el orden, o sea, a suprimir las libertades de pensamiento en todas sus manifestaciones externas y aceptar la delación para anticiparse a aquellos que quieren defender sus derechos. La Historia está llena de ejemplos de este descenso de los gobiernos de fuerza, aún los mejor inspirados. Séneca dijo estas palabras, aplicables a la Historia de todos los tiempos: "El delirio de acusar agotó a Roma mucho más que una guerra civil".

Sin embargo, es un fenómeno curioso el que se opera en la mayoría de los hombres: conocen con exactitud la historia de los sucesos lejanos, la historia de los libros, pero no comprenden ni ven la historia que ellos viven. Sólo cuando los hechos se consuman y los males se causan, miden los errores cometidos. Es la clarividencia retrospectiva, tan estéril como perjudicial, porque sólo sirve para buscar explicaciones o señalar culpables. Mi impresión es que se está viviendo en Chile en plena incoherencia, y es precisamente en ese período de los pueblos cuando se incuban fácilmente las ambiciones y las intrigas, los encumbramientos ficticios y los grandes desaciertos. Oscuro me parece el porvenir. Preveo el pronto regreso de P. Ramírez al Ministerio de Hacienda y el establecimiento de cupos, como en las guerras medievales.

Pienso como en una bendición en el próximo viaje de tu mamá con alguna de Uds., probablemente Gabrielita. Quizás vengas tú también. Iré con gusto donde lo deseen. Eso de enclavarte en París, como a ti te gusta, o, durante el verano, de pasarlo entero en alguna playa, lo puedes hacer mucho más tarde. Es dudoso que a mí me tengas otra vez, porque me voy sintiendo muy viejo. Así es que les digo: hagan

un variado programa de viajes para que lo cumplamos juntos. Ya no creo que pueda conformarme con permanecer de nuevo solo tanto tiempo y le escribo a tu mamá que apure su venida, turnándose Uds. cada una para acompañarme.

Voy a buscar el libro que me recomiendas. Todo lo de Rusia es interesante. Ya pronto regreso a Roma para seguir a París, deteniéndome en diversas ciudades, con el objeto de hacer el viaje por pequeñas etapas. Esto de volver a París me hace el mismo efecto penoso con que todas las veces de mi vida salía de Lo Herrera para regresar a Santiago.

Que las bendiciones del cielo caigan sobre ti y los tuyos en tu nueva casa y que encuentres en ella, si no la felicidad completa, que es siempre "l'oiseau bleu" de la vida, al menos la salud y la paz interior que constituyen el mayor bien que se puede desear.

Con recuerdos a Pepe y cariños a los niños, te abraza tu papá que tanto te quiere.

Eliodoro.

A Alvaro, su hijo.

Madrid, abril 15 de 1931.

Mi querido Pilo: Fue una suerte para mí haber venido a Madrid en estos días que marcan la caída de la dinastía y el nacimiento de la nueva República, es decir, el suceso histórico más grande de España desde el restablecimiento de los Borbones.

NOTA: Su hijo Alvaro, a quien llamábamos Pilo, l'egó a ser más tarde el gran escritor Juan Emar, desconocido e incomprometido hasta después de su muerte.

La revolución empezó ayer en la tarde y puede decirse que ha terminado hoy, pero el entusiasmo popular no decae. Camiones, tranvías, automóviles, carretelas y otros vehículos, siguen circulando por calles y plazas centrales llenas de gentes, llevando dentro una infinidad de personas que enarbolan la bandera de 1873, rojo, gualda y morado, y que vivan la República y cantan la Marsellesa, con delirio loco.

Desde ayer a las cuatro P. M., en que fue suspendida la bandera republicana en algunos edificios de Gobierno, todo el mundo está en las calles. La Puerta del Sol, la Gran Vía, la carretera de San Jerónimo, la calle de Alcalá y las que las avecinan, son un hervidero de gente, y me dicen que en los arrabales pasa lo mismo. Es una revolución de primavera, alegre y gozosa, que tiene todo el aspecto de una fiesta nacional. Un número considerable de muchachas y chiquillos que van cantando y vivando a la República, le dan un carácter especial, juvenil y simpático.

El pueblo español ha dado un raro ejemplo en la historia de las revoluciones: nada de violencia, de odios ni atropellos. El comercio y los Bancos están cerrados porque todo el mundo quiere estar en la calle. A medianoche de ayer apareció en la Puerta del Sol un camión con un gran organillo y se hizo plaza para que la gente bailara e hiciera ronda en medio de cantos de ocasión, alusivos a las circunstancias. La época de "Cielito Lindo" en nuestra tierra no tuvo este aspecto de franca alegría y de júbilo general. Los únicos gritos desatemplados fueron un estribillo contra el general Berenguer, a quien se le tiene mala voluntad por el fusilamiento de los jóvenes revolucionarios de Jaca, Galán y García Hernández, cuyos retratos eran paseados por todas partes como los már-

tires de la libertad. Para el Rey sólo se oían los gritos medio cantados, de "Fuera Gutiérrez, se acabó Gutiérrez", que es el sobriquete con que lo han bautizado.

El ejército no ha tomado participación alguna, pero se sabe que simpatiza con la revolución. Es un movimiento general de opinión, manifestado en forma de algarada callejera, lo que ha derrumbado el trono. El Rey, el Gobierno, los elementos monarquistas, no pensaron un momento en la resistencia. Al contrario, la fuerza pública, incluso las policías, no se dejó ver y no hacía falta.

A mi juicio, ha dominado en las elecciones y en el movimiento popular que las siguió, un sentimiento de protesta contra la dictadura que el Rey aceptó durante más de siete años y contra la incapacidad del ministerio Berenguer que le sucedió. El resultado ha sido una sorpresa para todos, incluso los republicanos, porque no se había tomado en cuenta este descontento general.

¡Qué ejemplo para nosotros y, al mismo tiempo, qué vergüenza para nuestro desmedrado país, en que el espíritu público y el sentimiento de la libertad han muerto aun en el seno de la juventud! Aquí se derroca un rey que encarnaba viejas tradiciones y era un hombre de valer y de méritos; allá se soporta un gobernante inepto que no tiene ni lo uno ni lo otro y una dictadura que paso a paso va extinguiendo las fuerzas espirituales del país.

Cariñosamente te abraza,

Eliodoro.

A principios de julio de 1931, mi padre, mi madre y yo

hicimos un viaje por Europa Central. Copio algunos pasajes de mi diario a partir del día 26 de ese mes.

Domingo 26 de julio. Noticias de revueltas en Chile. Médicos se adhirieron a la manifestación de protesta por la muerte de un estudiante de medicina que dijo un discurso contra Ibáñez. Estado de sitio. Huelga general.

Julio 27. ¡Al fin! Cayó Ibáñez y el odioso régimen. Las noticias anuncian que un inmenso júbilo reina en todo el país. Mamá y yo no nos conformamos de no estar en Santiago en estos momentos de vibración nacional. Hemos recibido varios cables de París, entre otros uno de Pilo que dice: "¡Viva Chile!".

Mi padre escribió a mi hermana Luisa una carta, que se cruzó con una suya que luego reproduciré.

Doy a continuación, el texto de aquélla:

Mi hijita muy querida: Desde que comenzaron a llegar las noticias de Chile con la caída de Ibáñez y la iniciación de un nuevo régimen, he pensado en escribirles porque todo mi pensamiento estaba en Santiago y en medio de Uds., pero mi emoción ha sido tanta que no sabía cómo hacerlo. A la alegría del presente y la confianza en el porvenir, se mezclaba el recuerdo, ahora más vivo y sensible, de los males que este hombre ha hecho al país y de los que con tanta injusticia y arbitrariedad me hizo a mí. Su fuga posterior, que lo aparta de toda sanción, revela su verdadera fisonomía moral.

Durante más de cuatro años ha dominado el país, sin

otra ley que su capricho y el capricho de los hombres mediocres, serviles y defraudadores de que se rodeó. Con ellos ha gobernado sin plan, sin método y sin cabeza, y su dictadura ni siquiera ha tenido la sombría grandeza de las grandes tiranías. Ha desorganizado y corrompido la administración, ha arruinado las finanzas, y empobrecido el país, ha enajenado sin compensación sus riquezas naturales, ha abolido la libertad y las garantías constitucionales, ha violado el derecho de propiedad y perseguido a los ciudadanos, lo ha destruido todo, todo y cuando ve el despertar del espíritu público y su propia impotencia, ni siquiera tiene el valor de las responsabilidades y su sola idea es ponerse a salvo.

Desaparecido el principal culpable, es de temer que quede sin sanción esta era de vergüenza nacional. Vendrá la puja de los pequeños intereses comprimidos y el afán de los partidarios y usufructuarios del régimen caído, para mantenerse y plegarse.

Todo esto me causa una tristeza infinita, la tristeza del que viera su hogar en ruinas, destruido por un gran ciclón que ha dejado sólo los muros en pie. Porque es el caso de decir como Federico el Grande después de la guerra de Silesia: "Hay que hacer aquí una nueva creación". Tengo, sin embargo, la esperanza que ante la gravedad de la situación del país, se produzca un acuerdo para mantener el orden, evitar disensiones y querellas políticas y elegir para la Presidencia de la República un hombre de carácter enérgico y espíritu de organización que no tenga miedo a las responsabilidades y gobierne por encima de esos esqueletos en descomposición que se llaman los partidos antiguos. Pienso en

Blanquier, que en cierto sentido ha sido el dedo del destino para producir el derrumbe del antiguo régimen y no veo otro por ahora.

Todos en la familia, reunidos en Berlín, y Pilo desde París, hemos vibrado intensamente con las noticias de los diarios que publican un resumen exacto y oportuno; y los viajeros lamentan haber hecho este viaje a Europa que los ha privado de encontrarse en medio de los acontecimientos que en estos días han agitado al país.

Hemos sabido que el Gobierno ha acordado cerrar "La Nación". No podía hacer cosa mejor. Lo digo, tanto por la inconveniencia de mantener un diario de Gobierno como por no aparecer aprovechándose del robo escandaloso de que fui víctima. ¿Qué va a ser de ella? ¿Va a considerar que el Gobierno la adquirió legítimamente y que puede venderla o arrendarla? No me pongo en el caso de la devolución de la Empresa, porque no se hará. Habría intereses que se considerarían heridos ante la idea de ver resurgir el diario bajo mis manos y que se empeñarían por evitarlo. Pero creo que hay muchos puntos dignos de estudio reposado y completo que conviene ir haciendo desde luego para proceder una vez que haya un Gobierno constituido y una situación normal.

En medio de tantas emociones e inquietudes no dejamos, mi hijita, de pensar en Ud. y de desear que el acontecimiento que aguarda sea tan afortunado como el anterior. Esperamos una niña que lleve, junto con los nombres que Ud. elija, el muy justo de Libertad.

Su mamá, que sigue su régimen habitual y que se encuentra bien, le está escribiendo como lo ha hecho invariablemente todas las semanas. El sistema de violación postal ha

terminado y es de esperar que las cartas lleguen a su destino. Con cariños a Pedrito y recuerdos a Alfredo, la abraza su papá que tanto la quiere.

Eliodoro.

De regreso a París anoto en mi diario:

“Mamá ha enviado desde Marienbad (en donde permanecerá una semana más) una carta de mi hermana Luisa, escrita a raíz de la caída de Ibáñez. Copio algunos pasajes:

“¡Hemos triunfado! ¡Venció la libertad! El tirano y su séquito ya no existen. ¡Viva Chile! El día de ayer —26 de julio— ha sido el más glorioso que yo haya vivido de la historia de Chile. Imagínense cinco años de pesadilla, de salvajismos, borrados súbitamente; la tiranía más horrible que haya visto nuestro país tirada al suelo, un pueblo libre de nuevo para expresar sus sentimientos después de años de opresión. ¡Y qué triunfo tan hermoso! No el triunfo de las armas puesto que los civiles no contaban con ellas para la lucha; un triunfo debido únicamente a la solidaridad de todos los chilenos unidos en el mismo idealismo. Por tres días, huelga general de todas las actividades del país: profesionales, profesores, estudiantes, comercio, obreros, ferrocarriles. Y, ante esa fuerza inmensa, cayó vencido el tirano. El día de ayer amaneció radiante después de varios días de lluvia. Sin embargo, todavía los ánimos amanecieron tristes y decaídos: era aún la victoria incierta y pesaban como un yugo sobre todos las muertes de Jaime Pinto y de Alberto Zañartu. Yo fui en la mañana a casa de los de La Cruz,

donde una romería circulaba junto al atáud del pobre "Dr. Zañartu". Violeta dormía todavía bajo los efectos de narcóticos que se le habían dado la víspera; tía Lucha, un pobre harapo humano, sin fuerzas siquiera para llorar; don Carlos Zañartu, padre de Alberto, también daba compasión. Con el ánimo muy negro partimos todos y estábamos almorzando cuando empezaron los gritos de triunfo a oírse. Luego se confirmó la noticia de que Ibáñez había renunciado. Fue un almuerzo de delirio: el Dr. Larraguibel que ha sido un "leader" revolucionario dentro del cuerpo médico, irradiaba como un chiquillo. Después de almuerzo, los hombres partieron al entierro de Alberto Zañartu y nosotras salimos en auto a recorrer la ciudad. ¡Qué delirio! La gente corría, gritaba, se lanzaban disparos al aire, las campanas tañían y todas las casas desplegaron la bandera chilena. Espectáculo tan sublime que los compadezco a Uds. por no haberse encontrado aquí en una hora tan grande para la historia de Chile. El cortejo de Zañartu fue algo imponente. Alrededor de cincuenta mil personas, entre sociedades, pueblo, amigos. Pero así como el entierro de Jaime Pinto fue de una tristeza desgarradora por ser el día anterior, éste fue un himno de alegría porque la victoria estaba ganada. Se cantaba la Canción Nacional en coro, viviendo a Chile. Ibáñez según parece ha abandonado secretamente el país; no pagará, pues, como merece, sus muchas faltas. Pero lo esencial es que ya dejó el mando y que el país podrá volver a la constitución. Y con este cambio de régimen pienso yo, con alegría inmensa, que ya mi papá podrá volver con toda tranquilidad al país a vivir en familia. Me ha resultado una carta de exaltado patriotismo. Es que vibré tanto ayer. Hoy ha sido un día tranquilo:

no se ven carabineros; en cada esquina, un joven estudiante con una bandera chilena, dirige el tránsito. Y todos obedecen.

Carta de Pilo, desde París: “El muerto fue Alberto Zañartu, marido de Violeta de La Cruz. Lo mataron, parece, a la salida del Cementerio, después de los grandiosos funerales de Jaime Pinto Riesco que fue otra de las víctimas. Ahora dicen que Alessandri insiste en renunciar a la Presidencia, lo que coloca como candidato seguro a J. E. Montero. Fanny y Cía. creen que esas son “cosas del León” para hacerse rogar en precaución de un posible costalazo. Ibáñez huyó como bandolero pues la Cámara de Diputados le negó el permiso para salir de Chile. Para colmo, se bajó del tren 8 kilómetros antes de llegar a Buenos Aires pues, como dice el viejo proverbio “el miedo es cosa viva”. El movimiento lo hicieron principalmente los profesionales, empezando por los médicos. Declararon la huelga de los brazos caídos. En los Tribunales se puso un enorme letrero que decía: “Cerrado hasta que se vaya el Tirano”. Los estudiantes se atrincheraron en la Universidad, dispuestos a prenderle fuego y quemarse dentro si eran atacados por los Carabineros. A ellos se unieron los de la Católica, los liceos y hasta las pequeñas escuelas. Ibáñez había destacado miles de carabineros, tanques y artillería que recorrían las calles y hacían fuego. Esto duró tres días en que la gente vivió encerrada en sus casas. Por fin, el 26 renunció Ibáñez y la alegría fue indescriptible”.

Carta de mi marido a mí al caer Ibáñez:

“Espero que la gran noticia de la caída de Ibáñez te ha-

brá mejorado. Hemos vivido las horas más grandiosas de nuestro país por cuanto se ha recuperado la libertad con sólo la fuerza de la opinión, después de cinco años de tiranía. Salía yo con un amigo cuando corre la noticia de que el Buin se ha pasado y que viene en marcha sobre La Moneda. En ese momento, la Alameda era un campo de batalla: los estudiantes, atrincherados en la Universidad, estaban notificados de que debían retirarse antes de mediodía. La hora había pasado y las ametralladoras apuntaban contra los balcones. Pasa el jefe de carabineros Concha Pedregal y salimos gritando. “¡Viva el ejército!” Le doy la falsa noticia del Buin; él ordena la concentración de carabineros en La Moneda y hace cesar el tiroteo que se hacía intenso. Yo, que estaba en medio de la Alameda, vi caer a un hombre muerto. Al día subsiguiente, cuando el régimen del terror parecía triunfante, comienza a circular la noticia de que Ibáñez ha renunciado. A medida que se comprueba la verdad, va creciendo el entusiasmo y se hace indescriptible. Los carabineros se movilizan en retirada y el público aplaude y grita; se organizan desfiles que cantan la Canción Nacional, las sirenas de los autos ensordecen, las casas se embanderan. Me encuentro con P . . . , tomamos el auto y corremos a casa. Han llegado ya Luisita, Alfredo, Marta y los niños; nos quedamos en medio de la Avenida Brasil. Un sol resplandeciente ilumina el regocijo de la gente. Todo el mundo en la calle; nadie se acuerda de comer. Llega Adriana con Larraguibel que ha sido el cabecilla de la huelga médica a la que siguieron los abogados, ingenieros, empleados particulares, profesores, etc. Se iba a producir, como en Berlín el año 28, el paro a toda rueda que equivale a la muerte de toda actividad.

La sola amenaza de esta huelga fue el golpe de gracia contra la tiranía. Fue un almuerzo histórico el que tuvimos en casa: el griterío de la calle, los llamados telefónicos, no nos permitían permanecer en la mesa. Con decirte que el postre se tomó en plena Avenida Brasil en medio de abrazos de la gente que pasa. ¡Cuánto me he acordado de ti, cómo habrías gozado! Te abraza como ciudadano libre y orgulloso de su nacionalidad, tu marido, Pepe.

P. D. Murió "La Nación"; desde ayer se suspendió su publicación. La han ofrecido en venta o arriendo al "Ilustrado", pero estaba tan podrida que nadie se quiere quedar con el muerto. Sus redactores andan escondidos como ratas. Al Pablo Ramírez y al Conrado se les aceptaron sus renunciaciones.

Anotaciones de mi diario:

Papá y yo comimos en un restaurant italiano. Entusiasmada hice proyectos. "Ahora todo va a cambiar, regresaremos juntos a Chile. Ud. volverá". Me pareció que sus ojos se humedecían, sus maravillosos ojos color de mar. —"Volver, no. Estos cuatro años de destierro son una vida. Todo lo que allá era mi razón de ser está deshecho y disperso. No, no volveré. Pero ahora puedo morir tranquilo: Chile está libre". Sin embargo, nunca le oí ni una queja ni una frase dura para sus enemigos. Parece haberlos olvidado, pero el dolor ha cavado en su pecho una llaga incurable: en días pasados cogí de su velador un libro y encontré estos párrafos subrayados: "En el fondo, todo aquello que se nos impone aquí abajo, no es soportable sino ante la certidumbre de poder terminar en el momento que hemos elegido. Sí, es pre-

ciso poder morir, cuando lo juzgamos necesario...” ¡Cómo habrá sufrido en el destierro para sentir así, él que ama tanto la vida! Durante muchos días permaneció deprimido y silencioso. Mamá y yo no conseguíamos que aceptase embarcarse a Chile con nosotros. “Ya nada tengo que hacer allá, y sin embargo, habría que reconstruir”. Entretanto nosotras insistíamos en volverlo a la lucha y yo le repetía constantemente como una oración: —“Tiene que volver, tiene que recuperar el diario...”.

Por fin, una tarde, al llegar de la calle, vi sobre la mesa del salón y colocado muy a la vista, su pasaje para Chile junto al nuestro. Encima había un papel en que me decía: “Tú has sido siempre fuerza y estímulo en mi vida”.

En noviembre de 1931, mi padre, mi madre, mi hermana Gabriela, Jorge Figueroa y yo regresamos a Chile.

Mi marido había iniciado ya, en Santiago, bajo el patrocinio del abogado Horacio Hevia, un pleito destinado a recuperar “La Nación”.

Durante el viaje, mi padre anotó en una pequeña libreta suya estos pensamientos dispersos: “El liberalismo carece hoy de fuerza de aceleración... La planta que es el hombre se diferencia en el brote, no en la raíz”. Conversábamos mucho, pero él no se entregaba. Nunca lo hizo. Recuerdo que en una ocasión solicité su consejo y su ayuda. Se evadió. No quiso recibir ni mi ruego ni mis confidencias. Cuando más tarde me atreví a confesarle que proyectaba publicar una novela, se llevó ambas manos a la frente: “¡Por Dios, mi hijita! ¡En la que te has metido! Te harán añicos. Hay que saber quedarse tranquilo, no actuar. Yo te había advertido

que no te pusieras en la línea de fuego. Sufrirás mucho, te harán añicos”.

De regreso a Chile, pareció recuperar su vitalidad. Se creyó que el gobierno de Juan Esteban Montero accedería a transar el pleito iniciado sobre la base de un arriendo de la empresa a mi padre, y que el diario volvería a salir bajo la dirección de Eliodoro Yáñez. Se sucedían en casa las visitas de personas que ofrecían su colaboración. Se alcanzó a pensar en posibles redactores, en nuevas líneas que imprimir al periódico.

Muy pronto, sin embargo, mi padre debió disminuir las horas que dedicaba al trabajo y guardar cama por intervalos. Luego, por consejo de los médicos, ya no pudo levantarse.

Al gobierno de Montero sucedió, por pocos días, tras un golpe de Estado, el de Marmaduke Grove. Este, a su vez, fue derrocado por Carlos Dávila, el traidor, cuyo nombre llegó a convertirse en adjetivo. Para designar a algún desleal siempre decíamos: “es un dávila”.

Los familiares creímos preferible que mi padre no se enterara de estos hechos. Uno de los primeros actos de Dávila en aquel gobierno, que duró solamente unas semanas, fue reabrir “La Nación”.

Los suplementeros gritaban en la calle “¡La Nación!”, pero mi padre tenía su dormitorio en el interior de la casa y posiblemente no alcanzaba a escuchar. Un día, sin embargo, se incorporó en el lecho y exclamó: —¿“Parece que voccean ‘La Nación’?” —“No, todavía no, tuvimos la fuerza de responder” fingiendo una sonrisa. Sólo una vez, un breve delirio ensombreció su mente: ‘La Nación’. ¡Ha salido

de nuevo 'La Nación'! La deposito en manos de mis hijos para que se transmita de generación en generación”.

Nunca más volvió a mencionar el diario. El último día de su existencia, 26 de julio de 1932, amaneció radiante. Se levantó a un sillón. Cuando llegué a verlo, quedé maravillosamente sorprendida de su transfiguración: su tez estaba fresca como la de un niño, sus ojos brillaban con el fulgor acerado de otros tiempos. —“Está más joven que en el barco, le dije. —Sí, respondió, creo que estoy mejorando, pero aún no puedo trabajar. Y el tiempo apremia...”, agregó ansiosamente. Yo dejé el tema y le repliqué: —“Dígame algo, pídamelo algo...” —“¿Qué podría pedir? Un poco de agua, tal vez...” me contestó. Y esa respuesta ahondaba su soledad ante la muerte, poblando la desnudez de los muros, saturando el ambiente franciscano de ese dormitorio de monje que quiso tener al final de su vida. En otra oportunidad lo perturbó una obsesión. “No puedo recordar, dijo, el nombre de ese historiador que me interesa tanto y que predijo... que predijo”. Se detuvo pensativo y agregó. “Telefóneen a Florita, ella sabe...” Al llamado contesté: —“Macaulay”. Cuando le transmitieron mi respuesta, murmuró: —“Macaulay, sí. Ahora me puedo dormir tranquilo”.

En medio de las terribles luchas y los problemas que agitaron sus últimos días, murió pensando en la historia, esa historia que él había hecho suya y de la que fue, entre nosotros, tan destacado agente. Murió sabiendo que su obra quedaba trunca, pero murió con la serenidad armoniosa de un príncipe del Renacimiento; supo colmar lo que faltaba con la esperanza de que otros realizarían lo que él mismo no pudo cumplir. Como en tantas otras ocasiones en el cur-

so de su vida, tuvo al morir la aspiración de alcanzar una visión global de las cosas, de las complicadas relaciones de los hombres, de la sociedad y de la historia.

Los empleados y obreros de "La Nación" llevaron a pie el féretro al Cementerio General. Joaquín Edwards escribe, no sin ironía: "En el entierro de don Eliodoro Yáñez advertimos lo de siempre en tales ocasiones: una apoteosis. Todo chileno cuando muere empieza a ser apoyado, sobre todo si ha tenido talento. El día era muy bonito y recordaba algo típicamente nacional: olor a pueblo, empanadas, flores, discursos. Me acordé del Dieciocho con sus rosas, la chicha con harina y la Canción Nacional. Medio Santiago estaba en el Cementerio de esta ciudad en que las tumbas son de mejor material que las casas. Muchos que en la vida laceraron el alma de don Eliodoro, acudieron a enterrarlo. Cada uno interpretaba al ilustre hombre público en la forma que le convenía..."

A estas alturas de nuestra historia nacional, en este año 1980, tal vez convenga reproducir aquí a manera de epitafio, estas palabras suyas del discurso de incorporación a la Academia de la Lengua:

"Toda aspiración profundamente sentida por las causas populares terminan por triunfar y sus mejores aliados son quienes la combaten o la resisten, ciegos a toda evolución, en nombre de privilegios que ya han sufrido las modificaciones del tiempo y de la vida".

NOTA: Este primer capítulo abarca toda la vida política de mi padre. Ello no impide que su figura sentimental y moral se presente a cada paso en el resto del relato.

MI MADRE

Eramos amigas del alma, era mi única confidente y yo la suya. Pero teníamos frecuentemente choques violentos.

Recuerdo una escena, repetida casi a diario. Me veo a través de los años con mi largo y abundante cabello ondulado que caía suelto sobre mi espalda. Alborozada agucé el oído y cerré los ojos con fruición. Luego apoyé la cabeza sobre su hombro y ya nada importó. Bebía a sorbos lentos esa delicia que nos da de jóvenes la más acendrada protección. Ella permanecía hierática, sin hablar, porque en ese momento cualquier palabra iba a romper el hechizo. Y ambas sabíamos, inconscientemente, que había que guardar silencio porque la comunicación verbal podía crear un surco y desvanecer la magia. ¡Eramos tan diferentes de mentalidad! No había que hacerse ilusiones al respecto.

Me hundía en la atmósfera segura de las cosas indestructibles. Sí, el mundo era eso: un regazo, un fluido de amor, algo que seguiría siempre, algo infinitamente seductor. ¡Pero no! Pronto entrarían a romper el embeleso las dos muñecas que me robaban lo propio al absorber también su cariño. ¿Creían que yo no captaba aquel raptó? Y empezarán los mimos, las sonrisas y arrumacos cambiados entre ellas con cierto aire de complicidad. Entretanto, recostada sobre el hombro materno —ese hombro ancho y caliente— la sensación de refugio crecía y yo pensaba que ya nadie me la podía arrebatarse. Pero, de pronto, ellas entraban y yo me sentía aislada de aquel mundo mágico. Me penetraban como aguijón

las frases intercambiadas entre ellas tres como susurros inquietantes que destilaban ternura, una ternura de la que yo quedaba afuera. Excluida.

Ahora, mi mejilla pegada a la tibieza del hombro, entregada por entero a esa felicidad, un poco animal, pero también nacida del alma, pasaba a ser como un amuleto y mantenía el sortilegio.

Yo era desconfiada desde siempre, sin tener precisamente conciencia de mi desconfianza, en una edad en que sólo se vive de fe. Pero era feliz, profusamente feliz. Una pregunta afloraba cada día a mis labios: “¿A cuál de las tres prefiere ella?” —“Diga la verdad, mamá. —Iguales son para mí, pero Ud. es la única insolente. Ellas son muy suaves...” ¡Ah, por qué dijo eso! No comprende que algo me roe por dentro, algo frágil, sí, pero superior a mí misma. Vivo en una comarca extraña, hecha de despotismo, de sumisión, de angustias interminables. Pero también de dichas que pocas adolescentes poseen. Balanceándome entre dos fuerzas contrarias. Y así pasan los días mientras en mí se forma, inconscientemente, un rencor que perdura.

Ellas se interponían. Yo llegaba del colegio a las cuatro. Llegaba gritando: “¡Mamá! ¡Mamá!” —“¿Qué le pasa, criatura? ¿Por qué grita? —Por miedo a que hubiera salido. —Sabe bien que nunca salgo, no necesita gritar”.

Yo sabía, sí, que ella estaría en un rincón de esa galería tan hogareña. Estaría plácida, tejiendo un chal o bordando una esterilla de esos primorosos “petit points” que más tarde se convertirían en sillones de lujo para los salones de las hijas. Sabía, pero mi impaciencia me impedía sofocar el grito. Luego, tranquila ya, me sumía en mis tareas. —“¿Por

qué no entra gritando a su padre?” preguntaba ella a veces. —“Porque a él lo tengo seguro, contestaba yo con aire de triunfo. En cambio Ud., mamá, es... como diría la profesora de castellano— más voluble, menos estable...”

Me sumía en mis tareas escolares, pero antes averiguaba con fingida indiferencia, donde estaban “ellas”, las rivales. Luego me levantaba e iba a mirar la calle por los vidrios de la ventana. Porque sabía que, tras de mi personita, había caminado durante cuerdas un muchacho de dieciséis años, apuesto y esbelto, que sólo aspiraba a recibir el halo que mi presencia iba dejando. Nunca hablamos. Le bastaba beber mi luz, divisar mi perfil recortado sobre el cemento de las casas callejeras.

—“¿Por qué deja sus cuadernos? ¿qué ocurre afuera?”

—Nada, mamá. Me pareció ver un fantasma.

—No diga tonterías”.

Aquel fantasma era ya dueño y señor de mi alma ávida de emociones, de mi corazón de quince años abriéndose a la vida, en aquella tarde igual a cualquier otra tarde. Y ese albor se identificaba en los ojos de aquel muchacho desconocido, también colegial, que muy luego se esfumaría en el tiempo sin dejar rastros. Había un universo para mí allí fuera, en la calle. Y no podía dejar de aspirar la vida, que se presentaba en ese instante en las encendidas mejillas de aquel joven impúber que sólo llegó a ser un símbolo. Se llamaba Máximo. Lo supe porque un día, burlando la vigilancia de la criada que me acompañaba al colegio, al llegar al umbral de la casa, me tendió un papel doblado, sin sobre. Toqué el timbre y me precipité hacia mi madre quien, al ver el papel, me lo arrebató de las manos. Sólo alcancé a leer: “De

las niñas de la ciudad, es Ud. la más hermosa...” Una incontenible rabieta, fue mi respuesta al gesto de mi madre: —“¡No me gusta que nadie lea mis cartas! Ud. tampoco mamá”, exclamé. Ella respondió que una niña bien educada no lee ni siquiera recibe cartas de desconocidos y que siempre en ese sentido intervendría... porque era su deber, etc. Y allí terminó aquel pueril idilio callejero que no pudo continuar porque yo nunca contesté a Máximo.

Era mi madre el tipo de la gran burguesa, de regazo ilimitado, que no entendía de términos medios, ni de matices, ni de mitos. No penetraba por tanto a los seres en sus recovecos profundos. Creía sinceramente en conceptos hechos. Por ejemplo: “la verdad es ésta...” declaraba. No podía comprender en su mente amplia pero rectilínea, que la verdad no existe. Se desesperaba ante la idea de que sus hijos fueran intelectuales y no “prácticos”. Sus conceptos eran absolutos. No analizaba lo misterioso, inexplicable de la vida. Pero leía mucho y bueno, sobre todo a los grandes novelistas franceses. Sus preferidos eran Daudet, Maupassant y —aunque parezca raro— Zola. También tocaba el piano bastante bien. La Rapsodia Húngara de Liszt era, bajo sus dedos, una maravilla. No entendía que se pudiera mentir, puesto que veneraba la verdad. —“A veces es necesario, mamá. Para salvar a alguien, por ejemplo”. El día de mi matrimonio dijo a mi novio: —“Se lleva a una niña que no ha mentido nunca...”

¿Tiene sentido esa frase? Sólo somos espectadores de algo que es un misterio, de algo incoherente, cruel, angustiante. La verdad es una conquista, una meta. Siempre pensé de ese modo. Siempre me sentí desamparada. Mi padre que,

sin consolarme, adivinaba mi secreta angustia, me decía que en “El Infierno” de Dante había unos condenados a quien Virgilio pregunta: ¿Y qué pecado purgan Uds. aquí en medio de tormentos? Ellos contestaron: “Fuimos siempre tristes bajo un sol radiante...” Esta frase pasaba a ser una iluminación.

Pero mi carácter no era triste. Al contrario. Yo era locuaz, bromista, espontánea. Una multitud de primos y primas concurrían durante las tardes y noches a nuestra casa que fue siempre casa abierta. Mi madre así lo deseaba. Mientras los grandes se reunían en tertulias sociales que juntaban políticos, escritores y familiares, los niños jugaban en alegre tumulto, alborozando los patios con risas y gritos. Yo pasé a ser una especie de reina entre ellos por mi fantasía para inventar bromas.

Mis relaciones con mi madre seguían apasionadas pero versátiles. Si yo me volvía insofistente ella me castigaba en forma cruel porque elegía un castigo psíquico, no material. Dejaba de hablarme, a veces un día, otras —¡horror! ¡hasta ocho días!— Yo sufría atrocemente, me obsesionaba su silencio como una pesadilla, sentía una desesperación que no encontraba a quien confiar. Destrozaba cuadernos de estudio, rayaba libros, escribía en las tapas con ímpetu, como si me estuviera defendiendo ante un juez invisible. “¿Hasta cuándo durará esto?” era la frase ritual que envejecía la cubierta de libros y cuadernos. Sí, ¿hasta cuándo? Cierta día, en el campo, un fundo en Curimón al que habíamos ido invitados, pasábamos por una de esas etapas castigadoras de silencio. Yo caminaba absorta por el jardín cuando un perro bravo, venido de no sé donde, se me acercó furioso, arrojándome

contra el suelo y hasta rozando mi brazo con su hocico. Mi único pensamiento entre los gritos de la concurrencia, fue: "¡Qué bueno! Ahora tendrá que hablarme..." En efecto, vino a mí solícita, aterrada, llena de lágrimas. Y todo terminó.

Otra cosa que molestaba a mi madre pero que no era castigada, consistía en verme trepar por la escalerilla portátil de la biblioteca de mi padre hasta la parte prohibida de los libros. Allí estaba Maupassant, estaba "Quo Vadis" y "Le Lys Rouge" de Anatole France. Estaban todos ellos y otros dioses. Había que leerlos a escondidas pese a toda prohibición. Una novela que me apasionó durante largo tiempo fue "Julia de Trecoeur" de Feuillet. Era preciso saturarse de su belleza que me embriagaba, en vez de perder el tiempo con aquellos insípidos libritos que me obsequiaban a menudo parientes y amigos como "Namicó y Cía." En cambio, era recomendado Dickens que uno de mis primos nos leía en voz alta con tono electrizante. ¡Cuánto placer nos proporcionó David Copperfield! Admirábamos a Inés, llorábamos con Dora, la mujer-niña, y seguíamos extasiados la trama y el ambiente. Fue esta obra para mí como un misal. Otra reliquia pasó a ser el "Werther" de Goethe, muy en boga en aquel tiempo. Así, pues, yo reconocía que, fuera de lo prohibido, existían maravillas, como "Sapho", por ejemplo. Y para qué hablar de las "Rimas" de Bécquer. Estaban siempre bajo mi almohada y, antes de dormir, yo las palpaba con amor. Era una edición española bellísima, azul y plata, en relieve, que poseía mi madre en su biblioteca. Yo me la había apropiado y sabía todas las rimas de memoria. Durante las veladas mis padres me hacían declamarlas ante los co-

mensales de sus recibos nocturnos y yo tomaba un aire de sacerdotisa para hacer el recital. De ese modo fui adquiriendo la pasión de la buena lectura que tanto me ha acompañado a través de mis adversidades.

Nuestra vida hogareña seguía venturosa. Mi madre, gran ama de casa, se levantaba tarde y después, secundada por varias criadas, se ponía a la obra. Era preciso tener siempre un té suculento para recibir a sus hermanos y cuñadas que acudían a diario. Y era preciso también aperarse para los recibos nocturnos que estaban cada vez más concurridos y que atraían a un sinnúmero de importantes figuras políticas, sociales y literarias. A veces se daban grandes comidas. Mi madre irradiaba. Gustaba de preparar ella misma las exquisitas viandas que se ofrecían. Sus manos, asombrosamente blancas, se movían presurosas sobre complicados guisos que después se servían con pompa en el inmenso comedor. Mi padre me advertía: —“No tomé parte en la conversación de los grandes; escuche y calle; nada tiene que agregar a lo que hablen los otros. Recoja y observe, no más”. Yo seguía sus órdenes, guardando un silencio continuo, pero mucho aprendí de esa gente “ilustrada”, como la calificaba mi madre.

Como he dicho, ella gustaba de levantarse tarde (la reunión nocturna prolongábase a menudo hasta después de media noche). Los domingos íbamos a misa a la Catedral o a La Merced. En el capítulo religioso, mi fe de adolescente era contemplativa, soñadora, llena de esperanzas vagas, de temores supersticiosos que me hacían temblar y de esperas milagrosas para un futuro que veía incierto pero que gracias a ese “milagro” esperado sin tregua y a una comunicación directa con lo divino, me parecía seguro.

Yo creía, adolescente, que llegaría a ser una gran música: estaba enamorada de Beethoven. Me consagraba a sus sinfonías y sonatas, siendo mi predilecta "La Patética" que llegué a tocar con soltura y gran sentimiento. A veces lloraba por Beethoven, por su vida desgraciada y, mientras frente al piano, palpaba las notas con avidez de enajenada, lágrimas de fuego quemaban mis mejillas. Mi padre alentaba esa pasión mía por la música y, cada noche, ante sus comensales, yo lucía mis dotes musicales.

Pero, poco a poco, me convencí de que sólo la literatura —de ficción— podía llenar mi inquietud y mi anhelo de comunicación. Necesitaba entregar de algún modo la sobrecarga de sensibilidad que crecía en mi ser. Y sólo creando personajes justificaría una vida que de otro modo se presentaba estéril. Como música y novelística no estaban reñidas, la cosa era fácil. Ambas artes parecían complementarse, hecho que exaltaba mi optimismo. Secretamente me propuse escribir novelas y cuentos en cuanto llegara la ocasión.

Entretanto, mi madre se instalaba en su mecedora de junco y madera, cerraba los ojos muy plácida y los entreabría de vez en cuando para no perder de vista a la hija desobediente que seguía embebida sobre la escalerilla de mano, junto a los libros prohibidos. Había que soportar a esa hija tan difícil e indócil. Inconscientemente, ella que era culta, comprendía que el encuentro con esos autores, podía ser una necesidad, un alimento para mí. Había que resignarse a que en ese terreno hiciera la niña su real gana.

Hasta físicamente éramos del todo diferentes. Muy blanca y rosada era mi madre, y tenía un cutis de porcelana, gruesa de cuerpo, de facciones anchas. Yo era paliducha

hasta la exageración, con apariencias de anémica que desmentían unos ojos atónitos y pensativos cuyo brillo parecía devorar las mejillas sin color, lo que alarmaba a mis padres.

Había cosas que me disminuían en su concepto: era insolente, leía a hurtadillas libros prohibidos, escribía un diario de mi vida en vez de bordar o tejer, iba hacia las ventanas para ver pasar a esos admiradores que venían desde la Alameda siguiendo mis pasos. Total: en vez de representar en el hogar a la triunfadora que yo soñaba ser, fui calificada de "mala" en la casa, o sea, desconcertante para los padres que habrían deseado colocarme en un molde convencional. Aquella incomprensión de mi verdadera personalidad fue un shock para mí. Yo existía de dos maneras que nada tenían que ver entre ellas: la que era de verdad y la que los padres deseaban que fuera. Aquella dualidad me rompía por dentro. En vez de sencilla, doméstica, buena niña, me mostraba anti-convencional, fantástica e impetuosa por naturaleza. ¿Y a lo mejor intelectual? ¡Sería el colmo! Así, pues, ningún lazo de semejanzas unía los destinos tan diferentes de una madre y una hija que se adoraban.

Pronto noté que mis hermanas menores, ellas sí, eran las que colmaban el ideal de mi madre, pese a que también son grandes y destacadas intelectuales.

Todo seguía su curso dentro de un encantamiento sin límites que yo tal vez no apreciaba bien, ignorando que más tarde había de afrontar desgracias apenas soportables. Seguía también el inigualable vínculo que me unía a mi madre. ¡Qué delicia era enfermarse, para recibir sus cuidados! Ella tenía alma de samaritana. Recuerdo como bálsamos esos períodos, una de mis manos entre las suyas, de piel tan suave,

y su mirada atenta a cualquier cambio del rostro enfermo, mientras los labios pronunciaban frases tiernas y alentadoras: —“Florita, la miré fijamente mientras dormía y me siento orgullosa de tener una hija tan linda como Ud...”

Después de aquel desconocido Máximo, otros admiradores afluyeron a mi vida de colegiala. Siguiendo la costumbre pacata de la época, los romances se desarrollaban románticos y platónicos, sin más lazo que las pasadas frente a la casa baja, esperando que yo me asomara para entregarme en la mirada una pasión que nunca tendría consistencia. Cierta vez, uno de mis admiradores permaneció toda la tarde de pie en la esquina de la calle. Yo no pude asomarme, pero mi hermano que lo divisó varias veces, ordenó a Antonio, nuestro mozo español: —“Mire Antonio, lleve a ese pobre muchacho una silla para que espere sentado y también un trozo de dulce de membrillo para que se le haga más dulce la espera...” Antonio cumplió la orden al pie de la letra. —“Hay que tener buen corazón, hombre, alegraba enseguida mi hermano. Hasta con ese pobre tonto, cuyo entusiasmo contigo no entiendo...”

En eso llegó a mi vida mi primer amor. Era un joven de diecisiete años, bello como un dios griego, compañero de colegio de uno de mis primos y que yo conocí por casualidad. Mi padre se opuso con ahínco. “No me gusta su padre, siempre me opondré a este capricho”. El “capricho” duró unos dos años (yo en aquel entonces tenía quince). Fuera de la fuerte oposición de mi padre, yo al tratarlo empecé a sentir un gran vacío; aparte de su belleza, no tenía nada y su conversación me aburría. Era hueco y nulo intelectualmente. Salió, pues, de mi vida sin aspavientos. En esa etapa apareció

un nuevo admirador; hombre mucho mayor que yo, me había divisado en el Parque Cousiño (de gran moda en esos años) y, habiéndose hecho presentar, empezó a perseguirme con fervor implacable y hasta odioso. Era mi sombra en todas partes. “Pero si sólo tengo diecisiete años”, alegaba yo, resignada y algo airada. Lo peor era que mi madre lo acogía y trataba de influenciarme. —“La hará feliz, hijita. Será un protector”. Yo no ansiaba protectores: soñaba con aspirar el amor como un néctar, embriagarme con su embrujo, caer en un abismo de pasión, si era posible. “Eso no existe, razonaba mi madre. Hay que poner un poco de sentido práctico en la vida”.

Aquel admirador razonable que había surgido en mi vida, me perseguía con obstinación. Y, muy joven, algo influenciable, empujada por el asentimiento de mi madre y por la tenaz insistencia de él, yo acepté el casarme en un día lejano con él. Casi enseguida me arrepentí. ¿Cómo librarme de su presencia, cómo escapar? Entre el beneplácito de mi madre y aquella persecución obstinada, me vi perdida. El, entretanto, en el transcurso de nuestro compromiso usaba todas las artimañas para amarrarme más y me acosaban sus palabras, no de amor ni ternura (no sabía mostrarse tierno) sino de convicción, de razón. ¿Qué hacer? Renunciar al amor me parecía insensato, contranatura.

Entonces tuve una idea luminosa que nació mientras, insomne, daba vueltas y vueltas a la idea de todo un futuro estropeado. Ya mi madre había caviñado y prefería que yo recuperara mi libertad. Ahora no era su aliada, hecho que hacía más fácil mi evasión. Tomó cuerpo, pues, la idea nacida en mis noches de angustia.

Nada me ofrecía este novio de aquello a que aspiraba mi alma ferviente. Al contrario: la vida junto a él aparecía como fatigosa jornada, sin imprevistos, sin sabor. Tenía yo que liberarme de su buen juicio, exento de fantasía, y de esa unión que me mezquinaba aún las más inocentes caricias. Entonces vino la luz: me incorporé en la cama en medio de mi insomnio, y me envolvió el proyecto salvador. Debíamos partir todos a Europa. Sabía que mi padre, como abogado, ganaba fortunas, éramos ricos. ¿Por qué no realizar toda la familia un viaje a Europa? Yo precisaba mirar otros horizontes, escapar del grupito casero para conocer el mundo. Podría adquirir conocimientos que consolidaran mi cultura. Y sería un placer para todos. Lo difícil era convencer a mi madre, tan apegada al medio, a la casa. Pero gané la batalla y se fijó la fecha de partida. Yo irradiaba. Mi seudo novio estaba inconsolable y me pronosticaba oscuros días: “Se va a aburrir mortalmente, esos antros de París no son para una niña como Ud... Además, no tiene amigos allá...”

—“Voy a estudiar, Jaime”, lo consolaba yo. Y, en mi interior, no podía contener mi dicha.

Pese a los temores de mi madre ante la desconocida perspectiva y a los pronósticos del enamorado, sólo veía la fascinación de una existencia nueva, sin muros, sin barreras. Me parecía avanzar con los brazos abiertos hacia un universo que me llamaba con su autenticidad, hasta entonces oculta tras un velo.

Y avanzaba toda trémula y sin vacilaciones, saboreando de antemano la más bella aventura de mi corta vida.

Seguía entre mi madre y yo la amistad profunda: nos

contábamos nuestros problemas, nuestras dudas, nuestros juicios sobre los seres que nos rodeaban. Yo tenía varias amigas, pero la mejor, la única segura, estaba en casa. No la más comprensiva, porque, a menudo, nuestras mentalidades diferían. Cierta día me confió que sufría por no sentir en el fondo de su corazón la fuerza de ese lazo que une a Dios. “Y que consuela de todo...” agregó tristemente. Yo le conté que a mí me ocurría algo semejante. Incluso yo llegaba más lejos en esta aridez religiosa porque no venían los éxtasis anhelados ni aún esa sensación de *eternidad* que me era necesaria. Mi confesión la consoló, puesto que yo —la artista, la intelectual— sentía igual que ella. La falta, pues, no era tan grave. —“A lo mejor, dijo, mucha gente siente como nosotros pero no lo confiesa...” —“Ni siquiera definen sus dudas, mamá, es decir, no las saben...” —Y tal vez hijita, es mejor guardar *nuestro secreto*”.

PRIMER GRAN VIAJE

Partimos todos en un mes de mayo. Fue como si se cerrara una puerta. El mundo santiaguino quedó atrás y se inauguraron etapas totalmente distintas. Después de muchos adioses llorados, de algunas vicisitudes de viaje, de una navegación que me pareció un cuento de hadas, llegamos a instalarnos a París. Nos esperaban algunos chilenos, amigos de mi padre que nos tenían reservado alojamiento —una “suite”, como se dice ahora—, en el Hotel St. James et d'Albany de la rue de Rivoli, frente a los jardines de las Tullerías. Conversaciones banales y el cansancio natural de la larga travesía.

Al día siguiente ya comenzarían los programas proyectados. Yo, acompañada de mi padre visitaría la Sorbonne para inscribirme como alumna en francés y en literatura. Recibiría además clases privadas de gramática francesa de una profesora recomendada por el Cónsul.

Mi hermano (1), algo más tarde por estar aún convaleciente de un tifus que contrajera en Buenos Aires, iría a un gran colegio de Lausanne. Mis dos hermanas quedaron en manos de una especie de sirvienta francesa —Madeleine, la Pícara como le decíamos— que se había buscado con sumo cuidado y que mi madre no perdía de vista. Olvido mencionar a mi deliciosa profesora de inglés que venía a darme lecciones una vez por semana en mis pocas horas libres. Era una gorda simpática y muy compasiva hacia sus semejantes porque noté que su frase favorita para calificar a los demás era siempre “poor thing”.

Pero siendo verano, la Sorbonne cerraba a causa de las vacaciones. Alcancé sólo a inscribirme. Fuera, todo era un paraíso. Me sobrecogía la belleza de París que palpábamos con mi hermano durante largos paseos en “victoria” a través de los Campos Elíseos o del Bois o en compañía de mis padres al visitar los clásicos monumentos, inigualables, que todo viajero va a conocer, como la tumba de Napoleón, el Puente Alejandro III, deslumbrante con el dorado de sus bronceos que resplandecían al atardecer. Aprendíamos historia al contemplar estos monumentos por doquier. Otro de mis inocentes placeres —porque yo gozaba sólo con respirar— era ir a

(1) Juan Emar, el escritor hoy día famoso, es Pilo, como le decíamos a mi hermano Alvaro.

tomar té con mi madre "chez Colombin". Lo curioso es que ella, en cuanto pisamos tierra francesa, se adaptó al ambiente de París y empezó a aprender francés con entusiasmo. Lo que más le atraía era las grandes tiendas —pese a ser tan poco aficionada a la moda y a los trapos y los teatros cuyo lenguaje empezaba a entender.

Mi hermano, compañero habitual, tenía en esa época un carácter menos taciturno que el que fue después su nota distintiva y, si nunca me dio protección ni ternura, felizmente aún no se sumía en esos inexplicables silencios que hacían imposible con él toda comunicación. Pero era un observador ingenioso —lo fue siempre— y solíamos reír juntos de sus juicios anticonvencionales y a veces crueles. Hicimos amistad en los jardines de las Tullerías con dos norteamericanas encantadoras y otras relaciones agradables en el Hotel Regina donde vivíamos ahora. Durante las veladas, formábamos en el hall, escuchando los acordes de Sansón y Daíla que tocaba la orquesta, un grupo bullicioso y entretenido. Había allí chilenos, peruanos, argentinos y discutíamos especialmente acerca de las características de nuestros respectivos países.

Continuaba el itinerario a través de París con mi hermano. Yo, muy bromista, miraba de soslayo su cara estragada, amarillenta, que se convulsionaba de admiración ante las perspectivas, los monumentos que contemp'ábamos y le decía con ironía: "Pajarito observa". Era tal el contraste entre el apodo, "Pajarito" con aquel muchacho alto y flaco —el caballero de la triste figura— que yo me echaba a reír de mi frase. Mi hermano encarnaba la negación de todo lo menudo, de todo lo cortés y gracioso, lo fino y pulido. Era

brusco, huesudo —su reciente enfermedad había acentuado estos rasgos— era moreno, elocuente o mudo. Sin causa pasaba de la broma y de la burla al llanto, de la comprensión amistosa al repudio.

Los cursos de la Sorbonne estaban en vacaciones y también el colegio de mi hermano en Lausanne. Por lo demás yo me había inscrito para el 2º trimestre que empezaba en septiembre. Seguíamos, pues, sin respiro la placentera vida que nos colmaba. Los domingos excursionábamos en caravana. Mi padre había arrendado un auto y, unidos a la familia Undurraga Echazarreta (cliente de mi padre) que poseía el suyo, y a la pareja Amunátegui Lira que vivían permanentemente en París, siendo él Cónsul de Chile, íbamos a visitar Fontenaibleau, Chantilly y, sobre todo, Versailles, impregnándonos de su fascinante historia, de sus recuerdos, de su incomparable belleza. Todo era intenso e inesperado. El pasado nos envolvía. Y el presente nos embriagaba como un perfume demasiado fuerte. Es como sentir que el alma de las cosas vibra al unísono de nuestro ser.

Asistía dos veces por semana a clases de canto en la rue de la Rochefaucault con un gordo muy simpático, Imbert de Saint Amant, antiguo cantante de la Opera.

Teníamos tiempo de hacer algunos viajes. Antes de partir, experimenté un goce infinito: asistí en el Odeón a ver "La Dama de las Camelias" por Sarah Bernard, la divina. Copiando la frase de Zweig diré que aquel espectáculo fue en mi vida un "momento estelar". Lloraba, me levantaba del asiento, poseída de una especie de delirio. Igual impresión había sentido antes al contemplar la visión del Támesis en verano, con sus cientos de "house boats" flotando entre

las aguas, llenos de gente. Y, muchos años después, (y este fue el momento estelar más intenso) lo tuve ante la repentina aparición de la Catedral de Colonia. Ibamos por estrechas callejuelas, despreocupadas, sin esperar encontrarla allí mismo porque la imaginábamos precedida de una plaza. Y de pronto al frente, surgió su mole gótica, poderosa, inolvidable. Fue como si toda la Edad Media se nos viniera encima. Un éxtasis. Yo me detuve estática, sin poder respirar ni dar un paso más. Fue el más hondo de mis momentos estelares.

Empezamos nuestro viaje por Montreux con los Amunátegui. Hicimos la ascensión de Caux y Territet, cubiertos de nieve, y nos separamos de nuestros compañeros para seguir a Italia.

Nada escribí en Milán, no importa. Ante la grandiosa poesía de Venecia, se olvida todo. Y el espectáculo de esos palacios fríos, esas aguas profundas, es seductor y triste. La ciudad parece una tumba ¡qué extraño silencio! La plaza de San Marcos es la perla de Venecia, con su catedral bizantina roída por los siglos. Cuando llegamos, Venecia resplandecía bajo la luna; en el Gran Canal se cantaban serenatas dentro de las góndolas, respondiéndose de una a otra. Mecidos dulcemente por el vaivén sobre las aguas, veíamos desfilir los palacios dormidos y una que otra ventana con luz. Nos instalamos en el Royal Danieli y permanecí hasta media noche mirando el cuadro que se presentaba a mis ojos y embrujada por él.

Copio de mi diario: "Hoy fuimos a conocer la Catedral, entre bizantina y gótica. El artista de antaño sobrepasó todos los límites para crear belleza. Después pasamos el día recorriendo para tomar una idea de conjunto. A pesar de ser

pleno invierno, un sol esplendoroso teñía las cúpulas y los viejos palacios. Venecia resplandecía, irreal y provocativa a la vez, como una rara alhaja dorada. Tal vez hay que visitar Venecia en verano, nimbada de oro. Quienes tienen la dicha de contemplar tal espectáculo, pueden decir que han vivido. Luego de atravesar el barrio aristocrático, penetramos a la parte más pobre en que casas negras y derruidas o semi-comidas ofrecen su desnudez. Almorzamos en el Café Florián. Mañana empezaremos la minuciosa visita de museos. ¡Por qué no poder permanecer más tiempo en esta ciudad! Es la perla de Italia, como escribe Taine. Me gustaría haber nacido aquí, en el siglo XVII y haber vivido su existencia extraña, también terrible en ciertos aspectos, las delaciones, por ejemplo. Vimos el gran buzón en que caían las cartas delatorias y anónimas.

Nos posee una especie de ofuscación y vibran, no sólo nuestro espíritu, sino nuestros sentidos. Hubiera deseado seguir mirando por largo tiempo esa joya que es "El Triunfo de Venecia" por Veronese.

Continuamos a Florencia. Desde que penetré en Italia, he estado presa de una exaltación especial, producida por la magnificencia de los monumentos, museos y obras de arte. Concluimos el viaje en Roma. Si París fue para mí como un estallido de luz, Roma fue el paraíso. Mi padre tenía allí un gran amigo, don José Santos Rodríguez, Cónsul honorario de Chile, más romano que chileno. Era un sabio, un arqueólogo famoso. Tuvimos el privilegio de tenerlo de guía. Piedra por piedra nos iba mostrando la vieja Roma y gracias a él nos fuimos penetrando de ese pasado milenario y de su historia. Además, mi padre me había aconsejado que leyera

el "Viaje a Italia" de Taine, que ya me había iluminado Venecia y Florencia. La leía en frances, idioma que ahora dominaba perfectamente. Ambas lecciones la palabra esclarecida del Cónsul y la lectura de Taine, fueron mis cicerones.

Hacíamos una intensa vida social. Todas las embajadas nos atendían ofreciendo continuas recepciones en nuestro honor. Yo me estrenaba, puede decirse, como "niña grande" e íbamos a aquellos salones situados, casi todos en viejos palacios romanos. Escribí a mi abandonado novio de Chile: "Este país es un paraíso, Jaime, del cual mis descripciones sólo le podrán dar una débil idea". El, desde que yo salí del país me había acribillado de largas cartas aburridas que eran para mi padre más que para mí. Decía, por ejemplo, en la que se esperaba fuese una carta de amor: "Los agricultores están felices porque ha llovido mucho..." Mi madre ya no era partidaria de él y un día me dijo: "Este hombre ni la comprende ni es el indicado para Ud." Yo contesté por fin a Jaime: "Quien se case conmigo, deberá arreglárselas para vivir en Italia, siempre. ¿Como diplomático, tal vez? Si París me deslumbró, aún prefiero Roma donde se encuentra toda la paz y la profundidad de la vida intelectual".

Había que volver a París: ya empezaban los cursos. A la Sorbonne me llevaba generalmente Magdalena, la cuidadora francesa de mis hermanas menores, yendo a buscarme mi madre o mi hermano. Me sentí primero muy cohibida, como "pollo en corral ajeno", debido a ser extranjera y a mi aún imperfecto (allí lo comprendí) conocimiento del francés. Luego me incorporé al medio y noté que avanzaba rápidamente en mis estudios. Además nació en mí una gran admiración por Demailly, profesor de Literatura francesa,

hombre de unos sesenta años, de rostro expresivo, de voz vibrante que convencía y arrastraba. Para él su cátedra era una especie de religión. Yo bebía sus palabras persuasivas y, muy pronto, este lazo de simpatía empezó a dar sus frutos: las lecciones penetraron en mi mente fluidas y convincentes; devotamente asimilaba, retirándome cada día de la Sorbonne, rica en conocimientos que más tarde habían de ser una finalidad en mi vida. Me reprochaba mis momentos de frivolidad e incluso mi avidez por sacarle partido al placer de vivir. Había que concentrarse más y más, desarrollando hasta el fondo ese nuevo interés que me vivificaba.

Coincidió esa magnífica etapa con un complejo curioso: no me miraba al espejo. No podía. Mi imagen me repelía, resultándome ingrata. De allí que saliera a la calle un poco a la diablo. “Lleva el sombrero torcido, me decía mi madre, está mal peinada, parece loca”. Este complejo no me abandonó a lo largo de la vida y muchas veces salí y aún asistí a fiestas elegantes, descuidada exteriormente, debido al “trauma”. No es que me hubiera convertido en una pedante, no. La feminidad estaba viva dentro de mí, pero le temía a los espejos.

Entretanto, cada día me aportaba algo nuevo y magnífico: el Louvre, con su olor a pintura, el esplendor de sus escuelas, el dorado de los primitivos, me embriagaba. Cierta señora chilena me pidió un día que la acompañara a conocerlos. A medida que recorríamos las salas empezó a aburrirse y desesperarse de tal modo que me pidió que fuéramos mejor a la tienda del Louvre.

En aquella época conocí a un compatriota fascinante que estudiaba arquitectura en l'Ecole Spécial d'Architecture de

París: Julio Bertrand. Era alto, esbelto, muy rubio, de azules ojos y de una belleza muy viril. Inmediatamente nos hicimos amigos. Su cultura y su inteligencia eran tan grandes como su belleza física. Empezó a ir frecuentemente durante las noches a visitarnos al Hotel Regina. Formábamos un gran grupo con otros chilenos jóvenes y algunos peruanos y argentinos. Me contó que vivía con sus padres en el Boulevard Saint Michel y que estaba de novio con una muchacha que era casualmente amiga mía, en Chile. —“Pero, agregó, ahora no estoy seguro de quererla. Me gusta otra...” y me miró a los ojos. Hablamos de pintura y supe que, como yo, había pasado sus vacaciones en Italia con sus padres. Glorificamos ese país. “¿Y qué le gustó más como cuadro maestro?”, me preguntó. Yo pensé un momento y luego contesté: —“Creo que la creación del Hombre”, por Miguel Angel”. El se emocionó y después de un instante, dijo: —“Es extraordinario: una niña que llega de Chile y que inmediatamente, entre mil obras maestras, capta la extrema belleza de ese cuadro... Es extraordinario. Yo opino lo mismo y todo me exalta en esa obra, sobre todo el dedo de Dios al extenderse y tocar al hombre para animarlo...”

Los domingos yo iba con mis padres y los Undurraga Echazarreta (familia muy peculiar, madre, hija, hijo y yerno) a tomar té al Palais de Glace en los Campos Eliseos, que estaba muy en boga. Pasábamos patinando en hielo toda la tarde. Mi compañero habitual era Julio que llegaba a reunirse con nosotros y me invitaba a bajar a la pista. El solo hecho de deslizarnos con las manos enlazadas, sin hablar, era algo electrificante como un vértigo. Un día murmuró en voz baja: —“Ud. no debe gustar a las mujeres... —¿Por

qué? —Gusta demasiado a los hombres...” Otra vez me susurró con voz cálida: “Una compañera como Ud. es lo que yo querría en mi vida, pálida, con ojos inmensos, no rubia y rosada como mi novia de Chile. Y que se extasiara con la pintura, con la música. Yo también soy algo músico; toco el piano. —¿Y qué prefiere en materia de música? —Mi pieza favorita es la Patética de Beethoven, la toco muy a menudo. —Es también mi fuerte ¡qué curioso! —Ya ve, todo nos une...”

¿Habría encontrado en Julio mi destino? No sé, no me hacía a mí misma la pregunta, sólo saboreaba ese presente pleno que todo embellecía. Mi hermano había partido a un colegio en Lausanne. Al cabo de tres meses regresó muy cambiado: lo poseía una total apatía que lo acompañaría a lo largo de la vida. Apenas me hablaba y se le sentía pesimista e inadaptado a todas las cosas establecidas. Nada ahora nos unía y el silencio era el clima habitual entre ambos. —“¡Me lo han cambiado!” gemía tristemente mi madre. “Es otro. Para qué lo mandaríamos allá...” —“No hay que echarle la culpa al colegio, respondía mi padre. Suiza no es un país que pueda producir una tempestad interior”.

Antes, sin que existiera entre nosotros ningún lazo robusto, reíamos juntos a veces, ironizábamos sobre las personas conocidas (el blanco de mi hermano era generalmente la señora Echazarreta de Undurruga, persona muy típica, en realidad). Imitaba sus frases; sus modales, en forma que nos hacía reír a carcajadas. Ahora no había caso. Yo intentaba que me contara sus problemas internos; sólo me respondía un silencio desdeñoso. A veces, yo, siempre impetuosa,

decía “Hay que ganar tiempo...” El respondía: —“¿Para qué, hombre? Hay que perderlo”.

Cierta tarde llegué al hogar deslumbrada: había obtenido en la Sorbonne, las felicitaciones, no sólo de Domailly, sino de mis compañeros de curso, por mi dedicación al estudio que valían más por ser yo extranjera. Yo irradiaba. Sabía que no alcanzaría a obtener un título a causa de mi brevedad de asistencia, pero lo ya obtenido me iba a bastar.

Me sumé en obras literarias que, al margen de las excursiones, y paseos, llenaban mis horas. Empecé por Baudelaire y sus flores del mal me embriagaron. Después pasé a “Corinne” de Madame de Stael y otros autores famosos que fueron mis héroes. Seguí escribiendo el diario de mi vida. Gracias a él descubrí muchas características de mí misma, recovecos que yacían dentro de mí, pero que no afloraban. Descubrí mi soledad, lo que parece paradaja dentro de un medio tan cálido; descubrí mis inquietudes intelectuales y sentimentales; descubrí con terror un porvenir incierto que se aproximaba. ¿Qué me ofrecía el futuro? ¿Conseguiría ser novelista, liberarme de mí yo por medio de la pluma? ¿Conseguiría dominar mi mente al desahogar esos desconciertos que me asaltaban? ¿Tendría el talento necesario para expresarme? ¿O sería siempre, como secretamente lo deseaban mis padres, la niña *bien* o la burguesa que sigue un camino trazado de antemano? ¡No y no! “La verdad es que no nací para tal existencia. Debo convertirme en escritora o en actriz aunque tenga que destrozarme en la lucha”. Lo primero está en mis manos, me decía pero hay tantas vallas que saltar en el timorato ambiente sudamericano. A veces sentía un extraño estremecimiento en las yemas de los dedos. ¿Año-

raba las notas de piano o las teclas de las máquinas de escribir? Esto último, tal vez. Pero... una mujer se ridiculiza si no escribe algo genial o, por lo menos, excelente; un hombre puede escribir cualquier obra insignificante. Para el sexo débil no existe término medio: o gran talento o nada. Y ¿tendré talento? Me lo pregunto a menudo.

Sigue mi diario: "Julio nos invitó a Pilo y a mí a asistir anoche a la Capilla Rusa, de puro estilo bizantino que en la rue Daru celebraba una fiesta religiosa. Fuimos. La Capilla parecía una llama viva con su orgía de colores y de luces. De pronto, la proyectada procesión empezó, presidida por un viejo pope de barba blanca y suntuoso traje dorado que llevaba en alto una gran cruz bizantina también, adornada de esmeraldas, rubíes, amatistas. La usaba a manera de enorme hisopo para bendecir a la concurrencia que aguardaba prosternada. Entonces se elevaron los cánticos, resonando como inmenso sollozo, expresando esa tristeza interna y milenaria que forma la esencia del temperamento ruso.

Un idilio se establecía entre Julio y yo. Yo era consciente de que él anhelaba unirme más profundamente a su vida, pero nuestros estudios y las pacatas costumbres de la época, lo impedían. Nuestro amor (llamémoslo así) permanecía estático, mudo en cierto sentido, reduciéndose a cambiar frases significativas y largos silencios, en una atmósfera envolvente. Además, ambos teníamos un remoto vínculo allá lejos, vínculo que, aunque ya renegado en nuestra mente, nos conservaba semiatados. Sabíamos también que una larga separación nos iba a desunir por un tiempo. ¡Es tan traicionera y resbaladiza la ausencia! Cierta día me pidió que le prestara "Les Fleurs du Mal" de Baudelaire, autor de quien era faná-

tico. A poco me lo llevó al hotel. Sobre el libro resplandecían los frescos pétalos de una rosa roja. Otra tarde nos invitó, a mi madre y a mí, a su departamento del Boulevard Saint Michel para que conociéramos a su madre. Nos avinimos bien con la señora. Por supuesto que un piano ocupaba parte del salón. Instalados los cuatro alrededor de una mesa de té, se conversó convencionalmente. Después, a pedido nuestro, Julio se sentó ante el teclado y, naturalmente, tocó la Patética. En esos momentos se transfiguraba: sus ojos no miraban, soñaban como fijos en un mundo irreal. Su hermoso perfil hacía contraste con la oscura tela de las cortinas, destacándose. Pensé que era un dios griego. Parecía haberse olvidado de nosotras, embriagado por la dicha de arrancar melodías al piano. De ese modo llegó el crepúsculo. Y partí con mi madre.

Mis compañeros de la Sorbonne pertenecían sobre todo, aparte de los extranjeros, a la clase alta francesa de provincia y a la pequeña burguesía de París. Podría dividir en dos categorías de tipos humanos a la juventud francesa de ese alumnado. Aquellos —la mayoría— ávidos de cultura, reservados, analíticos, muy finos de espíritu; y los que hacían alarde de una prematura corrupción interior como si los atrajera el fruto prohibido del amor, tema favorito de sus conversaciones. Estos eran los menos. En las mujeres me chocaban su absoluta falta de libertad, lo que les creaba absurdas amarras sociales y las incitaba a ocultarse para sus pequeños amoríos. Nada o muy poco, se permitía a la “jeune fille” francesa de entonces, la que se consumía de oscuridad y de anhelos de libertad. Nada socialmente hablando les estaba permitido, ni aún entrar a las elegantes e inocentes salas de

té como Colombin, por ejemplo. De allí nacía en la mayoría de ellas una malsana aproximación a lo prohibido.

Yo que sentía sólo lo sublime del amor, sin detener mi pensamiento en el placer, estaba escandalizada de esa libre concepción hacia un hecho tan trascendental en la vida de los seres humanos. Y veía el error de tales costumbres equivocadas que aún se conservaban como normas. No podía dejar de verlo, yo que experimentaba una especie de fervor místico leyendo las estrofas del Cantar de los Cantares, aquellas que muestran al "bien amado llegando revestido de encanto y de misterio por encima de las colinas". Y, turbada, me balanceaba ante esas dos tendencias opuestas de mis camaradas. Influida, como yo lo era ¿qué inclinación iría a primar mi ser? Admiraba a mi compañera de clases, Christine Ferrand, de alta burguesía parisiense, cultísima, púdica y profunda, con quien trabé una deliciosa amistad que duró lo que duraron mis cursos.

Fuera de la Universidad, mi mejor amiga era Marie Louise Hileret, argentina-francesa, huérfana de padre y madre, riquísima, a quien había conocido en el "Avon", barco que nos trajo a Europa desde Buenos Aires. Tenía diecisiete años, como yo; era bella, muy alta y distinguida. Estaba sujeta hasta lo ridículo por "tante Berthe", vieja francesa, que le servía de institutriz y que era implacable para vigilarla. Mantenía con ella el sistema *pacato* y le prohibía las más inofensivas salidas. Esta anciana Berthe era ilustrada, muy pedante y antipática. Carecía en absoluto de matices. Ello no impedía que yo me sintiera a mis anchas con Marie Louise.

De mi diario: "Todo París está florido, los árboles verdes,

el ambiente impregnado de perfumes. Todo habla de amor. Fui al skating con los Undurraga, Julio y Pilo.

Estoy sola con Pilo en París, pues mi papá partió a Holanda. La vida que hacemos no puede ser más apacible. Vamos en coche al Bois en compañía de Raimundo Undurraga, buen muchacho a quien yo digo todas las tonterías que me pasan por la cabeza. Somos grandes camaradas. Mamá, desde Mont Dore, me escribe: "Me alegro que esté tan amiga de los Villanueva y también de que no haya recibido ni una palabra de Jaime. ¿Por qué no aprovecha ahora que él le da motivos para hacer lo que me prometió? En las soledades y penas que estoy pasando no podría proporcionarme un gusto mayor y sería para bien y felicidad de todos. Espero que se ponga muy razonable. Mi vida aquí no puede ser más triste. Hoy ha sido el primer día de sol y lo aprovecho para ir con las niñitas a caminar por el cerro, aquéi al que íbamos las dos, donde tomábamos leche de cabra. Las niñitas se portan muy bien y juegan todo el día, pero yo me siento completamente sola y desgraciada. Era muy distinto cuando usted me acompañaba".

Tardes deliciosas. Julio y yo patinábamos como siempre con las manos enlazadas. El, con su voz "caline", tan especial, me hablaba: —¿"Le pediría usted muchas pruebas a su novio? —Tal vez, soy muy incrédula. —¿Cree usted que no hay un hombre capaz de querer para siempre? Yo le aseguro que hay, yo querría así, ¡yo mataría! En este momento siento deseos de matar al que pretenda quitarme esa felicidad que ahora veo tan cerca... Su felicidad está en Marta que es tan buena. Me gustaría que se casara con ella. —¿Le gustaría que me casara con ella! No quiero que le guste eso".

Cuando llegó la hora de partir, me dijo con esa voz cálida, intensa, que siempre me conmueve: “¡Quédese otro rato, por favor! Estoy tan feliz. Me siento como en las nubes, quisiera que esto no concluyera nunca. Si supiera cómo me gusta sentirla protegida por mí como en este momento, saber que se caería si yo la dejo de sostener...”

Yo no le di en el gusto y partimos todos. Afuera llovía. Caminamos lentamente por los Campos Eliseos, bajo los paraguas. Hablamos sobre nuestros ideales. —“¿Cómo es el suyo?” me preguntó Julio. Yo respondí vagamente. Entonces él me dijo: “El mío es sólo esto: una casita que yo mismo construiría donde encerrar mi amor, una casita por fuera muy austera, sin ninguna ventana para que no la turbe el ruido de la gente y para que nadie sospeche lo que pasa dentro. Por dentro, por dentro... ¡la felicidad!”

Londres, 15 de mayo. Pasamos el día en Hampton Court, a orillas del Támesis, en medio de una naturaleza luminosa y soberbia porque, si las nieblas ahogan a Londres en invierno y otoño, cuando hay sol todo se reviste de color. Luego de visitar el castiilo que no es muy interesante, volvimos en lancha por el río en el que reinaba gran animación debido al buen tiempo. Multitud de ingleses, parejas jóvenes en general, llenaban los botes (house-boats) descansando tendidos de espaldas o merendando alegremente. Los botes iban llenos de flores y voces que cantaban inundando el aire. Todo invitaba a una existencia de felicidad y de olvido. Ah, qué tranquila debe pasar allí la vida. Mi sangre inglesa (por mi bisabuelo Tupper) dominaba imperiosa mi ser y ansiaba haber nacido en Inglaterra y ser una de esas personas que

pueden gozar de tal modo y vivificarse con lo que aporta a sus hijos Inglaterra.

Papá es un cicerone incomparable. ¡Qué actividad infatigable posee para conocer y recorrer! Es nuestro general en jefe que nos arrastra triunfante tras él. Lo seguimos felices pero rendidos y a veces caemos sobre las gradas de los museos pidiendo tregua, tregua. Fuimos a la National Gallery donde admiré imágenes de Lippi y Botticelli, y deliciosos retratos de Lady Hamilton por Romney. En la noche al teatro a ver "The Blue Bird" de Maeterling. ¡Qué obra, Dios mío! Los teatros de Londres son notables, en todo sentido. Las operetas, con un lujo asiático. Hemos visto "La Princesa del Dollar" y "El Encanto de un Vals".

Me voy enamorada de esta gran ciudad ordenada y solemne. He pensado que mi ideal sería vivir aquí, aún en medio de estas nieblas. Vivir siempre aquí... con Julio.

De nuevo París. Julio sigue viniendo a comer, a tomar té, a toda hora. Nos reunimos en un salón diminuto que yo llamo mi salón artístico y en el que guardo mis grabados favoritos, mis libros y un piano en el que toco a Beethoven, Chopin y Grieg. Me siento feliz cuando sorprendo sus ojos azules fijos intensamente en mí, lo que ocurre a cada segundo.

Vino después de comida. No sé por qué ya no me gusta. Me aterra mi volubilidad. Me pareció como antes extraordinariamente inteligente, pero con una pretensión excesiva. Se cree un dios, un genio. Quien se case con él tendrá que venerarlo de rodiillas. Sostiene a este respecto las ideas más absurdas y estrambóticas. Gran desilusión. Se diría que el Julio que me hechizó no existe. Abro los ojos y veo bien claro que lo que me gustó sobre todo en él fue su cara, y que,

pese a su talento y a su gran cultura de artista, fue su físico el que me sedujo.

Ahora, a la distancia (han pasado años), me reprocho mi juicio. Fue arbitrario. El me quería de veras y yo carecí de visión. Posiblemente, sin que yo me diera cuenta, el veneno de la duda había entrado en él. Y ya partíamos. Fuera de la noche en que llegó a despedirse, no lo volví a ver.

Nunca me perdonó. El día de su regreso a Chile, se precipitó a nuestra casa. Pilo le abrió la puerta de calle. —“¿Y Florita?” preguntó ansioso. —“Se casa mañana”, respondió mi hermano. Nunca me perdonó.

Debe haberse sentido muy solo, muy desesperado. E inadaptado en Chile. Empezó a ejercer como arquitecto y comenzó el lujoso edificio que iría a servir de sede a la Embajada de Estados Unidos. Formó parte de un grupo artístico que recién fundara el poeta Pedro Prado, llamado “Los Diez” y él, Julio, fue quien diseñó los planos de la Torre en que se reunía el grupo, especie de cenáculo o claustro, situado en la calle Santa Rosa, en un sitio obsequiado por Raúl Tupper, mecena de artistas. Después contrajo matrimonio con su antigua novia. Ella, Marta, que era amiga mía, me dejó de ver. Un día, sin embargo, nos encontramos los cuatro (las dos parejas) en torno a una mesa de té. El guardó sin cesar un silencio hostil.

Murió tuberculoso a los treinta años, atravesando por un largo calvario.

Nuevamente en París.

Deberíamos habernos ido a fines de este mes, pero como Pilo está aún algo delicado de salud, resolvieron mis padres

postergar el regreso hasta septiembre. Ya me había hecho el ánimo de partir y esto me ha fastidiado. Ansío aclarar de una vez mi situación.

Recibo continuamente cartas de Jaime. Siento un placer intenso al leerlas, cierro los ojos, y la idea de casarme con él se apodera de mí. Paradoja dentro de la paradoja.

Durante las noches sostenemos animadas pláticas entre las Villanueva, Pilo y yo. A veces se agregan a ellas las Nazar, argentinas, Raimundo Undurraga y un joven Marques de la Plata. Con las Villanueva todo tema resulta interesante pues son pasmosamente hábiles, aunque demasiado analíticas y cerebrales. He conocido en el hotel a un egipcio que todavía cree que en América Latina la gente anda vestida de plumas y saltando por los bosques. —“¿Cómo están esos indios? pregunta. Yo, en vez de ofenderme, le exagero la moderna civilización de nuestros países e incluso le cuento una infinidad de mentiras para hacerle propaganda a mi país.

Septiembre 8. Sólo unas cuantas horas y adiós París, adiós Europa, adiós período feliz, sin inquietudes, sin contradicciones, sin nubes. El alejamiento de un sitio, aún cuando sea voluntario, es siempre un desgarramiento. Doblo la hoja a uno de los mejores capítulos de mi vida, al mejor, y pienso con angustia en el siguiente, en el más grave, en el verdaderamente decisivo. Este viaje ha representado para mí la amplitud de horizontes, el conocimiento del arte, el estudio, el imprevisto de cada hora, el refinamiento intelectual, la luz, la libertad. Y todo eso lo abandono para emprender la inevitable ruta que me llevará al matrimonio. ¿Podré esperar de ello la dicha inefable que he vivido aquí? No lo creo.

LA VUELTA A CHILE

Hoy, cuando el barco abandonó las costas de la Francia, comprendí que terminaba todo, todo. Y el barco, sin embargo, me lleva quizás hacia el matrimonio, hacia el amor.

Sollocé dos noches, fuerte, en la oscuridad del camarote. Mi litera estaba arriba y, desde la de abajo, mi madre intentaba consolarme, pero sin resultado. —“No es ninguna desgracia, niñita tonta. Allá encontrará otras alegrías. ¿Llora por Julio? preguntó al fin. —No, mamá. No es por nadie en especial. Pero el ambiente, el aire, la felicidad que he tenido en este año y medio, no creo que se repitan”.

Las dos primeras noches de barco las pasé en lágrimas.

Ahora me resigno. Esta navegación me es antipática y los pasajeros no me caen en gracia. Volver a Europa. He ahí mi gran anhelo.

Estaba esperándome en Los Andes con familiares. Dentro de la oscuridad de la estación, lo vi que avanzaba hacia mí, ansioso, emocionado hasta el punto de no poder hablar. Llevaba en las manos un ramo de flores. Hizo además de abrazarme pero yo, por un movimiento instintivo, me retiré vivamente y le tendí la mano ¡Pobre amigo! Subimos nuevamente a otro tren. Durante el trayecto a Santiago, él intentaba apartarme de quienes me rodeaban para oír de mí alguna palabra, “una sola”, me decía. Yo no podía pronunciarla. Los ojos severos de mi padre se fijaban en mi rostro pareciendo decirme: “No olvides, Florita, lo convenido...” En efecto, tuvimos en Buenos Aires una conversación familiar y papá me exigió que cortara mi compromiso en vista de

que el viaje a Europa probó mi falta de amor. Pero mil sentimientos contradictorios luchaban en mí. Es terrible tener entre las manos la felicidad o la desgracia de un ser humano, de un amigo, y saber que no es la felicidad lo que se le va a dar.

Al fin se detuvo el tren en Santiago donde un mundo de gente nos esperaba con los brazos abiertos. Nos dirigimos a casa en la que estaba preparada una gran mesa de té.

Cuando todos partieron entré a mi dormitorio cerrado, santuario de recuerdos y sueños y, con la mirada, acaricié los objetos, emocionada. Mi antigua personalidad, ingenua y tímida, la que poseía antes del viaje, está entera encerrada allí, entre los muros de mi apacible pieza. Me parecía sentir vagar en la atmósfera esa otra alma mía, tan seria, tan triste, tan sorprendida de la vida. Ahora soy otra. De mis viajes he traído un alma nueva.

Octubre 6. Mamá telefoneó a Jaime para pedirle que viniera hoy en la tarde. Todo quedará cortado, sabrá que no lo quiero. ¿Cómo podría no haberlo adivinado, cuando todo en mí lo grita?

¡Dios mío, qué conferencia! Después entré yo. El me miraba con ojos terribles. Estaba demudado, yo temblaba. El le suplicó a mamá que nos permitiera quedar solos unos momentos. Y entonces dijo: “—¡Y Ud. ni siquiera llora! ¿Qué clase de criatura es, Dios mío? No la alcanzo a comprender: me atrae como un enigma, la creo insensible porque no le veo el corazón, y sin embargo no puedo vivir sin Ud.! ¿Ha pensado lo que significa mi conversación de hoy con su mamá? Todo ha concluido. No, Florita, es un sueño,

no lo puedo creer. Ud. no sabrá nunca lo que sufrí en su ausencia, estuve a punto de morir. Y, después de eso..."

En fin, algo así me decía, no sé bien. Sólo sé que estaba paralizada de emoción. Si en ese momento me hubiera preguntado: ¿me quiere? yo le habría contestado ¡sí! Pero hablaba, hablaba, sin preguntarme nada. Después se fue.

Martes 11. Almuerzo en casa de Rita. Había un grupo agradable de mujeres. Después, con no sé qué pretexto, Jaime se presentó de improviso, sabiendo que me encontraría. Parecía haber olvidado que una semana antes se había tratado de una ruptura entre los dos. Lo conozco bien, esa es su táctica. Tratar de convencerme de que lo quiero, sin dar importancia a mis intentos de ruptura. Me cree más infantil de lo que soy. Desea envolverme, sugestionarme con sus palabras, hacerme olvidar que no lo quiero, si es posible. Pero veo claro y comprendo su juego.

Noviembre 4. Hoy corté con Jaime para siempre y me devolvió los recuerdos insignificantes que tenía de mí: cartas de Europa, una flor que yo llevaba cierta noche de teatro en el pecho, un retratillo de mis 15 años, otra flor, etc. Cuando los objetos se desparramaron por el suelo, al abrir el paquete, lloré.

VERANEOS

Un mes después nos instalamos todos en Lo Herrera, la hacienda. Veraneaban con nosotros tíos y primos de todas las edades y la larga mesa de comedor albergaba a esa alegre y bulliciosa caravana que reía por nada, que hacía chistes

y celebraba bromas. En las tardes excursionábamos a pie por las avenidas y colinas llevando largos bastones, efectuábamos cabalgatas durante horas llegando a lejanos cerros del fondo. El Romeral era el preferido por su belleza agreste. Yo me sentía lo bastante ligada a la naturaleza para sentir en estos paseos el máximo de placer. Era un goce pueril, panteísta puedo decir, el de mezclarme con el verde de los árboles y aspirar la fragancia que flotaba por doquier. En el día se leía o jugaba ping-pong o se bordaba (según los gustos) a la sombra de las tres viejas encinas que eran en realidad nuestro hall. Desde el huerto nos llegaba el perfume de los parrones de rosas, como una bendición. A pesar del marco y el medio placenteros, yo era extremadamente vulnerable: sufría si por azar alguna mirada fría o severa se posaba sobre mí y sufría también por mi propia desorientación. Nunca me resignaría a ser sólo una buena dueña de casa. Era indispensable que se realizaran mis inquietudes artísticas. Pero ¿cómo? El impulso debía nacer de mí misma puesto que nadie me ayudaría. Mis padres menos que los demás. Y aún nada germinaba dentro de mí. Era como una fiebre estéril la que me roía. Juzgándome con lucidez veía yo que, al revés de mi hermano, era también convencional porque, desde siempre, me habían enseñado a serlo. ¿Tendría alguna vez el valor necesario para saltar la valla? En mi hermano los anhelos artísticos serían más fáciles de dar fruto porque se situaba fuera de toda clase social. Aparecía amurrado o elocuente según fueran los pensamientos que lo atravesaban. Hoy está inerte, como un muerto, pero generalmente tiene el don de hacernos sentir que somos unos idiotas. Observo y recojo mientras cada cual se ocupa de

algo diferente. Hay promesas en el aire y estoy contenta. Luego me alejo. Al pasar por el salón solitario, diviso en el gran espejo, mi imagen y siento que mi corazón palpita. ¿Soy yo esa criatura sin color, de mejillas hundidas, que parece buscar sin encontrar? Al mirarme sólo anhelo huir. Es que, en verdad, no me gusto y es por ello que le tengo miedo a los espejos.

¿Qué importa? Afuera renazco. Soy una sola cosa con los árboles, con el césped, con las aguas. En ese ambiente de perfumes y de perspectivas sin límites, me encuentro por fin y viene a mi ser el objetivo que en vano busco.

En febrero dejamos la hacienda y partimos por un mes a Viña del Mar. Con sabiduría mi padre me había aconsejado: —“No hables de tu viaje a Europa ni cuentes maravillas. Mientras menos lo menciones mejor”. Yo iba a Viña aterrada ante la idea de caer mal en aquel medio elegante. Siempre en mí esa timidez, ese complejo de inferioridad que me inhibía, impidiéndome contemplar mi imagen en el espejo.

Resultó lo contrario de aquello que temía. Escribí en mi diario de entonces: “Puedo decir que soy completamente feliz, si es que puede llamarse felicidad lo frívolo, el incienso derramado a chorros, los homenajes, la presencia de rostros diferentes, de caracteres opuestos. El Gran Hotel en torno al cual gira toda la vida del balneario, es en sí una maravilla con sus grandes patios llenos de palmeras y sus fuentes gemidoras. Al fondo un inmenso parque en que alternan los más raros y hermosos árboles. Se baila cada noche y, durante el día, hacemos excursiones a Valparaíso, Con-Con, Playa Ancha, etc. Hoy, cuando regresé de uno de estos pa-

seos con mamá, la música ya tocaba en el Hotel y grupos de personas en traje de noche se paseaban en el jardín iluminado.

En Viña debía resolverse mi destino.

Cierta noche que yo acompañaba a mi madre, sentadas ambas en un banco a la puerta de nuestro dormitorio, mirando desfilar por los corredores a la concurrencia engalanada, vi pasar a un joven de unos veintiocho años, solo, pensativo, muy erguido. No nos vio. Le seguí con la mirada y espontáneamente le dije a mi madre: —“Con este hombre me voy a casar... —¡Cómo! exclamó ella, atónita. ¡Si no lo conocemos, no sabemos quién es. —Pero quiero casarme con él”. Era rubio, hermosísimo con sus facciones correctas. Lo volví a divisar a la noche siguiente en el baile habitual, siempre solo. Vestía smoking como todos. No se acercó ni bailó, permaneció solitario e inmóvil en un extremo del salón. En una vuelta de baile alcancé a mirar sus ojos de un azul intenso, bordeados de largas pestañas. El absurdo proyecto me asaltó de nuevo: “Con él me casaré”. Desde entonces, riendo o charlando con mis admiradores, la loca idea persistió. Pero no había caso: ni siquiera conocía su nombre y ya regresábamos a Santiago, concluido el verano. Siguieron las fiestas en Santiago. Un primo de mi madre, el Doctor Francisco Puelma Tupper, a quien ella admiraba por su talento y sabiduría, le dijo cierto día: —“No me gusta el giro que estás dando a la personalidad de Florita; haz que conozca la vida en todas sus caras: en vez de que vaya a tanto baile, llévala a los hospitales...”

Dos meses más tarde, falleció el hermano mayor de mi padre. Nos instalamos a recibir visitas de pésame. De pronto

llegó un grupo de jóvenes entre los que mi padre como orador y abogado tenía gran prestigio. Dentro del grupo estaba él, mi elegido de Viña del Mar. Tuve un sobresalto interior y mi madre, mirándome, sonrió con aire de complicidad. Se llamaba José Rafael Echeverría Larraín y era ingeniero. Ya estaba descifrado el enigma. Algún tiempo después mi madre me propuso que diéramos una comida y lo invitáramos junto a varios otros. Acepté la idea con júbilo y así se hizo. Naturalmente, al disponer los asientos lo coloqué a mi lado. Conversando, vi que era muy introvertido y que pensaba viajar a Europa dentro de unos meses porque se sentía cansado y quería conocer otros mundos.

Le encantó nuestro hogar y empezó a frecuentarlo a menudo. Tenía culto por mi padre. En una de nuestras veladas yo, como lo hacía a menudo, canté, acompañada al piano por mi madre. De pie, mirándole, empecé una de las muchas canciones francesas que sabía “Si vous l’aviez compris”. Al terminar él me dijo: —“No entiendo nada de música, pero su canción me ha impresionado. Fuera de su voz preciosa, pone al cantar un gran sentimiento”... Desde esa noche se convirtió en mi rendido pretendiente. Lo negativo era que partía a Europa.

Me propuso matrimonio diciendo: —“Tengo ya mi pasaje, necesito un descanso; mi trabajo y mil problemas de otro orden me han agotado. Habría dos alternativas: o me espera sólo un año o nos casamos dentro de tres meses”. Yo no titubeé: —“Me voy con usted aunque esto sea muy precipitado. No creo que mis padres se opongan”.

El día del compromiso (que se llamaba “pedida de mano”) trajo consigo un anillo de gran valor con una sober-

bia perla y dos brillantes. Este anilló nunca se ha apartado de mi mano.

Tenía culto por la memoria de su madre y nunca se apartaba de un pedacito de género escocés que la envolvió al morir. A veces me contaba lo que era su vida. —“Mi padre, lleno de cualidades, es un desequilibrado que nos hace difícil la vida. Inmediatamente de viudo nos internó en los Padres Franceses, colegio muy elegante pero en que apenas nos daban de comer. El mayor de nosotros se había hecho sacerdote al morir nuestra madre. Vive conmigo en una casa vieja, desaliñada siempre, como lo son las casas de hombres solos. También vive con nosotros Félix, desequilibrado como mi padre que no logra estabilizarse ni trabajar en nada. Yo los mantengo a todos, incluso a mi padre, arruinado en malos negocios. Es ardua mi tarea porque Julio, el sacerdote, llena de libros sagrados la mesa del comedor y coloca estampas de santos en cada rincón. Un infierno es mi casa... Con su sistema y su obsesión, Julio haría perder la fe al más creyente. Junto a una empleada antigua, intento mejorar el aspecto de esa vivienda que es la nuestra, pero al día siguiente recomienza todo. Sólo el mayor, Vicente, que es casado y cónsul en Londres, escapa de estos desastres domésticos. Del primer matrimonio de mi padre con Inés Bello, tengo una hermana que es escritora y a quien adoro. Tiene una personalidad muy fuerte y un talento notable. Pero se desentiende de todos nuestros problemas hogareños. Vive en París con su marido y sus hijas. A mí, el mejor de sus hermanastros, es el único a quien quiere y soporta. Y, algo a Vicente. A los otros no los ve. De vez en cuando llega a almorzar a su casa el cura, pero ella conoce sus ma-

nías, especialmente la de contar milagros, estas visitas no le son gratas”.

Muy alegre y vital en las mañanas, Pepe iba decayendo de humor a medida que transcurría el día; en la noche generalmente estaba abatido. Leía mucho y era culto, ingenioso. Fue un novio apasionado durante el breve noviazgo. Tenía sentido del humor. Me dijo un día:

—“En nuestra casa cuando volvamos de Europa, debemos poner un retrato de su tío Ricardo: a su oportuna muerte debemos el habernos conocido”.

Me casé el 12 de noviembre.

Pasamos algunos días en Viña del Mar, en los que sentí a menudo que me enfrentaba con un desconocido. Se me escapaban sus reacciones, no sabía cómo tratarlo. El tampoco me captaba. Volvimos para embarcarnos en el “Amazón”, desde Buenos Aires.

Nuestra vida a bordo era llena de ocio, pero no de fastidio. Leíamos, charlábamos y era suficiente para sentirnos felices. Era un mago para leer en voz alta. Quiso que empezáramos con “L'intrus” de D'Annunzio, uno de sus libros favoritos. En esa época D'Annunzio estaba muy en boga: los diarios del mundo entero comentaban sus obras, su vida, sus extravagancias. Me fascinó “L'intrus”, pero a la vez me desconcertó. Seguimos por “Elle et Lui” de George Sand.

París, diciembre 18. Hemos llegado a París ¡que delicia! En la estación nos esperaban Inés Echeverría, la hermanastra de Pepe, con toda su familia, los Amunátegui y Pancho Echeverría. Yo venía muy demacrada. Sentí que los parientes de Pepe sufrían una decepción de mi físico, ante lo que habían

imaginado que debía ser la tan renombrada hija de don Eliodoro. Demacrada y tímida. Como que Inesita, sobrina de Pepe, escribió después en su diario según me contó cuando llegamos a ser amigas: “Es dije, interesante, nada buena-moza...” Pepe me había advertido: —“No contradigas en nada a mi hermana; te tomaría odio, pese a que seas hija de don Eliodoro...”

Qué me iba a atrever a contradecirla. Desde que la vi me atemorizó: su personalidad autoritaria, escondida tras modales muy dulces e insinuantes, se imponía sólo al mirarla. Era alta, delgada, de nariz aguileña y ojos miopes. Usaba impertinentes que clavaba sin piedad sobre su interlocutor. Tenía más o menos la edad de mi madre. Comprendí que me juzgaba poca cosa. Pero se mostró muy cariñosa. Su medio concluyó de asustarme cuando lo conocí al día siguiente a la hora del almuerzo. Vivía en una lujosa residencia en Passy, con extrema elegancia, en compañía de su marido, Joaquín Larraín Alcalde, hermosísimo gigante que se plegaba a sus gustos, y de sus cuatro encantadoras hijas. Me di cuenta de que era incomparable amiga de sus elegidos, pero implacable enemiga de quienes no le caían en gracia. “Desprecia a los débiles, me dijo, o sea a los mansos de espíritu...” Años más tarde yo, menos tímida ya, debía decirle un día: —“Esos seres débiles ante los hombres que Ud. desprecia son los fuertes ante Dios...” Ella me miró asombrada, clavándome sus impertinentes que la hacían más temible: —“¡Qué interesante, hijita, lo que has dicho! A ver, repítelo...”

Es autora de varias obras literarias con el seudónimo de Iris. Su manía es ridiculizar a la clase alta —su clase— acentuando sus defectos e ignorancia. Con ingenio sin igual

lanza en su charla dardos envenenados, cáusticos y crueles que nadie se atrevería a contradecir.

Diciembre 20. Salimos sin cesar. Pepe está fascinado con París; yo soy su cicerone. Pero los chilenos no nos dejan vivir y, hasta cuando estamos reposando en bata y zapatillas, golpean a la puerta y nos visitan "para saber noticias de la situación política que dejamos en Chile". Creo que nos cambiaremos de hotel para tener paz.

Diciembre 28. Nuestra vida es muy interesante. Queremos conocer París en sus diversas fases. El Barrio Latino nos ha encantado. Invitamos anoche a varios amigos que nos han llevado a comer en una taberna de estudiantes. Nos sedujo el cuadro de esa juventud vibrante que conversa fuerte y se divierte. No es aquí la diversión, triste en el fondo, del vividor hastiado que suele verse en Montmartre, sino la fresca alegría de artistas que empiezan a vivir. Visitamos después centros y bares y "bistrots" diseminados por cada rincón, entre ellos un salón en que se reúnen quienes por primera vez presentan al público obras literarias que son leídas desde una tribuna mientras los asistentes aplauden o reprobaban. El pintor Backhaus nos sirve generalmente de guía. Es finísimo. En materia de teatro hemos visto cuanto se da por el momento. Anoche, por ejemplo, en la Opera Cómica "Los Cuentos de Hoffmann", de música fascinante. Hoy visitamos el "Atelier Julián" que es la más importante academia de pintura que existe en París. Fue allí donde estudió Marie Bashkirtseff, la bella rusa que escribió sus memorias y que murió tuberculosa en París a los veinticuatro años. Fui devota de ella y de su diario durante mi adolescencia. Hoy, como digo, un grupo de gente joven, bajo la dirección

de Jean Paul Laurens, afamado pintor, dibujaba sobre el natural, sirviéndose de modelos desnudos. Estuvimos conversando con la viuda de Julián y le preguntamos si recordaba a Marie Bashkirtseff. —“Ah, oui, exclamó. Mais, vous savez, elle a beaucoup exegerée dans son journal. Elle etait une grande poseuse...”

Estoy muy delicada de salud y para no fatigarme con la agitadora vida nocturna, permanecemos durante el día en nuestro departamento del hotel, dedicados a la lectura y al reposo. Partiremos a Suiza para seguir a Italia. Al regresar, no volveremos al Regina a causa de los chilenos. Necesitamos mayor independencia.

Febrero 12. Pleno invierno. Llegamos a Venecia. Recuerdo los días de Venecia con suave melancolía. Todo es triste y me siento tan enferma. Durante las veladas encendemos una lámpara con pantalla roja y nos ponemos a leer. Son los mejores momentos. ¡Tristes y dulces momentos! Hasta el hotel en que estamos (Hotel Luna) que es un antiguo palacio ducal, posee un lúgubre y romántico aspecto a la vez. Gran armonía sentimental. Pepe se tiende a mi lado en la cama gemela y me dice: “converse con su amiguito”. En este instante pasa una gran procesión con música bajo nuestros balcones. Hoy hace tres meses que nos casamos. En la celebración, Pepe me trajo un ramo de claveles rojos y yo me puse uno en la cabeza. Sigo mejor y estoy contenta, pero mi flacura es horrible y aparezco pálida como un espectro. Carnaval. Hermoso aspecto. Máscaras. Centenares de mujeres y hombres se pasean por las callejuelas cantando y vistosamente disfrazados. Venecia pierde su melancolía y toma un carácter de fiesta. A veces tengo horas de gran

irritabilidad. Pienso que mis padres me dieron cultura pero no me enseñaron a enfrentar la vida.

Pepe sigue en su mágico rol de leerme en voz alta. Esta vez nos hemos sumido en "Il piacere" de D'Annunzio y en "La Confesión d'un enfant du siècle" de Musset que es como una réplica a "Elle et Lui" de George Sand.

Florenca me deslumbró menos que Venecia, pese al embrujo de sus piedras y sus obras de arte en que se posó, inmortal y magnífica, la mano del Renacimiento. El Bristol, hotelito excelente, abre sus balcones sobre las silenciosas aguas del Arno.

No fui feliz ni en Italia ni en París, esta vez. Mis malestares eran atroces y se creaba en mí un sentimiento de culpa por haber estropeado a Pepe este viaje del que esperaba tanto. Por lo demás, cierta incompatibilidad de caracteres empezó a nacer entre ambos: éramos demasiado diferentes. Sin embargo, ambos coincidíamos en la costumbre de llevar un diario. (Costumbre muy difundida entre las personas de la época). Yo escribía: "Sigo lo mismo con continuas recaídas, y eso que paso la mayor parte de los días en cama. Pepe me cuida con paciencia de santo. Me ayuda a vestir, prepara mi desayuno, arregla las maletas. ¡Mi pobre Pepe! ¡Pasar de tanta ilusión a tan prosaica realidad! Lo que tiene de más doloroso para mí esta enfermedad es que me priva en absoluto del goce de viajar y conocer. Me estoy resignando a pasar por las ciudades sin otro panorama que la pieza de un hotel. Si salimos en coche, vamos al paso del caballo porque toda sacudida me hace mal. Y Pepe tiene que advertir al cochero: "piano, piano per que la signora e malata..."

Otro día escribí: "De pronto me he sentido mejor y hemos podido ir al Monte Aventino y a visitar iglesias y museos. A veces llevamos con nosotros el libro de Taine para leerlo frente a las obras de arte. Una de las más intensas emociones artísticas que hemos experimentado fue frente a la Santa Teresa de Bernini. Taine escribe sobre ella: "Couchée, evanouie d'amour, les yeus mis clos, elle s'est laissée tomber de bonheur et d'extase. C'est la vraie grande dame qui a sechée dans les feux, dans les larmes, en attendant celui qu'elle aime. Jusqu' aux soupirs que meurient sus ces levres defaillantes, il n'y a rien en elle qui n'exprime l'angoisse voluptuese".

Algo que me atraía infinitamente era pasear en coche abierto por la Campiña Romana. Resolvimos pasar en Roma la Semana Santa. Qué inolvidables días. La Ciudad Eterna se estremece entera y palpita al son de sus campanas. Todo el mundo se ha dado cita en San Pedro que ya no tiene el recogimiento de una iglesia, sino la vivacidad de una feria. La gente se pasea, contempla, habla fuerte, sin ninguna reverencia. Nosotros llevábamos nuestros pisos portátiles y nos instalábamos largas horas a escuchar el canto llano, muy monótono pero conmovedor. A veces, con tal ajetreo, me cansaba hasta el punto de caer extenuada en brazos de Pepe al caminar sólo unos pasos.

Pese a mi amor por él yo sufría al estar separada de mi madre que había sido hasta entonces mi compañera, mi mejor amiga, mi vida. Siempre, como he dicho ya, nos había unido la más completa confianza y todas mis penas de niña, todas mis contrariedades, se disipaban en sus brazos protectores. Ahora ¿quién iría a mimarme? A un marido se le pide amor, pasión, ternura, pero no se le puede exigir esa

solicitud de todos los instantes, esa protección sin límites de que nos rodea una madre, y sobre todo, una madre como ella, tan abnegada, tan apasionada de sus hijos. Ella se sentía muy triste con mi ausencia y un mes antes de que yo partiera empezó a llorar diciendo que su vida ya no tenía objeto porque su misión hacia mí estaba cumplida.

Yo esperaba un hijo y mis padres presionaban para que el nacimiento se efectuara en París, por encontrarme yo en tan mísero estado de salud. Mi madre vendría a acompañarme. Nos resistimos bastante. El programa de Pepe y sus trabajos de ingeniero sólo consultaban ausentarse hasta julio. Al fin cedimos. Fue un error.

A poco llegó mamá acompañada de mi hermano. En París hacía un calor sofocante. Ella partió casi enseguida a hacer una cura para su asma en Mont Dore, preciosas termas de Auvernia que ya habíamos conocido por igual causa en mi viaje de soltera, y Pilo aceptó una invitación de mi cuñado Vicente, Cónsul en Londres, quien paternalmente le ofrecía alojarlo en su casa de Newhaven por si deseaba aprender inglés. Nosotros dos nos fuimos a Chantilly, al hotel du Grand Condé. El bosque que lo rodeaba era interminable, misterioso. Vagábamos a pie o en victoria por sitios casi desconocidos de los turistas.

Mamá había arrendado un precioso departamento rue de Lisbonne. Allí nació, el 23 de agosto, mi hijita Flora Luz, que era muy frágil y liviana de peso, debido a mis prolongadas dolencias. Mi madre que había dicho: —“El día más feliz de una mujer es aquel en que recibe a su primer hijo”. No sentí nada de eso.

Muy pronto regresamos los cinco a Chile. En la tran-

quilidad del barco escribí mi primera obra literaria: un cuento romántico, bastante dramático, que se llamó "Triguita" y que nunca he hecho figurar entre mis producciones. Ya en esa época yo tenía el sentido trágico del arte. Al releer hoy el cuento me gusta.

A bordo también empezaron las grandes desavenencias entre mamá y Pepe. Ella estaba acostumbrada al halago; él la contradecía continuamente. Y con brusquedad. ¿Celos, tal vez?

Durante más de un año he interrumpido estos recuerdos. Nada he dicho de mi vida de mujer ni de mi vida de madre. Nada tampoco de mi última etapa de turista. Siento no haberlo hecho; la cosa valía la pena y tenía tanto que escribir. Seguir paso a paso la existencia de una persona, en todas sus fases y evoluciones, es interesante. ¿Por qué no lo hice? Habría sido apasionante ir derramando día a día en este diario mis actos y pensamientos en el diario que ya es parte de mí misma. Pero mi inercia fue mayor que mi anhelo de continuar estas páginas cotidianas. He vivido intensamente durante este año y medio, pero no la vida que imaginé. La realidad ha sido inferior a los sueños. ¿Por qué? ¿Porque nos queremos menos? De ningún modo. Pero soñé una existencia más bella, más variada, más honda. Defectos de una fantasía exagerada.

Pepe ha ido de viaje por su trabajo. Cada separación es un desgarramiento; al día siguiente me acostumbro. Sin embargo, hoy en la noche me sentí cobarde ante mi soledad. Ese terror a la oscuridad viene desde una noche no lejana en que, encontrándome en una semi vigilia, vi una sombra que avanzaba hacia mí con los brazos abiertos y me miraba,

inclinándose casi hasta tocarme. En el instante de inclinarse sentí un hálito helado que me rozaba la cara. Di un grito y la sombra desapareció.

SOBRE LA EPOCA MAS OSCURA

Murió Flora Luz de año dos meses el día en que nació su hermano, mi segundo hijo, lo que pareció una sustitución. Mi dolor fue indescriptible. Dos años después nació otra niña, igual a ella, pero gorda y robusta. También se fue a la misma edad y del mismo mal, hecho que aumentó lo doloroso del drama. Perdí para siempre mi bella jovialidad, ese entusiasmo natural que me llevaba a gozar con todo lo bueno y lo bello. Ahora soy un ser de tinieblas. Al perderlas he perdido felicidades inauditas que no alcanzo siquiera a vislumbrar. Durante la noche tengo a veces sueños hermosos y *olvido*. Abro los ojos y la atroz realidad se presenta de golpe en mi mente. Había una extraña gravedad bajo su sonrisa inmaterial. Ambas la poseían. Ambas eran de la misma esencia. Una murió antes que la otra naciera, pero siempre parecían mirarse y hablarse por señales que los demás no entendíamos. Es que las dos eran las hijas de la muerte precoz. Recuerdo que yo saboreaba mi felicidad de tenerlas (sobre todo a Sonia) locamente, con ansia, con apuro, con el terror insensato de que sería breve. Las saboreaba *sobresaltada*. Y las perdí...

¡Dios mío! Haber conocido esa felicidad inmensa, excesiva, de tenerlas en mi vida iluminándolo todo, haber tejido alrededor de sus cabezas de ángeles tantas esperanzas, tantas

ilusiones; haber poseído todo eso y perderlo. Mi hogar se desmorona. Pedazo a pedazo lo veo caer y ahora vivo entre escombros. No estamos en ninguna parte fija, días aquí, días allá, vacíos y desorientados. Esta tarde, invadida por los recuerdos, subí al Cerro de la Virgen. Allá, lloré y, por primera vez desde hace tres años, pude orar. Le pedí que me hiciera buena ya que no puede hacerme feliz.

Leo "Jean Christophe" de Romain Rolland y me ha ayudado mucho su lectura: "En sus horas de angustia, el ser humano cree que todo ha concluido. Y todo va a recomenzar. Una vida muere; otra acaba de nacer..."

Es cierto. Mi niño es la vida que empieza de nuevo. Me entenece cuando recuerda a su hermanita. En días pasados me dijo: —"La Chonita ya debe estar grande ¡hace tanto tiempo que se fue! ¿Y quién la cuidará allá arriba? Yo miro por si acaso la veo, pero nunca la he visto. Ella sí que me ve a mí ¿no, mamá?"

Febrero 1. Esta mañana Pepe lloró porque yo dije, en un acceso de desesperación, que todos los males me habían venido desde que me casé. Sus lágrimas me volvieron a la razón y me hicieron pedirle perdón. Es impresionante ver llorar a un hombre tan viril, aunque sea reprimiéndose.

Me siento débil y cansada. Mis ojos están cada día más grandes y mis mejillas más hundidas. Me han prohibido leer, escribir, hasta pensar. Haré lo que aconseja Pepe: trabajar más con los brazos y menos con la cabeza. Por el momento llevo una vida absurda: escribo todo el día, apenas como, no duermo, me acuesto a media noche, no me ocupo de mi toilette ni deseo verme hermosa. Ando en un vergonzoso estado de descuido físico. Al verme, nadie podría decir

“questa fu rosa”. Nada me entusiasma. No tengo gran interés en seguir viviendo y me enredo en contradicciones. Es como si hubiera quedado fuera de la vida. Acaso si hubiera recibido una educación más racional no sería lo que soy. Pero todo en mi vida de niña contribuyó a dar vuelo a mi sensibilidad y mi fantasía, de por sí exageradas, y de ahí que llegué al matrimonio con desarrollo espiritual pero bastante incapacitada para la vida práctica, a excepción de saber dirigir bien los quehaceres domésticos.

Febrero 2. Papá presidirá una misión a Europa y Estados Unidos que partirá tal vez a fines de mes. Papá triunfa, como siempre. El puesto es ad honores. Se trata, sobre todo de arreglar la cuestión de Tacna y Arica.

Viernes 21. El viaje de los míos se efectuará el 12 de marzo. Ansío verlos, ahora que la gran separación se acerca. Nos vamos a Santiago mañana.

Marzo 13. Ayer partieron. Fuimos a despedirlos a Valparaíso; había un tumulto de gente acompañando a esta alta misión (La Misión Yáñez) que preside mi padre. Mamá empezó a llorar desde la hora de almuerzo por dejarme a mí y al niño. Yo la consolaba con una sangre fría que me asombraba y que conservé casi hasta el final. Pero, en el último abrazo sobre el hombro de mis padres, los sollozos me ahogaron.

Pilo y Mina van con ellos. Díaz antes él confesó que se siente muy enfermo. Entré a su pieza y allí estaba tendido en la cama, tan flaco, tan amarillo, anegado en llanto, que daba compasión. Tomo su mano y la acaricio tiernamente. ¿Cuánto tiempo que no nos unía una caricia? Pero luego me siento como avergonzada de mi gesto y salgo de la pieza,

tranquila en apariencia pero con los ojos húmedos. Escondo mi sensibilidad como una falta. ¿Por qué?

Marzo 19. Viviremos en la casa de mis padres durante su viaje. Siento inmensamente su ausencia en esta gran casa vacía. Vago por las galerías desiertas, pareciéndome a cada instante que voy a divisar a mi gorda, bordando en su rincón predilecto. No la veo como embajadora: nació para una vida de paz y está reñido con sus gustos el brillo y los honores. Debe sentirse mal, molesta al tener que contrariar sus sencillas aspiraciones.

Julio 5. Hoy, cartas de mamá en las que cuenta el miserable complot urdido por sus compañeros en contra de mi padre. Dice que han sufrido lo indecible. Desde que pasaron los Estados Unidos, Tocornal y Villanueva se sacaron las máscaras y a ellos se unió Mathieu, Embajador de Chile en Washington. "Que se hunda Chile, enhorabuena, si se hunde Yáñez con él" parecía ser su lema. "La victoria para Chile significaría la victoria para Yáñez. Pues bien, preferimos que la misión fracase aunque sea una catástrofe para Chile, pues así fracasa Yáñez". En el momento en que todos los gobiernos están absortos con el problema del porvenir de su patria, ellos se agitan devorados por las más pequeñas pasiones. Mi sangre bulle y la siento correr ardiente y rica en un anhelo de aniquilar a esos miserables. Pero ¿cómo?

Julio 24. Cable de los míos aconsejando que posterguemos nuestro viaje a Europa, debido a la carestía de la vida. Ellos, libres de sus malos compañeros, están felices ahora: tal vez regresarán en septiembre. Agitada vida social. Me sorprende el grado de equilibrio a que he llegado. Soy la sensatez misma. Veo mis planes contrariados, las pruebas

me acribillan, y a todo respondo con una sonrisa de resignación: “¡Qué hacerle! ¡qué hacerle!” sin que nada perturbe la superficie límpida del lago que es ahora mi espíritu. Por momentos esa serenidad me aterra. Ahora que no puedo ir a Europa, sólo siento un anhelo: tener otro hijo.

Septiembre 29. Los cables anuncian que mi padre ha sido condecorado en Francia con la cruz de Comendador de la Legión de Honor, homenaje rara vez concedido a un extranjero. Cuenta mamá que nunca una misión sudamericana ha sido rodeada de tantos festejos. En España los triunfos llegaron a su apogeo. La Misión Yáñez regresó con un gran éxito.

Marzo 30. A fuerza de vivir bajo las encinas del patio, había olvidado esos lejanos panoramas de Lo Herrera que me llenaban de placer cuando soltera. Fuimos a la parte más hermosa del fundo: a un lado se alzaba el cerro de la mina—desnudo y trágico—teniendo a sus pies espesos bosquecillos de cipreses y eucaliptos cortados de vez en cuando por caminillos graciosos. Y más lejos, la cinta blanca del río con la desolación del cielo que le servía de marco. Por la cima de los eucaliptos empezaba a mostrarse la luna. ¡Qué belleza! (El cerro de la mina del que yo digo “desnudo y trágico” fue más tarde enteramente arborizado por Pepe y se convirtió en un vergel) ¡Qué grandiosa obra es crear! Dar vida, ya sea a un ser humano, a una obra de arte, a un árbol. Es lo más grande que un ser humano puede hacer. Dar vida es vivir y de la única manera que valga la pena.

Abril 5. Principia el otoño, los árboles se ponen dorados. En la noche jugué volante en el salón con Gabriela. Me sentía serena, pero de pronto, se me apareció la imagen

de mis pobrecitas cuando se tomaban desesperadamente a mí para que nadie las pudiera apartar. ¡Dios mío, Dios mío, cómo puedo vivir sin su amor! Para no sucumbir es preciso desechar las imágenes con una especie de humildad, tener el coraje de abarcar el futuro con optimismo y no perder las fuerzas preguntándose ¿podré resistir?

En la "nursery" no cantan ya las vocécitas de ángeles; los juguetes se amontonan destruidos y olvidados. Hay un catrecito vacío que evoca horas amargas y crueles, vividas en la antesala de la muerte. ¡Ah, esas horas, esos días! ¡Cómo se apagaban las miradas queridas, cómo se helaban las manitos de seda!

Mañana vamos a Santiago, los dos solos. Estas permanencias son atroces. El niño queda en el fondo, al cuidado de mamá.

Mayo 18. Hemos decidido arrendar nuestra casita que tiene recuerdos demasiado tristes. Como pasamos la mayor parte del tiempo en el campo nos bastará en Santiago una pieza en casa de mamá.

Junio 2. Adiós nido de felicidad y de muerte. Adiós pequeña casa testigo de tantas y tan diversas emociones. Nos hemos instalado en un departamento en casa de mamá compuesto de un gran dormitorio muy alegre que da al jardín en el que dormimos con el niño, un boudoir chiquito y una pieza de baño. Lo he arreglado con amor y ha quedado simpático. Me siento mejor aquí que en mi casa vacía y espero que empezará al fin una era de paz duradera.

Estoy leyendo la "Historia de la Revolución Francesa", de Michelet. Son seis tomos en francés, extraordinarios. Junto a la fuerza de Michelet, a su pasión, "Los Girondinos"

de Lamartine aparecen sólo como una bellísima y romántica narración.

Junio 9. Atravieso la noche de mi vida. Todo en mí y a mi alrededor es oscuro. Marcho a tientas por esta ruta de tinieblas buscando en vano una luz que me lleve hacia arriba. Mi alma deprimida se ahoga en un océano de color y desesperanza y ya no me quedan fuerzas para gritarle al destino: ¡tregua, tregua! Lo tremendo es que no sólo sufro por la partida de ellas, sino por todo. Me veo desamparada en medio de las furiosas tempestades de la vida. Nadie que me tienda la mano. Mi familia está fatigada de mis tristezas y exasperaciones y siento cuánto les peso.

No culpo a la vida de mis males, me culpo a mí misma. Sé cuan desagradable soy, cuan insufrible es mi carácter, cuan perdidas están las bellas cualidades de mi alma. Pero, Dios mío, cuál es la falta que he podido cometer para ser castigada de esta suerte.

Cada cosa me recuerda lo que pudo ser y no es. Cada criatura que veo es un desgarramiento. Por muy felices que podamos ser más adelante Pepe y yo con nuestro niño, siempre habrá a nuestro alrededor dos sitios vacíos que evocarán el dolor sufrido y las ilusiones tronchadas.

Pepe y mamá parecen no darse bien cuenta de las alternativas que se operan en mi espíritu. Podría decir que ahora soy una convaleciente que renazco a la vida lentamente, aureolada aún de muerte. Una niña que mira por primera vez la vida con sus durezas o una anciana que por milagro reconquista su frescura. En todo caso algo débil que cualquier día se puede quebrar.

Tengo a mi servicio a una espléndida francesa que me

cuida al niño. Se llama Naty, es persona de alguna edad y provista de grandes cualidades. Se ha encariñado extraordinariamente con mi hijo. Tiene mucha personalidad y es divertida a veces en su rudeza, pero posee un corazón de oro.

Varios meses ha dormido este cuaderno. He hecho una vida social agitada, incesante. He vestido hermosos trajes, he paseado por los salones elegantes mi sonrisa y mi tedio; he bailado, he reído creyendo divertirme y únicamente he logrado cerrar la puerta de mi jardín interior.

Sólo una cosa puede devolverme la paz: tener otro hijo.

Viña del Mar. Se han cumplido mis anhelos. Espero otro hijo. Adiós frivolidad. Encuentro de nuevo mi alma. Mi vida interior se ilumina como una fiesta. Mi espíritu sube, estático y radiante.

Septiembre 2. Nació Mónica, mi tercer hija mujer. Una niñita, después de la enorme desgracia de haber perdido a las dos mayores, es la felicidad.

Es una sensación de renacimiento. Todo se mira y se admira con ojos nuevos, con entusiasmo de colegiala, con asombro de pájaro prisionero que de pronto recobra la libertad.

Viña del Mar. Noviembre. He venido a Viña buscando aire de mar para los niños, sobre todo para el mayor que está pálido y flaco. Mónica tiene ya más de un año.

Yo sigo enferma, con vértigos horribles. Es otro hijo que viene en camino.

Santiago, mayo. En dos meses más tendré otro hijo. Lo espero contenta, con ilusiones de novicia. Los hijos son un mundo. Sin ellos qué páramo oscuro sería la vida.

Julio 22. A las once de la noche nació Alfonso. Es un niño precioso, rubio, sano, a quien ya adoro.

Julio 26. Bienestar de convalecencia, días felices con mi Alfonchín que es ideal. Alegrías domésticas. Paz.

José y Mónica demuestran gran cariño a su nuevo hermanito. Mónica se siente con responsabilidades y ternura de madre. Tiene sólo dos años, pero lo contempla y lo cuida como si fuera suyo. Lo llama "el niño", con aire protector.

Septiembre 16. En vez de gozar tranquilamente de mi vida que es bella y serena, me siento inquieta, sobresaltada, triste. Estoy con las alas caídas y me parece que despierto de un largo sueño. Compruebo que, sin darme cuenta, han transcurrido diez años. No comprendo cómo, así de pronto, tengo veintinueve años. ¿Ya? Si ayer tenía veinte. Una infinidad de años se han adicionado silenciosos y rápidos. Diez años que han transcurrido grises como un día de lluvia. Se han deslizado solapados, con grandes desdichas y grandes felicidades, dejándome inerte.

Noviembre 16. ¿Qué he hecho para mi Dios, para mi arte, para mi eternidad? Ninguna obra, ningún pensamiento, ningún esfuerzo durable. Un caos de deseos que se destruyen unos a otros. Viento, polvo, nada.

Noviembre 23. Quiero a París con una especie de pasión exasperada de provinciana, una impaciencia enloquecida de pájaro enjaulado. Es en mí una obsesión el deseo del viaje, la visión de París. Cierro los ojos y lo veo.

Diciembre 6. Soy injusta, soy exigente. Tengo tantas alegrías. Los niños. Por ejemplo, Alfonso, todo blanco y dorado, con sus bucles rubios en desorden, patalea sobre una

alfombra de sol y "gazouille" como un pajarito. Mónica que tiene tres años, se instala en su pequeño sillón, seria, grave y empieza una labor. Sus dedos diminutos y regordetes, sus manitos que semejan empanadas, ya manejan con acierto la aguja. De vez en cuando levanta la carita morena, fija en Ponchito sus inmensos ojos negros y le dice, desdeñosa y serena mientras él gorjea: —"Cállate, me molestas". Tengo grandes dichas y hay días en que el cuerpo me pesa menos que un pétalo. Siento el hechizo de la hora, pero ningún lazo me une a los seres desorbitados y convulsos que hoy día llenan el mundo y en quienes la sensación reemplaza al sentimiento.

Me lamento en mi interior de comprobar que no existe ningún contacto vital entre la gente y mi espíritu. Me pregunto el porqué de ese fenómeno que me aleja de los seres humanos. Tal vez el mal viene de mí misma. Esta característica es la que profundiza mi soledad moral y la que crea mi ansia de evasión. Pero compruebo también que está naciendo en mí la firmeza del que se recuesta, no sobre el remero que pueden tumbar los vientos, sino sobre el tronco curtido de tempestades.

Alegría divina de crear. No existe felicidad sino en crear. Crear, en el orden de la carne o del espíritu, es salir de la prisión del cuerpo para incorporarse al huracán de la vida. Crear es abolir la muerte. Pobre del ser estéril que permanece solo sobre la tierra, contemplando la noche que lo rodea, sin esperanza de ver la llama de la vida que continúa. Pobre del ser que no se siente fecundo.

Qué sencillo encanto el de esas tardes de invierno en que tratamos de matar la lentitud de las horas. Generalmente

vamos Pepe y yo al Teatro Santiago a la compañía Serrador, simpático conjunto de dramas y comedias. No hablamos mucho —a Pepe no le gusta conversar— pero estamos muy cerca. Siempre juntos, siempre solos, con tanto pequeño lazo que nos une, acurrucados el uno contra el otro como para protegernos mejor en esta gran oscuridad que es la vida. El amor, uno lo comprende a mi edad, no es trágico. No es dar la embriaguez y el delirio con que soñamos en la primera juventud. Es algo más sencillo: una cadena de pequeñas cosas, de horas tranquilas y aún monótonas que se han vivido juntos, de pequeños incidentes diarios que se van amontonando y que forman un santuario de recuerdos. Alegrías y penas, lágrimas, discusiones y sonrisas. Cuántas cosas. Aquel día en que contemplamos una puesta de sol con gran armonía; aquel otro en que mientras uno estaba enfermo, el otro leía en voz alta; aquel en que discutimos con aspereza por cualquier tontería y se sufrió y se lloró; aquella hora sagrada en que se unieron nuestras manos estremecidas y nuestras lágrimas para recordar las criaturas que para siempre partieron; esa tarde insignificante en que marchábamos juntos bajo las sombras del crepúsculo: —“¿Tienes frío, mijo?, volvamos a casa”.

El amor es todo eso. Pequeños *nadas* que forman una malla de ternuras, un inmenso rosario que nos ata, nos une y nos envuelve. Nada rompe ese lazo íntimo, hecho de sonrisas y lágrimas, de besos y suspiros. Resultado: soy una burguesa “pet au feu” siempre en mi jaula preparando tizanas y tejiendo calcetas. Mis ojos están cansados de posarse eternamente en el mismo paisaje —la calle Esmeralda—. Mi alma está cansada de su sueño perpetuo. Y no me quiero

resignar: la hora de dormir no puede continuar; hay que despertar.

Septiembre 27. Hoy es mi cumpleaños. Pensé, rememorando, que nunca después de casada había estado en un período de felicidad más perfecta que ahora, fuera de la época anterior a mi primer gran dolor. Claro que ningún día superó la dicha embriagadora que conocí de adolescente y de soltera, en el gran viaje. Pero ahora es otra clase de felicidad, tranquila, honda. Los niños constituyen en nuestra vida un tesoro infinito, excesivo. El mayor es la bondad misma y jamás nos ha dado una molestia. Todo en él es comprensión y paciencia. Se diría que a sus cortos años ya tiene una finalidad: hacer dulce la vida a los otros. Por ahorrar una molestia a los demás es capaz de sacrificar con placer cualquiera de sus gustos o juegos. Resulta asombroso.

Mónica es preciosa, con una belleza toda de expresión, muy sugestiva. Es inteligente y llena de soberbia. Tiene, como yo, un carácter tranquilo en apariencia pero apasionado en el fondo. Está convencida de su superioridad y parece mirar a los seres desde una gran altura. Como yo, también, tiene un genio irascible. Al revés de su hermano es muy práctica y adora las ocupaciones materiales y caseras: barrer, llevar recados, coser a su manera. Tiene sólo tres años.

Ponchito ¿qué diré de Ponchito? ¿Es posible describir a ese ser maravilloso, exquisito, único? Una pelusa de oro cubre su cabecita redonda; es blanco como la leche y sus ojazos verdes, bordeados de negras pestañas, miran asombrados de la vida. Empieza a caminar. Aún habla poco pero todo lo entiende.

Santiago, abril 29. En la mañana volví a Santiago con

los niños. Es una impresión desastrosa la que produce la ciudad viniendo del campo. No se respira bien. He estado particularmente triste. Me he encastillado entre los cuatro muros de mi casa sin ánimo para ver a nadie. Me parece que el momento actual marca el fin de una etapa de mi vida y siento el desgarramiento de las cosas que mueren.

Fui en la mañana al Parque Forestal con los niños. Hacía un sol primaveral. En la tarde, como siempre, a caminar, caminar más de una legua. Marché por Vergara hasta el borde del Parque Cousiño y continué una gira circular saliendo por Gálvez. ¡Qué pintorescas son las calles del arrabal, dentro de esta fea ciudad, trazada sin plan alguno y sin imaginación! Pero, en esta gira de arrabal, había cierto color. La luz y las ventanas entreabiertas de las humildes viviendas cortaban la oscuridad de las veredas. De pronto, ante una puertecilla iluminada, me detuve agradablemente sorprendida: una música suave, lenta, tal vez de guitarra o acordeón, venía de adentro acompañando una voz. Cantaban "Loca", el bello tango, pero no se divisaba a la persona. ¡Qué poesía daban las notas en el misterio de la calle desierta!

Sí, es bueno al fin y al cabo, haber refinado mi espíritu y desarrollado mi sensibilidad lo suficiente para gozar con esos mil pequeños *nadas* que a diario nos ofrece la vida. Felizmente miro la existencia con ojos curiosos y maravillados. Sufro más también, es cierto, pero sufrir en esa forma ¿no es vivir?

Mis ideas cambian, mis gustos se refinan, me espiritualizo día a día. Vivo en las nubes.

Julio 6. Qué soledad, qué desilusión. Siento que algo en mí está destrozado, pero a la vez, la fuerza con que re-

cibo las contrariedades, sin abatirme, me produce una íntima satisfacción. Ver las cosas como son, mirar de frente mi desdicha y no pestañear.

Otra vez, en la tarde, salí a andar a la ventura, por calles diversas, sin rumbo, con el pensamiento lejos. Ir a los barrios apartados, escudriñar esas calles modestas y vislumbrar algo de la vida de seres tan distinta a la nuestra me atrae. Hoy fui por Independencia, parque y río. Me salieron de pronto unos perros bravos. Pero yo marché con el alma muy lejos, en completa inconciencia del peligro. Desde muchacha en París, aprendí a manejarme sola, poseionada de mi seguridad. Papá critica mi imprudencia y me imagina rodeada de peligros.

Anoche llegaron de Europa mamá y mis hermanas. Ya no me siento sola.

Julio 20. Puedo aplicarme algunos de los pensamientos de Guido da Verona, autor italiano de gran moda que ha escrito "La Vida Comienza Mañana". Helos aquí: "He amado la justicia con un corazón injusto, la sencillez con artificio, la victoria con tristeza y el placer con exageración. Pero en el fondo de todo no hay sino una sola cosa de importancia: la alegría de recordar que he vivido".

Caminata lluviosa. He leído las sonatas de Valle Inclán. Días quietos y hermosos en el caserón de Lo Herrera.

Anoche estuve triste pensando en papá. Es un solitario y un incomprendido.

Lunes 8 de octubre. Con frecuencia siento la sensación de estar prisionera, sobre todo en la noche, cuando se acuestan los niños. Y para convencerme de que no es así, me es preciso salir de casa aunque sea al lado afuera. Esta noche,

como sentí muy fuerte tal sensación, fui con Pepe a caminar después de comida y resultó un paseo simpático. Fuimos al otro lado del río. Recorrimos la calle Dardignac y nos detuvimos ante la quinta que cobijó la niñez de mi padre, situada junto a aquella que habitaba mi madre con los suyos. Allí se conocieron y empezó entre ambos el noviazgo.

Miércoles 10. Por primera vez durante la Presidencia de Alessandri fuimos a La Moneda a una recepción. Data de pocos meses la reconciliación de papá con Alessandri.

He estado estos días con los nervios de punta. Fuimos en la noche al corso de flores en auto abierto. En mitad de la fiesta me vinieron los nervios y escapé como loca, corriendo por entre los coches y tropezando con las serpentinas que cubrían el suelo. Pepe me alcanzó y consiguió calmarme. En el fondo, me domina con modales muy suaves.

La vida sencilla. ¡Ah, si yo pudiera amar de corazón la vida sencilla! Qué más objetivo que ser una especie de sultana en Lo Herrera, tratar de hacer felices a los inquilinos, dedicar mi vida al bien de los otros. Lo hago cuando se puede, pero no pongo en ello toda mi alma.

Enero, Viña del Mar. Nos hemos instalado en unas niezas baias que miran hacia el parque. Vivo entre árboles. Dormí bien pero desperté a media noche con una horrible sensación de desamparo. Al amanecer, pataleta de Mónica. Esta niña padece de unas atroces crisis de gritos y l'antos que nos obligan a ocultarla en esos momentos para que no moleste a los extraños. Ponchito se repone, a Dios gracias. En la tarde salí a excursionar. Descaba vivamente subir al Cerro de las Colinas y contemplar otra vez la gran casa rodeada de jardines que durante dos veranos albergó mis sue-

ños de niña. Está igual. ¡Qué dichosa fui allí! Después vino la muerte de mi hermanita Inés descrita en mi libro "Visiones de Infancia" bajo el título de "Se llamaba Inés" que corona el capítulo. Por la edad, ella estaba llamada a ser mi compañera. Pero partió. Parece que la veo en la gran pieza de la esquina, tendida en un lecho de flores, tan helada, tan a'ba, tan rubia. Los recuerdos me inmovilizaron allí un rato. Luego subí hasta la pequeña iglesia del pueblo alto. Ya no está. Un incendio la arrasó y quedan sólo los escombros. Era muy poética. Cómo pasa la vida. Parece que fuera ayer y han transcurrido veinte años. Y cuánto más feliz era yo entonces, revestida de mi ropaje de ilusiones. Ahora también soy feliz, poseo muchas cosas, pero entonces lo esperaba todo. Y eso es lo principal: la fe en la vida.

Ahora, ahora, voy cuesta abajo.

Septiembre. Siete meses sin escribir. Y no sé cómo narrar los sucesos de este otoño y de este invierno. Primero, la terrible enfermedad que puso a mi Ponchito en el umbral de la muerte. Durante más de un mes luchamos desesperadamente para salvarlo. ¡Ah, no puedo, no quiero recordar esas horas de horror en que temimos ser azotados otra vez por el dolor de perder a un hijo! Se salvó debido a su resistencia física y a la ciencia de Cienfuegos, su médico, y del laboratorista que viéndolo perdido, ensayó en él un invento arriesgado. Doblo la hoja sobre esa pesadilla. Después vino la larga convalecencia en que el pobrecito volvía a la vida. Su vivacidad, su talento, se mostraban a cada paso, pese a su conmovedora fragilidad física.

Por fin ¡ah, felicidad! hemos resuelto partir a Europa.

¡Por fin! Ya hemos rematado nuestros muebles, abandonado la casa (entretanto alojamos en casa de mamá) y reservado los pasajes en el "Andes" que sale de Buenos Aires. El trece saldremos de Santiago. Como cuidadora de los niños nos acompañará Ana, ex empleada de mamá.

Septiembre 7. Me encanta estar en casa de mis padres y descansar de las preocupaciones del servicio. Mi cuartito, muy pequeño, todo rosa, es cobijante. El niño mayor continúa delicado. A veces me aterra la perspectiva de este largo viaje con estos tres niños tan frágiles.

Papá tiene muchas probabilidades de ser el futuro Presidente de la República.

Ultima clase de costura. Una de las cosas que siento dejar es esa hora íntima del té en torno a la mesa redonda de la galería, llena de tortas y dulces y que preside mamá entre mis hermanas y todas las primas que han venido a coser.

Miércoles 10. Acontecimientos extraordinarios, revolución militar. El descontento había llegado a su grado máximo: los militares se han levantado y han hecho salir a Alessandri de La Moneda entre gallos y medianoche. Ayer se produjo el estallido y anoche a las tres de la mañana el Presidente ha tenido que abandonar el palacio con su familia para refugiarse en la Embajada de Estados Unidos. A su hija Marta que estaba de novia con el Dr. Scroggie la casaron lúgubramente antes de partir expulsado. Y ese matrimonio en tales circunstancias, a medianoche, tuvo un sello trágico y grandioso. Los muebles de Alessandri empezaron a salir a la una de la madrugada. Pepe y yo fuimos hasta "La Nación" y pasamos frente a La Moneda que estaba rodeada de tropa.

Alessandri y su familia están en la Embajada. Tendrán que salir mañana del país. Los unionistas se muestran triunfantes y muchos han embanderado sus casas. Esto me parece mezquino y cruel.

Papá, como siempre, ha estado noble. Alessandri no era su amigo sino su rival. Sin embargo, al presidir hoy la sesión del Senado, mi padre impuso silencio a todos como signo de respeto ante el dolor de un hombre y de una familia. Ayer y hoy ha habido algunas manifestaciones populares a favor de Alessandri. Pero ante los gritos de “¡Viva Alessandri! ¡Abajo la dictadura militar”, los militares han agredido a caballazos.

¡Dios mío! Si hay paro de trenes no podremos partir a Europa el sábado y perderemos el vapor. Estoy inquieta. En la noche recibí la visita clandestina de Ester Alessandri, la hija mayor del Presidente quien permanecerá en Chile y me pide que entregue a sus padres sigilosamente una carta al pasar por Buenos Aires.

Jueves 8. Hoy lloré a la idea de no poder partir en vista de los acontecimientos. Mamá y papá ¡los pobres! me allanaban todo diciendo que no había peligro y él decía: —“En último caso les hago poner un tren especial a Buenos Aires”.

Viernes 9. Anoche los militares disolvieron el Congreso. Mi pobre papá cae. De Presidente del Senado pasa a ser simple ciudadano. Como de costumbre ha estado grande, sereno en la caída, pero da una piedad profunda. Todas sus legítimas aspiraciones se derrumban de golpe.

Inés almorzó en casa de mis padres y después fui con ella y Pepe a la Embajada de Estados Unidos a visitar a

Alessandri. ¡Qué impresionante visita! Valía la pena hacerla. Una romería de gente penetraba al palacio cuyas puertas permanecían abiertas de par en par. Entramos al gran hall repleto de personas que hablaban en voz baja y cuyos pasos al entrar y salir se sofocaban sobre las mullidas alfombras. —“El Presidente y su familia acaban de pasar al comedor a almorzar”, nos dijeron. Pero, dos minutos después, se abrió la puerta del comedor y salió sollozando fuertemente doña Rosa Ester, la esposa. La seguían sus hijos llorosos, tratando de calmarla. La concurrencia lloraba. Luego salió el Presidente mudo y sombrío. Yo lo abracé. El me dijo: —“No sé cómo agradecer a su padre lo bien que se ha portado conmigo...”

Esta tarde salen para Buenos Aires, deportados.

Hay una atmósfera pesada en contra de mi padre y muchos creen que pronto tendrá que salir del país. Ha pasado por su mente la idea de partir mañana a Europa con nosotros, pero luego prefirió esperar un poco el desarrollo de los acontecimientos.

LOS AÑOS MAS FELICES

Martes 13 de septiembre. El adiós a mamá fue la nota triste. En la estación había un mundo de gente que nos hizo una despedida grandiosa. Todas mis amistades y las de Pepe. El tren empezó a andar lentamente, los amigos se descubrieron y agitaron las manos deseándonos felicidad y nosotros nos alejamos emocionados y contentos, en compañía de papá y Ernesto Bianchi que nos acompañaron hasta Los

Andes. Era enorme mi coraje: mi hijo mayor iba delicado y muy flaco; Mónica había amanecido con alta fiebre y Alfonso esta convaleciente aún de la más grave enfermedad que se puede tener sin morir. En Los Andes pasé una noche atormentada, con mil presentimientos, ante el umbral del largo viaje.

Buenos Aires. Viaje feliz, niños admirablemente. Pasamos la Cordillera con toda comodidad, en un espléndido pullman. Hoy llegamos a Buenos Aires. En la estación nos esperaba la señora de Alessandri para quien traíamos un paquete, en compañía de sus hijos Jorge, Eduardo y Mario. Además el ruso S..., de la compañía de ballet ruso, muy amigo de Pilo. Nos instalamos en el Savoy Hotel, muy bueno. Pepe y yo partimos a comer con los Alessandri que nos habían invitado.

Comida agradable. El ex presidente que me tenía a su derecha está terriblemente tétrico y sombrío. Los muchachos muy heridos, deseando vengarse de sus enemigos. Sólo Marta y su marido —recién casados— están tranquilos.

Septiembre 16. Después de almorzar, Pepe, el niño y yo en el Restaurant de la Torre, muy agradablemente, nos embarcamos todos en el "Andes" regio barco de la Royal Mail que zarpó a las tres de la tarde.

Septiembre 20. Hasta ahora casi no he subido a cubierta. Viaja aquí una delegación de médicos argentinos y chilenos con sus esposas. Van a España a un Congreso.

El éxito de Mónica y Alfonso a bordo ha sido clamoroso. Su belleza causa sensación. Tendremos que comprar otra maleta en Río para guardar la cantidad de juguetes lujosos que los argentinos les han regalado. He trabado amistad con

el presidente de la delegación argentina, Dr. Arce. Es un hombre interesante intelectualmente y de rostro enérgico y agradable. Sus ideas son audaces y desconcertantes. Viene de luto riguroso por su única hija, muerta hace algunos años y lleva su dolor en forma teatral. Cuando supo que yo había perdido dos niñas me dijo: —“Qué extraña es Ud. Yo le hablo sin cesar de mi hija muerta, del dolor de perder un hijo, y Ud. ni siquiera me había contado que perdió dos niñas...” —“No, contesté. Son sentimientos demasiado íntimos, sagrados diré mejor, para exponerlos a un conocido de la víspera. Yo no especulo con mi dolor”.

De lo que sí le hablo es de mi padre, de su talento, de su actuación política, de cómo se formó solo hasta llegar a altas cumbres. Arce está acostumbrado al triunfo en todo sentido, político, social y amoroso. El que yo lo trate con ironía combativa, lo hace juzgarme coqueta y orgullosa. Me ha hecho unos versos bastante ingeniosos. Total, que su presencia resulta una distracción.

Mañana llegaremos a Francia.

París, octubre 14. Todavía no he podido encontrar “mi París”. Ha cambiado enormemente después de la guerra. No consigo penetrar en el alma de la ciudad. Permanezco en la superficie. Estoy desorientada, triste, pero duermo como un niño.

Octubre 25. Nos hemos mudado a un pequeño departamento amoblado, muy bonito, en la rue Weber 16 que es poética, llena de árboles y jardincillos que pertenecen a los hoteles privados. El edificio mira por un lado la rue Pergolèse y por el otro a una de las puertas del Bois de Boulogne, la porte Maillot. Barrio hermoso, pacífico y sano, pero de-

masiado lejos del corazón de París. Barrio aristócrata y residencial, centro de Passy. En las noches se oyen ladrar perros como si se viviera en pleno campo. Hemos tomado una espléndida cocinera colombiana, Elisa Pulido.

Pasamos el día en Chantilly, en el Chateau de los Gattiker, nuestros arrendadores, y almorzamos allá en una mesa llena de comensales, entre otros Marcel Boulanger, conocido escritor. Qué lejos se siente uno de las mentalidades francesas que, no obstante, por ser latinas, deberían tener más analogía con nosotros. Y, además, mi cultura es muy francesa.

Para Mónica y Alfonso he tomado una goubernante francesa, un tanto enigmática. Muchos teatros, sería largo enumerarlos. Mistinguette, Guitry y la divina Pitoeff.

Diciembre 8. Después de almuerzo, el ex presidente Alessandri nos llevó a hacer una interesante visita a una mansión señorial situada en la poética rue de la Faisanderie. Gran jardín, fachada de piedra, bella y austera. Adentro, viejas tapicerías, obras de arte, cuadros, porcelanas, siluetas de Gorki y Jaurés, de Beethoven y Anatole France. En resumen, retiro intelectual en que se admira la presencia de un alto espíritu. Dos lacayos silenciosos nos guiaron a través de los amplios salones perfumados a rosas e incienso y así llegamos al rincón en penumbra en que nos esperaba la dueña de casa, Mme. Menard Dorian, anciana de cabellos blancos que nos acogió sonriente. Es la secretaria general de la Liga de los Derechos del Hombre, obra de ultra avanzada que extiende sus proyecciones a través del mundo. Mme. Menard no es sólo la secretaria sino el alma de esta obra cuya finalidad es defender la libertad y la justicia. Fin de todas las escl-

virtudes. Libertad de conciencia, de prensa, de reunión. Cada vez que alguno de los derechos del hombre está amenazado o es violado, la sociedad protesta o interviene. Y tiende la mano a las víctimas, cualesquiera que ellas sean. Es defensora de la fraternidad universal. Ya alguien nos había dicho: "para asistir a su salón no hay que estar limitado por convenciones. Ella tiene una mística y lleva la antorcha de la justicia".

Entre otras cosas, por ejemplo, ha acogido y defiende al ex-presidente de Hungría que ha sido despojado de sus bienes y expulsado de su patria con su familia. Por el momento se ocupa además de hacer una enérgica campaña contra la ocupación del Ruhr. Porque no sólo defiende los derechos de los seres, sino de los pueblos oprimidos. Esta sociedad nació en Alemania. El affaire Dreyfus fue el "coup de cloche" que despertó en algunos espíritus superiores una sed de justicia que los unió en defensa de la libertad. Y fundaron esta liga que existe en casi todos los países de Europa y que constituye una fuerza. Mr. Ferdinand Buisson es su presidente en Francia, Unamuno en España. Anatole France y Jaurés forman parte del comité central.

Alessandri ha caído allí. La Liga le tiende la mano.

Tuvimos una hora de deliciosa plática con Mme. Menard Dorian que nos acogió como viejos amigos. Esta dama, inmensamente rica, dedica toda su actividad a esta obra a cuyo servicio ha puesto su gran fortuna. Quedamos de volver el próximo domingo, día en que se reúnen.

Diciembre 10. Pasamos los días agradablemente. Pepe se dedica a mostrar al niño los monumentos y museos. Yo que conozco París piedra por piedra, cuadros y mármoles,

debido a mis visitas de viajes anteriores, hago ahora una vida más frívola. Tiendas con Laura Yáñez, téés en diversos sitios, y teatros con Pepe cada noche. La buena Miss Rose también saca a Pepito a ver museos y regresan a casa a tomar té. Los otros días, yo me marchó a las dos de la tarde y vuelvo a las siete a comer. La distancia en que se encuentra nuestro departamento impide ir y venir muy seguido.

Enero 1. Anoche, última velada del año, Pepe y yo nos lanzamos a vagabundear por el Barrio Latino. Principiamos por la Rotonde, viejo centro bohemio que reúne noche a noche cuanto hay de más heterogéneo en la "rive gauche". Desbordaba de tipos de todas las nacionalidades: franceses bullangueros, polacos, rusos, españoles. Había también un grupo de chilenos que al adivinarnos compatriotas nos hicieron una ovación y nos llevaron a su mesa. En su compañía recibimos el nuevo año. De allí seguimos al Jockey, especie de cueva exótica en la que reinaba un entusiasmo desbordante. Conversamos con un joven de las Islas Canarias. Concluimos en un característico restaurant chino en que se bailaba con desenfreno cantando "caramels durs, caramels mous".

Sábado 3. Nuestras comidas en el minúsculo comedor son muy animadas. Pepe y el niño hablan de altos temas. Este hijo nuestro tiene una gran curiosidad intelectual. Las mejores horas son, en realidad, las que transcurren "at home", tan cobijante con la cantidad de libros que hemos comprado, los retratos, la victrola, la plantita de azalea. Mónica aprende rápidamente el francés. Es muy mujercita. Ha tomado un modo de hablar muy expresivo, graciosísimo. Dice, por ejemplo, refiriéndose a sus hermanos: —"Adoro a estos niños, pero paso tantos sustos por ellos. Ya me parece que

a Pepe le va a pasar algo en el colegio. Anoche soñé que se había perdido y ¡tuve una pena!” Mucho teatro. En la Comedia Francesa “Le Marquis de Priolé” con Le Bargy, ya viejo pero ¡qué gran actor! Lindas mujeres. Después, a tomar chocolate al Café de la Regense, famoso desde la época de Napoleón III por sus partidas de ajedrez.

Enero 7. Mónica desesperada por nimiedades, por nervios, mientras la niñita del peluquero de la esquina ha muerto. Contraste entre el dolor de los felices y el verdadero dolor.

A la recepción de Mme. Menard Dorian otra vez. Se ha dicho de ella que Proust la tomó como modelo para su famosa Mme. Verdurin, inmortalizándola. A lo mejor no es verdad, porque la heroína de Proust no tenía esa profundidad y ese espíritu de justicia social que la hacen única. Esta tarde, como de costumbre, había grandes personalidades en su salón. Entre otros, el infortunado Dreyfus, que después de su cautiverio está convertido en una triste momia. No habla, por supuesto, sólo mira, y su estampa es la de un hombre disecado. ¡Qué monstruosa injusticia se cometió y qué vergüenza para Francia! Esta tarde, Alessandri, ya “habitué” de la casa, se paseaba majestuoso con aire de ex presidente, pero nadie lo tomaba muy en cuenta porque “le Chili” es una palabra que carece de sentido para los europeos. El, sin embargo, no se resigna a esta oscuridad y acapara personalidades para contar detalles de la política chilena mientras sus oyentes ponen cara de pensar: “fichez moi la paix avec votre Chile”.

Leí en la noche con Pepe “L’affaire Dreyfus”, pese a que tal escándalo ocurrió hace más de treinta años. ¡Noble Zolá! Vibramos con las páginas del libro.

Vimos "La Tendresse" de Bataille por Francen e Ivoñne de Bray. Bellísima obra y magistralmente representada. Volvimos a pie por los Campos Eliseos hasta el Rond Point donde nos esperaba el auto. Apenas subimos se extendió sobre París la más espesa niebla que he visto en mi vida. Todo estaba tan oscuro que apenas alumbraban los focos de los autos y los avisos luminosos. Sentíamos la sensación de avanzar bajo el agua a tientas, sofocados por el manto de bruma. Peligrosísimo. En la rue Pergolèse reconocimos la voz de nuestro hijo mayor que regresaba del cine con Ana. Eran sólo las ocho de la noche.

Hemos hecho amistad con Paul Hazard, profesor de la Sorbonne. Su esposa es encantadora y reciben muy bien en su modesto departamento de la rue du Bac. Comimos allá anoche y hoy tomamos té en el atelier del pintor Leroux, cuñado de Paul Hazard. Estos franceses muy intelectuales y finos, se me figuran seres de otro siglo, no por sus ideas, sino por sus vestimentas de hace veinte años.

En compañía de Brieba, ex socio de Pepe que pasa por Europa, salimos en el auto buscando una "boite" rusa perdida en el corazón del Barrio Latino y de la cual hace mención "Le Journal" como del centro más característico de la Rusia Blanca. Recorrimos inútilmente callejuelas y boulevards y subimos por fin hasta el barrio de la Montaigne Sainte Genevieve. Son muy poéticos estos rincones del viejo París. Eran las siete de la tarde, pleno día. Estábamos en una callecita angostísima y en pendiente y mientras Pepe y Brieba indagaban señas de la Boite, otro auto quiso pasar y, por no haber espacio, fue a estrellar una de esas atractivas carretillas de tomates que estaba estacionada junto a la acera. La

carretilla corrió cuesta abajo derramando una lluvia de tomates. Se produjo un escándalo. De las casas y tiendas salieron mujeres enfurecidas. Yo que, sentada sola en el auto abierto, miraba el cuadro, extasiándome ante la visión de la carretilla sembrando a diestra y siniestra sus frutos rojos, al ver a esas furias amenazantes, tuve miedo. Pepe y Bricba acudieron. Entretanto el populacho creyendo que nuestro auto era el causante del atropello, se precipitó sobre él invadiendo pisaderas. Estábamos prisioneros de un pueblo sin freno. Las mujeres nos mostraban sus puños cubriéndonos de injurias, los hombres peroraban. Por fin logramos escapar, dejando atrás con alivio la calle sórdida, los rostros irritados y los rojos tomates que, en el marco gris de la piedra patinada, brillaban como manchas de sangre.

Febrero 23. Estamos con la idea de arrendar un departamento sin muebles lo que, según dicen, es muy difícil de encontrar. Pero no sólo es más económico e independiente, sino que se está más en lo propio, con objetos, cortinas y amoblados elegidos por nosotros mismos.

Entre los diarios de Chile, llega en "La Nación", un hermosísimo artículo de Inés sobre papá. Es una carta abierta a Joaquín Edwards, a la que ya me referí en el capítulo de mi padre.

Marzo 16. Asistimos a una gran comida en el palacio de Mme. Menard Dorian. Más interesante que entretenida. Núcleo de personalidades. Quedé en la mesa a la derecha de Painlevé, actual Presidente del Consejo, y al frente del Ministro de Estonia que hace una política socialista. Painlevé es grueso, feo, inteligente, pero rudo y sin trato social. Me sentía cohibida y apenas tomé parte en la conversación ge-

neral. Estas mentalidades francesas tan engréidas y atropelladoras, pero que siento irónicas y cultas, me aplastan y me aterran.

Dentro de poco partiremos a España en auto, Pepe, Pepito y yo. Los dos chicos permanecerán en París.

VIAJE A ESPAÑA

Abril 3. Salimos al amanecer, deteniéndonos en diversas ciudades de las cuales es la primera San Sebastián y la siguiente Burgos. Visitamos la soberbia catedral y seguimos internándonos por Castilla la Vieja. Después del jardín bellísimo que es toda Francia, nos produce una impresión de pavor y grandeza la tétrica Castilla con sus campos desolados, sin un árbol ni una choza, bajo la sombría aridez de sus montañas. Todo el fatídico y grandioso pasado de España parece estar grabado con caracteres de sangre en sus montañas. ¡Hasta qué punto se asemeja el hombre a la naturaleza que lo rodea! Esos montes, esas piedras cortadas a pico, semejan los huesos de algún monje debilitado por el ayuno o los de algún visionario perdido en sus sueños, y creemos lógico que tal paisaje engendre ideas sublimes y patéticas y que hayan nacido en torno a él tantos héroes y santos y guerreros que construyeron el pasado de España. Hasta Madrid el mismo cuadro, la misma Castilla que nos evoca escenas caballerescas, que nos recuerda la Inquisición y el alma triste de Felipe II.

En Madrid el cuadro cambia: todo es sol y alegría. Nos instalamos en el Palace Hotel y salimos a recorrer la ciudad.

Quisiéramos encontrar solamente el sello de lo antiguo: callejuelas tortuosas, mantillas y guitarras. Pero la vida moderna empieza a invadirlo todo y uno se irrita de mirar los rascacielos, las modas de la rue de la Paix. Ya aparecerá lo otro.

Quiero señalar también aquí las profundas diferencias que hay entre la literatura de España y la de Latinoamérica, tanto en la forma como en el fondo. Sólo marcando esa distinta esencia llegaremos a conocernos mutuamente. Dentro de las características literarias de América Latina, observamos, entre país y país, un nexo que las une y que es como la voz de esta América nuestra. Voz que ya posee un acento propio y una honda resonancia y que resulta, según la nación, áspera o delirante, contenida o fogosa, pero siempre expresa un sentimiento de angustia o desolación que no existe en la literatura hispana. Tales características fundamentales nuestras provienen quizás de la geografía del continente amplio y desolado o de la mezcla ancestral con otras razas. En todo caso, advertimos, tanto en la poesía como en la novela de América Latina, la expresión reiterada de la soledad cósmica del hombre, su incertidumbre ante el espacio y el tiempo, rasgo que contrasta con la seguridad y firmeza del escritor ibérico. Escojo, al azar, un poema de Claudio Rodríguez, por ejemplo, que demuestra su *no* tormento aún en medio de su tristeza: "Y si llega la hora de la ida, adiós al fuerte anillo de aire y de oro de alianza, al cerro que no es baluarte sino compañía, adiós a tantos hombres hasta sin rescate. Porque todo se rinde en derredor y no hay fronteras, ni distancias ni historia..." Y en otra parte: "Nos lo quitarán todo, menos estas botas de siete leguas..."

Como se ve, la diferencia en las letras establece estados anímicos definidos y permanentes. Y ello muestra cuan diferente también es nuestra idiosincrasia, aunque tengamos la misma cuna y la misma lengua.

El español, desde siempre y pese a su vitalidad, a su exuberancia, tiene un hondo sentido de la muerte, ya sea hijo de Castilla o de Andalucía, de Galicia o de Vasconia. Tal sentimiento existe entre católicos y libre pensadores. Está dentro de ellos como savia que los nutre. No es raro este fenómeno en el castellano cuya tierra monótona y seca, con su luz de alta planicie, "su aire fresco que riega el pulmón árido" devora al hombre y ha engendrado a través de los siglos héroes y santos.

Los andaluces poseen una creencia del más allá confusa y soñadora, que no necesita definirse. A veces esa creencia permanece sólo en la superficie de su mente, sin alcanzar a transformarse en una fe personal y profunda.

Pero la idea de la muerte vive en su alma inamovible, vigilante.

Es en ellos y en todos los españoles de distintas regiones, la brújula que orienta. Porque, en medio de su impetuosidad, la raza española no abandona el sentido trágico de la vida y de la muerte. Es una raza que, como ha dicho alguien, "sólo supo tejer banderas; raza de fantasías y de dinastías".

Miércoles 8. Con el secretario de la Legación, Cesáreo Alvarez de la Rivera, que es muy simpático, a tomar té en el Ritz y mañana al Escorial.

Recuerdo cierto día que, mientras los míos volvían a visitar el Museo del Prado, yo me afanaba inútilmente en

encontrar la estatua de Calderón de la Barca. Al fin la hallé, mal colocada en un sitio que no corresponde a su grandeza.

Maravillados con el Escorial y sus reliquias intactas. Inutil describirlo. De allí a Avila, que se nos apareció a la caída de la tarde "revestido de la austera belleza de sus piedras seculares". Es Avila de las pocas ciudades del mundo que conserva a través de los siglos su carácter y hasta sus costumbres. Las torres y murallas medioevales la rodean convirtiéndola en fortaleza. Todo gira en torno a la piedad religiosa. La vida parece haberse detenido dentro de sus muros que, como guardianes celosos, parecen decir a la civilización: "por aquí no pasarás".

Jueves. Toledo es oración. Toledo es soledad de piedra. Representa la verdadera evocación del alma castellana. Paseo por el dédalo de callejuelas que suben y bajan, ondulantes. Los niños callejeros, riendo y gorieando como pájaros, cortan la tristeza de las negras vestiduras de las mujeres. Yo también voy de negro. En ningún otro país del mundo he visto esta unánime manera de ataviarse, absolutamente negra, no sé si por duelo o por tradición. Pasan, a veces, muchachitas traieadas de color, nuevas Rebecas que, con gracioso ademán llevan en alto el cántaro de greda en que traen agua de la fuente. Converso con toda esa gente, como conversé con la clase modesta en Madrid. El pueblo español es límpido y honrado, altivo y humilde a la vez. Son seres hechos de la fina pasta de nuestras antiguas "mamitas". No creía yo que aún quedarán criaturas así en este caótico mundo moderno. Tienen una paz de piedra, como las seculares piedras que las rodean. Y una especie de alegría interna a pesar de su extrema pobreza. No exigen nada a la vida.

Algunas de ellas, con sus rostros consumidos y su palidez de cera, semejan santos de cera.

Toledo es también el Greco. Su presencia está en todas partes: en las iglesias, en los museos, en el palacio árabe que habitó durante cuarenta años. Me sigue por las calles, me acompaña, viene a mi sueño. Lo siento llegar y hacer surgir de su genio el espíritu hecho color. Veo el tono rosa "degradé" de la túnica de San Juan Evangelista, pero no sólo en el cuadro sino iluminando montes, rocas, flores sin nombres. Y veo, en un paisaje irreal, las tonalidades de verde que aparecen en ciertos personajes de "El entierro del Conde de Orgaz". Nadie como el Greco ha pintado el fervor idealista, el rostro iluminado por la llama interior. Una intensa emoción nos detiene ante esas figuras alargadas y pálidas, de pupilas ahondadas por el fervor. El Greco fue un revolucionario del arte: pintó sin atenerse a molde alguno, inspirado sólo por su genio y su extraña visión.

Habríamos deseado permanecer más tiempo en Toledo, pero preciso era seguir. Navahermosa, risueña, pero después el paisaje cambia y se torna sombrío. Los caminos aprisionados entre adustas montañas nos oprimían el alma y reinaba una absoluta soledad, un trágico silencio. Para colmo, el chofer, un italiano falto de tacto que traíamos de París, preguntaba a Pepe con voz cavernosa: —"Monsieur, vous avez votre revolver?" Cuando comprendimos que era imposible llegar a Trujillo para la noche, recordamos al Monasterio de Guadalupe que habíamos oído mencionar y que suele abrir sus puertas a los peregrinos extraviados. Es un convento del siglo XIV, habitado hoy por monjes franciscanos. A las nueve de la noche, golpeamos a sus puertas: después de

algunas explicaciones acerca de nuestra identidad, los monjes aceptaron recibirnos y nos brindaron cariñosa hospitalidad.

Comimos en el largo comedor monacal de blancas paredes y vigas oscuras en compañía de los padres y de varias personalidades, como el pintor Alvarez de Sotomayor, actual director del Museo del Prado y de una hija de Maura con su marido. Buenos charladores todos. Naturalmente se comía de vigilia. Nuestro dormitorio era desnudo y mísero, pero dormimos como justos.

Sevilla, jueves 9. Después de desayunar con el Padre Superior, visitamos la iglesia y los claustros. Vimos la Virgen de Guadalupe, la famosa Virgen Negra, ataviada con un manto de perlas que le obsequió Felipe II. En la sacristía cuadros de Zurbarán. Seguimos nuestra marcha para almorzar en Mérida. Recorrer un país en automóvil, no sólo es un placer sino una enseñanza. Es la mejor forma de conocer el alma de una raza. Viajar así es renovarse, es traer a las ideas enmohecidas un fresco soplo de vida.

Después de Mérida atravesamos pueblos, innumerables pueblos sin historia, todos iguales con sus callejuelas torcidas, sus borricos soñolientos y sus paisanos instalados en medio de la calle. Los sudamericanos sentimos en España una impresión muy diferente a la experimentada en Francia. Allá somos siempre el extranjero, el intruso. Aquí no. España es como una madre pletórica de vida que nos dio su savia y ha quedado debilitada y pobre.

A la caída del Viernes Santo entramos a Sevilla, bajo un gemido continuado de campanas. La ciudad entera desbordada de turistas de todos los países que habían venido a

presenciar la Semana Santa. Ni una cama, ni una pieza libre en los hoteles. Al fin conseguimos alojamiento carísimo en una hospedería situada en el viejo barrio judío, uno de los más característicos. Es el barrio más interesante de Sevilla. Callejuelas tan estrechas que, desde el balcón de una casa se pueden tocar las paredes de la casa del frente; balcones floridos y rejas solariegas; típicos patios de fuentes gemidoras y flores, flores a destajo. En cada esquina una virgen incrustada y a sus pies un cirio eternamente encendido. Nuestra hospedería está frente a los jardines del Alcázar y cerca de la casa en que murió Murillo. Tiene un sello extraordinario. Para entrar se toca una campana y aparece una viejecita. Abre y penetramos a un patio de azulejos. Al centro la clásica pila que canta. Nos instalamos en cuartos blancos y nos asomamos al balcón.

Todo el mundo camina hablando fuerte y muchas mujeres llevan alta peineta y mantilla. Los autos y coches no pueden penetrar a este barrio debido a su estrechez. ¡Y que nunca penetren! Que no venga el modernismo a poner su dedo en estos sitios de leyenda. Entretanto las campanas no dejan de tañer y es un repiqueteo continuo, armonioso y elocuente.

Sábado 11. La parte central de Sevilla no me gusta. Es banal porque la civilización barrió el recuerdo. En cambio nuestro barrio es inagotable. Aquí en Andalucía se comprende de dónde vienen a nuestra América muchas costumbres inexplicables. Por ejemplo, cuánto me han "pelado a mí la pava" cuando tenía quince años. (Ya eso no se estila en Chile) El galán (o "pololo" decimos en Chile) pasea la calle mientras la niña se asoma a la ventana.

Frente a nuestra hospedería poseen una linda mansión la gran actriz María Guerrero y su esposo el actor Fernando Díaz de Mendoza. Pasan aquí una temporada con gran lujo. El mayor de sus hijos, Fernandito, un lindo joven, se dedicó ayer a “pelarme la pava” creyéndome soltera. Nadie concibe que pueda yo ser la madre de Pepe y muchos se acercan a él y le dicen: —“Preséntame a tu hermana”.

Domingo 12. Pascua de Resurrección. En la mañana a misa y a diversas iglesias. En el día a las corridas de toros, espectáculo imponente como belleza de colores, pero salvaje y cruel. Después de recorrer el Parque María Luisa donde se levanta la estatua a Gustavo Adolfo Bécquer. Sus poesías fueron durante muchos años mi breviario apasionante.

Antes de irnos, hoy visitamos detenidamente el Alcázar. Qué soberbio arte el de los árabes. En casi toda España lo árabe es lo mejor.

De Sevilla seguimos a Córdoba. La mezquita es una de las maravillas del mundo. Toda grandeza del arte moro está en ese bosque de pilastras de mármol.

Viernes 17. ¡Cómo describir Granada! Pasamos todo el día sumergidos en esa visión deslumbrante de la Alhambra. Qué riqueza y qué voluptuosidad en cada línea, en cada perspectiva.

Una curiosa impresión me produce Granada. El tiempo no existe. Nada corre prisa. Se ignora la trepidante aceleración del mundo actual para vivir en la lenta cadencia que tenía el mundo hace un siglo. (En casi todas las ciudades españolas se nota este signo). Pero sobre todo en Granada que reposa entera y suspira soñolienta en su letargo moro. Detenida en su embrujo milenario, atada por irrompibles la-

zos a su herencia oriental. Toda quieta, mirando la civilización desde su umbral. Pero envolvente, seductoramente bella.

Visité, al anochecer, el Albaicín, barrio moro. Conserva intacto su sello, empinándose sobre la llanura. Calles estrechísimas y curvas, tapizadas de piedras puntiagudas, ermitas blancas, fachadas de casitas chatas que duermen su milenario encantamiento. Eso es el Albaicín. Permanezco largo rato como magnetizada por el cuadro. Hay algo profundamente quieto y misterioso en el aire, algo que envuelve como una droga suave. Quedo tan seducida que, a la mañana siguiente, vuelvo. Y no sé si ese barrio es más atrayente durante la noche o bajo la luminosidad del día. Grupos de gente pueblan ahora las solitarias callejas de la noche, perfiles árabes, vieja arquitectura también árabe. En medio de las exóticas tienduchas y mercados surge a menudo un esplendoroso "carmen", nombre que se da a los huertos de familias pudientes y que son el pórtico de alguna morada señorial, en estilo morisco. Cipreses por doquier. El ciprés es el símbolo de Granada, así como el naranjo lo es de Sevilla. Ciprés que evoca muerte y ensueño. Eterno ensueño. Culto religioso de la muerte. Un luto es más luto en Granada que en cualquier otra parte del mundo. Un muerto nunca se va del todo, su espectro perdura y dirige a los vivos.

Las mujeres granadinas no abandonan su casa sino para ir a la iglesia o a pasear por la Alameda de la parte baja. Ni algazara, ni explosión de juventud, nunca. No se "pela la pava" como en Sevilla, ni hay ferias alegres, ni siquiera Semanas Santas con ribetes teatrales. La gente se nutre de rezos y sueños. Sin embargo, y por lo mismo ¡qué inquietud

dentro de esos espíritus! ¡Y qué nostalgia! Saben que más allá de sus sierras nevadas hay un mundo trepidante, pero ¡qué lejos se encuentra! Se siente en ellos el anhelo de investigar. Y también de partir. Pero el destino los ha enclavado allí, en su estática Granada de alma aristocrática que toda entera se recoge y suspira. Suspira por el mar.

El patio de Los Leones, los perfiles arquitectónicos, los divanes. Me siento en Oriente. En la tarde subimos hasta el barrio Monte Sacro, a visitar las cuevas de los gitanos, quienes al vernos salen de sus escondrijos, aturdiéndonos con sus saludos y sus gritos. Hay mujeres bonitas, morenas y rubias, todas con expresión voluptuosa. Nos tiran las cartas; luego, cuando queremos partir, nos rodean pidiendo limosna. Viven de eso que no practican por necesidad sino con placer de aficionadas. Les llenamos las manos de monedas y nos arrojan a guisa de despedida una lluvia de flores. Las hemos visto bailar en el pequeño teatro del Hotel Alhambra Palace. Bailes artísticos y armoniosos que a rato se tornan lascivos con sus movimientos de serpientes y en los que el principal papel lo hacen las castañuelas.

Después de atravesar Murcia y Valencia, llegamos a Barcelona. Caí a la cama con bronquitis. No podré, pues, acompañar a Pepe y el niño a Mallorca. En mi enfermedad que tiene como marco los refinamientos del Hotel Ritz, me acompaña Hortensia de la Cruz, hermana del Cónsul, que es inteligente y gran charladora. Han sido días quietos y deliciosos.

Abril 25. Pasamos la frontera y dijimos adiós a la noble y admirable España. Qué diferencia de paisajes entre ella y Francia que aparece risueña, ultracivilizada y ultrapoblada,

llena de automóviles y de bicicletas que ofrecen un aire de fiesta bajo la majestad de sus castillos. Visitamos Pau, Lourdes y Narbone. Por Périgueux y luego Limoges, entramos a la histórica Bourges. En mitad de camino nos detuvimos para visitar Saint Bertrand de Cominges, que se destaca inclinada al borde de una montaña. Es una maravillosa iglesia del tiempo de Francisco I.

Bourges es una joya. Fue la capital de Francia hasta la época de Carlos VI, y la cuna del gentilhomme Jacques-Coeur que tuvo enorme influencia y fue notable armador de barcos. En la plaza, frente al que fue su palacio se yergue su imponente estatua. Se visita el palacio y vale la pena verlo. La catedral posee los más bellos vitrales del mundo.

A las cinco de la tarde llegamos a París, a nuestro "home" y a besar y adorar a los chicos. Pero en el acto noté que mi Ponchito no está feliz, demasiado tierno y sensible.

Abril 30. Elisa, la excelente cocinera, me cuenta que la Davilder, nueva y pesada "gouvernante", no sólo no ha comprendido a los niños, sino que ha sido dura con ellos, lo que explica el estado de sensibilidad enfermiza en que he encontrado a Ponchito. Esto me ha enfermado: hace dos noches que no pego los ojos y sólo pienso en esto como una obsesión. Se necesita tener una roca en vez de corazón para proceder así con tales ángeles. ¡Hacerla salir de casa y rápido!

Como si el destino se hubiera compadecido de mi angustia, Naty, que no pudo acostumbrarse sin los niños, se nos ha dejado caer aquí desde Chile, pagando ella misma su viaje con tal de reunirse con ellos. ¡Gracias a Dios! Hemos

arrojado lejos a la vieja sapa de la Devilder y la seguridad reina en la casa. Ellos están felices.

Pepe partirá mañana a Londres en avión. Yo lo seguiré por tierra.

Junio 2. Resolví venirme a mi vez en avión que es todavía un medio temible. Partí sola y no tuve miedo. Había viento: el avión se balanceaba atrocemente; todos los ingleses se pusieron a arrojar y yo sentí fatigas de muerte. En el aeródromo me esperaba Pepe. Nos dirigimos a nuestro alojamiento, una especie de pensión misteriosa situada en Piccadilly, en la cual Vicente nos había tomado piezas. Allí nos aguardaba él con Clemencia.

Resultó que la misteriosa pensión en que el austero Vicente nos reservara piezas, era un sitio de citas galantes. Así nos dimos cuenta en seguida. Empeño de los mozos en ocultarse cuando yo llego al gran dormitorio que sirve a la vez de comedor, estupefacción cuando supo el valet que no cenaríamos en la pieza; mayor sorpresa aún cuando prescindimos del champagne. En fin, la cosa era clara. Nos cambiamos al Hotel Victoria, situado en Trafalgar Square. (No nos alojamos en casa de Vicente por quedar en las afueras de Londres).

París. Volvimos a París. Hemos empezado a buscar un departamento sin muebles, tarea difícil pero no imposible, como dicen los franceses.

Por hacer un calor tórrido, subimos hoy temprano al auto con los niños, Naty y las maletas y salimos hacia la Normandía, sin rumbo preciso para instalarlos a ellos en alguna playa normanda mientras encontramos departamento. Nada más agradable que estos paseos errantes, al azar de los

caminos, sin más guía que el capricho y la belleza de los sitios. Atravesamos Yonville, Quiberville, Sainte Marguerite, Pourville y al fin nos decidimos por Quiberville, playa más rústica, pero tiene hermosos panoramas y un hotel pasable a orillas del mar. Dejaremos a los dos menores con Naty y volveremos a París para seguir en nuestra búsqueda.

Hemos arrendado un lindo departamento en la rue du Rocher, cerca del Parc Monceau. Nos cambiaremos el 1º. Empezaremos a comprar muebles, sólo tenemos tres alfombras persas, un escritorio y una mesa. Todos los días vamos a ver el avance de los trabajos en el nuevo departamento que aún no está bien terminado, elegimos las pinturas de las piezas y recorreremos fábricas y tiendas de muebles en compañía de Dorgan, tapicero del incomparable Coudeu.

Miércoles 1º de junio. Hoy en la tarde nos mudamos al departamento de rue du Rocher, Pepe, el niño mayor, yo, Ana y Elisa. Tenemos ya varios muebles y están colocadas las cortinas que son preciosas. Mi cama es un magnífico "lit de repos" de terciopelo morado. El departamento es encantador, sobre todo el gran salón, con sus tres ventanales que enfrentan dos calles y que recibe mucha luz.

Volvimos a la playa normanda a ver a los niños. Recorrimos de nuevo el balneario que, dentro de su rusticidad, es hermosísimo. Los niños están admirablemente.

DIVONNE

Me encontraba yo en una exposición de Matisse y sin saber lo que me iba a ocurrir, retardaba mi regreso a casa,

seducida por los cuadros. Cuando llegué, Ana se precipitó para decirme: —“Señora, don Pepe le encontró por fin pasaje para Divonne; el único que quedaba este mes y debe irse a la estación en el acto para alcanzar. Le he hecho las maletas como pude; pasará la noche en el tren...”

En verdad partí y estuve unos diez días en esas inolvidables termas para los nervios. El sistema consiste en separar al paciente de la familia y crearle un ambiente distinto. Me encantó ese centro netamente francés y tuve buenas amistades.

De mi diario:

Julio 23. Paso las horas leyendo en el parque. Después de almuerzo todos se tienden en “chaises longues” dispuestos bajo los árboles mientras una orquesta toca suavemente. He traído muchos libros: Marcel Proust, André Gide, Rachilde. Pepe me escribe que irá a Quiberville a buscar a los niños.

He hecho amistad con dos francesas, Mmes. Blum y Scordino. Ambas han venido solas naturalmente, como es de rigor. Aún duermo muy mal. Hasta el poético cascabel que llevan en un collar las vacas, me molesta. El Dr. Bonus es como un apóstol, muy humano.

Sábado 25. No me separo casi de mis nuevas amigas. Mmes. Scordino y Blum. Son encantadoras ambas dentro de sus diversos estilos, con ese encanto de la francesa que hace tan sabrosas las conversaciones. Hoy subimos a tomar té a “La Ferme” que domina perspectivas agrestes. En la noche, como siempre, se bailó en el gran salón. Mme. Scordino me invitó a bailar. Es muy alegre y vivaracha, bajita, redonda, con cabellos castaños ensortijados. Parece una niña, pero me confesó tener treinta y ocho años. Mme. Blum es gruesa, muy morena, de tipo netamente judío como su nombre.

Los días vuelan ahora. A las diez tomo mi rico desayuno en la pieza; luego a los baños en bata. Después de la ducha reposo en cama. A mediodía almuerzo y enseguida a las "chaises longues" del parque. Allí todos leen, sin hablar. En la tarde a caminar o a la pieza de Mme. Blum que abre a una terraza bañada de sol y olorosas flores. Conversaciones interminables. Allí mismo nos sirven el té. Volvemos a excursionar por las montañas. Nos contempla el imponente Mont Blanc.

Mis dos amigas hablan con gran libertad. Estas mentalidades femeninas francesas me atraen y me intrigan. Acompañé a Mme. Scordino a la visita del Dr. Bonnus quien le habló con infinita piedad. Paternalmente le insinuó los mismos consejos de Mme. Blum: debe vivir. Hay en ella un caudal de afección no consumido que la está envenenando. Concluirá histérica (la famosa teoría de los "refoulements" de Freud).

Hoy llegó su marido. En el baile de la noche me lo presentó. En vez del irresistible seductor que ella pinta, me enfrenté con un hombre inteligente, instruido, de figura adusta y sin ningún atractivo.

Miércoles 29. Me confesó Mme. Scordino que temblaba a la idea de que su marido podía enamorarse de mí. —"Las mujeres de su tipo son las que lo atraen, dijo. Los ojos negros, lánguidos, lo enloquecen. E imagínese mi susto: cuando esa noche se lo presenté, me dice al retirarnos: —"No me habías contado que tenías una amiga tan linda..." ¡Ya está! pensé. Pero luego me convencí que no la cortejaría; encontrándola bella, le pareció distante y seria y se dijo tal vez que perdería su tiempo".

Pasamos el día buscando hotel para Pepe y los niños que llegan mañana. En el "Nouvel" no hay nada. Por consejo del doctor trepamos a la montaña hasta una pensión que pudiera alojarlos. Pero no admiten niños, siendo los pasajeros "de gens tres fatigués". Al fin encontré unos cuartos modestos, en pleno pueblo. Desde anoche duermo como un niño.

Me encontraba tomando té en la gran pieza de Mme. Blum cuando sentí la bocina del auto. Me asomé al balcón y vi a Pepe en el volante y adentro el racimo de los tres niños al cuidado de Ana. Volé. Vienen maravillosos, bien quemados con el aire de mar. Han hecho en dos días el trayecto desde París. La Scordino se escondió para no verlos, celosa de esta felicidad que yo poseo.

Agosto 1º. El éxito de Mónica y Alfonso sobrepasa toda descripción. Los pasajeros del hotel están locos con ellos. Va la gente en romería a contemplarlos y me llueven las felicitaciones. Son ambos tan diferentes como tipo de belleza que eso mismo asombra: Mónica, morenita, con sus ojos llenos de promesas; Alfonso se parece a Pepe o a mi papá: ojos verdes, pestañas oscuras y una mata de bucles rubios que contrastan ahora con su tez dorada por el mar. Mme. Scordino sigue aún sin mirarlos. Cuando la vi acercarse a mí en el comedor la fulminé con una mirada tan fría que de nuevo emprendió el vuelo. La pobre está histérica con la nostalgia del hogar que tengo. Creo que Mme. Blum nos reconciliará. Pepe come y almuerza conmigo, pero aloja junto a los niños en el Hotel des Etrangers.

Domingo 2. Paseo en nuestro auto a Aix-les Bains, Pepe, José, yo, Mme. Blum, el matrimonio Scordino. Día deli-

cioso, excursión alegre por caminos de vegetación exuberante. Nos pilló una tormenta, tuvimos que guarecernos en una choza de la ruta y escuchar la charla pintoresca de la vieja paisana dueña de la choza. Llegamos a almorzar a las termitas de Aix-les Bains, punto elegante de reunión de todos los enfermos ricos que padecen de los riñones y de reumatismo. Después de almorzar y conocer el Casino, seguimos a Anecy que tiene un lago hermosísimo. En el casino bailaba un público desbordante. Regresamos cantando en coro la canción de moda: "Si tu vois ma tante..."

Lunes 3. Cabe de papá que se ha embarcado para Europa con mamá, hermanas, Pilo y Mina. Gran emoción. Adelantaremos nuestro regreso a París, interrumpiendo mi cura.

Jueves 6 de agosto. Uno de los peores síntomas de mis pobres nervios dolientes, es el terror en que vivo a la sola idea que los niños se enfermen. Lógica consecuencia de mis desgracias anteriores. Hoy, antes de las siete de la mañana, se me ocurrió que Mónica debía estar mal. Me puse a escape una bata y, enloquecida, atravesé el parque del hotel, la callejuela del pueblo y entré como un rayo al departamento de ellos en el Hotel des Etrangers. Los encontré desperezándose, muy contentos. Pero lo que yo sufro con esta obsesión es increíble. Pene me acusó al doctor quien afirma que, lentamente y con voluntad, tendré que sanar.

Hoy el Dr. Bonnus que atravesaba el parque se detuvo a hablar con mis dos pequeños que jugaban y preguntó a Mónica cómo se llamaba su muñeca. Ella reflexionó un instante y contestó: —"Elle doit s'appeler Berthe", respuesta que nos hizo mucha gracia.

Cuando Pepe pidió sus honorarios al doctor, él dijo: “Primero deseo que vayan a almorzar a mi casa para que conozcan a mi esposa. Después veremos”. Espléndido almuerzo en su chalet sumido en la verdura y precioso. Mme. Bonnus es encantadora y muy culta. Al día siguiente como Pepe insistiera en pagarle sus servicios, él dijo: —“No me deben nada y sería ofenderme querer remunerarme. Su hermana fue tan gentil cuando yo estuve en Chile”. Quedamos atónitos, pues nos ha atendido a los cinco. Y así dicen que los franceses son avaros. Conozco varios casos de generosidades sin límites.

Miércoles 12. Mañana abandonaremos este querido Divonne. Después de comer no entré al salón y permanecí largo rato en el parque a la luz de la luna. Era en el cielo una fiesta de claridad azul y pálida. Un pino centenario cortaba la luminosidad de la noche. Yo estaba allí como fuera del mundo, en una especie de éxtasis doloroso y dulce. Me contuve inmóvil hasta después de media noche.

Volví a París mucho mejor. Fue la época en que me sentí prendada del surrealismo y me bastaba contemplar cuadros maestros para ser feliz. Cada día pasaba horas en L’Orangerie” o en “Les Fauves” o “Les Nouveaux Fauves” extasiada ante Renoir, Sisle, Modigliani, Suzaimé Balaudon, de su hijo Utrillo. Quería saber anécdotas de sus vidas, detalles de su genio.

París, agosto 18. A las dos de la tarde llegó mi familia. Papá viene de Embajador ante la Liga de las Naciones. Tiene grandes posibilidades de ser candidato a la Presidencia de la República en la lucha que se entablará el mes próximo.

Pepe resolvió viajar a Chile y acceder a los deseos de papá de investigar las causas del silencio de Dávila, que explico en el capítulo dedicado a mi padre.

Hubo de postergar su viaje porque él y los niños cayeron con una terrible tos convulsiva. Partirá con mamá y hermanas. También se irá mi empleada Ana que no se acostumbró en Europa. Nos reunimos todos en el Gran Hotel (donde viven) para despedirlos. Eramos como quince personas, contando además de nosotros a Pilo y Mina, a los Larraquibel, Inés Echeverría que ha llegado de Chile, Pepe Yáñez y Raquel Echaurren. Yo, de tan pocas lágrimas en general, había empezado a llorar desde la víspera. Después de comida, mamá estalló en llanto, sobre todo, creo yo, por separarse de mí y de mi niño mayor. Pilo siguió y concluimos llorando todos. Papá se alojará en mi departamento durante la ausencia de Pepe.

Después de la partida de Pepe, caí en un grupo fastuoso y muy frívolo, compuesto de chilenos ricos y argentinos. Los Eyzaguirre (ella es argentina) los Morla, los Bertrand, etc., etc. Nunca había hecho esta vida en que reír y divertirse es la única finalidad. Ocio y alegría, todos en grupo, a toda hora. Excursiones campestres, comidas, trasnochadas. Todo Montmartre se estremece y de sus cabarets y boites se levanta un himno al placer y a la frivolidad. Champagne, más champagne mientras los jazz atronan las salas y los tangos, muy en boga, llenan la atmósfera de languideces inesperadas. La turba frenética baila con locura, embriagada de placer, de ruido, de licores. Todos parecen gritarse a sí mismos y a los otros: mi felicidad está en este desorden, en este torbellino, lejos del cual muero de tedio.

Era el París de entonces un paraíso en que los juncos volaban por el aire, perfumando el ambiente, y en que todo aparecía placentero. Era la época de oro: el Gobierno francés estaba riquísimo, lo que hacía sentir en cada detalle del diario vivir y tornaba los rostros sonrientes. Moverse en tal atmósfera constituía un placer a cada paso renovado.

Iremos a veranear a La Baule, en Bretagne.

Julio 24. Luego de veranear en La Baule, balneario en formación donde hicimos una vida banal, conocimos al regresar el famoso Mont Saint Michel del cual se ha dicho que es la octava maravilla del mundo. Subimos hasta el fuerte "chef d'oeuvre" del arte gótico, y visitamos la abadía y el bloc de piedra l'eno de bóvedas, de escaleras tortuosas, de galerías, trabajadas como un encaje. Desde arriba se dominaba el mar que, durante las noches, envuelve los pies de la gigantesca roca, impidiendo salir de ella. Se permanece allí prisionero hasta que baja la marea. Seguimos a Dinard que es la más bella playa que he visto, con sus contornos profusos en flores. Allí dormimos, llegando en la noche a París.

Pepe escribe que no ha obtenido resultado en su misión. Los hijos de la alevosa traición siguen invisibles para quienes no participaban de ella. Pepe cuenta: —"No sólo se trata de la reorganización de 'La Nación', sino de la reconquista del diario. Los empleados se creen dueños y ya no reconocen jefe".

Continúa la vida de vértigo. Recuerdo como especialmente interesante una noche en que llegamos al Dômo con amigos. Cerca peroraba un grupo de artistas que nos llamaron a su mesa. Estaban: Vicente Huidobro, el caricaturista Oscar Fabres, Luis Vargas Rosas, el cubista Juan Gris, notable

pintor español que murió muy joven y Pilo. El más brillante era Huidobro cuyas paradojas y sofismas imantaban la atmósfera. El autor de “no cantéis la rosa, oh poetas, hacedla florecer en el poema” y de “el adjetivo que no ilumina, mata” tiene una elocuencia que pocas veces he conocido; su voz domina todas las voces. Esa noche declaraba que el poeta es un dios porque crea y alumbra rincones desconocidos para los demás hombres. “La poesía es un desafío a la razón. La vida para él es una llave que abre mil puertas”.

Hasta las tres de la mañana los escuchamos disertar y discutir. ¿Qué es el surrealismo? Cada cual daba su opinión. Yo me atreví a decir: “Es el enlace del arte con el absurdo”. Se habló de la soledad, de la incomunicación del artista y de cómo la conciencia que ellos tienen de ser extranjeros en el mundo, de ir chapoteando en las tinieblas, los torna más solos. Esa sensación de desarraigo los envuelve siempre, hasta el punto de que en algunas partes —sobre todo en América Latina— la vocación literaria es considerada como un síntoma de locura. El nivel intelectual de la charla no decayó ni un solo instante.

A la noche siguiente, de nuevo con el mismo grupo. Comimos en el Strix. Fabres me trajo de regalo su “Quartier Reservé” cuaderno de caricaturas bastante libres, dibujadas con maestría. Es un cicerone incomparable que conoce París como la palma de la mano. Al pasar por Clichy compró un diario de la tarde y vio con orgullo un elogioso artículo sobre él “l'artiste incomparable, le caricaturiste bien parisien”. Desbordaba de entusiasmo y compró todos los ejemplares del diario. —“¡Cómo no va a valer más esto que ser diputado en mi país!” —decía radiante. Entramos a La Roseraie. Va-

rios pintores amigos suyos se acercaron a felicitarlo. Concluimos la noche en el Palermo, cabaret en que se cantan los tangos más lindos. Fabres, en su dicha, por el artículo se dio el lujo de regalarnos a todas las damas del grupo muñecas lindísimas y muy caras, sacrificando tal vez su pan de la semana.

Cable de Pepe que regresará en el "Julio César" para llegar el 8 de diciembre.

Septiembre 24. Partió papá. En la estación bastante gente. Hay veces en que me veo a mí misma como un fenómeno. Hoy, por ejemplo, al partir papá, ni un latido de tristeza, ni una aflicción por el alejamiento de este compañero inseparable, solícito, jovial, que me ha hecho dulce la vida. Su partida, como la de un extraño, me dejó quieta y fría. Y ni siquiera sé cuando lo volveré a ver. Antes, en Agosto, nos había festejado a mí y a mi niño mayor con un viaje a los lagos de Italia. Nos acompañó también Mme. Momus y su hermana Sofía que parece un perro dogo. Genoveva es felina, misteriosa; se da mucho pero siempre reserva un pequeño rincón. Sin ser inteligente ni cultivada, es tan exquisitamente mujer que posee intuiciones sorprendentes y adivina los sentimientos a medias palabras. A ella le debo una cantidad de pequeños servicios de esos que ayudan en la vida cotidiana. Pero me aburrí en este viaje; desde luego detesto los lagos y además habría necesitado a mi alrededor gente joven y alegre. Me desquité conversando con Pepito. Con este niño brotan los temas hondos. Le conté episodios de la vida de Balzac que está fresca en mi mente porque acabo de leer una biografía suya.

Mi gran entretención fueron los baños de mar en el

Lido, deliciosos, tibios, sin una ola. El niño y yo nadábamos durante horas. En este marco cualquier tema banal de conversación era como una profanación pero con las hermanas López Pérez no se podía elevar el diapasón.

París. Tomé chofer para excursionar en auto y hacer menos dura la soledad. Hoy fui a almorzar con el matrimonio Suárez en Versailles donde habitan. El es culto e inteligente.

Llegó carta de Pepe contando los horrores en "La Nación". En la tarde se la leí a Inés y Joaquín que vinieron a casa. Estaban muy impresionados. Entretanto, Ponchito se había empeñado en tocar el piano con sus deditos una especie de balada tan estruendosa que nos impedía conversar. Como yo tratara de sacarlo del salón, él gritaba: —"Je veux pas bouger l'ici, je veux pas qu'on ris de moi!" Con esto la lectura de la carta resultó menos trágica de lo que se creía.

Matriculé a Mónica en un colegio rue de la Neva, en este barrio. Ella está feliz y yo también. Con su carácter dominante, soberbio, de una independencia salvaje, se hacía insoportable en casa. Ahora nos libramos algunas horas de ella, sobre todo el dulce Ponchito, víctima de su dominio.

He visitado el taller de pintura de Maxa Nordau en pleno Montmartre. Ella es hija del célebre escritor Max Nordau. También el taller de Marta Viilanueva, antigua amiga. He ido al salón de Otoño y al de Artistas Independientes.

Diciembre 10. Regresó Pepe de Chile. Fui a esperarlo con los tres niños. Allí estaban Inés, Joaquín, los Fabres y Vargas Rosas. Tomaron té en casa los de la familia y pasamos la tarde conversando sobre las mil noticias que trae Pepe de Chile. Ha encontrado a Alfonso de muy mal sem-

blante. Realmente a pesar de haberlo hecho examinar y de los tónicos que toma, desmejora por días sin tener nada orgánico. Hay que contarle cuentos para que pruebe los alimentos.

Comimos en casa de Pilo. Después fuimos al Viking y más tarde a La Cigogne, sitios favoritos de él. Pilo estaba más animado que de costumbre gracias a algunas copas de fine. Con elocuencia comparaba a la Francia actual con la antigua, alada Grecia. Tiene una absoluta incomprensión de nuestro padre, incomprensible, chocante. Le ve mil defectos, lo analiza anatómicamente y lo destroza. Ah, la gran derrota de papá es su hijo, su único hijo hombre, que no sólo jamás ha cooperado con él sino que ni siquiera ha sabido comprenderlo. Todos los actos de papá los mira a través de una infinita ironía. Cuando papá era senador decía: "Mi papá es de los que todavía creen en el Senado". Tiene una perfecta inconsciencia de la terrible lucha, del esfuerzo constante que ha sido la vida de él. ¿Y cómo no la tendría? El no sabe lo que es un esfuerzo, no conoce el valor del dinero, le ha bastado extender la mano para encontrar todo lo que desea.

Iremos en enero a la montaña para que Ponchito tome aire puro y engorde. En la noche hogar, música (hace tiempo arrendé un piano de un cuarto de cola, lo que llaman cra-peaud). No puedo vivir sin tenerlo.

Marzo 3. Fuimos hace poco a un baile de fantasía, yo vestida de veneciana. Pene de pescador napolitano. Y ayer fui a retratarme vestida de veneciana. Para que Sobol, gran fotógrafo, me pidiera menos caro, le dije que yo era actriz. Me rebajó 400 francos. Luego me arrepentí de mi mentira y agregué en francés: "Mire, señor, no soy precisamente una

actriz, canto, voilà tout". Y él contestó: "Comprendo, Ud. no es aún muy conocida en París, mais ça viendra, ma chere dame, ça viendra..."

Hoy té en casa de Pilo. No hubo forma de sacarle una palabra. Estaba enfurruñado, desagradable. Esto me duele. Cuando va a casa, sus palabras a guisa de saludo son: —"¿Tienes cognac?" Y luego un silencio aterrador, incomprensible.

Seguimos excursionando a sitios de una belleza deslumbrante, como Guillaume le Conquerant, Kilometre 104, la Tour de C'aire et sa poupée etc. Teatro cada noche, fiestas a diario. Nos vemos frecuentemente con Genoveva Momus y su hijo Eugenio, joven disoluto, muy bebedor, inculto, pero con un corazón de oro; con los Suárez que ahora viven en Versailles, con Pilo.

En días pasados, comió un gran grupo en casa. Terminábamos de comer, cuando apareció un joven francés, amigo de las Courtin que venía muy emocionado a avisar que el aviador Lindbergh había conseguido atravesar el Atlántico (hazaña que se realiza por primera vez) desde Estados Unidos y que llegaba a París esta noche. ¡Era el milagro! Cruzar el Atlántico en avión. Muchas veces se había intentado en vano hacerlo. Francia guarda aún el duelo de sus aviadores desaparecidos al intentar la prueba. El yankee, el loco yankee, solo en su pequeño avión, lograba aquello que ya parecía empresa irrealizable.

Bajamos apresuradamente a tomar el auto. Quizás tendríamos tiempo de llegar a Le Bourget y ver la emocionante llegada del avión héroe. Corrimos locamente en dos autos. Cuando llegamos a Le Bourget, cerca de las diez, el aeródromo era una masa humana que rugía. Lindbergh aterrizaba

en ese instante. Describir el entusiasmo de la multitud sería tarea vana. El aviador venía medio muerto y, según dicen estaba atónito de ver aquella muchedumbre aglomerada para recibirlo. No sabía en qué punto del globo se encontraba y su sorpresa fue grande al comprobar que había aterrizado justo en París. El Embajador de Estados Unidos y otras personalidades se ocuparon de hacerlo descansar. Venía empapado por las lluvias y medio congelado. La multitud pedía sin tregua su presencia en el balcón, aclamándolo. Pero no estaba en estado de mostrarse. La apretura ocasionó desmayos y se destrozaron vidrios y muebles en el chalet de Le Bourget.

Fueron momentos intensos en que sentimos los latidos del alma vibrante de París. Volvimos a la ciudad y cenamos bulliciosamente en Graff la tradicional "soupe a l'oignon".

Hay detalles conmovedores respecto de la hazaña de Lindbergh. Es tan humilde que creía llegar ignorado y traía una cartita de recomendación para su embajador. Otro rasgo: cuando pasó por no sé qué pueblo francés, antes de llegar a París, la gente, al divisar el avión, cayó de rodillas y oró silenciosamente, mientras Lindbergh cruzaba el espacio. Estaban aún bajo la impresión de tantos aviadores muertos al intentar la empresa que ahora Lindbergh realizaba.

Diciembre 23. Fui a casa de Genoveva. Su hijo Eugenio nos invitó a mostrarnos el viejo barrio judío. Después de comida nos dirigimos allá. Anduvimos largo rato por callejuelas tenebrosas, torcidas, sórdidas, que, durante siglos, albergaron a la colonia israelita, pero que hoy se han convertido en casas de tolerancia y pobres viviendas. De vez en cuando, en el umbral de alguna puerta carcomida aparecía una mujer de tipo bestial y pelo teñido. Más allá un hombre de mirada

turbia y casqueta sumida hasta los ojos lanzaba un estridente silbido. Eran cuadros muy vivos.

Llegamos hasta Saint Julian le Pauvre, vieja iglesia destruida, muy característica, en cuyos sótanos han instalado un cabaret llamado Dante porque, según la leyenda, allí habitó Dante en una época.

Mientras más penetro al seno de la familia Momus, más me sorprende la singularidad con que viven, en pugna con todos los hábitos establecidos. Lo más curioso es que ellos no notan la singularidad de sus costumbres. El marido que, habiendo fundado otro hogar, llega a veces a alojar a casa con Genoveva y a obsequiarle ramos de flores; el padre que arroja al hijo a la calle mientras la madre le viste a las queridas; Odette, la hija, que los domina a todos con un gesto y que al mes de muerto su pequeño hijo, ofrecía un coctel party vestida de rojo. Singular interior. Y dentro de él, imperando el egoísmo de la señora Sofía, la reserva elegante y amoral de Genoveva, el frío espíritu práctico de Odette para quien la vida es un continuo jazz. Por fin, la fatiga de vivir de Eugenio, dentro de su vida corrompida y sin objeto. Yo aparezco allí como el ángel bueno, la confidente en las horas de angustia. No posiblemente para Odette que sólo ve en mí a la criatura sin interés, menos lujosa que ella, más pensativa, y que no sabe disfrutar de la vida.

Mayo 24. Llevaremos a Alfonso a Alemania, a Munchen, para consultar al famoso Dr. y Profesor Faundler. Según Teresa Vial los mejores médicos de niños están en Alemania. Nos dio todos los datos y direcciones necesarias y una carta de presentación para el pediatra que atendió a su hijo. Es una gran aventura la que tentamos, sin guía, sin chofer y sin

conocer una palabra del idioma. La duración del viaje dependerá de la resolución de Faundler respecto del niño quien no ganó nada con el aire de la montaña, Chamonix, sitio adorable en medio de la nieve donde pasamos veintiún días.

Junio 14. Qué sensación de bienestar, de dicha intensa, siento cada mañana cuando entra Eloísa, la espléndida camarera española que tenemos, con el desayuno a mi pieza. Posa la bandeja en la preciosa mesa de velador comprada donde un anticuario en la rue du Pac y me da los buenos días con efusión. Va a abrir el ancho balcón, descubre las cortinas muy pesadas de taffetán a rayas blancas y lilas y cierra el transparente de tul amarillo verdoso, que deja el dormitorio sumido en una claridad semi-dorada. Generalmente el día está gris. Este invierno ha sido crudo, con grandes lluvias.

Salgo a las once, a pie por la rue du Rocher descendiendo hacia las calles céntricas por esa larguísima escala que es uno de los medios de comunicación de este barrio con el Boulevard Malesherbes y agregados. Los niños están deliciosos a pesar de la palidez y tristeza de Ponchito. Mónica, cuando ha vuelto de su colegio se instala en un sillón, seria, revestida de dignidad y empieza alguna labor. Molesta bastante a Alfonso. Por ejemplo, le ofrece cambiar algún fino juguete de él por cualquier objeto ordinario. El, adivinando a medias, el mal negocio que hace, se resiste, pero ella ladidamente lo convence murmurando: "C'est pour ton bien, tu verras après..."

Jueves 20. Fui con Pepe a ver "Hamlet", magníficamente representado. En el momento de entrar a la sala ya oscurecida, se me cayó la cartera, desparramando los cien objetos que contenía. Pasamos casi todo el primer acto buscando si-

gilosamente las cosas. Un pie invisible pisó mi reloj destruyéndolo. Perdí un zapato. Pepe dio propina a la acomodadora para que nos ayudara con su linterna. Poco rato después ella partió llevándose el único zapato que me quedaba. Parecía una pesadilla lo que ocurría. Y el público empezaba a protestar por tal ajetreo. Pepe salió de la sala, muy quedo en busca de la acomodadora y volvió con unos esca-pines que no eran los míos.

Julio 21. Hoy visitamos cementerios. En el Montpar-nasse intentamos visitar las tumbas de algunos personajes célebres. Mi anhelo era cubrir de flores la losa de Baudelaire. Con sorpresa vi el siguiente cuadro que nos llenó de estu-por. Un mármol cubierto de títulos pomposos mostraba el nombre de un militar desconocido y abajo, humilde, semi oculto por la interminable lista del padraastro, una simple frase: "Bau-de-laire, poeta". Habría llorado al prosternarme para depositar mis flores.

Junio. En la mañana abandonamos París en el Buick. Pepe conduciendo, yo a su lado; atrás Mónica, Alfonso y Na-ty. Después de atravesar chalons sur Marne y Nancy notamos en el paisaje cierta influencia alemana: naturaleza menos coqueta, más grandiosa, tipos de ojos azules, cantidad de niños. En fin, un no sé qué, que indicaba la frontera alema-na. Ya en Strasburg, ambiente del todo germano. Por fin pasamos la frontera y penetramos a la maravillosa Selva Ne-gra. No hay palabras para describirla. Montes y bosques que atravesamos volando. Soledad absoluta que hacía aún más imponente el esplendor de esa naturaleza salvaje. Sali-mos de la Selva Negra y, unos tras otros, cruzamos los más lindos y risueños balnearios que, con sus casitas blancas, sus

terrazas floridas, sus rejas cargadas de rosas y jazmines, nos invitaban a detenernos. Por fin, siendo ya muy tarde, almorzamos en la rústica fonda de un pueblito desnudo. Gran dificultad para hacernos entender pese al esfuerzo de esos buenos alemanes. Por último, almuerzo succulento servido por los dueños de la fonda. Continuamos. El paisaje se hizo menos interesante. Aún estábamos lejísimos de Augsburg, ciudad anterior a Múnich, y las horas corrían. Miles de ciclistas cruzaban las rutas. Atravesamos Ulm, linda ciudad a cuya salida tuvimos una "panne". Cerca de las nueve de la noche nos encontramos perdidos entre bosques sin haber comido, con los niños exhaustos y sin esperanzas de encontrar una ciudad en que alojar. Desesperación. El auto volaba, manejado por Pepe, sin más indicación que nuestros planos que, por habernos extraviado, no correspondían a la ruta. Terrible patinaje en un recodo, a causa de la rapidez. Casi perecimos. Nuestra angustia crecía. Los niños lloraban. Yo hacía votos por que cesara la noche que nos ahogaba y apareciera alguna luz salvadora. Pero nada, nada. Tinieblas y tinieblas. Soledad absoluta, aterrador silencio. Por fin Augsburg y el Hotel Drei Morem, antiguo y esplendoroso palacio ducal. Saboreamos un fino menu, al son de la orquesta.

Inmediatamente, por teléfono, tomamos "rendez vous" con el Dr. y Profesor Pfaundler para que viera a Alfonso.

Múnich es interesante por su carácter y sus antigüedades y sus museos. Pero sin gran movimiento, de aspecto austero y melancólico.

El Profesor Pfaundler examinó al niño concienzuda y largamente sin encontrarle nada orgánico como ya lo habían declarado los médicos franceses.

—“Su mal, nos dijo, es algo psíquico, nervioso, una especie de neurosis de ambiente. Siente que alguien lo molesta en su casa, lo coarta, y el único remedio es separarlo por un tiempo de la familia y dejarlo en un “Kindersanatorium”, apropiado a su mal. La cuestión es descubrir quién es la persona cuya presencia lo fatiga”.

Primero se le echó la culpa a Naty por su excesivo amor.

Recomendó la clínica del Dr. Benjamín, situada en Ebenhausen, aldea próxima a Múnich. Pero hay el inconveniente del idioma pues, ignorando Ponchito el alemán, no podrá entenderse con los demás niños y se sentirá aislado y triste lo que hace caer por su base el sistema de curación. Después de mucho cavilar, se nos ocurrió la idea de ponerlo en el establecimiento en compañía de Mónica al principio, mientras se adaptaba. Y así se hizo. Pfaundler es un verdadero sabio.

Después bajamos hasta la pensión Spreter, en el mismo Ebenhausen que nos recomendó el doctor para colocar allí a Naty mientras los niños permanecen en el sanatorio. Nosotros entretanto viajaremos por Austria y Hungría. En este momento, Pepe y yo tomamos té en el jardín del Regina, punto de Reunión de la aristocracia de Múnich.

Sábado 15. A las nueve fuimos a instalar a los niños en el sanatorio. Desde que salimos de Múnich, Naty empezó a llorar. Los niños en cambio, iban muy contentos. En el sanatorio, unos cuarenta niños más o menos, tendidos en chaises longues, tomaban sol en una gran terraza. Ponchito y Mónica fueron recibidos con entusiasmo. Son los únicos extranjeros. Y el que no sepan alemán causa estupor a los otros

que los creen muñecos. Me emocioné mucho al dejarlos y Naty tuvo un ataque de llanto.

El sistema consiste en hacer a cada niño una existencia muy dichosa e higiénica: mucho sol, mucha agua fría, juegos diversos, largas excursiones por los campos. Sólo los alemanes son capaces de crear una institución así y de concebir la medicina infantil desde un punto psíquico y emocional.

Lunes 3. De nuevo a verlos. Están muy acostumbrados, pero Alfonso no gana en colores ni en kilos. ¡Pobrecito! Bajaron a vernos a la sala de recibo. Mónica empezó a contar-nos los incidentes de su vida allí, mientras el niño desaparecía. Lo vimos volver con las manitos llenas de flores que recogió de los campos para festejarnos. Es de una delicadeza extraordinaria. El doctor está admirado del buen juicio de Mónica que se instala cada día a revisar y remendar la ropa de su hermano, mientras los otros niños juegan. (Ella me contó mucho después que esto lo hacía para despertar admiración). Almorzamos modestamente en la Pensión Spreter, en una extensa mesa presidida por un viejo prusiano de larga barba que me tenía a su derecha mientras Naty ocupaba la izquierda. Charlas agradables. Se habló en francés.

El día en Ebenhausen. Niños bien, pero Alfonso no progresa como se esperaba, en vista de lo cual hemos decidido, de acuerdo con el doctor, retirar a Mónica y dejarlo solo. Es ella, parece, la que lo inhibe y perturba con su espíritu autoritario. Por consejo del Dr. Benjamín hicimos una preciosa excursión al lago Eibsee. Comimos unas exquisitas truchas azules. Nunca las había comido.

Prien. En un vapor repleto de turistas fuimos a visitar el famoso Castillo del Rey Luis de Baviera. Vale la pena. Se

levanta en medio del lago, dentro de una isla de magnífica vegetación. Todo en él delata la estrambótica fantasía de Luis de Baviera, el rey loco, apasionado protector de Wagner.

Regresamos a Prien a la caída de la tarde. La velada fue imprevista y agradable. Recorriendo en auto los alrededores para buscar un sitio donde comer, nos encontramos con un maravilloso e inmenso bosque en cuyas espesuras, escondido entre los árboles, se levanta como palacio encantado, un soberbio hotel. Una cantidad de automóviles lo circundaban. Dentro se celebraba una fiesta, gran reunión automovilística en que tomaban parte todos los clubs de turismo alemanes. El gran comedor desbordaba de personas en tenida de gala. A nosotros, como turistas extranjeros, nos instalaron en un comedor vecino.

Pero aquí Pepe cuenta al maitre d'hotel que él es socio del Automóvil Club de Chile y Francia y que en un Buick hemos hecho el viaje desde París. El maitre va a decir al Presidente del Congreso que unos turistas chilenos acaban de llegar desde su patria para asistir a la fiesta. Y a poco vemos con estupor que un respetable señor de frac se precipita a nuestra mesa y nos invita a sentarnos con los congresales luego de saludarnos con efusión. Principian los discursos y a mitad de uno de ellos nos llega la palabra "Chile" y vemos que todos los comensales se vuelven hacia nosotros levantando sus copas. El maitre nos explica: el Presidente, al hablar del entusiasmo que despiertan en el mundo estos congresos, ha citado el raro caso de este matrimonio chileno que realiza el larguísimo viaje desde su patria, último rincón del mundo, para asistir a la reunión. Gran entusiasmo, grandes brindis, al celebrar este rasgo de intrepidez de turistas

que han atravesado el mundo, para adherirse a la comida en un pueblo del fondo de Alemania y celebrar la fiesta. Los aplausos atruenan. Creo que nunca hemos saboreado un triunfo mayor y menos merecido.

Dejamos Prien con rumbo a Austria. Varias veces nos equivocamos de ruta.

Budapest. Seiscientos kilómetros para venir a Budapest. Viaje interminable, pesadísimo. Calor tropical. Un sol tropical nos abrasa dentro del auto que corría por una carretera desolada, polvorienta, casi intransitable. Habitados a la magnífica vegetación del norte de Austria, este trayecto nos parecía un calvario y yo protestaba furiosa. Consideraba absurdo sacrificarse así para conocer Budapest. Durante horas avanzamos de ese modo, atravesando a ratos pueblitos desnudos. Almorzamos en el mísero café de una estación. Gran conflicto para hacernos entender: allí ya no se hablaba ni siquiera alemán, sino el magiar, idioma húngaro. Pedimos dos bifés y nos trajeron una tortilla, vino y nos dieron cerveza. Por fin, desde que pasamos la frontera y penetramos a Hungría, la ruta dejó de ser desolada. Mucha verdura e infinidad de gansos junto al Danubio que serpentea como cinta de plata.

Desde la primera visión nos conquistó Budapest. Música por doquier, rincones que alegraban el ánimo. Nos instalamos en la parte alta de la ciudad. Buda, en un espléndido palacio, de gran lujo, el Saint Geller. Budapest es la ciudad más bella y original que he conocido. El Danubio la corta en dos: arriba Buda, majestuosa, revestida de la sublime belleza de sus viejos palacios y sus piedras patinadas. Abajo,

Pest, parte comercial, más moderna, cruzada por callejuelas estrechas y características.

Bajé sola a Pest y tomé un tranvía para ir a conocer el Museo Nacional.

A las cuatro llegamos hasta un restorán situado dentro de un gran parque y que es el rendez vous de la alta aristocracia. Música, mujeres lindas y elegantes. Enseguida subimos a Buda y paseamos dentro de ese incomparable marco antiguo. Maravilloso, el Palacio que fue de Francisco José, pero hay prohibición de visitarlo. Hermosa vista. A los pies Buda, las aguas del Danubio corren mansamente. Comimos en la terraza del hotel, llena de un mundo cosmopolita y elegante. Regresaremos mañana a Viena.

Creo que estoy viviendo una de las etapas más agradables de mi vida.

Viaje pesado. En Gior, tragedia porque nadie entendía qué deseábamos almorzar. Yo, desesperada, me puse a correr por las calles gritando. Pepe creyó que me acometía un ataque de locura. Al fin nos sirvió de intérprete un joven empleado del garaje. En la aduana fuimos detenidos sin saber el motivo. Habríamos permanecido allí eternamente sin el concurso de una muy bella austríaca que llegó en un auto de lujo y que nos tradujo al francés las formalidades que exigían de nosotros.

Viena. Maravillados con Viena que ahora se revela con toda su pompa y belleza. Es el París de la Europa Central y parece el reino de la alegría y la frivolidad. Música, música, por todos lados, sobre todo vals. El carácter vienés sorprende por su vitalidad. En las calles se nota una ebullición que

nunca vi ni en París. Además como belleza de monumentos y arquitectura, es una joya.

Estoy enamorada de la tierra, de la vida. Estoy en éxtasis. La tierra me devuelve mi amor mostrándose maravillosa. Pasamos el día caminando y descubriendo bellezas.

A las cinco dijimos adiós a Viena, la magnífica. Hicimos trescientos kilómetros por Checoslovaquia cuyos campos no ofrecen interés. Al atravesar un mísero pueblito tuvimos una "panne", no sé si de motor. Necesitamos ayuda. Vinieron hombres pero imposible entendernos. Tuvo Pepe que trabajar solo. Al hacerlo, la bomba de aire se le cayó sobre un pie, machucándolo fuertemente. En tales condiciones, con el pie herido, tuvo que seguir manejando con gran dolor. Creíamos que nunca llegaríamos a Praga. La noche se venía encima y no divisábamos ninguna luz. Por fin, a las nueve de la noche, entramos a Praga.

Praga. Recibimos cable de Pilo anunciando que papá viene a Europa, pero no explica la causa de tan inesperado viaje.

Salí temprano a comprarle unas pantuflas a Pepe que no puede calzarse. Me hice entender pese al idioma endiablado. Praga es fea ciudad, está llena de polvo y trabajos, las calles sin asfaltar y el ambiente irrespirable. Antigüedades las tiene espléndidas, sobre todo un soberbio puente lleno de figuras de santos talladas en madera. Recorrimos durante todo el día. Nos sirvió de cicerone un joven muy simpático, pero no conseguimos ver el famoso Niño Jesús de Praga. Parece que los guías en su mayoría judíos, ponen dificultades para mostrarlo. Comimos en la cumbre de un cerro.

Karlsbad. Muy temprano tomamos desayuno con música

en el hotel y partimos con rumbo a Karlsbad. Durante el trayecto, se desencadenó la más terrible tormenta que he presenciado. El viento azotaba nuestro coche destrozando las cortinillas y un diluvio caía sobre el techo y sobre los costados mientras rugían los truenos y el cielo se iluminaba con la luz de los relámpagos. Caía el agua en tal forma que aún dentro del auto estábamos empapados. Miré hacia el interior y vi que mi caja de sombreros y otras maletas flotaban en un verdadero lago. No podíamos detenernos porque el mal habría sido peor. Y transidos de frío, desesperados, corríamos velozmente bajo ese cielo iracundo. Bosques interminables, alamedas sin fin. Tiritando bajo mis ropas empapadas, yo lloraba de impotencia y de frío. Ni una choza donde poder refugiarnos, ni un alma humana que nos indicara por qué Karlsbad se alejaba, se alejaba. Por fin en un mísero pueblucho pedimos un cuarto para cambiar de ropa que hubo que estruiar. Y seguimos bajo el diluvio. Llegamos a Karlsbad a almorzar.

Gran dificultad para encontrar alojamiento por ser plena temporada de las afamadas termas que desbordaban. Almorzamos en cama para recuperar algo de calor.

Münich. Vo'vemos a München. Buenas noticias de los niños y un cable de Pilo avisando que "La Nación" le ha sido expropiada a navá contra su voluntad. ¿Cómo y por qué? Ignoramos todo detalle pero olfateamos una traición de Dávila.

Inmediatamente a Ebenhausen. En la estación nos esperaba Mónica y Naty y todos juntos nos dirigimos al Kindersanatorium para visitar a Ponchito, a quien encontramos contentísimo. Nos cuenta con exuberancia de palabras su di-

chosa existencia de continua alegría, de interminables juegos. Es el rey del sanatorio. Los otros niños al verlo tan lindo, tan luminoso, de una raza tan diferente a la suya pese a ser tan rubio, lo imitan y lo veneran como a un dios. No sabemos cómo puede entenderse con ellos no hablando el idioma. Pero él asegura que todo lo comprende y lo habla y que se comunica perfectamente. Está con el pelito corto. Nos cuenta que hay un peluquero espléndido que habla francés. Pura imaginación. En esto divisamos jardineando a un tosco aldeano alemán. —“¡Voila le coiffeur!” grita el niño. Naturalmente el aldeano no habla sino alemán, pero él con su fantasía cree que posee el francés y que es peluquero.

Larga conferencia con el Dr. Benjamín. Ahora está seguro de que es la compañía de Mónica la que daña al niño. Lo domina demasiado, oprimiendo su personalidad e impidiendo que florezca. En cuanto ella abandonó el sanatorio, él ha empezado a ser él mismo y el mal ha desaparecido.

Partimos enseguida por una ruta pintoresca entre hondas quebradas floridas hacia Kloster-Schafham, hotel monasterio en que permanecerán Mónica y Naty. Sitio precioso y agreste, de mucho sello, hotel rústico e inmenso. Nadie habla francés. Nos encanta el lugar. Naty nos presenta a una dama rusa muy distinguida con quien ha trabado amistad y que tuvo a su hijito en el Kindersanatorium. Ella que habla francés les servirá de intérprete. Pepe y yo regresamos a München.

Fiesta popular en München, que sólo se celebra cada cincuenta años y que por un feliz azar nos toca presenciar. Toda la ciudad engalanada. Vemos desfilar, con atronadora música, al pueblo bávaro luciendo sus pintorescos trajes: sombrero de fieltro verde con pluma, pantalón corto, chaleco oscuro y

chaquetilla de seda blanca. Es en realidad la fiesta de la cerveza. Penetramos a una típica taberna, con grandes barriles que sirven de mesas y allí, entre cantos en coro, los bávaros beben bulliciosamente. Mañana regresaremos a París.

Adiós München, característica y bella ciudad. Fuimos primero a Ebenhausen para despedirnos del niño que permanecerá aún dos meses al cuidado del Dr. Benjamín. Está feliz. Le trajimos juguetes para su cumpleaños que es el 22 de este mes. Por suerte le tocará en el sanatorio que es lo que él anhela. Celebran a los festejados con esplendidez, instalándolo en una especie de trono, mientras todos los otros bailan en ronda y cantan a su alrededor. Después se les ofrecen regalos y la señora del doctor va cortando los pedazos de una gran torta que comen entre todos. Resulta como un cuento de hadas que exalta la personalidad del niño. —“Pourvu que mon jour arrive ici”, exclamaba él cuando nos contaba estas celebraciones.

Luego de despedirnos de él, partimos con Mónica y Naty al hotel claustro. Aproximaba la hora de partir. Mónica se puso a lloriquear. ¡Pobrecita! Ella es inconsciente del daño psíquico que hizo a su hermanito. Permanecerá en esta aldea alemana tanto tiempo como el que permanezca él en el sanatorio. La tempestad había cesado y, después de grandes despedidas, abandonamos Kloster-Schaflan. No alcanzamos a llegar a Nüremberg como era nuestro plan. Alojamos en un infeliz pueblito en que no se hablaba sino alemán. La dueña de la fonda creyó que yo era una rica inglesa que viajaba con su chofer, esto último a causa de la lamentable facha de Pepe, lleno de barro su traje de mecánico y con el pie vendado. Mientras se ocupaba de poner aceite al Buick,

llegó la señora muy azorada a mi mesa y me dice en un pésimo inglés: —“Su chofer exige la llave de su cuarto para irse a lavar. ¡Qué insolencia! Naturalmente se la he negado”.

Nos quedamos sin conocer Nüremberg. Había que elegir entre bifurcar hacia allí o ir a Rottenburg. Elegimos este último que es el Carcassone de Alemania. Muy viejo y característico, estancado en sus tradiciones, es una joya de piedra. Llena de turistas ingleses.

Este viaje que termina se me aparece como sueño mágico. Etapa deliciosa, horas intensas, equilibrio del cuerpo y del espíritu. Atravesamos Eidelberg, la famosa, y por fin llegamos a Metz.

París. A las siete de la tarde entramos a París. En nuestro “home” nos esperaba la fiel Eloísa. Comimos en casa de Pilo. Noticias sensacionales: “La Nación” ha sido expropiada por el gobierno, la venida de papá a Europa es quizás el exilio. En fin, malas noticias. Las preocupaciones empiezan; el porvenir se torna incierto y de nuevo la vida nos ensarta sus garras.

Julio 22. Hoy Ponchito cumple cinco años. Debe estar celebrando alegremente el aniversario en el sanatorio. Pepe partió a Inglaterra a buscar al niño mayor que está por una temporada en el colegio St. Anthony. Comí con los Momus en el Ledoven. Desde el jardín en que comíamos se divisaban los Campos Eliseos con sus plátanos umbrosos y más allá la silueta altiva y pura del Puente Alejandro III que brillaba en la noche con sus águilas de oro.

Martes 26. Anoche a esperar a Pepe y al niño que llegan de Londres. Hoy en casa todo el día. Hogar, plática. El niño viene admirablemente, muy desarrollado y contento. Le

ha hecho un gran bien la permanencia en Inglaterra. Es el mismo niño, suave, comprensivo, con la honda riqueza de su mundo interior.

Correrías insignificantes, pero llenas para mí de un delicioso sabor. Salir a la calle en París y sentirme inundada de alegría de vivir es todo uno: gozo con la imaginación y con los ojos, de mil nadas. La belleza de esta ciudad me transporta cada vez: un viejo rincón, un jardín escondido, una vidriera, una fachada de piedra, todo ese conjunto de tonalidades grises que es París, me llena el alma y lo saboreo con voluptuosidad. En Santiago uno de los factores que me impedía ser feliz era la fealdad de la ciudad, sin líneas, sin árboles, sin perspectivas.

Septiembre 4. Cable de papá desde Buenos Aires, anunciando que viene a Europa con Luisa y Alfredo. Pilo recibió de él hace poco una carta enigmática y dolorosa en que habla de las vejaciones y atropellos de que ha sido víctima, sin especificar. Creemos que sale de Chile desterrado, que no ha vendido "La Nación" por su voluntad sino forzado por el gobierno. Es imposible que se desprenda por su gusto de lo que más amaba. "La Nación" era su vida, su razón de ser. En los últimos diez años continuamente nos decía: —"Quiero que, como han hecho los Paz y los Mitre, en Buenos Aires, Uds. conserven el diario durante generaciones y generaciones".

Huelga de taxis por la próxima ejecución en Estados Unidos de Sacco y Vanzetti, conocidos anarquistas acusados de un crimen que no está bien probado. Los comunistas del mundo entero los han tomado bajo su protección y piden inútilmente que se les absuelva.

Todos los días llegan de Chile desterrados políticos. La gente más eminente es arrojada del país.

Saie hoy en "Le Journal" un artículo conmovedor de Geo London sobre la llegada a París de Luisa Vanzetti, pobre campesina italiana que quiere ver a su hermano antes de morir.

Quiberville. Después del fin de semana en Quiberville, volamos hacia Etretat. Rocas de perfiles dantescos.

Nuestras piezas están en la rue de Chaussée con salida directa al mar, lo que nos permite, a mi hijo y a mí, tomar fácilmente nuestros baños de mar en estas aguas tibias.

Estamos saturados de la belleza de esta región. ¡Qué capitoso perfume el de tus flores, Normandie! Almorzamos en la vieja hostería de Guillaume le Conquerant que albergó antaño a grandes hombres y que hoy es un museo de antigüedades y preciosidades. Ya lo visité el año pasado en compañía de papá y Mme. Momus. El dueño es un viejo venerable de barba blanca e instalado en la cocina, dispone en persona los exquisitos menús, famosos en toda Francia. Después de almuerzo a los balnearios de Cabourg, Hourgate y Deuille. Príncipes y mujeres elegantísimas en el muelle de Cabourg.

Conozco la felicidad de poder decir: me gusta todo, adoro la creación entera.

23 de agosto. Pilo partió a Boulogne a esperar a papá. Telegrama en que me dice: "Indispensable recibir papá todo cariño. Viene moralmente mal".

A las tres y media llegaron. Papá viene envejecido. En la estación poca gente: nosotros, los Fabres, Mme. Momus. Bien se ve que ha caído. Nos fuimos al Hotel Scribe donde le habíamos tomado piezas y, mientras papá reposa, Luisa

y Alfredo nos cuentan algo de los acontecimientos trascendentales: su destierro, el robo de "La Nación", las vejaciones por todos lados y, a la cabeza, el más culpable, el más vil, Dávila, que vendió a su jefe por un puñado de oro.

En la noche volvemos al hotel. Papá se ha levantado pero se niega a tratar sobre los sucesos que lo han hundido. Nos choca que no sienta el deseo de entregarse, de abrir su corazón. Calla. Por lo que quedan muchos puntos oscuros. De vez en cuando un estremecimiento terrible de todo su cuerpo lo sacude dolorosamente. Da una piedad inmensa.

Almuerzan todos en casa. Ya instalados en el salón, Pilo y yo intentamos que papá entregue algo de su amargura. Pero él huye a la calle desesperado.

En la noche, de nuevo al Scribe. Conversación superficial con papá. Reproches injustos. Silencio sobre el drama. Vengarme de Dávila. Todavía sólo Dios conoce los detalles e infamias de esta tragedia que aplasta a mi padre.

Inés N. me cuenta que papá estuvo preso en su casa y que dos carabineros se paseaban por la vereda impidiendo la entrada a quienes deseaban visitarlo. Papá, Luisa y Alfredo nada han contado de eso. No comprendo cómo no sienten que sufrir todos juntos es lo único que salva. Pilo, Pepe y yo, nos sentimos heridos: nos ponen al margen del drama, tratándonos como a extraños. Es cierto que estábamos lejos y que a nuestro pesar no participamos de esos días dolorosos. Mientras él era despojado y vejado, yo, inconsciente, escribía en mi diario: "Estoy enamorada de la tierra, de la vida, estoy en éxtasis". No me conformo.

Martes 20. De nuevo al Scribe. Salimos a caminar por los boulevards y tomamos un refresco en el Café de la Paix.

Allí al fin habló papá, espontáneamente, durante unos momentos. Contó pequeñas impresiones y detalles con voz entrecortada e interrumpiéndose a cada paso por ese terrible tic nervioso que le ha quedado. Cuando voivimos a casa, tomé un sedante para dormir y librarme de la obsesión de este drama. Pero despertaba y no podía olvidar a papá contando, allí, en medio de la alegría de París, la tremenda traición de sus protegidos y compañeros, la ruina de su obra, el derrumbe de toda una vida de lucha.

Es un hecho que a Dávila lo nombran embajador en EE.UU. Es el pago por haber servido de agente en la expropiación de "La Nación".

Miércoles 31. Pepe a Alemania a buscar a los chicos. Comí con el mayor en "Le Cochon de Lait", precioso restaurant cercano a l'Odeon. Desbordaba la pintoresca sala de un público heterogéneo y artista. Junto a nosotros había una pareja interesante. —"Hablan alemán", me dijo mi hijo. "No, es una lengua eslava, ruso o polaco", le contesté. La dama se volvió a mí y en francés me preguntó: —"Perdone señora ¿qué idioma hablan Uds? Mi hermano dice que es español, pero yo aseguro que es italiano". Con esto nos hicimos amigos y conversamos durante toda la comida. A la vuelta nos llevaron en su auto a casa.

Preciosa carta de Inés con motivo de la expoliación.

Septiembre 4. Qué de desilusiones. Larga conversación con Pilo acerca de la verdadera conspiración de silencio en que se han envuelto papá, Luisa y Alfredo. Llueve. Estoy desesperada. Para ahogar mi pena, leo esas estúpidas novelas policiales de Maurice Leblanc que me refrescan el cerebro y me alejan de mis ideas fijas. Pero, a fuerza de saturarme de

crímenes mi imaginación se sobreexcita y, ahora que duermo sola en mi departamento con el niño porque Pepe está aún en Alemania, paso terrores mortales. Hoy, después de acostada, cerca de la una de la madrugada, creí oír unos pasitos leves en el hall. Me levanté precipitándome a la pieza del niño que dormía. No me atreví a encender la luz. Los pasos me parecieron más cercanos y sentí en el hall un vago murmullo de presencia humana que me llenó de horror. Entonces abrí el balcón a la calle para pedir auxilio. Al abrirlo me di cuenta que empezaba a llover y que los goterones de agua al caer en un pequeño patio de luz vecino al hall eran los que habían aterrado mi cerebro excitado con la lectura de "Les Dent du Tigre".

Jueves 8. Anoche no dormí. A las tres de la mañana me telefoneó Pilo. Creí que se trataba de una catástrofe: papá enfermo en Nauheim (termas para el corazón donde partió recién) o mamá en Chile. Me puse furiosa cuando me dijo: —"Estoy un poquito nervioso, a ver si puedes venir..." —"¿Pero cómo se te ocurre que voy a atravesar París sola a las tres de la madrugada porque estás nervioso? ¿Has bebido demasiado o es una broma pesada?" Y corté. A las siete nuevo telefonazo. —"Trae un médico. Mina está enferma, ha habido tragedia". Me levanté en el acto, busqué médico sin encontrarlo y, antes de las diez, me encontraba en el departamento de Pilo, Boulevard Raspail. ¡Qué cuadro! Mina en cama, con un ataque de histeria, gritaba y se retorció sin admitir a nadie en su cuarto. Cuando oyó mi voz, los gritos redoblaron: "Que no entre Florita, no quiero verla". En el comedor, Fabres, Edith y el pobre Pilo en bata, todo lloroso. ¡Ah, qué singular y terrible interior! Pobre Pilo. Entre

él y su descabellada mujer, tiran el dinero a manos llenas y luego vienen las miserias. Este, me parece, era el fondo de la actual tragedia. Partí a la hora de almuerzo, para volver en la tarde. Mina estaba mejor. Pilo lloró a mares. Pero no entendí bien por qué lloraba y no me atreví a preguntárselo.

Con el tiempo Mina se ennobleció, se dignificó. Ahora vive en París, con su hija Carmen, muy inteligente y culta, rodeadas ambas de un atrayente grupo de franceses.

Lunes 12. Regresó hoy de Alemania Pepe con los dos chicos. Vienen maravillosos. Mi hijo mayor y yo fuimos a esperarlos a la estación. Cuando bajaron del tren, yo quedé estática, lela, ante la belleza de ambos. Mónica, preciosa, bien crespa y toda dorada por el sol de los montes germanos. Alfonso convertido en un niño esplendoroso, rubio, vendiendo alegría y salud. Venía vestido de bávaro, con el sombrero de clásica pluma y el chaleco de vistosos colores. Es extraordinario, inconcebible el éxito obtenido con el sistema psíquico del Kindersanatorium.

Naty está enferma. Los dos chicos duermen en el comedor. Alfonso ha llegado tan diablillo que nos vuelve locos y nos encanta a la vez. Mientras comemos, salta sobre la mesa en pijama y baila por entre los platos. Quedó atrás el niño melancólico. Se diría que una nueva vida germina en él a raíz de la cura en Alemania.

Correrías con Genoveva y su hija Odette. Quisiera poseer un alma como la de Odette, tan frívola, tan egoísta, que sólo ama el placer.

En la noche, con Pepe, a ver en el Odeón "L'Assomoir", pieza sacada de la novela de Zolá. Maravillosa. Vibramos pro-

fundamente. Alquilieres estuvo soberbio, sobre todo en la escena del delirio in-tremens.

Saboreo con un placer casi voluptuoso el corazón de París, sus vidrieras deslumbrantes, ese no sé qué de la ciudad tentacular que nos crea la sensación de tener veinte años y una ruta maravillosa ante nosotros. Además, ocurren cosas increíbles. Ayer por ejemplo, iba yo en el metro (rara vez uso esta clase de locomoción para no dejar de mirar el panorama) cuando se acercó a mí un español desconocido y me miró las manos. Yo llevaba unos guantes de carbritilla negros con rayas rojas. Luego murmuró con sigilo: —“Veo que Ud. es de los nuestros: lo comprendo a causa de sus guantes...” Yo escuché desconcertada, pero respondí: —“Sí, pueden contar Uds. conmigo”. Nunca supe de qué cofradía se trataba.

Resolvemos regresar a Chile el 18 de diciembre en el Cap. Polonio. Naty no desea acompañarnos. Empezaremos a buscar una nurse inglesa. Papá, en vez de tomar departamento, se cambiará al Hotel Ambassador, espléndido, en el barrio que le gusta.

Ahora miro a París con un “regret” anticipado. Adiós existencia inolvidable. ¿Qué encontraré allá, en cambio? Mi padre ha perdido su situación política. Ya no es el temible coloso, sino un desterrado, un vencido. ¿Qué nos espera?

¡Ah días, noches, de Europa que forma una tapicería de sueños, horas que huyen en el cielo como nubes blancas! ¡Si la vida pudiera permanecer así, inmóvil!

A media noche con los Momus al Kasbeck, curioso rincón ruso escondido en el corazón de Clichy. Se llega por una callejuela sórdida y se baja hacia un subterráneo. A la puerta, un ruso, vestido con las clásicas botas y el dolman oro y

púrpura, alza una espesa cortina y aparecen los tapices, las platerías, todo ese lujo ruso de otra época que evoca el fausto de los zares. Según dicen, el sitio pertenece a príncipes y princesas exiliados. El pequeño local está envuelto en penumbra y un público elegante lo repleta. Franceses, rusos, ingleses; ningún hispanoamericano. Es obligado el champagne. Nos instalamos en un rincón y empiezan las melodías atormentadas. Un ruso gordo de triste mirada canta "Ma Loulou, mon amour", exquisita canción. Luego viene la danza voluptuosa de una húngara semi desnuda, seguida del coro "Troika, troika" con acompañamiento de balalaikas y por fin una danza de Brahms.

Eugenio, (hijo de Mme. Momus) en voz baja, me hace confidencias de su vida fracasada. El licor que lo fue minando para olvidar una decepción amorosa, la ociosidad, la catástrofe. Lo peor es que, no siendo ni un intelectual ni un artista, no tiene dónde refugiarse. (Eso lo pensé sin expresarlo) —"Ya vé, concluyó, Ud. me trata como a un hermano menor y soy un siglo mayor que Ud. por lo que he padecido, por lo que me he malgastado... Mi alma es la de un viejo centenario".

Ahora una mujer morena, parecida a Laura Yáñez, deja oír en ruso la canción que en aquella época se hizo famosa: "O chichorni" que traducida quiere decir "Ojos negros". Su canción tiene algo de desgarrado y místico a la vez. Y se evocan al escucharla las noches de invierno en las "isbas" melancólicas, la Siberia trágica, los mujiks resignados y miserables que conocemos a través de los autores rusos. Siento muy fuerte la fascinación que ejerce en mi espíritu aquello que viene de las almas eslavas.

La princesa ha cesado su canto y permanece ahora en actitud hierática, soñando, acaso con sus grandezas perdidas de noble rusa. Avanza el cantante anterior y deja oír una canción tras otra, hipnotizado por su propia voz. Ya no es el grito trágico de la contralto apasionada, sino una dulce tristeza de niño que llora. Por fin los violines tocan una melodía de Rimsky Korsakov, el "Chant Hindou", sacado de la ópera Sadko. La media luz, los cantos, los violines, me tienen ebria. Mi mente se sume en un transporte misterioso. Mi compañero me pregunta suavemente: —"¿Llora? ¿Por qué?" —"No, no lloro, contesto estrujando mi pañuelo empapado en lágrimas". En las mesas próximas sirven, engarzado en largos fierros, un cordero que se prepara en la alta chimenea fameante. Eugenio insiste para que pidamos ese plato típico. —"Con esto se sentirá mejor", agrega, sin comprender nada de mi proceso interno. Pero yo sigo transportada. No estoy dormida ni despierta, vago sonámbula en la beatitud de un sueño que me embriaga como el perfume de un zahumerio.

Correrías por la rue du Temple. Vo'ví a pie por los grandes boulevards de Bonne Nouvelle y Poissonniere, saboreando la vida agitada de esa arteria, su ambiente vibrante, ese ir y venir, aquel rugir constante como un océano humano.

A las diez llegó de Múnich la alemana que hemos encargado para los niños.

Noche en blanco, cafard, melancolía por todo. Por lo grande: angustias de papá. Y por lo pequeño: l'egada de la nurse alemana y de una costurera que le cose a los niños. En la noche, comida de despedida a Luisa en casa de los Momus.

Toussant. Montañas de correrías para preparar el regreso a Chile. Plática con mi hijo mayor todo el día. Té juntos en mi pieza. En la noche, ambos a ver "Los diez mandamientos" al cine Latin, en el barrio de Santa Genoveva. Terror de volvernos a pie o en taxi dentro de esa población mal afamada en que suelen ocurrir dramas terribles. Tenemos la suerte de encontrar cerca del cine un ómnibus lleno de ingleses que nos deposita en la Place Sant Agustín.

Tenemos aún año y medio de contrato en el departamento y debemos subarrendarlo antes de partir. Comida de todos los hermanos, Pilo, Luisa, Alfredo, Mina, Pepe y yo, en el pintoresco Vikings. Largas pláticas sobre los acontecimientos que nos han sobrevenido últimamente, en especial sobre el carácter tan raro de papá y su modo de tomar los trágicos hechos. Pilo es el que menos lo comprende, tal vez porque es el que lo quiere menos.

Caminé por los Campos Eliseos. A pesar de ser una mañana gris, sentí vivamente la alegría adorable de vivir. El perfume acre de París, sus bellezas estéticas, ese no sé qué de indefinible que posee, me hacían sentir y respirar con una delicia casi animal. Y avanzaba, avanzaba, saboreando la vida en la plenitud de mi exuberancia.

Se va la ingrata Eloísa. No me conformo. Nervios con la idea de que se acerca la partida y aún no tenemos arrendatario para el departamento. He descubierto una nurse inglesa que parece una perla; creo que despacharemos a su tierra a la alemana que es pesada y no sirve. Por lo demás, es más importante para los niños aprender bien el inglés que el alemán.

Un francés, el Dr. Rémi-Néris, se interesa por el depar-

tamento y parece seguro que tomará a su cargo el contrato. Terminada una larga entrevista con él, él mismo nos lleva en su auto "chez Prunier" donde debíamos juntarnos con el grupo Odette-Manolo para comer. Eramos unas veinte personas, la mayoría de una frivolidad sorprendente, casi todos franceses, con pocas ideas y sin ningún principio, que departieron bulliciosamente sobre temas intrascendentes. Después a Montparnasse. Bailamos en el ambiente insípido y "iouche" de La Cigogne y luego concluimos la noche en el elegante "Grand Ecart", sobre las alturas de Montmartre.

Rémi-Néris nos arrienda el departamento. Es un francés culto e interesante. Después de tratar el negocio, hablamos de política francesa, cuyo giro Rémi-Néris no aprueba. —"Vous direz a la jeunesse de votre pays que nous, les intellectuels de la France, nous sommes degoutés de ce qui se passe ici..." Además de culto es impenetrable. Resulta curioso hasta qué punto la mentalidad francesa, tan latina, puede ser tan diferente de la nuestra. Racionalistas, vitales, lleno de matices, me atraen como un enigma indescifrable. Este médico está deslumbrado, creo yo, con los tipos físicos de nosotros y de los niños. Todavía creen los franceses que en latinoamérica son todos indios con plumas.

Despachamos a la nurse alemana y llegó en su lugar una inglesa que parece una perla. Hemos postergado nuestro regreso a Chile hasta el próximo barco alemán, Cap. Arcona, que sale el 12 de enero, porque aún no está terminada la liquidación del departamento y la inglesa no contesta si nos acompaña o no a Chile. Seguimos yendo todas las noches al teatro. Nos encantó "Mixture" de Lenormand por la Pitoeff. Me siento enferma y sin "femme de chambre".

Domingo 11. Papá viene a las dos, tan solo el pobre, tan desamparado y sin programa que sentí una pena inmensa. Pero no pude dedicarle el día porque tenía un programa. “¡Qué miserable soy! ¿verdad?” Es que mi naturaleza tan influidible, parece que se está contaminando con la oculta corrupción que envuelve en París a las mentalidades y que debe haber quedado como lastre de la gran guerra. Así como ella creó transformaciones en el arte —el surrealismo, por ejemplo— la ha habido también en el alma de grupos quizás aislados de la comunidad. Es todo una especie de escapismo. ¡Sacarle el jugo a la vida mientras se pueda! De eso se trata.

Jueves 15. Papá almorzó en casa. Poco después, encontrándonos todos en el salón con Mme. Momus que acababa de llegar, pasamos una gran impresión. La Sheahy que aún sirve de nurse a los niños, los preparó para su diario paseo al Parc Monceau y se disponía a llevárselos, cuando notó con estupor que Alfonso había desaparecido. Alarma. Todos lo buscamos sin resultado. Naty empezó a llorar, yo subí al piso alto del inmueble, papá bajó hasta la calle a informarse con el policial. Este dijo que creía haber visto un niño vestido de verde dirigirse hacia Boulevard de Courcelles. Terror. Alfonso estaba con un abrigo verde. La Sheahy se encamina hacia el Parc para buscarlo. Por fin, después de justas alarmas y terrores, Mme. Momus lo encontró bien escondido y agaznado detrás de la gruesa cortina del escritorio. En su inocencia, el pobrecito estaba radiante de que lo hubiéramos buscado tanto sin encontrarlo y decía encantado: —“Ma cachette était bien bonne, n'est-ce pas?”

Mme. Momus que nada entiende de psicología infantil, se sorprendió de que en vez de enojarnos con él, lo besáramos

con delirio. —“¿Cómo vamos a reprenderlo por algo que no significa ningún defecto de carácter?” explicaba yo en vano. “El ha creído jugar y, en su candor, no ha sospechado el gran susto que nos daba”. —“Qué tolerancia la suya, me respondía. A mi hijo yo sé en qué forma le habría reprendido. —Y le habría dejado la impresión de una injusticia, concluí yo. —Nada impresiona más que una injusticia de los mayores”. Todo se calmó. Como la Sheahy no volviera tan pronto, llegamos a suponer que este incidente la habría inducido a arrojarse en la laguna del Parc Monceau.

Empiezo a leer un libro muy interesante: “Le declíc de Sarajevo”, que da la clave del porqué estalló la gran guerra.

Telegrama de Vicente que ha tomado nurse en Londres y carta de Miss Rose que ha encontrado una excelente en Edimburgo. ¡He!ás! No deja de ser complicado. Dos nurses que se dejan caer al mismo tiempo.

Viernes 23. Pepe y yo escribimos el contrato que enviaremos a la nurse-goberness que ha tomado Miss Rose, la que nos dice que es una joven de 23 años, muy instruida, con todos sus diplomas y que aún no ha servido jamás. Una de las condiciones que yo puse es que tenga un carácter suave y alegre, que trate a los niños con dulzura. No necesitan rigor, ninguno de el'os.

Noel. A una gran cena que ofrecían en el Florida, Inés N. y su hija. Más de veinte personas en su mesa. Tumulto, regociio, lujosas muñecas, mucho champagne, mucho artificio. Nada más hueco y desilusionante que estas cenas parisienses, sin franceses, l'enas de yankees, de argentinos pálidos y engominados, de negros de jazz. Nada más triste. Pero

me gusta la voz del cantante argentino que repite con dolor su tango preferido, "Tengo ganas de llorar".

Con qué melancolía vemos venir el momento de desprendernos de nuestra casa, de nuestros muebles. Con qué dolor decimos adiós al nido. ¡Qué de recuerdos! París divino, España, Budapest y Viena, los días transcurridos en tu atmósfera fueron los mejores de mi vida y dejó desparramados pedacitos de mi alma que se afinó tanto al contacto de tu ambiente que ahora parece otra alma. (Y lo era, en realidad, demasiado civilizada, menos fresca).

Domingo 25. Todo el día haciendo maletas. Pero en la tarde tengo que acostarme a causa de un gran dolor a los ovarios. Pepe partió a Londres para servir de testigo en el matrimonio de Virginia, la hija mayor de Vicente que se casa con un inglés.

Ahora que me voy, ahora que estoy en el umbral, desfilan las más bellas horas que viví aquí. Desfilan ya inaccesibles. ¡Ah, florida Normandía, caminos desolados de Alemania, jardines de Viena, cumbres de Budapest! Con los ojos del espíritu lo veo todo: cimas nevadas de Chamonix, pueblitos de adobe en España, llenos de caserones y conventos. Sitios en que he experimentado hondas emociones, paisajes que han inundado de luz mis pupilas. Pero, sobre todo, París, a quien quiero como a un ser viviente y del cual no hay un rincón que me sea desconocido, ni una piedra que a mis ojos no tenga vida. Es como si se recorriera un telón y la historia de muchos siglos apareciera deslumbrante. Lo quiero además con el placer casi sensual que un artista experimenta ante la obra más bella. Todos mis sentidos vibran. Soy tan sensible a la belleza de los colores y de la línea que es

en mí uná necesidad física ver cosas hermosas. Y aquí es el derroche de la armonía y la orgía de lo bello.

Sigo enferma y muy mal cuidada por Naty y la cocinera. Geneveva viene a acompañarme y ayudar a darme los remedios.

A pesar de todo, en la noche me levanto para asistir con Odette y compañía a una comida en el París-Bar, restaurant que imita un wagon de ferrocarril. Vuelvo a repetirlo: qué frívola criatura soy, Dios mío, para salir de la cama e ir, muy enferma, a una comida. Resultó simpática, con risas y conversaciones. Eugenio tenía al principio una expresión des-envuelta, pero luego, al verme, la trocó por humildad. Lo que tiene de interesante este muchacho, en medio de sus mil defectos y vicios, es el ser tan “naturaleza”, tan poco el tipo del civilizado que ha corrompido su alma a fuerza de artificio. Pese a la vida que lleva, es un primitivo por la frescura de sus sensaciones. —“Yo soy indio”, dice siempre, como tratando de excusar su violencia y su falta de control que le dan la frescura de una vertiente, más bien de una catarata.

Cuando salimos del restaurant, París estaba envuelto en un manto de nieve. Resolvimos seguir la noche en el Kasbeck. Estaban, como siempre, la rusa parecida a Laura Yáñez y ese joven pálido y crespo vestido de caucasiano que dice ser príncipe. Eugenio, entusiasmado con los cantos, mandó una botella de champagne a los músicos. Pero tuvieron mis amigos que llevarme a casa porque me aquejaron fuertemente los dolores de que sufro últimamente.

El Dr. Petit manifiesta que no puedo embarcarme en el estado de salud en que me encuentro. Felizmente ha llegado

Pepe de Londres y juntos tomamos la decisión de irme a la Clínica del Dr. Dichiará, ya que no puedo estar atendida en una casa a medio levantar como la nuestra, con muebles que se van y llena de maletas. Dentro de ocho días nos embarcaremos y estoy casi agonizante.

Sábado 31. La señora Sofía ofrece un almuerzo sobre las aguas del Sena, dentro de la "Peniche" o yate de su hermano, el millonario Arturo López Pérez, gavilán de las finanzas francesas. Su genio consiste en una especie de instinto adivinador que lo lleva a olfatear el negocio bursátil, caer sobre él y dominarlo de inmediato. En su fisonomía, agradable de mirar, aparece esa audacia que lo guía: el ex-presidente Arturo Alessandri, las dos hermanas López, Sofía y Geneveva, que contemplan embelesadas al financista, Enrique Figueroa y nosotros dos. Conversación muy interesante que versó principalmente sobre los acontecimientos políticos de Chile, entre López Pérez y Alessandri. Los argumentos de Alessandri aparecían débiles frente a la palabra ágil y astuta de López Pérez quien disertaba como si se aprestara para saltar sobre su presa, cosa habitual en sus geniales manejos bursátiles que lo han convertido en el poderoso y temible millonario que es hoy día. Alessandri rebatía con su tono emotivo de tribuno italiano que nada podía ante la perspicacia innata de este magnate de la Bolsa parisiense. Resultó muy entretenido el debate entre el especulador genial y el exiliado presidente.

En la mañana vinieron primero Mme. Momus y papá, luego dos hombres que entraron a buscarme con una camilla. Mi partida fue impresionante. Tendida en la camilla atravesé el hall en donde, para despedirme, se encontraban en

fila los tres niños, Naty, la cocinera y Mme. Ana, "femme de menage". Las tres mujeres lloraban y se habría dicho que yo partía hacia mi última morada. Es cierto que abandonaba para siempre y muy enferma la casa de la rue du Rocher en que había sido tan feliz y que no volvería a ver el nido. Sin embargo conservé toda mi sangre fría. Abajo me esperaba el coche de la Asistencia Pública en el que subieron conmigo Genoveva y papá. Pepe, muy atareado por la entrega de la casa y los muebles, no podía seguirme. La clínica me gustó. Quedé instalada en una pieza toda blanca y desnuda. Y, por primera vez en mi enfermedad, me sentí bien cuidada. Genoveva me acompañó mientras comía mi frugal almuerzo. En la tarde empecé a leer "La Fosse aux filles" de Kouprine, que me absorbió toda la tarde.

El Dr. Dichiará insiste en que si viajo en estas condiciones de salud, me expongo a tener a bordo una peritonitis. Papá me propone quedarme en París con él mientras me restablezco, pero me niego formalmente. Correré el riesgo. Partir, sí. No sólo porque considero un deber imperioso seguir a los míos, sino porque soy como el ave vagabunda que, después de cierto tiempo, siente el deseo irresistible de cambiar, de emigrar a otros cielos.

Domingo 8. Los niños vienen a verme con papá y Naty. Me emociona tanto el abrazarlos que lloro por primera vez desde que estoy enferma. Me parece notar que sus manitos están sucias y en todo su aspecto algo de abandono, ahora que no está con ellos mi mirada vigilante y amorosa.

Ya Pepe entregó la casa; llegó la nueva nurse de Inglaterra. Pepe y Naty han tenido un trabajo enorme, liquidándolo todo. Los niños con Naty y la nueva miss alojan en el

Hotel Ambassador que ocupa papá. Pepe en un hotelito vecino al departamento de la rue du Rocher.

La tarde cae tranquila y dorada. A este asilo lejano no llegan los ecos de la vida febril de París. Sólo los efluvios perfumados del campo que me rodea suben hasta mí, embriagándome de melancolía. Volveré tal vez, pero ya seré otra y mi vida tan diferente a la que llevé estos años, como lo fue esta etapa comparada con aquella, también esplendorosa, que tuve en mi adolescencia. Una oración sube de mi corazón a mis labios dando gracias a Dios de todas las felicidades que han nimbado mi vida durante estos años.

Miércoles 10. Hoy abandoné la clínica y fui trasladada al Ambassador. Tengo una pieza lujosa que encontré llena de flores enviadas por papá, Odette, etc. Nos embarcaremos mañana. Desde mi cama siento rugir la vida del boulevard y un deseo casi irresistible de salir, de contemplar París, de entrar en la circulación, se apodera de mí.

Termina mi vida en Europa. Mis apuntes de viaje terminarán también. He anotado hasta los más vulgares detalles tratando así de trasladar al papel el cuadro luminoso que ha sido mi existencia y la de los míos en estos tres años y medio. Pero, releyendo, veo que no he conseguido pintar lo que tan hondamente he sentido, ni el ambiente que me ha rodeado, ni esas pequeñas emociones diarias que forman como una radiante aureola sobre nuestras cabezas. El día pasó rápido. Vinieron a despedirse los Suárez, las hermanas López Pérez, (¡adorada Genoveva!) los hijitos de Pilo, trayendo un ramo de violetas cada uno, Mina, Pilo. Más tarde Odette y Eugenio. Trajeron flores, más flores. Dejaré a papá. A Naty también la abandono con mucha pena.

A bordo del Cap. Arcona. Viajamos en un transatlántico gigante, soberbio, que, según parece, va lleno de la flor y nata de la aristocracia argentina. Aún no he conocido a nadie: vivo en mi camarote, convaleciendo lentamente. Estoy llena de paz. Sin duda, abandonar un sitio en que se ha vivido largo tiempo, en que se ha sido intensamente feliz, es una especie de muerte. Pero no hay que olvidar que tras cada muerte hay una resurrección. Tendremos sólo quince días de navegación. La personalidad más importante que viaja a bordo es el Canciller argentino Gallardo que fue a Europa en misión de su gobierno. Leo mucho; aún no he subido ninguna vez al comedor.

Domingo 13. Ayer a mediodía, mientras me levantaba acompañada de Mónica, un hombre gordo y rojo, de unos cincuenta y tantos años, entró bruscamente a mi camarote por equivocación. Pero lo curioso es que, una vez dentro, en vez de excusarse y salir, se quedó estático como una estatua de sal. Yo, semidesnuda, mientras me cubría con los encajes de la bata, exclamé furiosa: —“¡Insolente! Salga inmediatamente”. El hombre continuaba inmóvil, mirándome con ojos de estúpido. Yo, indignada, repetí: —“Salga inmediatamente o llamaré pidiendo auxilio”. Entonces, como despertando de un letargo, el intruso salió murmurando un “Perdón, señora”, avergonzado. Cuando subí por primera vez a cubierta, no tardé en reconocer al hombre, quien se pavoneaba muy rodeado. Cual no sería mi estupor cuando al preguntar su nombre, me contestaron: —“¡Cómo! ¿No le conoce? Es nada menos que el Canciller Gallardo... el personaje más importante del barco, Ministro de Relaciones de Argentina”. ¡Tableau!

Leo la "Vida de Disraeli", por Maurois. Maravillosa. Ahora estoy casi restablecida y subo todos los días a cubierta, asistiendo a las comidas de gala y a los téés en un salón que supera todos los conocidos en París. Parece que mi mal fue un aborto. Me privo de bailar, naturalmente. Por lo demás, no lo deseo. Una dulce languidez me posee y mi temperamento se inclina a la meditación, a la inmovilidad.

Pilo viaja con nosotros. Lejos de ser un compañero es un turba fiestas, pues no nos dirige la palabra durante los almuerzos y comidas y su tétrica presencia nos huela. ¿Por qué esta altanería, este desdén?

No participé en el gran baile de fantasía que se ofreció al pasar el trópico. Pero Pepe, a quien no abandona su sentido del humor y que no conoce la cortedad de genio, tuvo la audacia de aparecer en el comedor, muy al final, cuando ya estaba repleto de importantes y convencionales argentinos que habían desdeñado disfrazarse, vestido de pescador napolitano y dando el brazo a la hija de Gallardo. Este gesto tan fuera de las convenciones que revela su poco respeto humano, produjo una explosión de entusiasmo. Los argentinos aplaudían lo que ellos no se habrían atrevido a hacer. Y se precipitaban hacia mí las encôpetadas damas, exclamando: "¡La envidiamos! ¡Qué bien lo pasará Ud. en la vida con un compañero como Echeverría! ¡Qué humor tiene! Y qué alegre parece..." Todos votaron por él, naturalmente. Fue el rey por una noche. Yo pensaba, en mis adentros: "si supieran que es un gran neurasténico..." Ponchito, vestido de tirolés, obtuvo también el primer premio en el baile infantil.

Buenos Aires, enero 28. Buenos Aires que tan buena impresión causa, nos parece sin pasado y careciendo del esplendor que tuvo más tarde, viniendo de Europa. Y moralmente es un serrallo. La mujer está demasiado sujeta. Incluso han hecho de su castellano un idioma macho, por el énfasis y la autoridad que ponen al hablar. A las mujeres no sienta tal tono.

Santiago, febrero 3. La primera impresión de mi tierra es mortal: aldea chata, desolada, polvorienta, que me evoca ciertas ciudades devastadas por la gran guerra. Escasez de árboles, sobre todo. Vuelvo a sentir esa impresión de estar encarcelada que produce la carencia de belleza estética. Necesitamos verde, verde. No basta el muro blanco de la Cordillera que, al contrario, nos aísla y nos aprisiona. Alojamos en casa de mamá, entretanto.

Lo Herrera. He adquirido la calma, virtud suprema. Se diría que las fuentes de mi curiosidad se han secado, tanto vi, tanto di, tanto viví y sentí vivir, que ahora sólo deseo la paz de una vida monótona. Aquí en la hacienda se ofrece a mí este ambiente colonial del terruño. Vida de hogar, vida de familia, y sol, mucho sol, flores, frutas magníficas, y algo de ese colorido español en las costumbres que tiñe las cosas de un tinte pintoresco.

Saboreo todo eso como algo nuevo después de venir de ese refinamiento excesivo, de esa ultra civilización que me rodeó. Pero lo que más carece de colorido son los espíritus. Por ejemplo, mamá no se interesa en absoluto por saber nada de nuestro viaje, tan luminoso sin embargo. Tengo mil anécdotas interesantes que contar que nadie pide oír. Viven sin curiosidad y sin vibraciones en una modorra continua e in-

destructible. Ellas no pueden defenderse de su apatía porque la desconocen. ¡Y yo soy la vibración misma! Además, siendo extrovertida, necesito hablar, contar, sacar fuera ese cúmulo de impresiones que me sofocan. Desde luego, mucho podría narrar de la primera infancia de los niños, rica en rasgos admirables. Nada. El tema no interesa. Quisiera encontrar la clave de esta indiferencia casi cruel hacia los seres y acontecimientos que en esta separación con mis parientes de aquí me han rodeado. Pocas veces he tenido más fuerte la conciencia de mi soledad moral. Encastillarse en ella como un caracol en su concha y apretar los dientes para no llorar.

Santiago, julio. Dentro del hogar sigue la indiferencia de mi familia materna, la falta de contacto. Ni siquiera los sucesos maravillosos del Kindersanatorium que salvó a mi niño, han podido remecerlos. Con todo esto mi vida en Europa pierde fuerza, se apaga. En menos de cuatro meses el medio que me rodea ha triunfado de mi optimismo. El 1º de mayo nos instalamos en nuestra casa de Esmeralda.

Días antes pasamos la Semana Santa en Lo Herrera. Allí ocurrió un hecho (minúsculo, tal vez), que retrata a mi Alfonchín de cuerpo entero. Se trataba de colocarle una inyección tónica, sin asustarlo. Ester Roa, la antigua mama, que es ahora enfermera y que veraneaba con nosotros, le dijo: —“Mi hijito, tiéndase en el pasto para que reciba el sol en la espalda”. Y le quitó la ropa. De pronto le clavó la aguja de la inyección. El lloró a gritos. Yo le dije: —“Por qué llora si no le dolió...” Y él me contestó sin calmar aún su llanto —“No lloro por el dolor sino por el engaño...” Per-

manecí estremecida de admiración y de zozobra: “¡Cómo va a sufrir en la vida!, pensé. ¡Pobrecito!”

A la fiesta de la Primavera fuimos en un gran grupo muy alegre, las damas vestidas de manolas y los hombres de smoking y con un turbante árabe. Comimos en el restaurant Santiago y luego al grandioso baile del Club Hípico para terminar en el aristocrático Club de la Unión. Esta fiesta de la Primavera es de los pocos rasgos peculiares que tiene Santiago. Todos los carnavales, incluso el de Venecia, quedan pálidos junto a esta inmensa algazara general en que grandes y chicos, pobres y ricos se disfrazan para participar en él.

Octubre 12. Todos en el campo. Estoy sola en casa con los chicos que duermen. ¡Qué tristeza, qué regret! París, las comidas en l'Ecrevisse, la música del Kasbeck. Allá la soledad no me asustaba: tenía alas.

Cartas de Europa que nos han desconcertado: Pilo y Mina se separan. Era de adivinar que esto ocurriría, pero no creí que tan pronto se produciría el desenlace. Lo curioso es que Pilo no ha escrito sobre el suceso ni a mamá ni a ninguno de nosotros, sino a Berta Prieto, amiga banal. Se separan dice Pilo, porque “vivir juntos era como vivir en un sótano sin aire y sin luz”. Los niños quedan con él. ¡Pobres criaturas!

Octubre 26. Estoy en un momento de tremenda angustia moral. Quisiera seguir el consejo que, según Inés, da papá para esos malos momentos. “No detenerse. Mientras más densa es la bruma, precisa caminar más ligero para salir de la zona gris. Siempre llegaremos a tierras donde ríe el sol”.

Noviembre 20. ¡Qué riqueza de sensaciones en mi corazón! ¿A quién confiarme? Al parecer, todos los seres llevan

su carga y pretender interesar con ella a los otros es tarea tan quimérica como un sueño.

Conferencia interesantísima en el Municipal del filósofo español Ortega y Gasset. Tema: La evolución espiritual en los tiempos modernos. Nunca había visto más desbordante el Teatro Municipal. El conferencista explicó que este es el siglo de la juventud y que sólo ella triunfa en todo orden de cosas. Así como en la época de Louis XV triunfaba la vejez. Los ministros y gobernantes eran caducos; la moda, peluca blanca, trajes largos y amplios eran una parodia de la ancianidad. Una multitud entusiasta rodeaba la figura decrepita de Voltaire. Hoy el mundo no tolera sino gobernantes jóvenes. Los trajes cortos, los peinados (melenas) y todos los signos exteriores representan una juventud exagerada. Los jóvenes prescindén de la gente de edad. Ni aún quieren oírlos: sólo ellos reinan. Así se explica la decadencia de la conversación, del esprit, puesto que a esa juventud atropelladora sólo le interesa su fuerza y su insustancialidad. Es el siglo del deporte, del músculo, así como el anterior fue el siglo del espíritu, del ideal. "El mundo, concluyó Ortega, representa para los seres una enorme pelota de football. Pero que no olviden que esa pelota está sólo llena de aire".

La conferencia me dejó triste. Qué verdad en las palabras del orador y cómo se siente el vacío de esta juventud materialista y también su insolencia triunfante. Por qué no haber nacido mejor en el siglo XVIII.

Diciembre 12. Mi hijo mayor será eximido de sus exámenes por ser el alumno más brillante y distinguido de su curso, en el Instituto Nacional.

Ponchito sigue mostrando esa sensibilidad excesiva que

es su lujo y, a la vez, su drama en la vida. Ayer, estando juntos, empecé a contarle un cuento, pero tuve que interrumpirlo por causas ajenas a mí. El, ofendido exclamó: —“He quedado con amargura en los tímpanos”.

Diciembre 13. Baile en la Embajada de Estados Unidos con motivo de la visita de Mr. Hoover, Presidente electo de Estados Unidos. Fue un baile muy oficial. Recibían, además del Embajador y su señora, Ibáñez, el Presidente de Chile. Entramos al hall. C. Vicuña, introductor de diplomáticos, hacía las presentaciones. Saludé al embajador y esposa y quedé paralizada frente a la tosca figura de nuestro Presidente. Había que saludarlo; debía estrechar la mano de ese hombre que encarnaba un régimen aborrecido, de ese tirano inepto y cruel que despojó a mi padre de su bien más preciado. C. Vicuña, continuando el rosario de nombres que pronunciaba a medida que avanzaba la gente, exclamó: “la señora Echeverría”. Pero yo no extendía mi mano y seguía inmóvil, paralizada, sin avanzar ni dar paso a los otros. Entonces Vicuña, estupefacto, murmuró a mi oído, furioso: —“Salude, pues”. Tuve que hacer de tripas corazón y estrechar la mano al soldadote. Momento abominable en que hubiera deseado morir.

No pude disfrutar de la fiesta. Pensaba: “Como hombre público mi padre se acabó. Pero algún día tal vez sabrá apreciar la historia su grandeza y su figura de hombre sobresaliente tomará ese relieve que sólo el tiempo da a los grandes políticos incomprensidos.

Febrero 22. Para esta noche se preparó una cacería de conejos en los cerros del fondo. Dormirán allá, al aire libre. Fue un gran grupo, entre ellos el niño, Pepe. Los dos chicos

se morían de deseos de ser de la partida. Yo les dije que cuando Alfonso fuera grande podría ir. —“¿Y yo? preguntó Mónica. —Toi non, parce que tu est une petite bonne femme”. Ella lloró. Y yo terminé por decirle: —“Bueno, cuando seas grande si tu marido consiente podrás ir”. —¡Y por qué han de ser los hombres los que dejan ir?” observó ella que es muy altiva. Entonces Alfonso le respondió. —“Porque ellos ya han ido y saben”. Y agregó: —“Yo iré de todos modos un día porque estoy seguro de que en los cerros hay princesas escondidas...” ¿No es delicioso?

Lo Herrera. Días agradables aquí. Lectura sin fin. Estas casas son una mina de libros. Me he complacido hoy leyendo viejas colecciones de la *Revue Hebdomadaire de París*.

Cada día me siento más dominada por tendencias místicas, como si mi alma estuviera en constante comunicación con el más allá. Pero mi religión —debo confesarlo— es muy imaginativa, llena de terrores, de supersticiones y de paradojas. También he escrito algo. ¡Cuánto daría por realizarme, por publicar, por sentir ese contacto necesario con el público! Escribir es mi vicio, mi pasión, y no sé por qué mi inteligencia se consume en la aridez. Mamá que estaba en Europa con Luisa y Alfredo se embarcó de regreso. Trae consigo a los niños de Pilo que quedaron abandonados a raíz de la separación de ellos. Y trae también a Naty que no pudo vivir sin mis niños. Papá, que no puede entrar a Chile, viene a dejarlos hasta Buenos Aires.

Domingo 8. Deseamos abrazar a papá que sólo permanecerá dos días en Buenos Aires. Con este motivo, Pepe y yo, Gabriela y Jorge, nos hemos decidido a partir a Buenos Aires en avión, lo que resulta un riesgo, pues la pasada de

la Cordillera es aún una empresa. Pero lo haremos. Telegrafiamos a nuestros padres que ya están en Buenos Aires. Se oponen terminantemente a nuestro viaje aéreo; prefieren incluso no vernos. Así es que tuvimos que engañarlos y decirles que tomaremos el trasandino. De sorpresa nos verán llegar mañana hacia la hora del té. Si es que llegamos sanos y salvos.

Diciembre 25. Imposible describir el viaje a Buenos Aires, las conversaciones con papá, su jovialidad en el destierro. Paseamos mucho todos juntos. La llegada a Chile fue una apoteosis. Eramos nosotros dos, Gabriela y yo, las primeras mujeres que cruzábamos la Cordillera en avión y nos han recibido como heroínas. Daba aún más realce al viaje el hecho de haber arriesgado tal peligro para ir a encontrar por unos días al padre desterrado. La gente decía al saludarnos frases conmovedoras. Por ejemplo, durante el paseo en las carreras del Club Hípico, yo no podía detener la avalancha que se precipitaba a saludarme y alguien exclamó con énfasis: "¡Esto parece un cuento de hadas!"

Marzo de 1931. Iremos a visitar a papá en su destierro, mamá, yo, Gabriela con su marido Jorge Figueroa y su pequeño hijo. Con gran pena dejo a los niños que tanto me necesitan y a Pepe. Pero, a la vez, me atrae ver y acompañar a mi padre, tan solo allá. Mamá nos invita pagándonos el viaje. Partiremos desde Buenos Aires en un barco inglés de la Blue Star Line.

A bordo. El barco se desliza sobre las aguas como un enorme monstruo. Siento muy fuerte el pesar de lo que dejo atrás y me arrepiento de haber venido. Por unas horas, el

barco se detiene en Santos. Los pasajeros bajan a tierra y nosotros hacemos un largo paseo en auto por las esplendorosas rutas de este Brasil que nos deslumbra con su exuberancia.

En Boulogne nos esperaba papá, Pilo y su nueva esposa, Gabriela Rivadeneira. Llegamos a París a un precioso departamento recién arrendado por papá, en plena Etoile. Casi sollocé de emoción al entrar a esa casa vacía (aún no tenemos servidumbre) con ese olor tan peculiar de París, en que hasta los menores detalles se habían preparado para recibirnos: las camas con sábanas de seda rosa, la mesa puesta, los retratos de familia sobre la mesa del salón. ¡Pobre papá! Solo preparó todo e hizo las camas porque Pilo y Gabriela se negaron a ayudarlo. Muy de ellos. Comimos juntos en Potel y Chaveaux.

Mi primera salida fue para ir a misa a la Capilla Española. Llegué a las once y por azar se rezaba una misa a esa hora tardía. Me pareció esto un buen augurio. Era como si Dios aceptara mis ansias de sacrificio y mis promesas diadas: ¡Qué anhelo de humillarme ante Cristo, de pedirle que me acida y me escuche! ¡Oscilará siempre mi alma entre el bien y el mal? Creo a veces que un ángel y un demonio se disputan el derecho de poseerla. Entonces siento terror y quiero expiar la menor falta, el más ligero pensamiento. ¡Dios mío! ¡Mis hijos! ¡Qué ningún mal me venga del lado de ellos!

Correrías de trapos. En la tarde visitas de chilenos. Carta de Pepe con noticias. Papá da luces sobre mis insomnios a raíz de una conversación que tuvo con Jorge Alessandri quien también padece de ese mal. Pepe me cuenta las actividades de los niños y su vida preciosa. Qué excelente padre

es Pepe. Vive en nuestro hogar Eliodoro (se le dice Cuco) hijo mayor de Pilo que fue abandonado por sus padres y que ahora encuentra de nuevo un hogar.

París es una ciudad cruel. He vuelto a mis insomnios. Estoy profundamente desorientada, pero no podremos partir a Alemania hasta fin de mes porque papá hará primero una cura en Vichy.

Uno de mis placeres en el día es movilizarme en ómnibus a través de París. Hoy volví a ver a Eugenio Momus quien lloró al verme. Tomamos té juntos, pero a mí, el pobre, no me interesa: lo veo tan nulo e incoloro. Vivimos en distinto plano. Lo he dejado muy atrás en el camino.

Miércoles 6. Cumpleaños de papá. Con ese motivo vinieron Pilo y Gabriela. Se comentan las noticias políticas. Parece un hecho que el dictador se desmorona. Gabriela y yo cantamos juntas en guitarra, para celebrar a papá. Pena devoradora.

A la maison de l'Oeuvre con papá a ver "La Folle du Logis". Pensé en mí al ver actuar a la protagonista de la pieza que es víctima de su fantasía y que al fin no sabe dónde principia la realidad y dónde termina el sueño. ¡Qué desgraciadas, qué miserables, las criaturas así! Por qué no ser mejor una buena burguesa sin inquietudes y sin interés, como tantas que me rodean.

A veces la vida me parece bloqueada por todos lados. Morir. No, pero vivir tampoco. Animo mejor después de pasear por el jardín de Luxemburgo. Noche, hogar. Papá es extraordinario: él, el exiliado, el solitario, es quien nos da fuerza y entusiasmo.

En general me despierto en las mañanas con una sensa-

ción de catástrofe. Este departamento, sin embargo, lleno de luz y de cortinajes rosa, elegido con amor por papá, es sereno como una cripta. Algún día comprenderé quizás la felicidad que encierra para mí este interior. Pero ahora estoy ciega.

A las cuatro con papá a consultar a un médico hindú. Me dijo que mis insomnios se debían a defectos de circulación.

Jueves 14. Desde que Marie, la empleada, descorrió las cortinas rosadas de mi balcón, al traerme el desayuno, y entró a chorros el sol iluminando la alfombra, detesté este día luminoso. Toda la familia a Versailles. Recorrimos el parque y tomamos té en el Trianon Palace. Mucha gente elegante. Papá es un compañero único. Pero yo comprendo poco por qué me encuentro aquí y qué significado tiene para mí esta vida en Europa, lejos de mi hogar. En la noche quedé sola con mamá, habiendo salido los demás. Empecé a sentir esa atroz sensación de desamparo que a veces se apodera de mí, quebrándome a pedazos. Sonó el teléfono: era Inés que me pedía ir a verla. Volé, feliz de salir a la calle, de respirar, como si hubiera estado prisionera.

Sábado 16. Noticias graves sobre Chile: han incendiado la Universidad Católica y están cortadas las comunicaciones con Buenos Aires. Cayó como embajador en París, Alemparte, uno de los hombres que, debiéndole todo a mi padre, lo traicionó. Es reemplazado por el sádico y malévolo Pablo Ramírez.

Anoche comida en casa de Pilo. Aburrido. Pilo me hiel. Después, bajo un diluvio, fuimos a la Coupole y a bailar a los negros de la Boule Blanche.

Llueve todavía. Prefiero esto al luminoso sol de otros

domingos en que se pide demasiado a la vida. Sigo terriblemente desorientada. Es una de las crisis más hondas por que he pasado. Bueno, para eso voy a hacerme tratar médicamente a Alemania. Frío intenso. Caminé por l'Avenue Gabriel, tan bella y por los Campos Eliseos. Me sentí hundida, en contraste con el panorama grandioso y pensaba en mi fisonomía con las mejillas hundidas, el tinte amarillento, grandes ojeras, devorando la frescura de los ojos. Por ironía, a mi alrededor, circulaban cientos de mujeres de esas que se ven en París, desafiantes de dicha y de vida.

Fuimos en la tarde a visitar a Blanca Figueroa con motivo de la muerte en Chile de su padre, don Emiliano Figueroa, ex-vicepresidente de la República. El departamento de Blanca que es un dedal, desbordaba de chilenos, casi todos desterrados por Ibáñez: Alessandri, Santiago Labarca, Enrique Matta, Guillermo García Burr, etc.

Mi pecado capital es la soberbia. Aspiro a lo absoluto, como si ello fuera posible. No he podido comprender que lo único que podría salvarme es la humildad, esa humildad a la que hay que llegar pese a todos los obstáculos, esa humildad cuyos pálidos dedos al tocar la frente afiebrada, afirmarán por fin mi personalidad para que pueda cumplir mi destino. Y entonces, sólo entonces, nacerá ante la mente dormida un mundo nuevo, en movimiento, como las olas. Ese mundo al que en vano pretendo penetrar porque de él me separa un vidrio empañado que me oculta la vida y me impide llegar a una realización profunda.

Veo que el dolor del pesimismo invade mi mente. No puedo evitarlo. Ah, si entendiera por qué. Entretanto, a mis pies, está París respirando, París prometiéndolo todo, pero

yo aún no entiendo por qué en este ambiente alucinante que me envuelve, siento la soledad helada del vidrio que sólo nos muestra la cercanía del abismo.

ALEMANIA

Junio 8. Partimos los tres, mamá, papá y yo en el auto conducido por Louis, chofer francés. Hermosos caminos. Almuerzo en Treves, ciudad interesante que data de la época de los romanos. En todas partes se sienten las huellas fundamentales de civilización que dejaron y su dominio. Té en Biggens, pequeña ciudad, llena de encanto. Flotaba un ambiente de paz. Empezamos a bordear el Rhin, "grande y generoso río, noble Rhin alemán" recuerda papá que cantó Heine. Desfilan uno a uno los castillos con sus viejas leyendas y su intensa vida religiosa de antaño. Allí está el romántico Loreley, con su leyenda de la pérfida ninfa cantando dulces melodías sentada sobre una roca para atraer a quienes se aproximaban y se sienten seducidos por el canto mortal; allí está Siegdrid, etc.

Llegamos a comer a Kiblentz y nos instalamos allí. Espectáculo irreal. Los balcones abren al río, lleno de vida y de barcos. Antes de acostarnos, hice una relación de las leyendas del Rhin para enviarla a los niños, a mis pobrecitos que he abandonado para hacer este viaje.

Almuerzo en Bonn, cuna de Beethoven. Maravillosa ciudad con sus piedras y sus parques. Almorzamos en una gran terraza sobre el Rhin. Reposamos después en el hall en penumbra porque papá se siente muy cansado del corazón,

y seguimos más tarde a visitar la casa de Beethoven. Qué veneración tuve por él en mi adolescencia. Recuerdo que no quería tocar sino sus obras y que mi cuarto estaba lleno de su imagen. Papá me dijo dentro de la casa que fue la suya: —“Pon la mano sobre el clavecín para que tengas la satisfacción de pensar que has tocado las teclas en que tocó Beethoven”. —“Ya todo eso no me importa” le contesté. —“Veo que has ido dejando muchas cosas en el camino, observó él tristemente. Y es una lástima”.

Seguimos a Colonia. Temprano nos condujo papá a través de callejuelas para visitar la Catedral. Y de pronto, sin preparación, sin plaza que la anunciara, apareció. Se nos vino encima, aplastadora, deslumbrante. Hay momentos que valen una vida. Quedé estática, flotando en un estado de éxtasis, como si naciera en mí un alma nueva. La belleza de la Catedral, me penetraba, me invadía, despóticamente, arrancándome de mis preocupaciones terrenas. Qué lejos estaban las inquietudes, los problemas. Primero fue el conjunto gótico, la alada mole —si puede emplearse esa paradoja— sus torres acariciando el cielo, lo que me produjo el impacto magnífico. Pero la magia aumentó al ir descubriendo los detalles. Y el tiempo dejó de tener su medida habitual. Adentro el órgano había empezado a tocar.

Viernes 12. De nuevo a la Catedral. El diagnóstico del médico alemán que vi ayer es que tengo una gran anemia y de ahí me vienen los insomnios. Me manda a los Baños de Durkheim. A mamá también la examinó encontrándole su corazón normal y casi bien su diabetes. Ella, como siempre, se creía cerca de la muerte. Sentí emoción cuando le dijo al médico con una voz especial: “Je veux savoir la vérité...”

En la noche dulce hogar bajo la lámpara con pantalla verde del dormitorio de mamá. Me siento "dorlotée", querida y protegida por ellos, como en mi adolescencia. Mamá hace labor, papá lee, yo me sumerjo en "Grand Hotel" de Vicky Baum.

Seguimos corriendo y llegamos a un sitio precioso llamado Rolandseck en que están las ruinas del viejo Castillo de Rolando. Al pasar por los baños de Ems, descendimos del auto para conocerlos. Llegamos a tomar té a los Baños de Schwalberg, rincón verde y quieto. La orquesta tocaba el Danubio Azul. En Alemania hay música por doquier, a toda hora. Papá me sacó a bailar. ¡Qué optimismo el suyo; qué jovialidad! Y el dolor del destierro, de la traición, en vez de amargarlo, ha hecho más honda su benevolencia.

Domingo 14. Entramos a los famosos y elegantes baños de Wiesbaden al atardecer. De nuevo mi tormento junto a la bulliciosa multitud; mi incertidumbre frente al paisaje y bajo la bóveda azul. Almorzamos en Bad-Munster, atravesando zonas hermosísimas. Louis, el chofer, conduce sólo a 60 kms. por hora lo que permite contemplar tranquilamente cada ruina, cada piedra, de esta Alemania incomparable. A las 5 de la tarde, llegamos por fin a Durkheim. Paisaje triste, hotel grande y mediocre, de un solo piso, en medio de un bellissimo parque. Nadie habla sino alemán. Costó mucho hacer entender al gerente, en inglés, que necesitábamos piezas. Por fin conseguimos un dormitorio inmenso para papá y mamá y, al frente, uno pequeño para mí. Té en la amplia terraza con música y repleta de alemanes. Ni una sola cara latina.

Me examinó el Dr. Kaufmann, viejo modesto y afable.

Recetó baños de arsénico, agua de arsénico para beber e ir a respirar, en el fondo del parque, emanaciones de ozono. Las aguas de Durkheim son ricas en arsénico y especiales para la anemia. Después de examinarnos detenidamente a los tres, el pobre doctor cobró sólo 10 marcos. Mañana empezaremos los tratamientos. Nadie habla francés aquí; con el dueño del hotel y el doctor, hablo en inglés. Ellos lo chapurrean apenas. Mis padres no saben inglés.

Hacemos la vida más quieta del mundo, siempre juntos los tres, sin conversar con nadie. Leemos y caminamos por el parque. Yo ando sin medias y sin "maquillaje". Me veo amarilla, cadavérica. Mi anemia debe ser avanzada. Paso las noches en vela, siempre. El hotel es baratísimo y la comida excelente. Estoy menos inquieta, menos atormentada que en París. No deseo ver a nadie, ni tener emociones. Mi solo anhelo es recuperar la salud y la paz. Vuelvo a leer con placer "Le fleuve de feu" de Mauriac.

Todo aquí es estático, como si estuviéramos fuera de la vida. Un manto de silencio envuelve nuestra angustia, apaciguándola. A veces caminamos leguas, sin encontrar ni un ser humano, ni un animal, ni una casa. Sólo la selva, hecha por la mano del hombre, se muestra imponente, misteriosa, en su infinita gama de colores. Es este refugio el que me hacía falta. Y pierdo poco a poco esa agitación interior que me devoraba.

No le gusta a papá "Le fleuve de feu". "Mira qué frases, me dice: 'recuerdos supurantes' . . . Hay que ser sencillo".

Hoy me llevó el doctor a visitar el Kindersanatorium que ha fundado. Es semejante a aquel en que estuvo mi Alfonchín. en Ebenhausen. Esta clase de sanatorios para niños sanos,

para nerviosos o débiles, sólo existe en Alemania. ¡Con qué ternura recordé a Alfonchín! No pegué los ojos en la noche y todo adquirió un sello triste.

Estoy escribiendo un esbozo de algo ¿novela? tal vez, no sé. De los árboles me llega como un estremecimiento de resurrección. De pronto, mis ideas inspiradoras fueron borradas por la visión de un pájaro que vino a posarse a mi lado. Es una verdadera fusión con la naturaleza; cada árbol del bosque ha llegado a tener fisonomía propia. Comemos antes de la puesta del sol, como es costumbre aquí. La velada en la terraza se prolonga a veces hasta media noche, escuchando música, mirando el ajeteo de los desconocidos. Casi siempre vienen a tomar el café a nuestra mesa el Dr. Kaufmann con su esposa.

Cartas de Pepe. Tuve una gran emoción al saber que Alfonchín va a hacer su Primera Comuni3n. Habíamos convenido que se esperarí3a mi regreso, pero los Padres no lo han permitido. ¡Qué tristeza estar lejos de él en ese día!

También me cuenta Pepe que Mónica a quien habíamos resuelto dejar crecer el pelo, se cortaba a escondidas mechoncitos que se iban encontrando aquí y allá, hasta que se descubrió la verdad. Eso la pinta rebelde a todo lo que ella no ha decidido.

Este hotel me encanta. Una gran orquesta de nueve profesores toca música seria tres veces al día. Mucho ir y venir de alemanes. Es como una cinta cinematográfica con fuerte color local. Hemos leído a Thomas Mann: "La mort a Venise", "Desordre", "La Montaña Mágica". Extraordinarias. También leemos novelas policiales que nos reposan el cerebro. Papá habla de Macaulay, su gran favorito. —"Debes leer-

lo. Es el más grande historiador que ha habido. Predice lo que está pasando en el mundo. Por ejemplo escribe: "La nación gemía bajo el yugo de la opresión"; "El sufrimiento soportado sin flaquezas ni vacilaciones".

Ultimamente ha estado nublado. Hoy perseguí por fin un rayito de sol que se escapaba, se escapaba, a través del jardín. Por fin logré cogerlo. Entonces lloré.

A la hora de almuerzo, mamá se enojó porque yo calificué a no sé qué persona de "super emotiva". Me llamó rebuscada, pedante. Y agregó: "haga el favor de no usar esas palabras delante de mí o me paro de la mesa".

Es tan incomprensiva a veces, tan injusta. Pero no puedo olvidar que antes estuvo sublime.

Fui a la iglesita de aquí, cerré los ojos e imaginé la Primera Comunión de mi dulce Alfonchín, "beau comme le jour", arrodillándose para comulgar. Lloré y recé. Me pasaría la vida tendida, soñando y oyendo música.

Ultimo día en Durkheim. Dejamos con pena este humilde sitio. Sin saber me he fundido con el paisaje en una armonía perfecta. Sané de la anemia, pero duermo siempre mal.

Cargados de flores que nos obsequiaron el Doctor, su esposa, el dueño del hotel y su hermana, abandonamos Durkheim para seguir a Berlín, pasando por Frankfurt y alojando en Bad Orb, rincón maravilloso cuyo hotel está sumido dentro de un bosque. Piezas enormes y lujosas. Las ramas de los árboles añosos penetraban casi dentro y sólo se veía verde, verde, por doquier. Al fondo, perfiles de montañas.

Desde abajo subía la música de "Boheme" que tocaba una

orquesta instalada en medio del parque. Todo el conjunto no era sino un llamado a la vida, al amor, a la felicidad.

Papá cuando me ve triste, vuelve a recordarme a aquellos condenados que encuentra Dante en el Infierno y a quienes pregunta: —“¿Qué pecado cometisteis para estar aquí? Y ellos responden: Fuimos siempre tristes bajo un sol radiante”. Y así me conduce extasiada.

Berlín, domingo 26 de julio. Noticias de revueltas en Chile. Médicos se adhirieron a las manifestaciones de protesta por la muerte de un estudiante de medicina que dijo un discurso contra Ibáñez. Estado de sitio. Huelga general.

Julio 27. ¡Al fin cayó Ibáñez y el odioso régimen! Las noticias anuncian que un inmenso júbilo reina en todo el país. Mamá y yo no nos conformamos de no estar en Santiago. Hemos recibido varios cables de París.

En Berlín fui a consultar al famoso médico Dr. Schlomer. Es atrayente, muy culto y comprensivo.

Papá partió a Nauheim para su corazón y mamá a su cura para la diabetes en Marienbad.

Conversación de dos horas con el Dr. Schlomer sobre mi mentalidad, mi adolescencia, etc. Debo contarle toda mi vida, mis íntimos pensamientos lo que no deja de ser atractivo. A todos los seres les gusta hablar de sí mismos. Allí está la gran sabiduría de la confesión católica.

—¿Y nunca hablaba con nadie de sus cosas? —me preguntó.

—Nunca. No habrían comprendido. Aquí comprenden, agregué.

—Sí, aquí comprendemos. Y agregó: —Ud. es muy joven de sentimientos, muy fresca en su concepción del amor.

Ha guardado toda su frescura a través de la vida. (Hablábamos en francés, naturalmente).

—Había perdido mis dos niñitas y sufría atrocemente. Para no pensar, para no olvidar, me volví frívola, mundana. Como un escapismo. Abandoné la música, la gravedad de mis pensamientos, mis gustos nobles.

—¿Qué música prefería cuando niña? —Beethoven. —Y ¿ahora? —Ahora... lo confieso con vergüenza, prefiero los tangos. —No se avergüence, señora. Es natural. Antes de la guerra, la gente buscaba lo patético, ahora el mundo ha llegado a ser más sensual.

Sábado. Había citado el auto a las ocho para salir sola después de comer. Mi espíritu estaba deliciosamente sereno. Fui hasta Kurfursterdam, avenida elegantísima, llena de cafés y de concurrencia. Despedí el auto y caminé una hora, sola, por entre la multitud y las luminarias. Las vidrieras y los restaurantes resplandecían y, bajo los árboles del gran boulevard, se paseaba gente heterogénea, de todos los tipos y razas. Mujeres preciosas, altas, muy delgadas, de cabellos rubios platinados. Orquestas. La vida nocturna en este Berlín de post-guerra es intensa. Tomé chocolate en una terracita florida antes de regresar.

Lunes. Mi angustia aparece y desaparece. Mis paseos solitarios y errantes, empiezan a aburrirme. Felizmente llega papá esta noche. Mamá permanece en Marienbad.

Martes 7. Deslumbrada con Alemania. Y viajar con papá es una fiesta para el espíritu. Conoce al dedillo cada piedra, cada ruina y va evocando recuerdos históricos, abriendo grandes ventanales de luz, en esta gira inolvidable. Es un animador. Como tocado por varilla mágica se levantan ante mis ojos

maravillados las sombras del pasado en que veo a los invasores romanos bajo el espléndido pórtico de Porta Nigra.

Y así me conduce extasiada de la caverna al rascacielos, de la piedra a la máquina, de las superstición a la ciencia. Sigo con él el camino de la civilización en sus vuelcos y subidas.

Comida y noche en Weimar. Surgen los perfiles de Wagner, Liszt y Goethe. Desperté con un rumor singular, como si mil abejas tejieran una sinfonía de alas bajo mi ventana. Corrí a abrirla y vi, en la claridad del alba, el cuadro del Mercado de Weimar, extendiéndose abajo. Colores vivos, exquisitos, figuras moviéndose como piezas de ajedrez, frutas, flores, legumbres, ostentando sus exquisiteces. En donde se posara los ojos era una embriaguez de colores. Papá entró a mi pieza para que me apurara en bajar a ese mercado único en el mundo.

Berlín es ahora una nueva Babilonia: en la superficie todo sonríe; ninguna capital del mundo hace más ostensible su lujo, su derroche, hasta sus vicios. Pero, a medida que se penetra más hondo, se palpa la tremenda realidad: tras la brillante decoración de teatro, sólo hay miseria y hambre. El país se estremece desesperado. A veces, entran al magnífico antro de los restaurantes hombres decentemente vestidos que desfallecen de hambre. Están lívidos. Extienden una mano macilenta, de mesa en mesa. “¿Cómo permiten esto? —protestan algunos clientes desalmados; ¡no deberían dejarlos entrar! Se nos indigesta la comida con estos cuadros miserables...” “No tengo corazón para echarlos”, explica el maitre d’hotel. —“Están famélicos ¡pobres diablos! Ellos no

tienen la culpa, son cesantes. Aquí no es broma el hambre popular”.

Yo voy guardando en mi cartera bocaditos de los que ponen en la mesa para ofrecerlos después a los cesantes. Lo que más me conmueve de ellos es su dignidad, su decencia. Ayer entró al restorán un hombre joven, vestido de negro, bien puesto, que llevaba a la espalda un cartel que decía: “Acepto cualquier trabajo por la más pequeña remuneración”. —“Es un ingeniero, nos explica el maitre d’hotel. Está reducido a la mendicidad. A veces gana un marco lavando vidrios o sacudiendo alfombras”.

No puedo soportar esto. Sufro mucho. Y, como mofa a tanta miseria, los tapices de oro y los millones que corren entre los privilegiados. Y el vicio desafiante: por la noche, en pleno centro, se pasean grupos de hombres vistosamente vestidos de mujer.

Schlomer es un gran médico. Lo veo como psiquiatra. Todos los días dos horas de conversación con él. Resulta apasionante. Hoy me dijo: —“Ca dout être tres faci'e de vous faire du mal”. “El dios sueño”. “No hay tal dios, agrega persuasivo. Dormir es una función tan normal como comer”.

Té en Delhi. Papá sigue animándolo todo.

¡Si yo pudiera trazar su imagen sin deformarla! Nadie podrá comprender lo que esos recuerdos de Alemania —recuerdos postreros —tienen para mí de desgarradores y profundos. Al describirlos parece que se empequeñecen, que se marchitan. Están dentro de mí, inmóviles, vivos.

Charlas sin fin. Anoche fue una de esas terribles noches blancas en que se me aparece como única solución el morir. A las cinco de la mañana, desesperada, me puse la bata y atra-

vesé el corredor desierto para ir a golpear al cuarto de papá. Por las ventanas, a mi pasada, empezaba a filtrarse un tinte de aurora. Golpeé y lo desperté, pidiéndole auxilio. Fue un egoísmo de mi parte e inmediatamente que lo saqué del sueño, sentí mi falta de consideración hacia sus años y sus grandes pesares. Pero él se levantó enseguida para reconfortarme. —“Disculpe, balbuceé, pero no puedo más...” “Al contrario mi hijita, respondió él con una sonrisa de felicidad. Me has demostrado que todavía sirvo para algo: cuando nadie lo necesita a uno, la vida no vale la pena...”

Fuimos todos los amigos que hemos hecho aquí, llevados por una argentina muy simpática, al castillo medioeval de los Condes de Luxbure, él de rancia nobleza alemana, antiguo diplomático, interesante, sibilino, enigmático; ella una Martínez de Hoz, argentina. Decoración fastuosa en los múltiples salones repletos de obras de arte y de porcelanas chinas. Reciben con extraordinaria sencillez. Sirvió el té ella misma, pese a su numerosa servidumbre.

Septiembre 6. Nos hemos juntado con mamá que volvió de su cura y hemos vuelto a París, siempre al departamento de la rue Laperouse.

No encuentro a mi París del año 27. A menudo en Santiago sentía la impresión de estar prisionera: la Cordillera que ahogaba como un muro. En París, nunca. Ahora sí. Es un deseo de evadirme, de respirar ancho, de mirar horizontes más dilatados como en Durkheim. La Ciudad Luz se reuerce de tristeza, en su vestimenta de otoño, exceso de oro, de belleza, contrastes, cuadros de Picasso. Dominamos desde el departamento el incomparable panorama de l'Etoile.

Noviembre. Nos vamos a Chile. Mamá, Gabriela y Jorge, toman un barco inglés de la misma compañía que nos trajo; papá y yo, el Atlantique, transatlántico gigantesco que hace la travesía sólo en trece días. Fue un capricho de papá probar la magnificencia de tal barco. Mamá quedó muy sentida de que nos separáramos. Van aquí muchos millonarios argentinos y uruguayos. El Atlantique, ciudad barco, avanza como un reto en medio de su lujo. A pesar de ello, prefiero los barcos ingleses en que se juega a ponerle con tiza un ojo al chanco. Papá vuelve a Chile a tratar de recuperar "La Nación". Pepe empezó ya los trámites necesarios para una transacción o un pleito. Avanza el Atlantique con rapidez vertiginosa. Nuestra travesía me recuerda, no sé por qué esa obra "Le Gran Large" que vimos en París. Todos los pasajeros ya habían muerto y el barco los llevaba sin rumbo y sin brújula hacia un sitio que ellos ignoraban. Sentían aumentar, hora tras hora, las angustias de aquel mundo desconocido hacia el cual, como prisioneros, los conducía el barco misterioso. Hacemos tantas cosas que no quisiéramos hacer, hacemos lo contrario de lo que deseamos. Es como si una fuerza desconocida nos empujara. El versículo de la Escritura dice: "Yo te ceñiré y te llevaré a donde no quieres ir...". Sólo que la fuerza que nos arrastra es demoníaca.

Rodríguez Larreta, el famoso escritor argentino, viaja en este barco. Es una figura momificada y, a la vez, romántica. Como dice papá "no agrega nada..." Sin embargo, cuenta anécdotas interesantes. "En casa de Reyles, nos explica, conocí a Teresa Wilms, la chilena, "la divina Teresa" como se la llamaba. ¡Qué inquietud espiritual, qué impulsos desconcertantes! Una noche, después de la cena, charlábamos en

la penumbra del salón de Reyles, cuando de pronto ella se yergue, saca una espada de una panoplia de armas que había en la pared, se planta ante mí llena de trágica belleza, y tocándome el sitio del corazón (gesto que no me hizo ninguna gracia) exclama líricamente: “¡la espada de don Ramiro!” (el libro que dio la fama a Rodríguez Larreta se llama “La Gloria de Don Ramiro”).

1932. No escribí más, no habría podido escribir más mi diario. Ni la llegada a Chile, ni el encuentro con mis adorados, ni la pesadilla del vapor. Por lo demás, el “Atlantique”, al regresar a Europa, pereció presa de las llamas, como si estuviera maldito. Los cables dijeron: “Cherburgo: “Aún no se ha extinguido el fuego del “Atlantique”. El comandante se despojó de sus ropas de trabajo vistiendo su traje de oficial. Declaró que era imposible subir a bordo mientras dure el incendio. Llegaron órdenes terminantes del Ministerio del Interior francés prohibiendo que nadie intentase dicha aventura”.

Cuando pienso que papá fue en Europa nuestro animador, cuya jovialidad, cuyo entusiasmo nunca decayó, estando ya herido de muerte, con el corazón hecho pedazos, me siento abrumada de pena y remordimiento. Yo que debí ser su apoyo, fui constantemente sostenida por él; yo que debía haber llevado alegría y fuerza a su destierro, sólo le di tristeza con mis inútiles tormentos; yo que debí consolarlo, envolverlo de ternura, no hice sino ser consolada. ¡Y le faltaba tan poco para morir! Y renunciaba a sus comodidades para darnoslas más amplias a nosotras y se quedaba de pie para

que permaneciéramos sentadas. ¡Ah, qué ciega fui, qué inconsciente!

Día gris, atroz, de inquietud moral, que me quiebra piernas y brazos y que me pone un amargo gusto de ceniza en los labios. Es durante estos días cuando saigo a la calle sin rumbo, con los ojos tristes como cielos oscuros, hecha un montón de trapos del cual surge mi cabeza desmayada. Y si alguien me preguntara dónde voy en esos paseos sin rumbo, seguramente respondería: “No importa dónde, fuera del mundo...”

Y pensar que hay seres —la mayoría— para quienes la vida es una malla de pequeños compromisos mundanos, una especie de tapicería ligera y graciosa. Sin embargo, quizás existe dentro de ellos, bien adentro, algún rinconcito romántico, sutil, que no ha sido desarrollado y que a lo mejor habría dado frutos. Pero no florece porque no lo buscan y siguen convertidos en figuras de yeso porque jamás conocerán la trágica inquietud de vivir.

Soy de los exiliados, de los solitarios, por lo tanto de los elegidos. La lucha entre el espíritu y el cuerpo se revela en mí de modo casi maniático. Kierkegaard ha dicho: “La angustia está ligada al espíritu; cuando más espíritu hay, más angustia hay. El espíritu es la fuerza enemiga que viene a turbar el reposo del cuerpo, la inocencia del alma y la unión tranquila de ambas”.

Mi novela avanza muy bien. No sé aún cómo la llamaré. Es tal vez algo pueril. Pero empecé a escribir. Es lo esencial.

1933. Gran éxito literario. Apoteosis. Muchos amigos, innumerables admiradores. Invitaciones sin fin, homenajes inmerecidos, incienso, cartas, flores. Exito injusto. “El Dia-

rio Ilustrado" periódico conservador, se ha portado muy bien. Empezó con una admirable crítica de Manuel Vega, elogiándome sin medida. La crítica apareció coronada por mi retrato. Siguieron otras críticas y otras, en "El Imparcial", etc. No puedo negar que este triunfo me halaga y aleja mis tormentos innatos. Y confieso que el cuerpo me pesa menos que un pétalo.

Siempre me aniquila el recuerdo de mi pobre papá. Pero en esto de que yo no siguiera mi vocación se equivocó. Cometía muchos errores y los pagó demasiado caro. Yo seguramente los cometeré también más tarde y el precio será alto. Pero ahora lo veo a él *antes*, durante esas veladas familiares en que se hacía hogar dentro del ambiente cálido de la antesaña. Recuerdo que le gustaba leer a Guillermo Ferrero, el gran historiador italiano, y que se sumía con delicia en su "Grandeza y Decadencia de Roma", pero era tan refinado que me pedía en esas horas, para acompañar la lectura, que yo tocara en el piano música de Chopin. Así combinaba el azote magnífico de la obra en la mente con la delicia del oído.

PARIS VISTO POR UNA SONAMBULA

Es como una palada de polen que de pronto cegara mis ojos, es como un sueño incoherente que va deshaciendo mi personalidad en fragmentos dispersos y que convierte mis ideas en espectros. Me dejo caer en un banco de piedra para continuar mi monólogo interno. Pleno Barrio Latino. De lejos llega a intervalos la voz de plata que lanza la campana

de la vieja iglesia de Saint Germain des Prés, una de las más antiguas de París. Es como si de súbito me hubiera salido del mundo, ajena a toda realidad. Sigo solitaria sobre el banco de piedra y mi pensamiento —no sé por qué— está atemorizado. Parece que el suelo se abre para tragarme. Aquello me ofusca y siento vértigos. Pasan cientos de autobuses, coches en fila india, unos tras otros. Brillan letreros iluminando las fachadas medievales. Me oprimen las garras de la angustia, esa angustia casi cósmica que acosa al hombre al sentir su soledad frente a la multitud.

Ha llovido esta mañana. Sobre las hojas de los viejos castaños han quedado prendidas gotas de agua que semejan lágrimas o diamantes. Sigue, entretanto, el incesante trotar de la gente. Tipos extravagantes, tipos convencionales, cabezas rubias, cabezas negras, avanzan, avanzan. Ningún lazo, ninguna afinidad entre mi ser y la muchedumbre embriagante que me rodea. Fantasmas, sólo fantasmas que, durante una hora —o un siglo— pueblan ese camino mío, elegido voluntariamente. Habría deseado hundirme en esa inmensa Babel en que se mezclan todas las razas y se hablan todas las lenguas. ¿Para qué? Algo me dice al oído que de ningún modo llegaré a torcer mi destino y a ser otra de la que he llegado a ser.

Pensé en la idiosincrasia del francés. Un gran reposo me invadió. Por fin mi pensamiento se había estabilizado en algo. En un análisis. El sonambulismo parecía convertirse en humo. Me puse a explorar los rostros. El francés es inquieto, nervioso, vital, racionalista, vibrante. Pero sabe demasiadas cosas, su sabiduría milenaria ha dado ya la vuelta demasiadas veces para ser sencillamente alegre, como el ita-

liano, como el español, cuyos milenios de arte y cultura lo han tocado de otro modo. Hay en los franceses un elemento de violencia mezclado a su sensatez innata que prima sobre sus cualidades y defectos. Ahora, felizmente, practican su "operación sonrisa", consejo y lección de De Gaulle. Ayudan en lo que pueden, prestan servicios, no aceptan propinas. Han logrado levantar a Francia a un gran nivel en el panorama europeo. Trabajan con tesón. El tiempo es oro. Hay un solo defecto que no perdonan: la impuntualidad, defecto incorregible en Chile. Todo en París se hace temprano: a mediodía los restaurantes desbordan; a las siete de la tarde, igual cosa. Las entretenciones quedan para la noche, como solaz antes de dormir. Es la costumbre —vieja de siglos— que rige en toda Europa, salvo en España.

Mis reflexiones me dieron como un impulso, sacándome de mi quietud marmórea. Camino un trecho y llego hasta la plazoleta que rodea la estatua de Danton. "Audacia, siempre audacia, más audacia..." De nuevo noto que mi vagabundeo por el Barrio Latino no tiene sentido. Otra vez camino lentamente, buscando algo, con las manos vacías. Antes he vivido años en otros mundos de París, del lado derecho del Sena, y mis espejismos no se interponían entre mi ser y el alma circundante de la ciudad que todo lo da a quien puede entregarse. O, seguramente, yo soy otra, ahora. Frente a la estatua de Danton hay en la atmósfera perfume a yerbas frescas, a retoños vivos. Las ramas de los viejos castaños se entrelazan coronándome de verde. Esa incesante aglomeración compacta respira y se mueve como ola monstruosa. Y yo sigo enajenada, sin poder apartarme del hueco que llevo dentro con mi herida. Camino, camino, ciega de sombras,

desparramadas, sin ver otra cosa que tinieblas. Busco algo que alimente mi sed y alzo las manos llenas de la cosecha que antes he sembrado. Incorporarme de nuevo a la vida. ¿Cómo hacerlo? Coger un haz de luz. Hay ahora un crepúsculo de tonos anaranjados, azules, grises. Y allí entre la orgía de colores, sigue el sueño nacido de los delirios de la sed. Sólo me acompaña la imagen de los seres perdidos. ¡Tanta muerte! ¿Por qué habían de irse dejándome a tientas? Escucho una palabra brillante, silenciada para siempre, unos ojos verdes que ya nunca mirarán nada sobre la tierra.

“¿Has encontrado algo? ¿algo con qué incendiar el ambiente?” Sigo inerte, sonámbula. Mira bien, busca bien.

Una fuente de agua clara aparece. “¿Dónde está Dios... Dónde está”, me digo. Y mi grito tiene por fin una resonancia. Dios está arriba y abajo el mundo con su maravilla y su incoherencia.

ME EQUIVOQUE DE CAMINO

El hombre enfrentado con su destino. De eso se trata y pocos lo saben. Al fin seré escritora, novelista, como fue mi anhelo desde siempre. Han tomado cuerpo los apuntes que nacieron en el silencio de los bosques de Durkheim, han crecido como un edificio. Parece increíble que se cristalizaran esas leves y traviesas brisas de inspiración que iban a acariciarme mientras miraba el paisaje desde el galpón de ozono. El año 1931 es el más definitivo en mi vida. En él tuve la mayor evolución que puede tener un alma. Y viví durante ese año en tal estado de sensibilidad, de super-sensi-

bilidad, que cada hecho, cada matiz, cada detalle, se grabó a fuego en mi mente.

Además, todo ese año fue una gran despedida con papá. ¡Alemania, el Atlántico! El auto corría por los fantásticos bosques germanos... El barco monstruoso navegaba... Veo a papá de smoking, descendiendo la gran escalera o buscándome a través de los salones, escudriñando los rincones con sus luminosos ojos verdes. Sin el año 1931 yo nunca habría escrito para el público, nunca habría realizado obra. Cuántos esfuerzos hice, vanamente, para encontrarme a mí misma, para cumplir de algún modo mi misión (me refiero a la misión artística). Todo parecía alejarme de ella. Perdía energías, estaba desorientada y mi alma se hacía trizas. "Algún día tendré que ser yo misma", me decía. Pero el camino estaba cerrado. Vino de pronto el sacudimiento. Fue como si brazos invisibles me sacaran de mi inercia para posarme en un clima que a veces creí irreal. Lucha, dolor, concentración. Y luego el marco de Durkheim, sus bosques, el amargo monólogo conmigo misma.

Diciembre. Cómo principié. Cómo me encontré a mí misma. (Me apoyo en X... aplicándolo al caso). En 1931 empecé a padecer de los más implacables insomnios, razón por la cual mamá me invitó a Europa. Vacilé mucho antes de aceptar. Para enfrentar la idea del viaje, libré un combate interior mucho más grande de lo que se creería, tratándose de una invitación tan halagadora. Todo parecía retenerme e ignoraba la repercusión que en mi vida tendría. Mi decisión de hacer el viaje fue, pues, un auténtico cumplimiento de mi destino. Sin él, sin las circunstancias que lo rodearon, jamás habría surgido en mí la luz creadora.

Debo advertir que hoy día reniego de mis tres primeras novelas que, aunque me lanzaron al cumplimiento de mi vocación y obtuvieron espléndida crítica, sobre todo la primera "El Abrazo de la Tierra", no reflejan en absoluto lo que llegué a ser en el terreno literario. Me equivoqué de camino, lanzándome al criollismo. No era mi veta. Hasta que, años más tarde, salté por fin la valla y escribí "Las Cenizas", novela psicológica en la que penetro más en las almas que en el costumbrismo, sin desdeñar, no obstante, el paisaje, la naturaleza, cuya influencia en mí fue como un faro y como antorcha: montañas incrustándose con su orgía de colores. Siguió empujando mi pluma esa especie de panteísmo casi dionisiaco. Pero, a la vez, apareció como tema principal el ser humano actuando en aquellos escenarios, mostrando ocultos pensamientos y reacciones de su alma. Fue tan espontáneo y natural este cambio en mis producciones como la vertiente que corre, como la flor que se deshoja, como el pájaro que canta.

Más tarde, aún, con mi tomo de cuento, "El Estanque" nació en mi mente, el anhelo de dejar algo lo racional para sumirme en lo sobrenatural, que podríamos llamar mejor lo "onírico", o sea el mundo maravilloso de los sueños, cuya influencia en el arte es decisiva. Mirar el torno desde una cumbre en que el subconsciente manda. No es preciso sino permanecer quieta y un mundo misterioso aparece y nos domina, desdeñando reglas gramáticas. La sensación embriagadora de haber quedado fuera de toda ley nos posee y miramos como desde una cumbre la vida diaria con su rudeza e imposiciones. Porque ahora han nacido alas y del cerebro, demasiado equilibrado, brotan chispas en aquel universo delirante.

Si la mujer sensible, pensadora, olvida tal momento, su misión está perdida. Fue mi caso. Luego, más tarde, comprendí eso. Comprendí que estaba *adentro*.

Enero. Cómo no agradecer a esos seres cuya presencia —aunque equívoca o vulgar— nos despertó de un prolongado letargo situándonos en nuestro camino verdadero. “Sí, X... La vida suele tener algunas ironías misteriosas. Ud. creyó hacerme un mal (y que me lo hizo en cierto sentido) fue sin embargo, el instrumento que escogió el destino para que yo llegara a mi mayor desarrollo espiritual. Sin su fugaz aparición, mi existencia se habría orientado dentro de una trayectoria diferente. Tal vez no habría escrito para el público, por lo menos tan pronto. Tarde o temprano sí, porque la esencia creadora vivía en mí. Pero no tan súbitamente. Así, pues, debo a Ud. gratitud. El encuentro breve y al parecer sin importancia con una persona que nada tenía de común ni con mi concepto de la vida ni con mi espíritu, marcó para mí una hora trascendental. ¿Por qué? No podría explicarlo porque lo ignoro. Pero su intuición —si es que Ud. la tiene— le dirá acaso algo del callado proceso que germinó cerca de su persona. A veces me pregunto ¿existió Ud. siquiera? ¿o fue un fantasma, una alucinación de mi mente que luchaba en su inconsciente por salir de un letargo? Alucinación o realidad, el resultado fue arrancarme del tiempo para dejarme suspendida en un estado anímico especial, estado que toca más el dolor que la dicha, pero que entraña una evolución magnífica.

Ahora soy antena que coge ondas, ventana abierta al infinito. Ud. en esta trayectoria ha dejado de actuar: fue úni-

camente el peldaño. Es que las personas de mi temple no pueden elegir: si buscan la felicidad como los otros están destinadas a ver morir lo mejor de sí mismos. Y vivirá, por el contrario, si saben captar el significado oculto de los acontecimientos y, sobre todo, si pueden permanecer fieles a su esencia profunda". (Carta imaginaria).

Sábado. Escribo sin cesar en mi novela y yo misma me sirvo de dactilógrafa, copiando a máquina. He aprendido a bastarme a mí misma lo más posible y cada día moldeo más vida según la frase de Ibsen: "el hombre fuerte es el hombre solo".

Tengo alma de novelista. Hay veces en que quedo admirada de mi penetración. Me brotan las ideas, las imágenes, y en cuanto al estilo, fluyo deliciosamente, como arroyo que se despeña.

UNA TEMPORADA EN BUENOS AIRES

Lunes 25 de septiembre. Me voy a Buenos Aires el jueves. Felizmente Pepe no puso obstáculos. Comprende que soy como el ave vagabunda que cada cierto tiempo siente el deseo imperioso de volar, de emigrar a otros cielos.

Viernes 29. Llegué a las 7 de la tarde. En la estación me esperaba un grupo de gente que ya estaba advertida, entre ella, algunos amigos íntimos de Marta G...., como el Dr. Sordelli, director del Instituto Bacteriológico de Buenos Aires, casado con chilena, Markman y señora, compatriotas muy simpáticos y Mario Bonelli, argentino.

Vino a verme a mi hotel, el Continental, Pablo Neruda a quien personalmente no conocía, pero que es amigo de Pilo, mi hermano. Me dejó invitada para un coctel que dará en mi honor con el objeto de presentarme a los más destacados escritores porteños. Neruda es Cónsul General de Chile en Buenos Aires.

También he conocido a Anita Berry, para quien traía una carta de presentación de Inés Echeverría. Simpatizamos y me tomó bajo su protección. Es muy artista de alma, aunque no se realiza. Es una chilena, solterona, que nunca ha vivido en Chile, pues primero se radicó en Londres y después ha pasado a Buenos Aires que le encanta. Vive en compañía de una tía que la quiere como a una hija. Estoy, pues, en buenas manos y no me sentiré sola. Entre Neruda, Anita y los Sordelli, ya tengo un mundo muy interesante en que moverme.

Martes 3 de octubre. A las siete de la tarde se efectuó el coctel en mi honor que ofrecía Pablo Neruda. Vive en un departamento ultra moderno en el piso veinte de un rascacielos. Me recibió con una amabilidad exquisita. Con su voz baja y su lento hablar de predicador, procedió a las presentaciones: —“González Carvalho ¿no has oído hablar de él? Es un muchacho talentoso, un gran poeta, tiene el genio de la poesía”. Tendí mi mano a un joven moreno, simpático, de frente estrecha. —“La rubia Rojas Paz, casada con el mejor ensayista argentino”. “Norah Lange ¿No la conoces? Pero si es una gloria sudamericana... Sus versos y su prosa son notables. Alfonsina Storni, a ella sí que la habrás leído ¿quién no conoce en el continente su poesía? Y por último este joven buenmozo (y avanzó a un muchacho realmente hermoso) que es un gran traductor de Guillaume Apollinaire...”

Hechas las presentaciones, nos sentamos todos en torno a una mesita ratona, a beber unas copas de cinzano. Ofrecían y hacían los honores, Maruca, la esposa javanesa de Neruda que semejava a un gigantesco gendarme rubio y María Luisa Bombal, joven actriz chilena. Yo no volvía en mi decepción, clavado mi pensamiento en una sola figura: esa era Alfonsina Storni. A través del halo de su gloria poética, yo que me había nutrido a menudo de la belleza de su obra, me la imaginaba fina, misteriosa, muy rubia y alta, muy romántica, y en vez de esa figura de ensueño, tenía ante mí a una especie de cocinera de pacotilla, con gestos y vocabulario muy vulgares y cabellos gris-sucios, tirando al blanco. El hada se transformaba en una figura burda, gemela del espantapájaros. Años más tarde conocí el alma de Alfonsina Storni, bella como la figura que mis sueños imaginaron y tan honda, tan sola, en medio de su gloria, que no pudo seguir e, imitando a Virginia Woolf, entró al mar para buscar la muerte.

Sentía yo el halago de Neruda al tenerme como huésped de honor: María Flora, tan medida, millonaria, según él creía, instalada en ese centro bohemio en que no se guardaba ninguna compostura. Pero la charla no tomaba cuerpo; se hablaba en broma, sin ingenio. Acaso mi presencia, silenciosa, cortaba la vena de aquellos habituales vividores. Alfonsina, entretanto, había cogido la mano del hermoso traductor de Apollinaire y se la acariciaba con voluptuosidad. Luego se besaron.

“Por Dios, Alfonsina protestó Neruda —María Flora se va a escandalizar, ella no está acostumbrada a estas cosas”. Yo protesté a mi vez: —“Cómo me iba a escandalizar por tan poco. No me pintes como una pacata, me despreciarán”. En

el fondo estaba crispada secretamente, pero intentaba adaptarme al medio. A las nueve partieron Norah Lange, la rubia Rojas Paz y González Carvalho. Neruda insistió para que yo me quedara. “Comeremos aquí, a la bohemia, cualquier cosa, una comida improvisada. No me hagas el desaire de irte tan pronto...”

Me quedé. Mientras se pedía la comida a un restorán cercano, Neruda me invitó a conocer la terraza del edificio. —“Casi toca el cielo, dijo. Y agregó: —María Flora, María Flora. ¡Eres preciosa, te lo digo de corazón!” La vista era soberbia: Buenos Aires, todo engalanado a los pies de la terraza y arriba el cielo erizado de estrellas. Bajamos por fin, volviendo al piso de Neruda. La comida había llegado y entre Maruca y Alfonsina la calentaban al horno. La cocina del piso era sorprendente: muros y suelos de mármol blanco con ribetes azules, mesas y consolas relumbrantes. Nos instalamos a comer en el pequeño hall, servidos por Pablo y Maruca. A medida que comíamos, la pasión de la Storni por el traductor de Apollinaire, aumentaba. De vez en cuando le gritaba: “¡Te besaría el sexo!” y, como lo embromaron a él con otra mujer ausente, ella exclamó: —“¡Que te salgan espinas en el sexo!” Asomaban tal vez a mis ojos sombras de decepción, de tristeza, pues Alfonsina me dijo: —“A usted le chocan nuestras palabras, nuestra naturalidad, pero ¡qué quiere! aquí somos así...”

Después de comer, Neruda propuso terminar la velada en “Signo”, centro de escritores. Entonces Maruca desapareció hacia su dormitorio, haciendo una seña a Neruda quien la siguió. Y a poco se sintieron los gritos de una discusión acalorada. —“Es Maruca que se opone a que vamos a “Signo”

dijo la Storni. —Detesta las trasnochadas, pero hace mal, porque un extraordinario poeta como Neruda necesita trasnochar”. Entretanto yo saqué mi pañuelo de la cartera y un penetrante perfume a “mitsouko” se esparció en el ambiente. El bello traductor de Apollinaire, soltó bruscamente la mano de Alfonsina y vino a sentarse a mis pies en un cojín.

—“¡Mitsouko! murmuró. —¡Usted usa mitsouko! ¿Por qué lo usa?” —“Porque me gusta ¿qué tiene ello de extraordinario?” —“¡Si Ud. supiera! ¿Me permite su pañuelo un momento?” Yo le tendí el pañuelo y él lo acercó a su rostro con una especie de espasmo.

En ese momento salieron del dormitorio Neruda y Maruca; él, más indio triste que nunca, ella, convulsionada aún de cólera. —“Vamos a Signo”, ordenó Pablo. Y partimos. Allá, en ese gran café subterráneo, ambiente nulo, bailes tristes. A las dos de la madrugada me fueron a dejar. No pude dormir, agitada por un delirio melancólico.

Jueves 5. Anita Berry que es todo un personaje, ofreció un té en Harrods para ponerme en contacto con la señora de Capdevila, el conocido poeta, y con M. Eugenia Monti Luro, que tiene, según Anita, el salón literario más interesante de Buenos Aires. —“Es lo mejor que hay aquí, me previno. —Va a ver, ambas la invitarán a su casa”. En la noche fui a una comida en “Africa” con Markman, señora y Mario Bonelli.

Viernes 6. Mario Bonelli es muy galante. En general, todos los argentinos lo son. Yo dije anoche que deseaba despertar a las once pues me sentía algo cansada. A esa hora exacta entró en mi pieza del Continental, un precioso canas-

tillo de rosas que llevaba prendida una tarjeta que decía: "Son las once. Respetuosamente, Mario Bonelli".

A las cuatro telefoneó Anita: —"Es preciso que conozca a Pelele, caricaturista muy pintoresco. Nos espera para el aperitivo". Pero a la hora señalada, Pelele no estaba. Anita se puso furiosa. —"¡Estos bohemios! Son intratables. No respetan nada. Pero, para aprovechar nuestra tarde iremos a visitar a mi médico. Vale la pena conocerlo". Partimos a casa del Doctor Sanz y fue una velada deliciosa. Casa bellísima, ambiente refinado, y, sobre todo, un jardín rústico al fondo, poblado de pájaros exóticos. Los había de todos tamaños y colores, sueltos y en jaulas. El doctor es un gran señor de unos cuarenta y dos años. Nos hizo los honores en forma deliciosa. Coctel en champagne, sandwichs. Discos escogidos amorosamente por el doctor que es un devoto de Bach.

En la tarde del día siguiente asistí a casa de Eugenia Monti Luro que recibe espléndidamente cada domingo. Mucha gente, muchos viejos. Pero algunas personas declamaron bien. También me ha invitado a su salón la señora de Capdevila. Muy concurrido: Soto Hall, interesante: fue amigo de Rubén Darío y de Gómez Carrillo. Hicieron música: tocó el piano un gran compositor, López Buchardi y su esposa cantó admirablemente. Además un pintor argentino, Ramaugé, pulsó la guitarra. No necesito decir que a todos obsequié mi novela.

MONTEVIDEO

Hice una arrancada a Montevideo en Compañía de Valentina Schiavetti que también deseaba ir y a la cual apenas conozco. La esposa del Ministro de Chile, Sara Ortúzar de Figueroa, nos esperaba en el muelle y nos instaló en el Parc Hotel, a orillas del mar, a veinte minutos de la capital y que en esta época está casi vacío. Visitas, muchas visitas. Alvaro Pinazo escribió a sus amigos uruguayos sobre mi llegada y, con ese motivo han venido a verme escritores y gente de gran situación. En la tarde fuimos con Sarita y su marido, el Ministro de Chile, Pancho Figueroa, al Golf. Estaba lleno, pero siempre son las mismas caras. Ya conozco a toda la "élite". ¡Qué sociedad tan reducida! Montevideo es mucho menos ciudad que Santiago, pero tiene la gran ventaja del mar. Las ciudades sin aguas caudalosas son como ciudades muertas.

Almorzamos en la Legación. A las cinco fui a un té que ofrecía en mi honor la conocida poetisa Luisa Luisi. Tiene un bonito departamento en una plaza central. Su sala de trabajo es amplia y clara y posee una pequeña terraza acariada por el ramaje de vetustos árboles. Ella, maestra de escuela, representa unos cincuenta años, es menuda, frágil y aparece devorada por grave dolencia. He sabido que estuvo paralítica hace pocos años y que sus "Poemas de la Inmovilidad" los escribió en esa época. Por lo poco que conozco, su poesía me parece fría, estática, como ella. Pero es una mujer cordial y que se ve noble y leal. El té fue servido con refinamiento. Había mucha gente interesante: el Ministro de España, Diez Canedo, y señora, el gran escritor criollo Montiel Ballesteros, el notable poeta Sabat Ercasty, Raquel Saenz,

directora de la "Revista Femenina", y otras personas. Todos me llevaron sus libros. Yo dije a Luisa Luisi: —"Me gustaría escribir sobre sus poemas..." Ella contestó: —"Si desea escribir sobre algún poeta uruguayo, hágalo sobre nuestro incomparable Sabat Ercasty, aquí presente". Entonces surgió de la penumbra de la sala una cabeza apolínea, viril e impresionante efigie de una de esas nobles figuras del Renacimiento. Toda la inspiración de los genios de esas épocas, enriquecía aquella vasta frente, coronada de nieve. Me obsesquió su libro "Los Adioses". Creo que su obra cumbre son "Los Poemas del Hombre" y "Los Poemas del Mundo", ya agotados y famosos. Se dice que ellos tuvieron gran influencia en la poesía de Neruda.

Sábado 14. A las nueve y media de la noche, yo había dado cita a Castro, el compañero de navegación, por haberlo encontrado casualmente. Cuando sonó el teléfono anunciándolo, baíé al hall sin sombrero. —"Quiero llevarla a las playas de Carrasco, me dijo. Tengo aquí el auto... —Pero hace un frío po'ar. Cerraremos los vidrios". Demostraba una prisa inusitada. Me sometí. Por lo demás, adoro pasear a orillas del mar, que ejerce sobre mí una fascinación profunda. Es, de la naturaleza, lo que más me atrae; el mar y el cie'o. Ibamos lentamente, conversando. Castro manejaba el auto con esa languidez elegante que le es propia. Me hab'aba de mi libro. Lo había hechizado. —"Esa sencillez, expresión suprema del arte. Y las descripciones de paisajes ¿cómo ha podido hacerlas con tanta alma? —Siento muy fuerte la naturaleza. Mi novela es más hija de la sensibilidad que de la inteligencia. —¡Ud. tiene una inteligencia deliciosa, deliciosa! Es sutil, artista, matizada de ironía, deliciosa... Yo tal vez

habría podido enamorarme de usted si no hubiera sentido que me despreciaba. —¿Despreciarlo? Intelectualmente, de ningún modo. Moralmente, quizás... —No quiero decir moralmente. —¿Entonces? ¿Por qué cree que lo desprecié? —El único día que la vi en París y que la acompañé hasta su casa, usted debió haberme invitado a entrar. Yo no habría entrado, le prevengo, pero Ud. debió haberme invitado. ¡Era un amigo bueno para la calle, pero indigno de pisar su hogar! —No, no, fue una distracción o una cortedad”.

¿Cómo explicarle esa extraña impresión que me hizo juzgar una aberración el mezclar con mis padres a ese ser turbio, misterioso, duro? Con pérfida intención, para herirlo en su orgullo, le dije: —“¿Quién es Ud.? ¿por qué nadie lo conoce? He frecuentado estos días cantidades de uruguayos, todos, todos, lo ignoran... —Sé que les soy antipático. —¿Cómo puede serles antipático si no lo conocen? Lo ignoran todos, le aseguro. —Posiblemente. Qué puede importarme”. Hablamos de ideas sociales y de prejuicios de clase. —“Los chilenos son unos oligarcas terribles, agregó. Tienen fama. —¿Uds. no? —¡Este es un país democrático! Y en ello estriba su fuerza. Aquí no conocemos esos absurdos prejuicios sociales que cierran el camino a un ser de valer porque no nació en cuna rica”. Me pareció al oírlo que, lejos de sufrir de su condición social inferior, estaba orgulloso de ella. Y, en el fondo de mi ser, lo admiré. —“Usted, está saturada de ideas falsas, dijo, y lo que más quiere en el mundo es su situación social, su bella casa, todo ese marco que le es necesario para ser feliz”.

Cuando llegamos a Carrasco, detuvo el auto frente al mar. —“Cuénteme algo de su vida, le dije, de sus amores.

—¿Ha visto Ud. algo más tonto que contar sus amores?
—Cuando han sido hechos de sentimientos, no. —¿De sentimientos?” Su rostro tomó una expresión dura, implacable, para decir: “Yo no me enamoro”. Y empezó de nuevo a explicar su cansancio de civilizado. —“Soy incapaz de amor, es un hartazgo el que hay en mí. Nada puede ya hacerme feliz, nada puede devolverme mi fe en la vida. ¿De qué me viene este asco, esta fatiga? Tal vez de haber empezado demasiado temprano y de no haber encontrado nunca un obstáculo. Es como un millonario que no desea nada porque lo tiene todo. —Es pretencioso su concepto y no lo comprendo”.

Poco a poco, el contacto de ese cansancio cerebral y analista, una tristeza profunda me invadía. —“Volvamos, dije. —No hubiera querido entristecerla. —Siento compasión por Ud”.

El auto corría y frente a la claridad lunar, yo lo observaba con una especie de horror. Era el don Juan ensangrentado que busca en vano la vida que se escurre y que nunca vendría a él porque su propia esterilidad, su hartazgo, la ocultan tras un velo siniestro. En el hall del hotel seguimos hablando todavía. Hacía gala de egoísmo, de dureza, se ponía teatral y mostraba ojos en blanco. Yo lo analizaba fríamente y lo juzgaba ridículo. Sus ojos inexpresivos, impacibles lagos, eran más bien pequeños y encapotados, su expresión era impávida, su cuello robusto, toruno, revelaba materialidad. Y, pese a su gran estatura, a su porte macizo, había en él algo femenino: su sonrisa y ciertos gestos hacían pensar en una mujer bonita que coquetea. Entretanto, un cambio se producía en él: perdía sus modales suaves, aceitosos, y se tornaba duro, feroz de cinismo. Destilaba cicuta. Yo sen-

tía en él la oscura alegría de humillarme. ¿Por qué? Era el patán que surgía a través de las maneras aprendidas del gentleman. “Adiós”, le dije. Y fui a abrir de par en par la ventana para ventilar el hall del hotel. “Su libro es delicioso, lo voy a difundir lo más posible. Adiós”.

Sábado 14. Sara Narbondo, la primera esposa del presidente Brum, divorciada después, y amiga mía desde el Atlántique, ofreció hoy un almuerzo en mi honor en el Club de Golf. Asistieron varios escritores y Valentina. Conversación interesante. Sara Narbondo es bella y culta. Después fuimos en auto a Carrasco. ¡Qué hermosa playa! Sólo un gran hotel y numerosas villas diseminadas en un bosque artificial. Nada de tiendas, de ciudad. ¡Cómo me gustaría haber nacido en una ciudad que lame el mar!

A las cinco vino Sarita a buscarnos a Valentina y a mí para ir a conocer a Juana de Ibarbourou que nos esperaba en su casa. La gran Juana. No tuve decepción. Es dulce de expresión y de acento, morena de tinte. Habla con sencillez y tras el aspecto de una burguesa común, se adivina la inquietud de la apasionada y el tormento de la cautiva. Porque no sale jamás, nadie sabe por qué. Contempla el mar desde una terraza. En Montevideo la veneran y la llaman Juana de América. Me encanta su poesía que evoluciona de sensual y apasionada a mística. Me regaló sus libros. Me han obsequiado tal cantidad de obras, que tendré que comprar otra maleta.

Hoy me sacaron un retrato para “Mundo Uruguayo”. Los uruguayos y los chilenos son notables en poesía, así como los argentinos resultan más fuertes en novela.

Domingo 15. En la tarde dio un coctel en mi honor el

matrimonio Rosen, gente de gran abolengo social. En su salón se encontraba reunida una colección de viejitos y viejitas. La única mujer de mi edad era Ofelia Calo Berro (ya era mi amiga desde que estuvo en Santiago) y que me demuestra admiración. Es una buena poetisa y me gusta como persona. Su mejor libro de poemas es "El Arbol Joven". Cuando partí, el dueño de casa, viejito de blanca barba, me ofreció el brazo para bajar la imponente escalera de mármol, con una galantería que ¡ay! no es ya de este siglo.

Hoy caminé sobre esas calles mohosas, solitarias y negras de la vieja ciudad. ¡Qué triste es Montevideo! Una sensación de horrible desamparo (pese a mis éxitos de toda índole) me mordía el corazón. Apuraba el paso, angustiada, febril. Mi fatiga moral, adormecida unos días como reptil en reposo, me envolvía de nuevo.

Lunes 16. Mañana Valentina y yo regresaremos a Buenos Aires. Antes de partir, ofrecí una conferencia en "Amigos del Arte", sobre literatura chilena. Mucha gente. Muchas flores.

Buenos Aires, martes 17. En Buenos Aires volví al Continental. Es esp'éndido, no me acostumbro a otro hotel. Todos los porteños me acogieron como a una antigua conocida. Encontré un montón de cartas: el pintor Ramaugé que conocí en casa de Capdevila me ofrece sus homenajes; Luis María Alvarez me envía un artículo de la Prensa sobre mi libro. También cartas de los míos, entre el'as una de mi Alfonso que es un amor; me cuenta que hay cantidades de animales en nuestra casa: una perra "setter irlandesa", llamada Tamara (hace tiempo que la tenemos y además de muy hermosa es una gran compañera) dos perritos hijos de ella, un gato y

un mono tití. He olvidado contar a este diario que ya no vivimos en la calle Esmeralda, sobre la gran casa de mi padre, lo que nos da mayor independencia. Habitamos una hermosa casa con jardín en Avda. Brasil, cómoda y espaciosa que nos permite tener animales y extensión. Sigo con Buenos Aires. En cuanto me instalé fui a visitar a Anita, mi gran amiga. La invité a tomar té a Okay.

Martes 17. Almuerzo en casa del Dr. Sordelli. Era el santo de Chita. Con este motivo, serpentinas, pitos, chaya, una parrillada exquisita y un champagne nacional muy malo. Algazara de todos. En mí, tristeza atroz. A mi lado, María Luisa Bombal, la actriz y luego notable novelista chilena, lanzaba de vez en cuando estridentes chillidos que me crispaban los nervios, y arrojaba chaya sobre la comida. Para cambiar de atmósfera, tomé té en el reposado y dulce ambiente de Anita y su tía. Me siento mal. Ellas me aconsejaron que pidiera cita al Dr. Sanz. Fui a las ocho de la noche, única hora que tenía libre. Es una excelente persona, pero comprendí en el acto que no es él quien podría curar mi mal que es o debe ser un mal psíquico cuya causa ignoro puesto que todo me sonrío. Como la consulta terminara a las ocho y media, él insistió para que me quedara a comer. "Comparta mi modesta comida de soltero. Si la molesta comer en casa de un hombre solo, no se violente, sé que ello está en contra de los usos sociales, pero ¿qué tiene de particular? Ni Ud. ni yo somos convencionales..." Acepté. Además sentí al doctor tan fino, tan gran señor.

Comimos agradablemente, una comida exquisita y en ese ambiente tan refinado del doctor. Un mozo elegante nos servía. Después de comida, con el gran ventanal abierto al

jardín poblado de pájaros, se hizo música de lujo: Bach, Chopin, etc. Yo escuchaba en silencio, con la frente entre las manos. El pobre Sanz siempre me ha visto así, hundida bajo el peso de la aflicción. No conoce mi sonrisa ni mis impulsos de alegría. Anita cree que lo ha hechizado la aureola que pone en mi frente la tristeza. Otra comensal, decía: —“Ella sueña, está muy lejos...”.

Sanz no es interesante: habla mucho de sí mismo, pero su casa seduce y es un gran señor.

Miércoles 18. Amanezco mejor, mucho mejor. Quizás la música, la paz de anoche, me trajeron algo que necesitaba. Escribía apuntes sobre la poesía de Juana de Ibarbourou que me seduce, me conmueve. He aprendido de memoria sus poemas y me los recito a mí misma.

Jueves 19. Paseo matinal a Palermo con Anita y un inglés amigo de ella, Mr. Munroë. Luego, invitadas por el inglés a una comida exquisita en un restorán italiano.

Viernes 20. Convites diversos. Con Ramaugé almuerzo en una linda terraza que mira al río. Té con González Carvalho. Es incoloro. Comida en compañía de Anita y Carmen Leguizamón, invitadas por Mr. Munroe a otra terraza de la Costanera, siempre contemplando el río. Había un mundo de gente. Discutimos en broma, muy agradablemente. Estando Anita, la conversación no puede ser banal. Después el inglés tuvo la idea de que subiéramos a la montaña rusa. Hacía un calor sofocante y resultó una delicia dejarnos caer, Anita, tan gruesa, aferrada a la baranda para no resbalar y el inglés, tan flaco, con su rostro inmutable. Bajé de allí refrescada moralmente, riéndome aún del contraste de esas dos figuras.

Al volver al hotel encontré la pieza toda perfumada con un canastillo de rosas que envió Ramaugé.

Domingo. La recepción semanal de M. Eugenia Monti Luro, junta una pléyade de músicos, poetas, novelistas, políticos. Es un salón altamente interesante. Se declama, se toca el piano, se conversa. Conocí a un psiquiatra cultísimo, el Dr. Aberasturi, muy elocuente que, cuando yo llegué, disertaba en el comedor sobre el individuo moderno y tenía a toda la concurrencia pendiente de su palabra. Muchos, entre ellos Anita, contradecían sus ideas y se entablaba una polémica apasionante. Después en "tete a tete" conversamos largo. Fuera de ser el Jefe de un hospital para niños retardados, es el presidente de la sociedad grafológica de Buenos Aires. Me leyó admirablemente el carácter en la letra.

Domingo. Almorcé en la pensión de Anita. Qué fuerte es esta mujer. Me da inyecciones de alegría. Después, telefoneó Ramaugé, el pintor, para invitarme a comer. Pasa preocupado de hacerme programas interesantes. —"¿Quiere que la invite con Victoria Ocampo? —No me gusta aparecer buscándola... —¿Con Carlos Noel, entonces? Tiene una finca preciosa y nos invitará cuando Ud. quiera. —¿Sabe? A Amorim, el novelista uruguayo me gustaría conocerle. Dicen que su libro "La Carreta" es muy bueno. —Elegió lo más difícil. A Amorim no se le pillá. Nunca se sabe dónde está. Ahora debe andar en Europa. Pero trataré de encontrarlo".

La comida que me ofreció Ramaugé resultó interesantísima porque asistió también un escritor de gran talento: Martínez Cuitiño. Feo, de unos cincuenta y cinco años, pero dotado de una cultura que iguala su inteligencia. Es la clase

de inteligencia que a mí me encanta: profunda, brillante, muy matizada. Contó anécdotas atrayentes. Luego de comer en "Cassom's" fuimos a "Kasbeck", la boite rusa que imita al Kasbeck de París. Bailé "La Cumparsita" con Ramaugé. Martínez Cuitiño declamó en voz baja unos versos en lenguaje criollo. Hablando de la vida, al regresar, Martínez Cuitiño, dijo: —"La vida es una sombra". Lo es y su frase me encantó. Pero le contesté: —"No, la vida es una enfermedad mortal", recordando la frase famosa.

Lunes 23. Correrías. Volví a las siete al hotel. Leí algo a Huxley y me sentí triste a morir. Cuánto desearía tener un alma seca, dura, como la de su protagonista Lucy Tautamont, como la de tantas mujeres reales que he conocido: Odette Momus, Mary Z... etc. Sé que soy tan superior a ellas, que mi sensibilidad es la que me impulsa a escribir, pero... Es el castigo de esa soberbia que me poseyó, haciéndome creer invulnerable, dueña del mundo y de mí misma, libre de gobernar mi destino. Y, en vez de eso, vivo desangrándome.

Martes 24. —"Hay que conocer a Oliverio Girondo" me dijo Anita. "Es un original, un vanguardista, que todo lo niega, que de todo se ríe. Pero tiene gran talento y muchos millones. Es para verlo de tarde en tarde, porque es un loco, fuera de toda convención, pero hay que conocerlo". Y agregó; "Olivero es el champagne, Sanz es el pan".

Miércoles 25. Telefoné Ramaugé: —"¡Al fin encontré a Amorim! No se comprometa para mañana, comeremos juntos".

Almorcé en casa de los Sordelli. Me aburro en ese ambiente. Al llegar me encontré con carta de Anita, avisándome

me que Olivero nos invita a comer mañana en su palacete. En la tarde vino Cicotti, de "Noticias Gráficas", quien desea saber por qué la protagonista de mi libro "El Abrazo de la Tierra" no se entregó a Juan Carlos. Le contesté: "porque pertenece al tipo de mujer romántica que no busca el placer sino el amor y sabía, por instinto, que en Juan Carlos no encontraría amor". No alcanzó Cicotti a terminar su entrevista porque apareció Ramaugé que venía a buscarme para la comida con Amorim.

Partimos en auto hacia Comega, la hermosa terraza del rascacielos de Corrientes. —"Allá se nos reunirá Amorim", dijo el pintor. Pero llegamos y la terraza estaba clausurada. ¿Cómo avisar a Amorim? Dejamos recado con el portero del edificio y partimos al Richmond, sitio que el escritor uruguayo suele frecuentar. Yo aguardé en el auto mientras Ramaugé hacía averiguaciones. Amorim, le dijeron, acababa de irse. —"Yo esperaré aquí porque seguramente al recibir mi recado de Comega, volverá, dijo. Usted entretanto, como no quiere entrar al Richmond, podría dar algunas vueltas en el auto". Lo hice, pero por fin se me ocurrió volver a Comega. Bajé y me crucé al entrar con un joven alto, hermoso, que salía. Entré a la portería. —"¿Ha venido el escritor Amorim? —¡Pero si sale en este instante! Debe estar haciendo partir el auto". Y un mozo se precipitó. Así, el joven alto era Amorim. Detuve al mozo. —"No vale la pena", le dije. Me pareció ridículo andar buscando al escritor por excelente que fuera. Y esperé tras una cortina de terciopelo el tiempo necesario para que el joven partiera en su auto. Pero no partió. Esperó un rato que volviera a salir esa mujer que ignoraba quien fuera y como no salía, descendió, atravesó la

calle, penetró al edificio y levantó la cortina. Yo aparecí algo cortada. —“¿Es usted Amorim?” le dije. —“Sí, señora. Y usted es... —Yo soy una escritora chilena que paso por aquí”. El se asombró sinceramente. —“¡Así que es Ud. la escritora chilena! ¡Así es que con Ud. voy a comer esta noche!” Más tarde me contó que al cruzarse conmigo en la puerta, había pensado: “Por esta mujer yo mando al diablo a la escritora chilena y al pintor”. Nos reímos mucho. Y partí en el auto con él a Richmond a buscar al pobre Ramaugé que semejava una estatua de sal en la puerta del bar. Explicación y risas.

Comimos en Cassoni's. La charla fue muy agradable. No tiene Amorim el brillo y la profundidad ni de un Martínez Cuitiño ni de un Aberasturi, pero posee una simpatía y una fuerza de vida extraordinarias. Ha estado en Chile, en Europa muchas veces, ha escrito varios libros entre ellos “La Carreta”, de tipo criollo, es millonario y tiene una figura física de cinematógrafo. Después de comida nos fuimos a casa de Olivero Gironde. Casa preciosa, decoración muy moderna de gran lujo. En un extenso salón nos esperaban Oliverio con Anita y dos jóvenes escritores: Jorge Pinto y José Bianco. Oliverio es feísimo pero muy ingenioso. Contó algunos cuentos divertidos. Es muy querido por los intelectuales. Se bebió algo muy fuerte. A media noche partió Anita con sus dos compañeros. Amorim nos invitó a mí y a Ramaugé al Kasbeck. Bailamos. Yo me sentía envuelta por la admiración del autor de “La Carreta”. Ramaugé me contó que la señora de Capdevila había ofrecido una gran fiesta en honor de García Lorca que acaba de llegar de España y que, al hacer las invitaciones, había dicho: —“Todos, hombres y mujeres, andan

locos con la escritora chilena. Por lo menos cinco personas me han telefonado pidiéndome que no me olvide de invitarla a mi fiesta. ¡Pues, no la invito!”

Realmente no me invitó. Pero parece que la fiesta resultó un semi-fiasco, pues el autor de “El Romancero Gitano” no asistió por encontrarse borracho a consecuencia de una trashedada feroz en casa de Oliverio. Asistió a tal recepción todo el grupo de Neruda, naturalmente. Anita dice: —“En mi presencia, Oliverio se guarda muy bien de hacer tonterías. Sabe que yo no se las perdonaría”.

El sábado iré a una comida que en el Pen Club ofrecerán los escritores de Buenos Aires en honor de García Lorca.

Sábado 28. A las once de la mañana telefoneó Amorim. Quería que en vez de ir a la comida para García Lorca, yo comiera con él en un restorán de Palermo. —“Estas comidas de escritores son fúnebres”, dijo. Pero yo no acepté. Amorim y Ramaugé me pasarán a buscar para ir al Pen Club en la noche.

Hoy en la tarde asistí a la recepción que M. Eugenia Monti Luro y su esposo, el Dr. Crespo, ofrecían en mi honor. Mucha gente. Yo estaba muy bien con turbante blanco y traje negro. Causé sensación. Los argentinos son muy celebradores y galantes. Todos querían conocerme. José Bianco, dijo: —“Tienen las chilenas algo de ensueño y un misterio especial, resabio romántico de la vida colonial”. Asistía un grupo interesante de escritores. En un extremo del gran comedor estaban Anita y Martínez Cuitiño discutiendo. (Anita es muy discutidora). Sus voces llegaban a mí. —“La vida es un kaleidoscopio, opinaba Martínez Cuitiño; sucesión de imágenes repetidas y tristes. —¿Kaleidoscopio? protestaba

Anita. ¡Qué ocurrencia! Es un eteroscopio que vierte luz". Nunca se pusieron de acuerdo. Después Martínez Cuitiño se acercó a saludarme. —"Supongo, le dije, que Ud. habrá notado que yo quedé fascinada con su conversación la otra noche. —Yo, señora, con Ud. Pero cómo puede interesarle mi charla. Soy un misántropo, un triste, que rara vez sale de su cueva".

Regresé a las ocho y media a prepararme para la comida del Pen Club en honor de García Lorca. Neruda había telefonado repetidas veces dejándome recado de que no faltara.

A las nueve llegó Amorim a buscarme. Mientras esperábamos a Ramaugé, nos sentamos a conversar en el auto. —"No le perdono, decía Amorim, que Ud. desdeñara mi convite de ir a comer a Palermo por asistir a esta aburrida comida de escritores. Yo había ordenado ya mil preparativos en Palermo: una mesa al aire libre en el mejor restaurant, una luna en el cielo que nos mirara y todas las avenidas alfombradas de las más bellas rosas para que usted las pisara". Pronto llegó Ramaugé y partimos los tres al Plaza. Cerca de las diez subimos al último piso que alberga el Pen Club. Era un conjunto de pequeñas mesas. Quedé con mis dos amigos: Ramaugé y Amorim, el poeta Fernández Moreno y el poeta Conrado Nalé Roxlo. —"En castigo por no haber asistido a mi comida, me decía Amorim, voy a influir para que la coloquen en la mesa oficial, entre dos figurones que le hablen de los temas más graves y aburridos del mundo". Amorim, veo por sus libros que es muy inteligente, pero en la charla se hace el frívolo, exagerando la nota bromista, y se ríe demasiado, recordándome a Pepe Yáñez. Había mucha gente en el homenaje: Oliverio, la rubia Rojas Paz, la nórdica

Norah Lange, González Carvalho, Manuel Gálvez, etc. Ofreció la manifestación el poeta Amado Villar en elocuentes frases. "Pablo y Federico, dijo, Federico y Pablo... Olvidemos un instante su gloria literaria, la que todos conocéis, para escuchar cómo danzan y cantan estos dos hombres eufónicos al confluír ahora en brillante remolino sobre las torres de la ciudad. García Lorca trae del este, del lado de España, la espuma del río y el milagroso aire del amanecer. Y del otro extremo, del lado de Chile, de la montaña y del mar, viene Neruda con su genio creciente portador de cantos inmortales. Su obra tiene originalidad selvática y en todos sus poemas existe cierto rumor secreto que ningún poeta de habla española ha podido igualar. Es, junto a Rubén Darío, a García Lorca y a Huidobro, uno de los grandes creadores en el lenguaje español.

Así, en vivas y deliciosas imágenes, habló largamente el poeta argentino. Ambos festejados contestaron conjuntamente en un hermoso discurso en colaboración: "Señores, empezó García Lorca, señores, siguió Neruda". Luego otro párrafo del primero seguido de uno del segundo. Evocaban la inmortal figura de Rubén Darío. Se olvidaban de ellos mismos para hacer revivir la imagen luminosa de aquel otro gran poeta latinoamericano. Y así en esta loa, alternó durante largo rato, la riqueza dinámica del poeta granadino con el hondo cantar del poeta chileno. "Rubén" murmuró para concluir García Lorca con voz vibrante. —"Darío" terminó Neruda con acento pensativo. Fue un desborde de entusiasmo el que acogió el original y generoso discurso. Amorim con su vitalidad exuberante, cogió todas las flores de nuestra mesa y las lanzó sobre las cabezas de los festejados. Después se bailó

un poco, y por fin fuimos a Palermo en varios autos. Fue delicioso, el rosedal, los árboles. Desde el cielo nos miraba esa luna llena ordenada por Amorim. La alegría de vivir, la desbordante plenitud de este escritor uruguayo, me tenían pasmada. Amorim simboliza la vida misma. Y allí, entre los árboles de Palermo, riendo y embromando, tenía la salvaje atracción de un joven tigre. Murió pocos años después, muy joven. Lo he observado a menudo: la excesiva vitalidad gasta más pronto a los seres que la apatía y la tristeza como si día a día les fuera robando los impulsos que necesitan para existir.

Lunes 30. Permaneceré en Buenos Aires una semana más. Hoy siento muy fuerte esa angustia de la vida moderna, esa trepidación, ese saber que vamos corriendo hacia quien sabe qué destino. Sí, la vida es un kaleidoscopio de imágenes confusas y rápidas. Golpean los albañiles frente a mi pieza construyendo un rascacielo. Y alternan las bocinas de los autos produciendo un conglomerado de ruidos que nos atormentan y nos hacen perder la esencia de nuestro ser. Somos unos derrotados.

Martes 31. Con Anita a la conferencia de García Lorca. Magnífica. Habló sobre "Un poeta en Nueva York" o mejor dicho "Nueva York en un poeta". Definió en dos palabras el panorama de Nueva York: "Arquitectura extrahumana y ritmo doloroso, geometría y angustia". Explicó la sorda lucha entre el firmamento impasible y los rascacielos sin alma. Comparó esta arquitectura que surge monumental tapando el espejo del cielo con la arquitectura gótica de hondas raíces que lleva en sí algo de religioso. Dijo la soledad del poeta en Nueva York, intensificada por el enjambre de ventanas que

“beben los muslos de la noche”, por el centelleo de los avisos luminosos y por el rumor de la multitud aulladora que semeja el ritmo de un tropel de caballos.

Habló después de Harlem, el barrio de los negros que sufren la tragedia de querer ser blancos y que son esclavos de todos los inventos y las máquinas del hombre blanco. Recitó entonces, su “Oda al Rey de Harlem”, clamor desesperado de un millón de labios negros que ansían la carne de las mujeres blancas y que se levanta como un himno lujurioso.

Habló de la Bolsa Neoyorkina con sus “craks”, sus suicidios y sus dramas sin grandeza, “amamantados por un río de oro caliente”. De allí se trasladó a un domingo en la urbe y cantó el espectáculo de esa muchedumbre borracha de movimiento que vomita el subway. El poeta, huyendo de la ciudad angustiada, busca refugio en el campo y habla con emoción del bosque cobijante, de la romántica niña que muere ahogada en el lago y de los insectos que cantan en una sola sílaba. Por fin se va de Nueva York, se aleja sin nostalgia de ese mundo que carece de raíces. El barco lo deja caer en La Habana, olorosa a trópico, con sus palmeras, sus cantares y sus negritos contentos de vivir que exclaman con una sonrisa: “yo soy un negro latino”. Canta entonces el poeta del embrujo de esas tierras.

Y así termina esta conferencia prodigiosa ante un público que demuestra su admiración en ovaciones repetidas.

Jueves 2. Está mal arreglada la vida. No es natural que todo sea tan complicado. Yo soy la víctima del exceso de civilización que existe hoy día. No me conformo con haber nacido en la era que García Lorca llamó de la máquina y del músculo.

Domingo 5. ¡Qué luminoso día! Me habría gustado ir al campo. En vez de eso, vino de visita Aberasturi, el joven médico que conocí en casa de María Eugenia Monti Luro. Resultó interesantísimo. Es un hombre muy feo, pero talentoso. Hablamos largo y profundamente sobre la inquietud moderna. Aberasturi, con su palabra clara, ponía un foco de luz sobre complejidades y problemas que para mí permanecían oscuros. Según él, el hombre moderno (se entiende el hombre refinado, intelectual), es, sensualmente hablando, un desorientado o un perverso. La educación que ha recibido, el exceso de civilización le han creado una insatisfacción que es la que lo hace actuar, manteniéndolo lo más lejos posible de la naturaleza. Habría conversado indefinidamente con Aberasturi. Siempre he sentido debilidad por la inteligencia en los seres, por cierta clase de inteligencia, muy cultivada, muy expresiva.

Cuando partió, me preparaba para ir a visitar a Anita, cuando sonó el teléfono: Amorim deseaba verme para invitarme a un aperitivo en el hotel. Estuve contenta de encontrarlo. Es curiosa la fuerza que emana de este hombre: entra a un salón y es como un estallido de vida. No es de este siglo de apáticos.

Victoria Ocampo, que es la figura cumbre dentro de las letras argentinas, ha puesto su fortuna al servicio de la literatura. Es dueña de la revista "Sur" de gran categoría literaria. Cuando visitan Buenos Aires escritores de fama universal como Keyserling, Stephan Zweig, Ricardo Baeza etc., las aloja en su palacio. Es íntima de Gabriela Mistral, pero no se dignó a recibir en su casa a Neruda ni pretendió conocerlo, lo que prueba su ninguna visión. A Alfonsina Storni ni

la miraba ni respondía a sus saludos en la calle. Su actual amigo *íntimo* es el joven escritor Eduardo Mallea, novelista argentino, quien se siente muy halagado de tal honor. Ella es de una belleza imponente, pero resulta altanera y poco simpática. Sin embargo, atrae y, a la vez, infunde miedo con su dura inflexibilidad.

Por intermedio de Anita (porque ella no se digna telefonar) me mandó invitar a almorzar. Asistían unas seis personas a su palacio: Anita, Ana María Oliver, la escritora parálitica, y otros tres que nunca volví a ver. Victoria no habló una sola palabra durante el almuerzo. Sólo le oí su voz cuando dijo al mozo: —“Sírvame más tortilla”. A quienes conocí en otros centros fue a su hermana Silvina, también escritora, y al esposo suyo Adolfo Bioy Casares, novelista de mérito.

Su situación excepcional no le ha dado a Victoria bondad sino soberbia. Exige al escritor, no sólo talento sino muchas otras cosas ajenas a la maestría de su obra. Deben ser, además, bien presentados, nada tímidos y, si es posible, hermosos. Estas características me traen el recuerdo de Alfonsina Storni, tan despreciada por ella. Alfonsina, genial, era el patito feo de la literatura. Además no imponía como Gabriela Mistral. En cambio sus modales carecían de la compostura necesaria a cierta situación social. Neruda captó en el acto su genio poético.

Años después, ya ligada con Neruda por inalterable amistad, que subía y bajaba como una ola según las circunstancias de viajes y largas ausencias, permaneciendo siempre honda, me dispuse a asistir a una gran comida que sus amigos le ofrecían con motivo de una partida a Europa. Llegué muy

tarde —cosa rara en mí— que soy la puntualidad misma. Al verme, Enrique Bello, secretario de la Sociedad de Escritores, que ofrecía la comida, se puso de pie para indicarme mi asiento: —“En la mesa de honor, claro”, dijo. Entonces intervino Neruda, también de pie, desde la especie de altar en que estaba, entre su esposa Matilde y Luis Oyarzún, Presidente de la SECH. —“Nada de mesas de honor, exclamó con su voz de sacerdote; ella se viene aquí, a mi lado. —No puedo, Pablo, el espacio es muy estrecho para dejarme pasar... —Se levantan todos, agregó obstinado. Y tuve que deslizarme, molestando al infinito a los asistentes que me lanzaban miradas de odio entre cubiertos que se caían al suelo y comida que se desparramaba. —¿Y yo? protestaba Oyarzún. —Ud. se corre”. Así quedé junto al poeta quien durante toda la velada me dirigió con unción la palabra, regalándome ese resplandor interno tan suyo.

RETORNO A CHILE

¡Qué intenso fue el retorno al hogar! Los niños están esplendorosos. El gato Michín, los tres perros (Tamara y sus hijos Fedor y Coñac) saltan sobre mí con indecible alborozo. Y en el jardín vivían el mono tití y dos conejos. Todo era sol y contento.

En estas memorias, que ya se prolongan demasiado, no debo permanecer inmóvil frente a esa fuente de felicidades que es el hogar. Debo seguir acumulando sucesos. Yo seguía escribiendo y publicando, pero no lograba llegar a la esencia misma de aquello que yo sé que puede crear mi yo

dinámico. Escribía, sin embargo, en un estado especial, vecino al trance, pues la inspiración se presentaba súbitamente, sin esfuerzo, como si yo estuviera poseída. Pero en el fondo guardo rencor a mi espíritu por no encontrar el verdadero camino y paralizar lo que hay en mi naturaleza de más rico. “El hombre es un aventurero del pensamiento”, declara Lawrence. Existe un “yo” con sus simpatías y antipatías, irracionales, sus deseos, sus sufrimientos, sus goces que lanza sin tregua un desafío al otro yo consciente que reside en nuestra mentalidad. Hoy la mayoría de los seres viven en ese segundo yo consciente, mental, sin escuchar al primero. Aprisionados en la idea que tienen de sí mismos, no llegan a saber lo que son en realidad. Su yo verdadero, incógnito para ellos mismos, permanece amordazado. Eso es lo que pasa en mi literatura: no salto la valla.

Mis vagabundeos callejeros son una experiencia importante. Casi siempre me ocurren cosas curiosas. Calles repletas, calles desiertas, barrios populosos, barrios tristes, vidrieras, librerías. Camino, camino. Algunas calles me parecen túneles. A veces se van sintiendo golpes imprecisos y sordos que no se sabe de dónde salen. De pronto, un señor a quien creo haber conocido en algún sitio, se precipita hacia mí y exclama: “¿Qué le parece? ¡Es el caos! Vivimos en el caos”. Otro día, cuando un carabinero va a quitarme el carnet por haber colocado el auto en lugar prohibido mientras hacía mi caminata, un joven se detiene, increpa al carabinero, se hace responsable de todo y va preso por mí. No lo conozco. Y aquellos dos bandidos que, una noche empiezan a cercarme lentamente. Estoy pérdida, voy a gritar en la umbrosa avenida desierta. Pero en el mismo instante se abre una puerta y

lanza un chorro de luz. Aparece en el umbral, como ángel de la guarda, una mujer. Y los hombres se alejan. Y así, tantos seres sin nombre que actúan frente a mí durante un segundo y se esfuman en la nada.

He seguido recibiendo en casa a mis amigos escritores que congenian muy bien con Pepe: Joaquín Edwards, Santiván, Manuel Vega, etc. Pero también existen los resentidos que me atacan porque entré al mundo de las letras. Ya me lo había advertido papá.

Cuando llega la combinación trasandina recibo montones de cartas y recuerdos de mis amigos "del otro lado". Los libros llueven. Sanz me envió un disco con un preludio de Bach. "El Hogar", revista bonaerense publicó en página entera mi retrato en color con un reportaje hecho por Jorge Pinto. "Atlántida" también publicó mi retrato.

Ocoa. Aquí en este fundo, donde pasamos una temporada invitados por Inesita Larraín y su familia, llega a su apogeo mi inspiración y empiezo a crear otra novela. Paso las horas bajo una gran palmera del viejo parque, escribiendo. A veces escribo hasta cinco horas diarias: en medio del bullicio de los niños que juegan en el parque o de las conversaciones de los grandes. Pero este exceso de trabajo me ha traído insomnios y dolores de cabeza. No basta el concierto de perfumes.

Partí a Europa con los tres niños. Pepe, llevado de su espíritu autoritario, nos había planeado el itinerario desde Chile, antes de salir con una agencia que nos obligaba a permanecer demasiado tiempo en alguna ciudad de la que estábamos hartos y muy poco en otra que nos atraía más. Sólo en París conseguimos librarnos de la odiosa tutela. Pero el

viaje resultó interesantísimo. Fuimos primero a Alemania, muy convulsionada. La guerra se nos venía encima. Estaba en su apogeo la persecución a los judíos. En todas partes grandes carteles que decían: "se prohíbe la entrada a perros y judíos". De allí pasamos por largo tiempo a Italia. En París nos instalamos en el maravilloso Hotel Lutecia, situado en el Boulevard Raspail. Sólo albergaba franceses, fuera de una familia argentina muy atrayente. Esa fue tal vez la mejor etapa del viaje. Mónica muy apegada a mí, vivía colgada de mi brazo amorosamente. Había en ella entonces algo de desamparo, de indefenso, que conmovía. La niñita rebelde de antes había desaparecido.

En Venecia, Alfonso quedó marcado para siempre por los cuadros del Tintoretto. Y sus mujeres, altas, rubias, de caderas anchas, pasaron a ser el tipo femenino ideal que persiguió a lo largo de su vida. Naturalmente se casó con una mujer de ese tipo. ¿Que no lo entendía? ¿que representaba en la vida algo completamente diferente a su esencia? No importa. Era una mujer del Tintoretto.

Solicitada por el Pen Club de Londres y a través de prisioneros de Buenos Aires, en 1936, fundé el Pen Club de Chile, pues deseaba Inglaterra que todos los países sudamericanos asistieran al Congreso Internacional que debía efectuarse en Buenos Aires en septiembre de 1936.

La organización de esta sociedad fue ardua, pero resultó un éxito al cabo de algunos meses, con la valiosa ayuda de escritores como Neruda y Joaquín Edwards Bello. Años antes, Eduardo Barrios y Armando Donoso habían intentado fundarla, pero su sociedad sólo duró algunos meses. Al cum-

plir diez años de vida, yo recibí los parabienes de Armando Donoso, que entonces era Director de "El Mercurio" y cuya hidalguía y espíritu fraternal todos reconocemos.

La institución que yo fundé, con gran esfuerzo, se desempeñó brillantemente durante treinta y tres años y yo recibí homenajes e invitaciones de todos los países de Europa y América que visité en este lapso de tiempo. Incluso alojé en tres ocasiones en la casa del Pen Club de París que tenía su sede en la rue Pierre Charon.

Hoy día —el Pen Club de Chile, al cual tengo ya el honor de no pertenecer— es un cadáver.

NUEVA YORK

Pepe había hecho en Santiago una magnífica compra. Un sitio eriazo situado en la mejor ubicación de Santiago: José Manuel Infante próximo a Providencia. Proyectaba edificar una gran casa (aún quedaba espacio al lado para otro edificio). Para realizar los gastos de construcción, era preciso vender la residencia de Avenida Brasil. Y así se hizo. Como los compradores tenían prisa, hubimos de mudarnos en el intermedio a un departamento duplex que quedaba cercano al nuevo sitio. Y surgió en él la mansión más cómoda y lujosa que he habitado. Habíamos regalado los animales, menos Tamara y el gato. En esa casa murió Naty. Durante su enfermedad los niños la cuidaron con la abnegación que merecía. Vivimos en tal mansión sólo cuatro años y después nos trasladamos al edificio de estilo moderno que se edificó al lado.

Residíamos recién en la primera casa de José Manuel Infante cuando Alfonso recibió una beca para Estados Unidos que duraría cuatro años. Creo que este viaje hizo un grave mal a su salud por el abrumador trabajo que significó para él y otros muchachos latinoamericanos quienes fueron prácticamente explotados al realizar una tarea que requería extraordinario esfuerzo físico. Y él era frágil y apenas cumplía 17 años. En efecto a poco sus jefes avisaron que estaba enfermo, se ignoraba de qué, pues un médico había pronosticado tuberculosis, otro, algo cardíaco, en todo caso algo alarmante. Por lo demás, él hacía tiempo que no contestaba nuestras cartas, guardando un silencio que presagiaba algún peligro. Resolví ir a verlo inmediatamente. Y partí.

Nueva York. 1943. Se necesitaba todo el coraje y la inconciencia ante el peligro que engendra el amor a un hijo adorado para afrontar sola el viaje a un país en guerra y más aún si ese país es los Estados Unidos. Sólo importaba a mis ojos y en esa hora, el auxilio que mi presencia podía prestar al niño enfermo. Nada más existe. Y el mundo pasa a ser eso: ya no se mira alrededor ni para los lados. El niño enfermo entre extraños. Allí está él esperando, con su valor innato, allí están sus ojos verdes. Nada más. Se olvida que existen otras cosas allí mismo, reales, tremendas.

Al pasar la frontera norteamericana, desciendo junto a mis compañeros de avión entre los cuales he hecho algunas amistades. Pero veo con estupor que se me aparte del grupo, manteniéndome, al parecer, detenida. Los demás han contestado tímidamente al severo interrogatorio: "¿a qué viene? ¿por cuánto tiempo? ¿dónde piensa alojar? ¡Pruébelo!" Y siguen. Yo continuo inmóvil, detenida por ellos. Visto un

traje azul de lana y un turbante escocés. Siento que algo anda mal. Estamos en guerra y una sospecha me envuelve. Algún detalle los impulsa a hacer más violentas las sospechas que sólo rozaron a los otros. Varios hombres me cercan endureciendo sus rostros. Llueven las preguntas; mis maletas de mano son registradas con ahínco. Ahora sí que no existe la piedad. —“Busque bien”, ordena un hombre gigante a otros que se afanan en ello. Estoy temblando. Hurgan con una especie de rabia fría. —“Aquí hay algo, grita alguien por fin: un paquete de yerbas, seguramente esconden mensajes. ¿Para qué un viajero puede traer yerbas? No hay duda”. —“¡Al laboratorio! ¡de inmediato!” Vuelven pronto. —“Medicina, anuncia”. Pero ya entró la sospecha y no sale. Es difícil cambiar de rumbo una mente, muchas mentes, que albergan malos pensamientos hacia una mujer sola. Se están jugando una carta importante, acaso decisiva. Por fin una idea luminosa atraviesa mi pensamiento abatido: “Uno de mis primos hermanos, balbuceo, es Embajador de Chile en Gran Bretaña... se llama Manuel Bianchi...”. “Es fácil comprobarlo, dice la voz tirana. A telefonar en seguida al Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile”.

Mi vida depende de la respuesta. Mi tranquilidad aparente en contraste con la palidez de mi rostro, los desconcierta. (Mi segundo apellido es Bianchi y, según la costumbre chilena, figura en el pasaporte). Contestan del Ministerio, confirmando lo que he declarado. ¡Y salgo por fin de sus garras, libre y limpia!

Más allá en alguna estación, dos inocentes jóvenes, se acercan a pedirme que lleve por favor para su madre a quien hace tiempo que no ven, un pequeño paquete con algunos

recuerdos. —“No lo haré sin mirar antes su contenido”, contesto. Un guardia que ha escuchado la conversación, los obliga a abrir el paquete. ¡Era oro! Así, uno a uno se suceden los episodios odiosos. Por todas partes soldados que regresan del frente; ojos ávidos que me contemplan, mientras los más audaces me invitan a cenar para el día que yo elija. Una señora anciana, muy simpática, me señala un día del mes entrante para ir a tomar té a su casa; esta vez acepto. —“Tendrá una agradable sorpresa, responde. ¡Le daré mate!” Y así voy de sorpresa en sorpresa.

Encontré a mi hijo muy cambiado. Desde luego se negaba a vivir conmigo, así como antes se negó a responder nuestras cartas. Es tan poco de él esa actitud huraña. Los jefes de la beca me aconsejaron internarlo en una clínica de Baltimore para que le hagan un examen general o sea un “check up”. Me iré con él.

Instalado en la Clínica, los médicos se niegan a que yo viva a su lado (no es costumbre en Estados Unidos) y debo buscar alojamiento. No existen hoteles y tendré que resignarme a alojar en una de esas pequeñas pensiones, regentadas por viejitas exigentes en cuanto a todo. Hace un frío horrible, y las calles tienen como un metro de nieve que las cubre. Alfonso a quien acompaño cada día a almorzar (llego a verlo a las nueve de la mañana) continúa reticente. Ya no se entrega y está muy nervioso. Los exámenes han sido negativos. Seguiremos hasta que le den de alta. La clínica es excelente. Pero el barrio en que está con las pensiones muy próximas, resulta lúgubre. Me paseo al atardecer, cuando se cierra la clínica, sola y desesperada por esas calles oscuras, llenas de negros, y sin horizonte alguno.

Abril. Lo dieron de alta. No tiene nada orgánico. Parece, pero no lo han dicho, que su mal es psíquico. Resolvimos permanecer un tiempo en Nueva York mientras él se reintegraba a su beca. Escribí al matrimonio Weil, amigos de papá, que nos reservara piezas en algún hotel. Nos las tomaron en el Pierre, el mejor de Nueva York, donde alojaban ellos, demasiado caro para nosotros. Eran dos habitaciones; una espléndida, espaciosa, con vistas al Central Park, la otra una especie de sucucho, sin vista alguna. Di la grande a Alfonso y yo quedé en el sucucho. No quería que le hablara. Me decía: —“Necesito mucha soledad, mucho silencio”. Yo cumplía ese anhelo y, cuando por algo, tenía que entrar a su pieza, ponía uno de mis dedos sobre mis labios para indicar que guardaría silencio. Él sonreía. Pasaba los días extasiado contemplando el magnífico panorama y empezó a escribir. Tal vez sus impresiones sobre Estados Unidos o ¿alguna carta? Pese a su corta edad se había enamorado en Viña del Mar de una niña del tipo Tintoretto y quizás no la había olvidado. Está hermosísimo con sus ojos verdes pestañudos y sus cabellos rubios que usa un poco largos.

¡Cuánto recordé en esa época la conferencia de García Lorca! “Nueva York en un poeta”. El era poeta ciento por ciento y sufría de ese mal que describió García Lorca. Era una angustia profunda mezclada de encantamiento la que roía su alma: “arquitectura extrahumana y ritmo doloroso, geometría y angustia, lucha entre el firmamento impasible y los rascacielos sin alma que tapan el espejo del cielo”. Pero en él esas impresiones se mezclaban a una extraña fascinación, lo que aumentaba el impacto. Sentía muy fuerte, hasta el descontrol, la soledad, intensificada por el enjambre de ventanas

y por el rumor de la multitud aulladora que semeja el ritmo de un tropel de caballos. El poeta García Lorca busca el campo para huir de sí mismo, de su angustia. Alfonso buscó el silencio.

Pasada la permanencia en Nueva York que para mí fue riquísima, hubo de partir a la sede de su beca que era un recorrido de ciudades grandes y pequeñas. Esta vez se encontraba en St. Louis.

Cuando el tren se alejó, quedé huérfana. Con los brazos caídos, pensaba: "Los seres como yo no pueden elegir; al perderlo, pierdo parte de mí misma. Pero deben bastarme mis fuerzas..."

En cuanto él partió, dejé el Hotel Pierre y me fui a uno menos caro, el Belmont Plaza, encantador, en un barrio diferente frente al Waldorf Astoria. Desde mi ventana vi suicidarse a tres hombres alojados en el Waldorf, arrojándose desde los pisos altos. Nueva York es una ciudad bellísima, sobre todo el Rockefeller Center. Empecé a frecuentar a la colonia chilena, gente cordial e inteligente que me hizo la vida agradable. Hasta que una noche sonó el teléfono: era Pepe desde Chile que me avisaba que mamá estaba muy grave y que era preciso que yo regresara enseguida. No resultaba fácil y tuvo que ayudarme el Departamento de Estado a conseguir pasaje. En el aeródromo de Lima me aguardaba el Embajador de Chile, Luis Subercaseaux, gran señor de figura impresionante, para decirme que mamá vivía aún, que tenía tiempo. Quedé más consolada.

En los Cerrillos me esperaban Pepe, los dos niños y algunos primos y primas. En cuanto vi a Mónica, antes aún de abrazarla, comprendí que estaba enferma: ojos hundidos,

mejillas de cera. En efecto, se la hizo examinar por el Sr. Sótero del Río al día siguiente y tenía una gran sombra al pulmón izquierdo. ¡Y Pepe que pensaba llevársela a veranear a los lagos del sur! Habría sido la muerte segura. Con una mirada le salvé la vida. Del aeródromo partí a ver a mamá. Estaba en realidad gravísima del corazón, pero yo alcanzaba a cuidarla. Duró dos semanas más. No me moví de su lado sino para atender a Mónica a la que había cedido mi gran dormitorio y que yacía en cama por meses.

Cuando falleció mamá fue un desfile impresionante frente a su féretro. Era extraordinariamente querida. Ricos y pobres iban a darle el último adiós. Mis dos hermanas al contemplarla muerta tuvieron prolongados ataques histéricos. Yo permanecí muda porque nunca he podido expresar mis grandes sufrimientos, nunca he podido llorar. Carezco del precioso don de las lágrimas. Muchos juzgaron que mi silencio era muestra de frialdad. No comprendieron que el gran suplicio al sufrir es la garganta sin grito.

A veces estas Memorias se convierten en vagabundeos de ciego. Confundo etapas. Tal hecho ¿ocurrió en los años más felices o después en Nueva York?

Volví a Madrid varias veces y cada etapa fue un goce extremo.

Oro y azul eran los magníficos salones de mis amigos españoles, Ricardo Baeza y su esposa María Martos. El había sido Embajador de España en Chile y yo les conocía desde entonces.

Ahora recibían cada domingo y los más destacados escritores de España se reunían allí. El era un portento de me-

moria, de autoridad y de chispa creadora; ella, además de hermosa, derramaba su elocuencia llena de gracia sobre sus oyentes. Llegamos a ser íntimos y Madrid significaba para mí los Baeza en la calle Tambre. Pepe no alcanzó a conocerlos. Muchas de las personas que traté en su casa me invitaron a su vez.

Muerto Ricardo, mi amistad con María se convirtió en correspondencia mientras volvíamos a encontrarnos.

MI HERMANO JUAN EMAR

Ya ha aparecido bastante en estas memorias. Primero, adolescente, pero más límpido, sin esos mil recovecos psicológicos que después hicieron de él lo que podríamos llamar un extravagante. Su generosidad, eso sí, no tenía límites, pero era altanero, desdeñoso. Intuía, quizás que tenía gran talento y de allí su soberbia ante la gente, menos hacia su madre a quien adoraba. Se llamaba Alvaro, pero desde siempre se le decía Pilo. No era ni un protector ni un apoyo, en ningún sentido. Tampoco un confidente. En general guardaba largos silencios hostiles en el hogar, pero frente a ciertos temas se exaltaba y se volvía elocuente, destrozando a los otros con argumentos algo arbitrarios pero que el ímpetu hacía convincentes. De pequeño, se negaba a jugar con los primos y con la banda alegre y bulliciosa que llenaba diariamente la casa. De adulto, como señala Pablo Neruda en el prólogo de su libro "Diez", "se le toleraba como a un largo escalofrío". Nada más cierto: su presencia de hielo, callado, lejana, nos producía el malestar que provoca esa crispación de la

piel que se llama escalofrío. Cuántas veces añoré al otro, al que mi mente había forjado como el verdadero hermano, solícito, dándome lo que necesité en cada momento: la protección que entrega un hombre normal y fuerte. Yo la tenía a chorros en mi padre, es cierto, pero era preciso que aquello durara más allá de la vida de mi padre para no quedar huérfana. La tenía también de mi marido, pero él carecía casi siempre de ternura en las relaciones diarias o, si tenía dentro un gran caudal de sentimiento, algo, no sé qué, lo inducía a ocultarlo, a conservarlo como una debilidad. Resultado: que el hermano desdeñoso y altanero me privaba de lo más preciado: la protección, la respuesta a mi sed, la afirmación de que yo también iba a ser algo más que la burguesa corriente, la esperanza de una realización total. Yo sabía que los caminos eran múltiples, pero debía elegir sola aquel que me llevara al punto anhelado. Sin guía, quedaba perdida en medio de una fantasía exuberante que se dispersaba por falta de meta.

Mi padre habría deseado que su único hijo varón heredara su prestigioso estudio de abogado. Pero Pilo declaró a los diecisiete años que nunca trabajaría para ganar dinero; que mi padre tendría que mantenerlo. Y en París, pues tampoco pensaba vivir en Chile. Mi padre se ofendió con tal declaración, hecha en tono perentorio y, desde entonces, una gran frialdad, que duró toda la vida, reinó entre ambos. Pero mi padre se resignó y lo mantuvo en París o donde estuviese. El hijo, pues, fue la gran derrota en la vida triunfante del padre. Yo atribuía la neurosis de mi hermano, su tedio, a una extraña sed interior que no calmaba al haber encontrado, desde muy joven, la mesa puesta para el banquete.

Encarnaba la negación de todo. Destruir era lo que ansiaba, destruir lo establecido, lo aceptado por un mundo que le era odioso hasta la desesperación. Vivir sin tener ningún deber, sólo derechos. Sin embargo no era feliz. Era un inadaptado. Su seudónimo como escritor ya lo dice: Juan Emar, “j'en ai mare” lo que quiere significar en argot francés “estoy hasta la coronilla”. La pereza fue un signo distintivo, siendo incapaz del menor esfuerzo. No buscaba: las personas y los acontecimientos debían venir a él. Y si no venían, tanto peor.

Fue un seductor amoroso. Pero sus pasiones las inspiraba siempre aquella que estaba más próxima: la vecina, la prima. Contrajo matrimonio tres veces. Absolutamente amoroso, inculcó a sus esposas el derecho a conservar una libertad total dentro del vínculo. Pero era un amigo incomparable y elegía bien: Vicente Huidobro, el preferido, Pablo Neruda, Luis Vargas Rosas, Oscar Fabres, todos talentosos y adorándolo. Puede decirse que hacían juntos la vida, tanto en París como más tarde en Chile. Con ellos, sí, se daba la fuerza necesaria para volverse elocuente. Y perorar con estos hombres de lujo era su gran placer, lo único que remecía su habitual inercia. Entretanto, buscaba, buscaba, sin encontrar. Primero se creyó pintor: sus cuadros, aunque buenos, no son notables. En definitiva fue un extraordinario escritor surrealista. Sacó de golpe tres libros que cayeron en el mayor vacío, lo que concluyó de romperle las alas. La crítica oficial fue extremadamente negativa. Murió sin conocer el éxito que más tarde ha sido enorme. Neruda, con su hermoso prólogo en “Diez”, el primero que triunfó entre sus libros, consagró su fama en forma rotunda. Así, pues, Juan Emar se creyó un derrotado cuando justamente era un gran escritor que

hoy es buscado como el iniciador de una etapa, como el precursor que atrae principalmente a las generaciones jóvenes.

Neruda escribe en su hermoso prólogo de "Umbral": "Conocí íntimamente a Juan Emar sin conocerlo nunca. El tuvo grandes amigos que nunca fueron sus amigos, afines que lo toleraron como a un largo escalofrío. Era un hombre callado, socarrón, singular. Fue un gran ocioso que trabajó toda su vida. Andaba de país en país, sin entusiasmo, sin orgullo ni rebelión, desterrándose por sus propios decretos. Ahora se trata de descubrir a nuestro aparente apátrida y otorgarle lo que no tuvo: la nacionalidad del amor. Este país deshabitado desconoció a este silencioso, tomando su silencio como premonitorio, como anuncio mortal. El sudamericano de su época, el literario, era vociferante y solocéntrico. El hombre Juan Emar fue callado y excéntrico. Ahora nos toca descifrarlo cuando sus contemporáneos dejaron de hablar y de ser, de vociferar y permanecer. El ahora comienza a hablarnos y a conquistar lo que nunca le importó mucho: la validez y permanencia de un héroe disimulado entre los frágiles. Su vanidad, si la tuvo, la escondió en las raíces de su ser. Y es oscura la tierra para los descubridores verdaderos: nadie mira hacia abajo: todos queremos ser cómplices de la multitud. Y Juan Emar fue un solitario descubridor que vivió entre las multitudes sin que nadie lo viera, tal vez sin que nadie lo amara. No tenía mercado propio: se vistió hasta el fin de sus días de transeúnte.

"Ahora que los corrillos se gargarizan con Kafka aquí tenéis nuestro Kafka, dirigente de subterráneos, interesado en el laberinto, continuador de un túnel inagotable cavado en su propia existencia no por sencilla menos misteriosa.

“Yo tuve la dicha de respetarlo en esas repúblicas del irrespeto, de la casualidad y de la tradición literaria. Aquí se buscan los literarizantes para darse de pies o de colmillos. Falta de dignidad a la colmena y las mejores abejas se van a buscar miel y a repartirla en otro sitio. Hacen bien, hacen mal.

“A mi compañero Juan Emar se le dará lo que aquí no se mezquina: lo póstumo”. Hasta aquí las palabras de Neruda.

Copio algunos párrafos de “Umbral”:

“Al cabo de cierto tiempo la necesidad se renovaba. Bien. Mas varias veces faltaban los materiales para tejer los ensueños, faltaba un punto de realidad donde apoyarse para construir y volar. ¿Qué hacía? Pues era cuestión de un paseo, de un teatro, de un cine, de cualquier cosa, asomarse al balcón si no había mejor. Mirar, atisbar, retener en la memoria... ¡Afluían los materiales! Tal muchacha pasaba, se alejaba..., creía ella. Un doble suyo lo retenía yo y conmigo regresaba a casa. Noches magníficas: ¡imaginar! Queridos amigos, comprenden ustedes: ¡pensar!”

“¡Oh, el opio era un gran maestro! ¡Qué enseñanza sin precio le había otorgado! Bastaba ver a cuántos míseros humanos se cruzaban con él: todos, sin excepción, abrazaban la misma creencia:

“La felicidad completa no es de este mundo”.

En cambio él, él podría rebatirles y afirmarles enfáticamente que la felicidad completa, sin una nube, sin la sombra de la sombra de una nube, era de este mundo, era un don del hombre, existía aquí en esta vida con tanta realidad como cualquier objeto que vemos y palpamos”.

Habiendo jugado durante años con la mesada paterna y

heredado después a su padre, murió en una gran pobreza, debido sobre todo a su generosidad sin medida. Tiraba su fortuna. Muchas de sus ex esposas abusaron de esta prodigalidad que a él lo dejó sin un centavo. Llegaba humildemente a instalarse en hogares ajenos y ponía cuanto estaba de su parte por hacerse grato. Yo lo tuve tres meses de huésped y fue un comensal sumamente agradable; sabía escuchar con interés conmovedor y su inteligencia se conservó seductora hasta el último instante. Ignoró que el triunfo literario llegaría muy poco después de su muerte. Balzac ha dicho que “la gloria es el sol de los muertos”.

SUPRIMIR PARA ALCANZAR

Quisiera escribirlo todo, pero no es posible detallar la prolongada cadena, el rosario luminoso de los sucesos diarios. Sucesos que hasta ahora irradian su hechizo. Es preciso suprimir etapas para alcanzar a seguir la línea de la vida hasta llegar al desenlace. Suprimir, por ejemplo, la permanencia en Théoule, villa de rejas enmohecidas, colocada en una miserable aldeíta de la Cote d'Azur en la que fuimos tan felices y en que el niño, de sólo tres años, exclamaba: “¡Mon Dieu qu'on s'aime a Théoule!” Cada día nos deslizábamos hacia abajo, hacia el mar, a pleno sol por el jardín refulgente. Suprimir también los paseos nocturnos por un Clichy turbulento cuando yo escribía después en mi diario: “No es ahora el París artístico el que me atrae. Lo que busco es el alma de París, esa ola viviente que la puebla, esas pasiones que rugen por lo bajo como un océano en tempestad, esa humanidad enloquecida cuya cercanía siento sin penetrar. ¿Cómo

penetrarla, cómo palpar su alma gigantesca? Suprimir nuestra amistad con Paul Hazard, Profesor en el College de France, y su esposa. Nuestra visita a Avignon, la ciudad de los Papas; y a la florida casa de Blasco Ibáñez, en Cannes, con quienes, él y su esposa, pasamos el día.

“Suprimir mi comida en México con Octavio Paz y el encuentro en un coctel con el ídolo mexicano Diego de Rivera, con Juan Rulfo, David Alfaro Siqueiros y José Clemente Orozco.

“Podar ese itinerario casi irreal que se aglomera en mi recuerdo, desordenado, sofocándome”.

Tengo al niño en brazos, al niño de tres años, que pregunta insólitamente: “¿Qué es dolor?” No supe contestar. Hoy, al recordar esa pregunta me estremezco. ¡Mi niño, pobre niño mío! Bien había de saber lo que es dolor al final de su breve vida.

Todo está allí, devorante, filtrándose por mi mente, hasta llegar a la hora presente. Hay que renunciar a esos recuerdos, a esas realidades que me envuelven. Y seguir, seguir, porque debo apurarme antes de que llegue la muerte. Cortar trozos completos. Primero quise excursionar por mi pasado entero, recogiénolo todo. No es posible. Tanta riqueza deberá quedar allí en los cuadernos, intocada.

Suprimir, suprimir, para alcanzar...

Al terminar estos fragmentos, pienso con emoción en los seres desaparecidos. ¡Tanta muerte, tantos muertos! Revivo los extraños y quintaesenciados caracteres que rodearon mi vida. Pienso en la innata nobleza de Pepe, mi marido, en su culto por los suyos, en aquel gesto de gran estilo y signifi-

cación que tuvo en los funerales de mi padre al rechazar con altivez y valentía la mano tendida a cada miembro de nuestra familia por el edecán de Dávila, el postizo Presidente que sólo duró meses.

Todo se torna difuso y la atmósfera está tan quieta como el mundo, fuera de ese capullo cerrado que es el sueño en que sólo los fantasmas actúan. Algo de miedo —pero un miedo dulce— se ha instalado en mi mente suplicante que lucha por asir la realidad. Lucha un instante, luego se entrega.

Ahora el sueño es una sola cosa ante ese mundo tangible que va apareciendo y que se introduce muy hondo en los recovecos vivos del cerebro hasta circular por cada vena, por cada tejido del cuerpo inerte. Lo vivo y lo muerto, el pasado y el presente, se unen en regocijos inesperados y en un dolor nuevo y agudo.

Hay sonidos, hay presencias, hay sombras. Y cada vibración se mezcla formando una sinfonía de ecos y reflejos en la malla del subconsciente.

Me agito dormida y tengo la sensación de estar tocando heridas antiguas, cerradas por el tiempo.

Hay una casa baja, ancha, de cemento. Hay innumerables a'fombras. Y hay viejas caobas arrimadas a los muros.

—¿Estás cansada?

La voz es suave y me arrulla como un canto de canario en la madrugada.

Me enderezo dormida, con espanto, porque la persona, dueña de esa voz, ha muerto hace años. ¿Ha muerto? No, está ahí, a mi lado, pero conserva esa distancia que sólo poseen los muertos.

Pienso en mi niño Alfonso que, desde que cumplió cinco años, si no se trataban temas con hondura decía que quedaba "con amargura en los tímpanos". Todo él era como un estallido de vida. Sí, era la vida misma. Ahora... es el silencio, la muerte.

¿Por qué se fue? ¿Por qué se fue?

Pienso en todo eso, en todos ellos y añoro... siento algo así como descos de pedir auxilio.

Este libro podría ser la continuación de "Visiones de Infancia" al cual recién me he referido, por lo cual creo oportuno agregar el magnífico artículo inédito y escrito sobre ellas hace algunos años por el autor Carlos Droguett, cuya calidad literaria nadie discute y cuyos numerosos libros han sido publicados en varios países de Europa.

COMENTARIOS MARGINALES A CIERTAS VISIONES DE INFANCIA

Carlos Droguett

Estas páginas se escriben obedeciendo a una obligación moral a ese tan adicto carácter contradictorio y extraño que se llamó Manuel Rojas, el más grande de los prosistas chilenos del presente siglo.

El tema en análisis es "Visiones de Infancia" de María Flora Yáñez, Empresa Editora Zig-Zag, Santiago de Chile, 1947.

Hace algunos años, no demasiados, hojeando y luego devorando este pequeño libro de memorias, nos vimos atraídos por el encanto melancólico, siempre alerta y casi sin técnica, para revivir una época apasionante en la historia social y política de Chile, mirada exclusivamente desde la pequeña tribuna que es un niño, a cuya vera transcurre un mundo deformado, cruel, sin explicaciones lógicas; época seguramente desgraciada para el pequeño protagonista, por lo menos

en su soledad metafísica, siempre bordeando el tentador y fácil peligro de que este arte de reconstitución fuera empapado y ahogado por el persistente y doloroso recuerdo, dejando como remanente una obrita insulsa, frágil, transitoria. Ese encanto y ese peligro superado, que estremecía imperceptiblemente al lector, me impulsaron a escribir inmediatamente un comentario a tan límpida y leves remembranzas.

María Flora sabe demasiado qué circunstancias generales y criminales me impidieron escribir a tiempo esas impresiones que le debía. Hoy lo hago con satisfacción y agradecimiento, deseando acompañarla desde ahora en el certero viaje que hacia el futuro emprenda el pequeño libro, libre ya del silencio que lo coronaba, de la furia y el rencor, clasista o profesionalizado, que provocaba su acento de sinceridad, a veces insolente, a menudo suicida.

Aquel deseo mío estuvo acompañado de un elemental cuestionario, necesario para aclarar algunas dudas, ciertos veniales e intencionados oscurecimientos en la memoria de la encantadora y maligna niña que recuerda. Especialmente me interesaba conocer lo que en estos iluminados recuerdos no se aclara mayormente: su ubicación —y su definición, como escritora— en medio altamente politizado como era el que revoloteaba alrededor de la casa de su padre. Algunos resultados de esta circunstancia constan en los breves capítulos de sus brevísimas visiones, pero el origen de ellos, la causa natural o carnal, extrañable, de esas dolorosas o frías motivaciones, no aparecía explicada, ni siquiera insinuada. María Flora contesta parcamente, descosa de olvidar las palabras antes de pronunciarlas:

Pregunta: "Tu padre, personaje central de tu libro señala-

“do, tenía fama de hombre cerebral, frío, que se mane-
“jaba y desplazaba magistralmente en el mundo de la polí-
“tica y de los tribunales. Sin embargo, tú eres la otra cara
“de la familia, esa que aparece, por lo menos, en tu genial
“hijo Alfonso. ¿Me puedes hablar un poco de Eliodoro Yá-
“ñez, cómo lo mirabas entonces, niña, cómo lo miras ahora?
“Si puedes, que hable mejor tu mente que tu sensibilidad
“filial”.

Respuesta: “Mi padre formó su propia dinastía. De adoles-
“cente era muy pobre y partía a pie desde La Chimba hasta
“el Instituto Nacional. Sus compañeros se reían a causa del
“sobretodo demasiado grande. Sí, era frío y cerebral. A mí
“me adoraba y yo sentía devoción por él. Pero no se avenía
“mucho con Juan Emar (Pilo para la familia) incluso
“eran adversarios. Cuando mi padre fue Presidente del
“Senado, su hijo le decía con sorna: —¡Cómo no va a va-
“ler más ser pintor en una buhardilla de París que Presidente
“del Senado en Santiago! Influyó en esto que mi padre no
“quería que nos realizáramos. Deseaba que mi hermano fue-
“ra abogado y heredara su estudio, mina de oro. Pilo se
“negó rotundamente. Como mi padre insistiera, el hijo de-
“claró en forma perentoria: —Mire, Boletó, (lo llamaba Bo-
“letó) nunca trabajaré para ganar dinero, usted tendrá que
“mantenerme y en París. Así tuvo mi padre que hacerlo.
“Tampoco aceptaba que yo escribiera para el público. Me
“decía: ‘No te pongas en la línea del fuego, te harán añicos,
“como han tratado de hacerme a mí’. Pero mi vocación me
“hizo desoír su consejo. Cuando ya se moría le confesé: —Voy
“a publicar una novela... Se tomó la cabeza con ambas ma-
“nos y repitió: ‘Te harán añicos’. Tuvo un gran dolor con su

“destierro y su tremendo despojo (le arrebataron el diario “La Nación” en 1927), al que siguió rápidamente su muerte, “porque ‘La Nación’ era su vida. Pero, a través de los años, “no puedo menos de juzgarlo algo egoísta: deseaba que sus “hijos fueran sus satélites”.

Esta y otras preguntas, que formulan dudas; plantean interrogaciones, iluminan un silencio demasiado detenido, no pretendían finalmente sino un resultado esencial: rehacer un retrato con los trozos dispersos y distantes que entregan la vida, el recuerdo, el acto literario. El rastro de la niña que regresa, el de la mujer que, reiteradamente, con fijación obsesiva, revive a la niña que residía en ella, se prolongan y palpitan en los cuentos que, bajo el título de *Juan Estrella*, fueran publicados en la Colección El Cedro, Editorial Samarán, Madrid, 1954; como se prolongan, también a través de las líneas, luces y trazos inconclusos que ofrece su correspondencia breve y espontánea como su literatura y, naturalmente, desolada y, sobre todo, desahuciadamente intelectual.

El retrato de mi abuela Tupper, por ejemplo, es soberbio, por lo implacable, lo minucioso, lo reflexivo y también por lo que de propia confesión y autoimagen nos ofrece. La nieta de la abuela Tupper, la hija de Eliodoro Yáñez, no podía ser sino el resultado que estamos tratando de comentar. La niña mira el retrato y apoyada en él analiza sus recuerdos.

“Los ojos azules, muy tranquilos, no parecen mirar sino “pensar. Ninguna sensibilidad, ningún rasgo tierno o débil “en esa fisonomía pura, llena de austeridad. Fue la digna “hija del Coronel Tupper, aquel inglés de noble abolengo, “de carácter heroico y aventurero, venido a Chile a principios “del siglo XIX y que por puro quijotismo abrazó la causa

“de los Pipiolos contra los Pelucones, llegando a ser uno de los padres de la patria chilena. De él dijo Freire: *héroe al que Roma y Grecia habrían levantado estatuas...* Cobardemente asesinado después de la batalla de Lircay, dejó huérfanos a tres niños y viuda a una mujer de extraordinaria inteligencia, doña Isidora, que después se casó con Hunneus y que fue fundadora del Conservatorio Nacional de Música. Uno de los tres hijos del mártir de Lircay era la abuela Tupper.

“... Sus siete hijos —seis hombres, altos, rubios, de claras pupilas y mi madre, única mujer y la menor de aquella larga prole— no podían sentir gran cariño por aquella peregrina mujer que nunca supo acariciarlos ni comprenderlos y que en vez de facilitar el lado práctico de la vida y los domésticos afanes del hogar, vivía encastillada en medio de una montaña de libros, tomando notas y escribiendo sin tregua. Muchas veces, al volver del colegio y más tarde de la Universidad se encontraron con que carecían de cocinera y almuerzo, y ante sus protestas la oyeron responder con calma. ¿Comer? Es cierto hijo... No había pensado en eso. Hasta hubo una ocasión en que constataron que la mesa de comedor había sido obsequiada, aquella misma mañana, a *una familia más pobre que nosotros...* Sus treinta y ocho nietos, de diferentes edades, sentíamos un temor in-diferente hacia esa abuela tan distinta de todas las abuelas, tan ausente de mimo, y cuyas extravagancias y falta absoluta de respeto humano, se nos narraban en las tardes de invierno, alternadas con cuentos de hadas. Advertíamos con nuestro instinto de niños, que ella no necesitaba de nosotros...”
(*Visiones...* págs. 84 y sig.).

Esa doble herencia de intelectualidad y de frialdad, del padre, de la abuela, conforman el ser de la niña y de la futura escritora, condicionándola en tres palabras, echándola a rodar por la vida sin más apoyo que esa extraña mezcla, que ella utiliza más subconscientemente que a plena luz: soledad, inseguridad, frustración. Sí, soledad, hay soledad irrefragable en sus temas y en sus personajes, en los temas de su vida y en los de su imaginación profesional, lo que es relativamente comprobable no sólo en sus imágenes de infancia, sino, especialmente en sus cuentos más logrados, que crecen como una prolongación natural e instintiva de esa infancia imaginada desde una soledad sin consuelo. Nada sería más normal y ligeramente sorprendente que hacer una estadística de temas y situaciones que desde la imprecisa infancia se prolongan y reiteran en algunos cuentos, de ninguna manera casual sino como una insistencia tenaz y urgente del subconsciente que no quiere olvidar:

“Desde afuera acuden en tropel sensaciones desconocidas
“ y se instalan en la oscuridad. Entran al cuarto árboles y lám-
“paras, rostros solitarios y estrellas. Los muebles toman un
“aire de ensueño, animados por mano sonámbula. Se sienten
“chasquidos de alas en los rincones y al final es una inmensa
“algarabía melancólica alrededor de la cama. Queremos gri-
“tar, pedir auxilio, pero el grito se extingue en la garganta
“y sólo conseguimos suspirar muy quedo. Hundimos la ca-
“beza en la almohada. El piano canta siempre, animado por
“dedos invisibles que no parecen tocar ya las teclas sino nues-
“tras almas y nuestros nervios. Cesa la música y, bruscamente,
“todo se aquieta. Uno a uno abandonan el cuarto los árboles
“que vinieron de afuera, las estrellas y los rostros solitarios.

“Paredes y muebles retornan a su ceguera extática”. (*Visiones . . .*, pág. 25).

“Descorro cortinajes polvorientos. Aspiro ese olor peculiar a muebles dormidos, a atmósfera que no ha sido alterada por vibración alguna, a objetos estáticos largo tiempo dentro de cuartos vacíos y oscuros. Objetos que guardaron, sin embargo, timbres de voces, rastros de pasos, alientos recogidos o angustiosos, palpitaciones vivas de seres que los marcaron con su huella. Entro al salón. Sombras y luces envueltas en el ambiente de humo de los cigarrillos que fumaba mi padre y cuyo olor permanece adherido a los viejos sillones de terciopelo azul y al papel de vistosos florones que cubre la pared. El costurero, tapizado de cretonas des-teñidas, retiene el último rayo de sol, venido desde afuera. Y mi niñez entra a la pieza en puntillas. Se anulan los años vividos. Se deshacen los días, se deshacen las horas. El presente se esfuma. Acabo de instalarme en el corazón de mi infancia como en un cojín hecho de exquisiteces y dulzuras. “Nada ha cambiado”. (*Icha, en Juan Estrella*, pág. 64).

Esa soledad del niño, esa nostalgia de la criatura atónita de pureza y de ignorancia, entregan con toda seguridad la conocida inseguridad del escritor frente a la vida y de sus personajes frente a su corto y superficial, o fatal, destino. Para quienes han tratado, siquiera un poco, a María Flora, es un hecho indiscutible y lamentable —pero no demasiado— reconocer que esa inseguridad y esa fragilidad de ella frente a la vida, como si pisara transitoriamente un transitorio suelo, se refleja una y otra vez en sus héroes y heroínas, que, enfrentados al probable amor, y al seguro desamor, a la vertiginosa vejez o al atroz inesperado sufrimiento, en forma de acci-

dente, de suicidio, de asesinato, no funcionan sino como otra cara y otro espejo, otro espejar predestinado y censurable del día agónico de la escritora.

Pregunta: “En lo poco que de ti he leído, tus libros esenciales: ‘Visiones de Infancia’, ‘Juan Estrella’, aparece tu infancia idealizada por la distancia, el recuerdo, la ternura de la mujer trabajando con la ternura de la lejana niña. Si esto es verdad, ¿me puedes hablar de la auténtica María Flora, de la niña que fuiste?”

Respuesta: “Fui una niña tímida, asustadiza, demasiado sensible, que se transformó pronto en otra muy viva y alegre, para quien la vida era un paraíso. Pero sin perder la timidez que me hacía mostrarme altanera. En 1935, ya casada hacía tiempo, consulté al Dr. Clarés como psiquiatra para que me despojara de esta involuntaria altanería que me cerraba el mundo. Descubrió que mi mal era un complejo de inferioridad. Al descubrirlo sané de inmediato, tornándome humilde”.

“Sobre la cabecera del lecho de mi padre había un gran retrato al óleo que representaba a un niño de tres años, vestido de terciopelo azul. Sus ojos, anegados en luz, parecían seguir la trayectoria de las personas que cruzaban el cuarto. Era nuestro hermano mayor, Lolito, muerto poco antes de cumplir los tres años. Tan radiante y expresivo era su rostro que, aún prisionero en su marco, se sentía el anhelo de acariciarlo, de rozar levemente con los dedos sus cabellos oscuros y la cálida tela de su traje. A veces, cuando —a causa de alguna riña con mis compañeros de juego— mi corazón de criatura se apretaba, yo solía ir a apoyarme contra un pilar del patio, frente al dormitorio de mi padre, y sujetando

“apenas el raudal de llanto que la reciente riña formara detrás de mis párpados, miraba hacia adentro. Desde la penumbra del cuarto me sonreía el niño del retrato. Y su figura azul cobraba vida, pareciendo desprenderse del marco para venir a mí y brindarme una muda, ferviente protección”. (*Visiones . . .*, pág. 19).

“Figura de naufragio, que va esparciendo en torno su ceniza de muerte, era aquella señora alta, pálida y huesuda, cuya visita a nuestra casa me hacía perder el sosiego por casi toda la tarde. Tenía tez apergaminada bajo los cabellos blancos y ojos que huían ante los otros ojos. Vestida siempre de negro y envuelta en un espeso manto de espumilla, aparecía dos o tres veces por año, generalmente a la hora del té. Era como el hada mala de los cuentos, adusta, torva, solitaria, y su presencia en nuestro ambiente me producía malestar. El malestar iba en aumento a medida que sus manos descarnadas y sinuosas se movían en lentos ademanes sobre la mesa del té. Ademanes que todos efectuábamos, tales como acercar la tetera, coger la taza o levantar la mano, pero que en ella evocaban —no sé por qué— algo del oscuro y sigiloso caminar de una araña. Yo clavaba la vista en su figura y sentía una extraña impresión de temor, como si en vez de una persona en carne y hueso me encontrara frente a algo impreciso, negro o blanco —el manto contrastando duramente con la albura del cabello—, largo y movable, semejante a una de esas mariposas nocturnas cuyas alas obsesionan nuestra mente de niños. Dos gotitas de sudor se insinuaban en mis sienes y, toda trémula, salía de la sala, dejando intacta mi taza de té”. (*Gertrudis, en Juan Estrella . . .* pág. 55).

Esas vidas humildes, apenas respiradas, esa pobrecita Icha, cuya joven existencia es un modesto calvario sin remisión, esa desamparada Gertrudis, en su callado y descolorido martirio, tienen la trágica tarea de alimentar las dudas y el desaliento del ser sensible, sensible hasta en el sufrimiento que provoca, que tejó la malvada trama. Frustración de vidas, destinos, voluntades. Fatalidad que se explica espléndidamente, más que en las palabras, en las situaciones. A menudo, también mediante una sola palabra, a través de una actitud no terminada, en la mitad del movimiento del lenguaje, se adivina el seguro cruel desenlace. Y esta crueldad de la escritora, su evidente misterio doloroso en exponerla o recordarla, es el más fervoroso motivo que la lanza, desde una feliz e infeliz infancia a hacer sufrir a sus personajes, extraídos no tanto de sus ensueños o pesadillas sino, exclusivamente, de sus recuerdos, incluso del desvelado remordimiento. Es una nueva clase de paraíso perdido, lenta y testarudamente elaborada, edificando con ruinas, con los materiales agobiados del canto, más a menudo del desencanto. María F'ora Yáñez es, entre las muchas personas que he conocido, una de las que con más fruición se hunden en el propio sufrimiento y en el sufrimiento que, por una activa y lúcida timidez, provocan en otros. Un largo y dosificado sufrimiento, disimulado a media luz, vertido en resto de palabras, en gestos apenas insinuados. Esta crueldad en la vida se patentiza inequívocamente en la historia de la institutriz inglesa, que cuenta sin escrúpulos y también sin delectación:

“La veo llegar una noche, a las nueve, enjuta apergaminada y rubia, con esa edad indefinida de algunas inglesas que fluctúa entre los veinticinco y los sesenta años. Llevaba

“en la mano una maleta vieja y sobre los rizos, recién salidos
“del bigudí, un sombrero pasado de moda, amarillento y mar-
“chito.

“Miss Hutchinson. Soy Miss Emily Hutchinson... bal-
“buceó en inglés, con una pobre voz cohibida, cuando tras el
“campanillazo nervioso, nos precipitamos todos a la puerta
“de entrada. Sacudió la mano de mis padres con un *shake*
“*hand* vigoroso y mirándome con simpatía me preguntó
“mi nombre. Guardé silencio. Contesté, ordenó mi padre,
“severo. Es la institutriz inglesa que llega de Europa.

“Nunca le contestaré, respondí tímidamente. No me gus-
“ta... Hasta que un día, viendo la inutilidad de su presencia
“en nuestro hogar, mi padre la embarcó de regreso a su patria.
“Hoy, no sé por qué, veo llegar desde el fondo de mi infancia
“a la inglesa errabunda con su absurdo sombrero y su figura
“enjuta. Y una inmensa piedad, un anhelo de pronunciar
“la palabra que mis labios de niño no supieron decir, sube
“en precipitados latidos desde mi corazón”. (*Visiones...* pág.
29 y sig.).

Piedad remanente y suplementaria, nacida de la como-
didad inobjetable de no poder recuperar el tiempo perdido
ni reparar el mal lejano. Esa crueldad, esa indiferencia ca-
lladamente sarcástica, ese pecado contra el espíritu santo es
la que la ha acompañado ciegamente toda la vida, como un
testigo mudo, insoslayable e imborrable. Gertrudis, la señora
alta, pálida y huesuda, vestida siempre de negro, cuyos mo-
vimientos y ademanes evocaban en la niña algo del sigiloso
caminar de una araña, esa mujer que hasta tenía un nombre
también vestido de negro y que provocara terrores nauseosos

en la muchachita delicada y recelosa, le envía, años después, una carta pidiendo socorro:

“Estoy en un gran apuro —decía la carta—. ¡Necesito ayuda! En memoria de otros tiempos, usted, la niñita de los rizados castaños y de los ojos llenos de asombro, venga, por favor, a verme. Vivo en la Avenida Portugal, número tanto. Pregunte, adentro, por el veinte y después el siete. —*Gertrudis*”.

“Pero, ¿aún vive?, me dije. ¡No es posible! ¡En aquella época era ya una vieja! En cierto sentido, me regocijaba la carta. ¡Al fin iba a contemplar la verdadera fisonomía de esa mujer, cuya presencia turbó a veces la luminosidad de mi infancia! Iba a saber quién era al mirarla con mis ojos de adulta, al conocer su atmósfera, su medio, las gentes y objetos que la rodeaban. ¿El veinte y después el siete? No entendí bien. Quizás se trataba de alguna casita o de algún cuarto. Acaso la miseria la había conducido hasta algún conventillo. ‘Necesito ayuda’. Así es que, como todos los seres humanos, Gertrudis tenía necesidades materiales, se nutría al igual que las demás personas, era vulnerable, capaz de sentir hambre y frío. Estaba hecha, pues, de carne y hueso, la bruja de la escoba. Demoré algunos días en acudir a la cita. ‘Mañana’, me decía, cansada de antemano. ‘Mañana’... Atravieso patios tristes, manchados de ese musgo sin color y sin vida que crece a menudo en los sitios de orfandad y muerte. Por fin, la sala veinte. Cuerpos desmembrados, ojos llorosos. La existencia que se va, la existencia que huye de pulmones que sólo respiraron pobreza... Me detengo, al fin, frente a una cama vacía: el número siete. —¿Y la enferma? —pregunto a una escuálida vecina

“de lecho. Los ojos se posan en mis ojos, luego bajan ansiosos “hasta el esplendor de las flores y frutas que derraman su “fragancia entre mis manos.

“—¿El siete? —murmura. Murió ayer en la mañana”.
(*Gertrudis* en Juan... pág. 57 y sig.).

Es significativo señalar que la antigua niña no busca a la vieja y desamparada Gertrudis para reparar un poco el temeroso odio que le tuviera en otro tiempo. No, nada de eso. En realidad, no busca a Gertrudis sino los signos misteriosos e inexplicables de una infancia atormentada y atormentadora. En realidad, busca sólo eso, su infancia, la explicación de su infancia; en otras palabras se busca a sí misma en ese hospicio de pobres, al cual ha acudido, no por piedad sino por curiosidad: “Corre por mis venas una extraña sensación de derrota. ¡Ah, un día, sólo un día, y no habría quedado en suspenso cierto capítulo de mi infancia!” (*Gertrudis*, en *Juan*... pág. 59).

El remordimiento post mortem, como el remordimiento post viaje de la derrotada institutriz inglesa, tampoco es un remordimiento arrojado como un ramo de flores marchitas sobre la lápida del tiempo que tapa para siempre a las dos infelices desaparecidas. Es, por el contrario, un remordimiento muy seguro de sí, que sólo siente piedad por el niño antiguamente solo y malvado. Esos dos cuerpos odiados y desaparecidos no han desaparecido del todo, siguen enterrados en la memoria, en el imperecedero recuerdo, y siguen vivos. Las palabras de epitafio exorcizante para Miss Hutchinson y para Gertrudis no tienen sino ese significado, esa intención: matarlas para siempre, pulverizarlas y borrarlas del pequeño nicho de pobres del recuerdo. Al pensar en sus mi-

serables antiguas víctimas, la legendaria niña sólo piensa en sí, en la necesidad de quedarse sola, en la terrible fatalidad de quedarse a solas, con sus muertos, con sus víctimas, con su obsesionante odio.

La maestra enviada a la miseria, Gertrudis enviada a la muerte iluminan definitivamente la soledad de la indiferencia que se patentiza, una vez más, en Juan Estrella, el antiguo ídolo, el eterno enamorado, el dios provisorio del balneario, que fuera adorado en silencio por todas esas muchachas apenas núbiles, enamoradas del mar, del sol, del viento, de la luz de la vida, de los sueños, de la dicha innominada húmeda de lágrimas: “Su atracción —pienso ahora—, era “la de un animal joven y sano. Tenía ojos grises, muy tiernos, “y una piel dorada por el sol bajo los cabellos oscuros. Pero “su mayor seducción estaba en los dientes grandes, parejos, “asombrosamente blancos. Cuando reía mostraba unos temibles colmillos de perro de presa o de lobo que cambiaban “su expresión, trocando en rudeza la ternura de los Ojos”. (*Juan Estrella*, pág. 15).

Pero esa hermosa bestia libre de las praderas de la radiante juventud, un día cualquiera, en una calle cualquiera de la ciudad, aparece, trocada a través de los años, en un cuerno tembloroso y decrepito que avanza, angustiosamente, inválidamente, por la angosta vereda. Ella lo reconoce y le tiene un comienzo de piedad, quisiera ayudarlo, pero el pasado se le torna repulsivo y apenas lo disimula, y mientras él le cuenta su historia, la historia de su caída, la pérdida de su fulgurante esplendor “yo recordaba sin nostalgia. No era aquel para mí, el paraíso perdido”. (*Juan ...*, pág. 30).

“Nos miramos un instante en silencio. Muy cerca, la

“iglesia se erguía nítida y ligeramente azulada bajo las lívidas
“luces del crepúsculo.

“—¡Adiós, Juan! —Dije.

“—¡Carmen! ¡No podríamos vernos de nuevo alguna
vez?

“La voz con que expresó esa súplica estaba llena de congoja.

“—Por cierto, Juan, por cierto... —contesté sin convicción”. (*Juan* ... pág. 31).

Por lo demás lo que resalta en esta historia no es tanto el trágico destino del famoso ídolo de la juventud, sino la incapacidad casi gozosa de la narradora para mostrar su propia falla, su imposibilidad de amar profundamente, de comunicarse más allá de la oleada mortecina de los ensueños, los arrobamientos y los embelesos de temporada.

En realidad, de tanto odiar, o despreciar, a la mujer, termina por odiarse a sí misma. No parece una casualidad que los fatalizados protagonistas de *Icha* y *Gertrudis* sean exactamente mujeres. Ni que la extraña y fantasmal Mariana, de la narración *Mundo de Piedra*, sea, desde su niñez, psicóticamente maligna. Una mujer, otra mujer, más fantasmal que la protagonista, pues finalmente no existe en este mundo visible, le cuenta al desventurado que se ha quedado solo: “Mariana es así: cruel. Siempre lo fue, desde niña. Le gustaba “sacarle las aías a las moscas. Más tarde se divirtió enamorando a los hombres para dejarlos al poco tiempo. ¡Ud. no “es el primero! ...

...“Y hay algo más que Ud. seguramente desconoce.

“Cuando ella tenía dieciocho años, un hombre muy joven, casi un niño a quien ella dejó por otro, no pudo resistir

“y... ¡qué quiere Ud!: Esas cosas pasan. No es fácil soportar “un golpe así... (*Mundo de Piedra*, en Juan..., pág. 130 y sig.).

María Flora inventa mujeres malvadas cuando no las tiene a mano en la vida o en la memoria. ¿Por qué ese afán persecutorio, difamatorio de un ser, —la mitad del ser humano— que justifica la existencia por sí sola, del que nace, si rastreamos un poco, todo el caudal del arte, todo el caudal de la rebelión humana, esa exaltación de la vida que es la revolución, qué son todas las revoluciones verdaderas? La rebelión contra la madre parecía explicar este denodado irreflexible odio, esta confesión ex scripto. En el cuestionario a que me he referido, contesta a una pregunta generalizada: *Respuesta*: “Como ves tuve una extraña familia. Fui educada en forma que desarrollaba el egoísmo. Mis hijos fueron quienes me enseñaron a ser buena. Mis sangre italiana e inglesa por el lado materno, me crean una desgarradora lucha interior. Mi madre era la gran burguesa, desesperada de tener hijas intelectuales, yo llevaba un diario desde los catorce años: ella habría preferido que bordara o “cocinara”.

Otras circunstancias que preside la obra literaria de María Flora es su sensación de fugacidad y de transitoriedad de la vida y de sus elementos. Pero se trata de una fugacidad anticipada, doblemente sentida, en consecuencia. Esta sensación de fuga, de vida provisoria, de sufrimiento o goce transitorio, es la que da una especial atmósfera impalpable y etérea, no sólo a sus temas, sino, también, a sus personajes, de cuyos cuerpos, sumergidos en la duda, en las lágrimas, en el abandono, emana, ideductiblemente, un clima fantasmal y

ligeramente aterrorizado. Esta fugacidad de la vida se nota con nitidez en la mayoría de sus cuentos. Casi todos ellos empiezan iguales: Alguien viene llegando o se va yendo, forastero de sí mismo, en busca no tanto de su feliz destino, como de su cierta o incierta desgracia. Los ejemplos abundan en el libro *Juan Estrella*: “Figura de naufragio, que va esparciendo en torno su ceniza de muerte, era aquella señora “alta, pálida y huesuda, cuya visita a nuestra casa me hacía “perder el sosiego por casi toda la tarde”. (*Gertrudis*, pág. 55).

“Presentí el sitio que buscaba por un aroma de semillas que se me vino encima en un recodo del camino. Sí, “allí, perdida en los alrededores del pequeño pueblo de Ninahue, estaba la chacra en que pasé largos veraneos de infancia”. (*Icha*, pág. 61).

“Una mera casualidad me condujo a esa vieja casa de campo, erguida entre dos quebradas y lejana a toda población”. (*El estanque*, pág. 95).

“Desde hace más de una hora el hombre camina a orillas del mar. Es el atardecer. No ha encontrado en su ruta sino a uno que otro pasante de apariencia modesta. Todo a su alrededor está en silencio, fuera del ruido solemne de las olas que se rompen bramando. Y el paisaje se repite hasta el infinito: laderas fáciles y monótonas cuyo tono pardusco contrasta con la órbita azul del mar”. (*Mundo de piedra*, pág. 113).

Esta sensación de fugacidad de la vida llega a su colmo en el cuento *Juan Estrella*, ya que toda la dramática historia del antiguo Don Juan, ahora gastado, inválido y solitario, se cuenta en una vereda, en una estrecha vereda de la ciudad. La antigua niña enamorada y dichosa, enfrentada ahora a su

antiguo brillante dios, llamado Juan Estrella corrige: "O mejor dicho, la caricatura de Juan Estrella, ese hombre joven y brillante que conocí durante un veraneo que ahora me parecía remoto". (*Juan ...*, pág. 9).

La juventud está lejos, el balneario ha muerto, aunque vive como un sueño en la lejanía, con otros rostros, con otras dichas. Ahora no estamos en ese sueño que es la juventud, frente al esplendoroso y ancho mundo. Ahora estamos en la ciudad, en la angosta vereda que es la ciudad, la vida, el matrimonio, el status, el conformismo. "Adiós, Carmen, balbuceó al fin, bajando los ojos hacia mí.

"Adiós, Juan.

"Lentamente, con su paso de inválido, penoso e inseguro avanzó por la calle en penumbra, hasta perderse como "una sombra entre las sombras.

"Durante un instante escuché todavía los golpes secos y "tristes del bastón sobre la acera oscura". (*Juan ...* pág. 32).

Incluso en las cartas personales de la escritora, esta transitoriedad de la vida, este amargo gusto del viaje que tendrá inesperado fin, se hace igualmente presente, aún con más obsesión. En estas breves cartas ya no se sabe, por lo demás, quien habla, si la voz de la vida o la de la literatura, aunque si nos paramos un rato a escucharla, pareciera que comienza a conmovernos una atormentadora idea: Esa niña no vive, sólo recuerda, no ha gastado la vida, la ha transcrito:

"En verdad, deseo irme: mi viaje ha sido un fracaso. "Todo me sale al revés: desencuentros, direcciones que no "hallo, maletas que se extravían y que hacen perder días en- "teros buscándolas. Parece que un espíritu maligno sigue mis "pasos para embrollar las pistas. Y ahora, de Madrid, *¿en*

“*ai marre*, como se dice en argot. Por primera vez en mi vida “me enervé en París. Los franceses habían perdido su operación sonrisa y estaban gruñones y amargados. En fin, un “fiasco”. (*Carta de Madrid, abril 28, probablemente del 76*).

En sus visiones de infancia (aunque todo lo que ella escribe son visiones, de adolescencia, de juventud, de fracaso, de frustraciones) hay una persistente atmósfera crepuscular, sin atmósfera, sin ruido, o con ruidos silenciosos, en el cual transcurren sus personajes atormentados, locos, idiotas, suicidados, asesinados; a menudo los niños o adultos de sus narraciones avanzan uniformemente hacia el estanque que ha de tragarlos o hacia el accidente que ha de ensangrentarlos, ensangrentando y alzando el silencio con la cuidada dignidad del señalado por el destino. Sus historias, nerviosas, rápidas, elementales, tajantes —como si la autora tuviera miedo de recordarlas—, no parecen terminar con la atroz soledad sino que la confirman o la prolongan. En otras palabras, María Flora Yáñez sólo escribe y describe sensaciones, pareciera finalmente que el destino de sus personajes no le interesa —ya que siempre es el mismo, el mismo diagnóstico: su propia alma insatisfecha— y en cambio, sí que le interesa, y la cuelga como un cuadro en su memoria, la formidable soledad que agita su frágil cuerpo, su estremecida alma atónita desde hace muchas generaciones.

María Flora es de aquellos seres que escriben porque han tenido infancia y no la olvidan. Pareciera exagerado decir que no todos los hombres han tenido infancia. Infancia biológica, sí, por supuesto, pero han salido de ella como forzados y señalados, crecidos lejos de ella como avergonzados, manchados y humillados por ese tiempo tan extraterrestre y

tumultuoso en que se es enteramente puro, aún más, la definición de la pureza. En la dramática historia del mundo ha habido multitud de políticos, aventureros, criminales, degenerados, corrompidos por la carne o por el espíritu, tiranos, militares, traidores, soplones, que no tuvieron infancia o la asesinaron, manchándose las manos con la propia, invisible e indeleble, sangre. También se puede formular una pregunta y extenderla: ¿Existiría el arte si no existieran los niños? Nada costaría hacer una corta, muy cortísima estadística de artistas —no sólo escritores— de todas las épocas y todos los países que sólo nacieron o se descubrieron artistas a partir de su no recuperada infancia y de su arrobador angustioso recuerdo. América hispana presenta en este sentido un abrumador mausoleo de niños egregios enlutados por una tristísima infancia, que salieron empapados y afiebrados de lágrimas y padecimientos mudos de ella, de ese insondable nido del insomnio acongojado de la infancia, al que no habían de regresar jamás y edificando desde ella, desde la emanación de ese recuerdo, sus palabras de ensueño, de horror, de reclamo, de pesadilla. Andando los años, un héroe ilustre, volando en el cielo insomne de la infancia, lanzaría la confesión, que es, al mismo tiempo, un grito de socorro: *Yo soy de mi infancia. Yo soy de mi infancia, como de mi país.* Y aquel 31 de Julio de 1944, en que su avión fue abatido por los alemanes frente a las costas de *Córcega*, su cuerpo no fue hallado, por eso. Porque el autor de *Le petit Prince* era puro espíritu. *Pregunta:* “Yo miro tus *Visiones de Infancia* como una espléndida introducción a tu arrobadora ansia de recoger y “retener un tiempo hermoso y horrible, dichoso y dramático, “en sucesivas obras. Siendo un hermoso libro, adolece, si no

“me equivoco, de falta de constancia, de profundización de algunos temas, algunos dolores, algunos personajes. ¿Lo escribiste como obra definitiva o sólo como prueba, para demostrarte a ti misma tus formidables y delicadas fuerzas?”.
Respuesta: “Mis Visiones las escribí espontáneamente, como brotaron. No profundicé más a causa de mi eterna precipitación. En aquel entonces me parecieron hondas, porque en ellas entregaba mucho de mí misma. Hoy, creo, como tú, que debí haber llegado más adentro”.

“Quiero contarte que estoy escribiendo mis memorias y que esto ha sido un consuelo y a la vez un dolor, porque todo el pasado, con sus penas y sus felicidades, se me ha venido encima. Hay días en que he gemido de dolor; otros en que la nostalgia de algunas épocas de dicha me ha embriagado. Llevo doscientas páginas a máquina. Pero no creo que alcance a terminarlas. Necesitaré años y mi vida no durará tanto. Pienso ir a Europa el año próximo. Si vivo... La idea de la muerte me obsesiona. Si voy por allá me gustaría encontrarte en París, ciudad en que pienso pasar unos días, pese a que el París que vi ahora es tan diferente del que conocí en otros tiempos. ¿O seré yo la diferente? (*Carta de noviembre 30, del 76*).

¿Quién cambia, nosotros o el mundo? ¿El mundo que nos modifica o al que modificamos? Preguntas que le hacemos a la vida, que nos hacemos a nosotros mismos para subrayar, por un desesperado afán de sobre existencias, de comunicación, de trascendencia, hasta para tranquilizarnos o justificarnos. Si no tenemos el coraje de ser auténticos, a pesar de todo, del mundo, del medio, de la familia, a pesar de nosotros mismos, seremos muertos en vida, suicidas exan-

gües, sobras de nuestros cuerpos en peregrinación, ni siquiera insondable, para reencontrar a nuestra alma despilfarrada. Si seres como María Flora que proliferaron en el Romanticismo, que son una multitud callada y censurada en épocas de hundimiento y de anunciación, como la desesperada época en que vivimos, hubieran tomado en cuenta a la familia, al status social, al resentido qué dirán, al espectro de los muertos que vienen a registrar nuestros papeles mientras nos alejamos a través de los sueños o de las dudas, jamás se habrían entregado a la literatura, absolutamente, como se entrega uno a un vicio o a una pasión, como se entrega uno al suicidio para vivir su propia profunda muerte hasta las heces. No, ya tenemos bastante con esa censura que es el mundo, con esa limitación y esa muralla que se llama el propio cuerpo, esta armazón adorable y aborrecible, sucia e impecable que somos nosotros vivos, ya tenemos bastante para que, antes de escribir, antes de sentarnos a escribir, demos una mirada temerosa y recortada a nuestro alrededor para buscar los ojos que nos vigilan, que están furiosos vigilándonos ahora que nos liberamos a través de la puerta, de la ventana, del camino ardiendo que es la literatura. Ojos vivos, ojos muertos que nos tienen agarrados, paralizados, prisioneros. Las quejas van y vienen, las dudas van y vienen, los anticipados terrores y arrepentimientos van y vienen: "En cuanto a mi alma, estoy ya como fuera de la existencia, sólo soy una sonámbula que sufre mucho. Muy consciente, eso sé, de mi dolor. Y..." (Carta de septiembre 27, del 76). Yo, dolor, ausencia, inestabilidad, yo. Interrogaciones metafísicas incrustadas en un fondo variable, subrayadas, como leitmotifs amables y reiterados, por las ondas musicales, que vienen de

la infancia, y por las ondas del agua, que vienen, a través de una neurosis delgada y transparente, de la sangre de los antepasados. Al oírla, se diría escuchar la voz pausada, medida, clásica, no crispada todavía, de Virginia Woolf, mientras mira a la señora Dalloway preparando su inútil fiesta, sola en su casa, y mira después al Támesis, que alza, para ella sola, una cola en forma circular de corona, llamándola. "Sí, sobrevivo, no sé cómo. Tener un hogar, tú sabes, es trascendental. Y yo no tengo esperanzas de volver a tenerlo, yo que soy más tierna que intelectual". (*Carta de septiembre 3*, del 77).

Estas palabras, como otras de sus confidencias, no se deben tomar al pie de la letra. *Sí, sobrevivo, no sé cómo...* Lo sabe perfectamente y no quiere saberlo. Es tierna. Como tal ha sufrido y ha hecho sufrir. Sus *Visiones de Infancia* y algunos de sus cuentos —por ejemplo el espléndido *Icha*, que prolonga aquéllas— son un testimonio flagrante, una inesperada y no deseada autoconfesión, más allá de toda disculpa o excusa. Es intelectual. Perfectamente lúcida, confiesa que es intelectual, no sólo su obra lo aprueba, también su conducta hiératica y religiosa —pero ella, aunque quisiera, no se liga realmente a nada— también la fuente directa de la que emana, también esas fuentes laterales, más distintas y subterráneas, que nutren o desangran la corriente madre, la corriente nieta, la corriente bisnieta. Y el intelectual es un ser aparte, limpiamente aparte —lo que es su mancha y su hipoteca—, de su mundo, de su círculo familiar o social. El intelectual es un hacedor de sufrimientos, un tejedor de lejanas soledades, un desterrador que, para quedarse solo, o más solo, va desprendiendo de su ser como hojas muertas, los lazos del cariño,

la maravillosa complicidad de la carne que significa amor, compañerismo, solidaridad, solidaridad del sentimiento, solidaridad del pensamiento. En este sentido, pues, la corta e intensa obra de la escritora es testimonio de esas dudas, de esos abandonos, de esos desarraigos, de esos destierros que fueron señalando el camino de su difícil y fácil trabajo: dejar como señales en el impalpable tránsito, su palabra testimonial que es, de todas maneras, a pesar de lo que ella alegue en contrario, una confesión sollamada y atormentadora que no la deja vivir, que no la deja morir hasta que haya enterado, devorándola hasta las cenizas, toda su esforzada maldición.

Pero, cosa curiosa, por lo demás tan lógica, las interrogaciones sin respuestas de la niña sentimental e intelectual, estupefacta frente a las injusticias de la vida, que, de repente, los democratiza a todos con el voto común e inobjetable de la muerte, las dudas de la adolescente, las lentas rebeldías de la mujer casada, ya madre de familia, haciendo acopio y balance de sus muertos ilustres o desconocidos, para resucitarlos en su muerte, para despertar de nuevo sus guardados adormecidos recuerdos, da otro resultado: el absurdo de la vida se trueca en el absurdo del arte. El ser que ha sufrido, cambia en materia aliva ese sufrimiento y les inventa un desenfadado infierno a sus personajes, como Juan Estrella, como Icha.

La pobre y desamparada historia de Icha está contada con dolorosa delectación describiendo su tormento sin respiro, como si la autora tratara de respirar a través de la invisible herida de la desventurada, como si tratara de mirar en ella sus propios tormentos, sus pesadillas de niña, sus abandonos de adolescente. No hay más que eso, la construcción

de un dolor fatalizado que cerca y acorralla a un ser inocente hasta la segura y anunciada muerte. Un pequeño inquilino del otro círculo del infierno, el de los desheredados, los pobres, los miserables, resaca y residuo de una clase y de una época, recortes de carne viva que arroja junto a la carretera, al otro lado de la cerca o de la maquinaria, un mundo frío, calculador e implacable. Por su capacidad de demostrar un dolor sin tregua, por su cuidadosa descripción de un sosegado calvario, la desventurada historia de Icha debió insertarse naturalmente en *Visiones de Infancia*, junto al sufrimiento de los otros niños inocentes, en ese grácil cementerio en el que la niña que no puede olvidar mantiene expuestos, expuestos a sus terrores y a su empecinado recuerdo, a sus hermanitos menores, también cegados al nacer. Icha, más que la autora, sigue viviendo, sigue sufriendo su meticuloso martirio cada vez que abrimos las páginas y nos sumergimos con ella en el estanque que fue su mortaja y su tumba.

Hemos dicho que la idea y la obsesión del agua va y viene en oleadas, en lentos movimientos pendulares, de ruido y de silencio, como lo hacía en la mente de Icha, en sus noches sin sueño, en su casa sin ventanas que le anticipaba ya la tumba. Esta obsesión surge, como veremos, una y otra vez, en los temas de María Flora y preside un desvelado pensamiento en sus cartas:

“En Ginebra me sentí extremadamente nerviosa, pues “los lagos con su inmovilidad de muerte, siempre me han “deprimido. Tal vez a causa también de que Alfonso los “buscaba (los del sur de Chile y se producía un verdadero “encantamiento). Por ello dejé esa ciudad y volví a París.

“Pero mi ánimo estuvo en todo momento melancólico y poco “logré incorporarme a la vida”. (*Carta de enero del 76*).

“Paso las horas en una constante interrogación sobre el “sentido de la vida y no lo encuentro... Mi vida es tan mo-“vible como las aguas. Voy de acá para allá sin rumbo... “Cuesta tan poco hacerme sufrir”. (*Carta de enero 29, del 77*).

La misma idea va y viene salpicándome, en sus más in- tensos temas: Icha, la pobrecita niña cuya madre ha muerto, cuyo padre la ha degradado de su corazón, dándole una ma- drastra que la abrumba y la acorralla con trabajos y humilla- ciones, le confidencia al narrador que un día se irá para siem- pre, no sabe a dónde, tal vez a reunirse con su madre:

“—Pero..., ¿no está muerta? —preguntó tímidamente.

“—Sí, está muerta —responde pensativa—. Luego agrega “en voz tan baja que es más bien un cuchicheo:

“—Te voy a contar un secreto, pero ¡júrame, Juan que “no lo dirás a nadie! Ella está muerta, y, sin embargo, todos “los días me llama desde el fondo del agua, ¿comprendes? “En el estanque...

“Pienso que está trastornada. Y guardó silencio. Entre- “tanto, la noche es una cosa viva, tenebrosa, que nos va en- “volviendo con su manto de cenizas. Siento miedo, oprimido “por extrañas imágenes e invisibles fantasmas que las pala- “bras de Icha han despertado en mi mente de doce años. El “estanque, muy cercano, se me antoía un mundo mágico, “mundo temible, plagado de apariciones y misterios. Se- “paro mi brazo de la cintura de Icha. Luego, en un impulso “irresistible, la tomo de la mano y echo a correr hacia la casa, “arrastrándola”. (*Icha, en Juan...*, pág. 79 y sig.).

“El grito resonó martirizante, como un reptil se escurrió

“entre los árboles, fue a estrellarse contra los muros blancos
“y penetró en la casa con el ropaje sórdido de lo irreparable:

“—¡Icha se ahogó! ¡Icha se ahogó!

“El piano calló de súbito. Y todos, grandes y chicos,
“trabajadores y sirvientes, nos precipitamos jardín adentro,
“pues...” (*Icha, en Juan ...*, pág. 89).

“Debe ser tarde, porque ahora hay estrellas en el cielo.
“Pero ni la casa, ni las quebradas, ni el largo corredor de
“ladrillos coloniales, aparecen por ningún lado. Aquí había
“lámparas, espejos y péndulos, me digo pensativa. Espejos,
“sobre todo, innumerables espejos, empañados por el ala del
“tiempo. —¡Hay uno todavía! —exclamo en voz alta, sorpren-
“dida. —¡Hay uno! Porque a mis pies aparece un espejo
“gigante y en él veo reflejarse mi imagen, alargada y quimé-
“rica. Me inclino hacia adelante, como si quisiera fundirme
“con esa imagen mía que me enfrenta desde el fondo. Pero
“retrocedo bruscamente: el espejo en que me miro es un
“estanque, inmóvil y verdoso, cuyas aguas emanan un olor
“extraño, sutil, deprimente como el éter cuando flota nau-
“seabundo en la atmósfera”. (*El Estanque, en Juan ...*, pág.
110 v sig.).

Estas obsesiones, que presiden el hilo del pensamiento del ser que sufre, que conducen el hilo de la imaginación del escritor que se sumerge en ese sufrimiento, parecen ser la confirmación de una posible regla estética: la obra de María Flora Yáñez, delicada y temblorosa, es la expresión más exacta de esa salud que es la enfermedad de la literatura.

Y de esta enfermedad profesional y de estas obsesiones referidas, que manan abierta o confidencialmente del conmovido árbol familiar, brota una consecuencia, que, al exa-

minar sus escritos y al enfrentarse con ella para aclarar dudas, esgrimiendo algunas obvias preguntas, me han dado un poco de rabia. Porque si le pregunto por su hijo Alfonso, por su hermano Pilo, ella me responde cosas personales, huyendo de mi pregunta, sin profundizar, como podría ser su deber, en la dramática trayectoria de esos dos seres extraños e indispensables en la historia de la literatura chilena de estos años.

Pregunta: “Háblame de tu hijo Alfonso, de tu hermano Pilo, esa estrella literaria desconocida. En tus visiones hablas del último, pero como siempre, marginalmente. ¿Por qué esta parquedad en medio de tan esplendorosa riqueza?”

Respuesta: “De Alfonso me es difícil y penoso hablar. Su impetuosidad lo arrastraba. Desde muy chico tuvo una sensibilidad enfermiza: cogía las vibraciones del aire y, al igual de su hermano Pepe, era de una generosidad y sentido humano extraordinarios. Se casó a los 21 años con una muchacha muy bonita, del tipo que persiguió siempre: alta, rubia, de caderas anchas, pero absolutamente inculta. Cuando, durante el noviazgo, yo le hice ver su tremenda ignorancia, él me contestó: Mejor, eso me da paz. Estaba ávido de paz, como si no pudiera más con su tumulto interior. Podría decir mil cosas de él, pero no puedo.

“Mi hermano era altanero y desdénoso. No me dirigía la palabra. Sólo se tornó modesto en la edad madura, cuando quedó tan pobre que sus hermanas tuvimos que mantenerlo. Yo, por fin, lo instalé en mi casa. Cuando iban visitas a almorzar, tenía que advertirle: ‘Por favor, pórtate bien, no desaires a nadie. —Cómo se te ocurre que los voy a desairar, me contestaba’. Pero, llegado el caso, ni les hablaba.

“Era de una prodigalidad increíble: no botó el dinero, lo regaló a sus diferentes esposas. Tuvo tres.

Aquí, desgraciadamente, al negarse a hablar de Alfonso, su hijo, al hablar de Pilo, su hermano, María Flora se torna, exactamente, en personaje de ellos mismos, del hijo del alma generosa e insatisfecha, del hermano, rebelde por definición. No se puede decir sólo que era “Altanero y desdeñoso” de aquel misterioso Juan Emar, que, hacia la década del 30, firmaba unos relatos asombrosamente insólitos, potentes, precursores, que vacunaron a toda la juventud que, por entonces, se sentía genial sin motivos conocidos. Ese extraño e insoponible hermano era un escritor que hizo pedazos el idioma a través de dos o tres libros relampagueantes y que por eso no fue perdonado y que por eso fue dejado fuera de sus cocinerías por los críticos literarios y de sus boticas por los historiadores de la literatura. No se puede decir sólo que le gustaban las mujeres altas, rubias, de caderas anchas, de aquel muchacho que viaja a Sudáfrica y, conmovido por el infierno que padece una raza africana asesinada durante centurias, escribe una atroz denuncia y desde ella, desde esa realidad insoslayable, compromete su alma de escritor asqueado y rebelde, convirtiéndose en un ejemplo para sus degenerados compañeros de generación. Ambos, el hermano y el hijo, eran revolucionarios. Uno, en la palabra como herramienta, en sus temas viejos jovenmente vistos, en su tajante e insolente visión del mundo, el otro, en su inquietud, en su imaginación profunda hasta la insanía, en su generosidad sin límites, que recuerda su madre sin profundizarla. Síntomas de una época. Las respuestas de María Flora a mis preguntas son el segundo síntoma. Ella reacciona, no

como madre ni como hermana, menos como escritora, con la solidaridad de la sangre contaminada de ensueños hechos pedazos. Ha reaccionado no como individuo sino como clase, empujándolos a los dos más abajo en su tumba. Sí, síntoma de una época, pero, más que eso, de una sociedad condenada, ellos, los dos, tenían —lo que estamos comprobando— que convertirse en lo que fueron, unos negados, unos postergados, enterrados desde hace años en el panteón de los que se convierten en un peligro para su tierra y su clase: el silencio.

Ortega y Gasset, ese formidable coleccionador de fobias, alega, equivocándose una vez más, que la novela picaresca nació en España como producto, casi biológico, del resentimiento, la envidia, la amargura del pueblo bajo, del villano, que no tenía acceso a la regalada vida de las clases altas, sus mayores, sus sostenedores, sus guías. Textualmente proclama: “Durante los últimos tiempos de la Edad Media coexisten dos literaturas en Europa que no tienen apenas intercomunicación: la de los nobles y la de los plebeyos. Aquella suscita los Minnesinger, los trovadores, las gestas y epos de guerra y de pasión... En esta producción convergen todas las emociones trascendentales, lo mismo las sutiles aspiraciones hacia un trasmundo donde todo es lindo y conceptuoso, que aquellas pasiones del hombre, rudas tal vez y bárbaras, pero afirmativas y creadoras... Esta literatura aumenta el universo, crea... Paralela a ella, pero reptando sobre la tierra, se desenvuelve la literatura del pueblo ínfimo. Son las consejas, son las burlas y farsas, son los motes, fábulas y cuentos equívocos. Muy típicas son las Danzas de la Muerte. La Muerte, amiga de Sancho, es la vengadora de

“los pequeños, simples y mal dotados, la demócrata. Y el
“cantor villano, harto de angustias, dolido de muchas faenas,
“socarrón y maligno, conduce a la Muerte las altas clases
“sociales. El cantor villano ve al hombre con pupilas de
“ayuda de cámara. No crea un mundo; ¿de dónde va a sa-
“car él sin vacilar, cercado de hambre y de angustias, el des-
“tripaterrones, el hambriento, el deshonorado, de ijares ja-
“deosos, de alma roída, el esfuerzo superabundante para crear
“existencias, formas de la nada? Copia la realidad que ante
“sí tiene, con fiero ojo de cazador furtivo: no olvida un pelo,
“una mácula, una costrica, un lunar. La copia es crítica. Y
“ésta es su intención: no crear, criticar. Le mueve el rencor”.

Sin embargo... El aristócrata, cobarde, calculador, so-
lapado, hipócrita, sin más coraje que el dinero, el inventor
de los tiranos de las torturas, de los genocidios, el eterno
cornudo de la historia del arte, como los generales, muere en
la cama. El pueblo, el villano de Ortega, el eterno postergado,
aherrojado y despojado, muere, a través de las edades y de
los estilos, en la mazmorra, en el hambre, en la peste, en las
fauces de la sociedad industrial, en las fauces de los asesinos
uniformados de América. El aristócrata, para morir en
la bandeja de la cama, necesita que el santísimo sacramento
del altar ilumine sus tinieblas, que el médico sea el interme-
diario entre la podredumbre que es él y la podredumbre que
viene a reclamarlo. El pueblo, el demócrata de Ortega, el
villano, muere en el suplicio, en las hambrunas que se traga-
ban a Europa, al Asia, a las islas, al Africa, a América, sólo
consigo mismo, con su enorme fuerza vengadora y precursora.

No es el momento de insistir aquí en la parte que en la
novela picaresca, como fuerza positiva o negativa, tienen los

dos protagonistas intercambiables, el noble y el villano, porque no son sólo una expresión de la vida literaria, sino que, más profundamente, de toda la vida. Tampoco es el momento de extendernos un poco, siquiera un instante, pues el tema es vasto y torturador, para contemplar a los dos grandes pícaros del drama español, el villano, en todo el esplendor de su peligrosa salud, que es Sancho, el villano en estado de gracia, que es don Quijote.

Aquí caemos, pues, en la picaresca de la aristocracia, en la cual no ha insistido bastante María Flora Yáñez. Pareciera, por lo demás, que uno de los signos de su dolorosa capacidad de recordar es no insistir sobre nada, como si las palabras se le introdujeran cruelmente en su carne más que en la carne de sus libros, como si las llamas del lenguaje la devoraran implacablemente junto con sus papeles. Pero en algunas de sus páginas culmina, aunque desganadamente un tránsito que tiene lejanas partidas: *Recuerdos del pasado, Casa Grande, El Roto*. Hay que recordar que la llamada aristocracia chilena tuvo su origen en los conquistadores españoles, gente airada y de avería, de nula extracción social y de ninguna instrucción, a excepción del capitán extremeño Pedro de Valdivia. En este sentido es perfectamente normal que la alta clase chilena tenga su origen netamente pícaro. Los héroes de Pérez Rosales, Luis Orrego Luco y Joaquín Edwards Bello, son, si se salva decorosamente el abismo de cuatro siglos, descendientes directos de los encomenderos y de la otra carne de presidio que encendió en todos los confines del continente las ávidas llamas de la Inquisición. Los saqueadores de las tierras del indígena, los asesinos imperiales del indígena no podían dar sino esta clase de personajes que

torcidamente aparecen como representantes tipos de la literatura de María Flora. Este aspecto sorprendente y promisorio aparece con claridad en uno de los capítulos de sus visiones de la infancia y más angustiosamente en su cuento *Juan Estrella*. En uno y otro, la picaresca de la aristocracia aparece polarizada como drama, comedia y tragedia, anunciada subrepticamente más como temas a desarrollar que como constancia definitiva de lo que es, o debe ser, una literatura testimonial de una tierra y de una época. El drama:

“Avanzaba yo una tarde junto a la enorme mole de
“nuestra iglesia dominicana —esa mole colonial cuyos blo-
“ques de piedra, pulidos por el tiempo, se recuestan sobre la
“vereda, estrechándola hasta impedir el paso a los transeún-
“tes— avanzaba de prisa, cuando un cuerpo vacilante y decre-
“pito que iba delante de mí con un andar de inválido me
“obligó a refrenar el ímpetu de mi marcha. Resignada, obser-
“vé esa espalda redonda que parecía llevar el peso de una
“maldición bíblica. El carillón del templo cantó las siete de
“la tarde y sus ecos plateados me recordaron la urgencia de
“los afanes que me aguardaban. Descendí de la acera para
“adelantarme a la torpe figura que me obstruía el camino
“y, al pasarla, volví la cabeza hacia ella, no sé si por curiosi-
“dad o por misericordia. Algo en sus rasgos removió dormi-
“das resonancias. ¿Dónde había visto yo aquel rostro? Mis
“ojos, de arriba abajo, abarcaron la flácidas mejillas, el rictus
“de la boca, las pupilas cercadas de arrugas. Y, de súbito,
“ahogué un gritito de asombro: ¡pero si era Juan Estrella!
“O mejor dicho, la caricatura de Juan Estrella, ese hombre
“joven y brillante que conocí durante un veraneo que ahora
“me parecía remoto. ¡Que no me vea!, pensé apurando el

“paso. Pero en aquel instante, ocurrió un hecho insólito: por
“la misma estrechísima vereda que miserablemente cruzaba
“Juan Estrella, un ciego venía en sentido contrario. La catás-
“trofe era inevitable: ambos lisiados iban a chocar entre sí,
“iban a fundirse en un abrazo lamentable y grotesco. Imposi-
“ble para ninguno de los dos descender a la calle aglomerada
“en que los automóviles corrían como flechas. ¿Qué iba a
“pasar? El ciego, dentro de su noche, iba a tientas, apoyado
“en su báculo. Juan Estrella, con sus piernas inseguras, tam-
“bién avanzaba, sostenido por un elegante bastón con puño
“de oro. Al ver frente a su ruta la figura andrajosa del ciego,
“lanzó un alarido agresivo y, a la vez, implorante: —¡Quí-
“tese! ¡Déjeme pasar! “Yo también soy enfermo”. (*Juan ...*,
págs. 9 y sig.).

La comedia se insinúa en una página reminiscente de las visitas a que la protagonista era llevada cuando niña, en la lejana época que ahora vuelve y en cuya penumbra teatraliza la loca de la familia: “Hacía participar a los pájaros en la “conversación, dirigiéndose a ellos de preferencia que a las “visitas. ¿Cómo está tía?, preguntaba mi madre. —Interca- “dente, hija, intercadente. ¿No es verdad, Pitalita? Ellos “me han cuidado bien. ¡Ay, qué sería de una sin estos seres! “El médico me recetó una fricción; naturalmente, no tuve “quien me la diera. Pues bien, ella la Chepa, esa caturra chi- “quita que está a tu lado, se puso a picotearme el brazo y “me hizo circular la sangre mejor que cualquier masaje... “No les he contado que Corito ha aprendido canciones, ver- “daderas canciones, como un cristiano. A ver, Corito: una “canción para las visitas...” (*Visiones ...*, págs. 57 y sig.).

Y la tragedia: Cuando el padre de la niña compra el

fundo inmenso de Lo Herrera, la madre murmura llena de presagios: "¡Ay, no me gusta que hayamos adquirido este "fundo demasiado valioso para nosotros!... Dicen que son "malas tierras y además que traen desgracia al que las ad-" "quiere o trabaja..." (*Visiones...*, pág. 71). Este corto e intenso capítulo debió dibujar una novela de la trágica historia de la tierra chilena, pero la autora, urgida por sus fantasmas, aterrorizada ante el abismo, sólo atinó a acumular sombras empapadas en lágrimas y en sangre: "Doña Bárbara "Molina de Herrera, la poderosa y altiva castellana, exten-" "diendo su dominio muchas leguas a la redonda y vigilando "la prosperidad de sus riquezas con ojos magníficos y un poco "cruelles a los que asoma el alma cargada de secretos. Su "hijo, el demente Herrera, que luego de muerta la madre "vivió en un sótano bajo el oratorio de las casas y pereció at-" "rorizado, llenas de lágrimas ardientes sus vacías y jóvenes "pupilas. Por último, la anciana de albos cabellos y amarillentos pergaminos, doña María Josefa Petronila de Alcántara "Molina y Agüero, que fue llevada sobre las torrentosas aguas "del río Valdivia en una balsa que zozobró. ¿Deliberadamen-" "te? Así lo aseguraban las mañas lenguas... Cristalina era "la risa de doña Candelaria y gustaba de obsequiar a los niños de los patrones con alfajores y almendrados hechos en "nuestro honor por sus gordas manos de campesina retozona. "Pero se decía que su alma era cruel. Luego supimos con "horror que ella misma degollaba a los chanchitos lechones "que se servían asados los días de cumpleaños en el rancho "de adobe"...

"Don Esmeraldo tenía en su persona una dolorida dignidad. Se levantaba al alba, antes del toque de la campana

“que llamaba a los peones al trabajo, y para ir al patio de
“carretas cruzaba el largo corredor de ladrillos rojizos, pa-
“sando frente a las puertas cerradas de nuestros dormitorios y
“alborotando la inmovilidad de la aurora con el tintineo
“metálico de sus espuelas. Aún me parece sentir mi sueño
“de entonces vagamente perturbado por el cascabel de plata.
“Pero durante las noches, don Esmeraldo no podía dormir ni
“reposar de la jornada de trabajo porque una guitarra tañía
“hasta después de las doce y la voz sonora e insolente de su
“esposa cantaba impávida y con garbo: ‘lo llaman el Quita-
“penas porque nació para amar.’ Una mañana, por fin, un
“estampido cortó siniestro el silencio. El séquito de peones
“y capataces que acudió presuroso al escritorio de pago, vio
“bañado en sangre e inanimado ya el cuerpo de don Esme-
“raldo San Juan. Se había pegado un tiro”. (*Visiones . . .*,
págs. 76 y sig.).

Tierra muda y trágica, seres robados y robadores, asesi-
nados o asesinos, agarrándose con sus uñas ensangrentadas
a una tierra ajena, legendariamente ajena, que los llama para
devorarlos o para que narre su innumerable y mezclado
drama. Todo el drama de la geografía chilena, todo el aho-
gado, sofocado drama, bordeando el fatal testigo por ese abis-
mante territorio sangriento, sin atreverse a sumergirse, a
comprometerse en ese testimonio, en ese clamor que busca un
desfallecido eco: “Sigo, sigo. Y me detengo en el día remoto
“de la llegada, en el agresivo recibimiento de una vieja llave-
“ra que miró de reojo a los nuevos patronos pareciendo re-
“zongar entre dientes: No pasen, a qué vienen . . . Aquí no
“hay sitio para ustedes ni para nadie. Esto ha estado siempre
“en pleito. A qué vienen . . . Recojo mis papeles y me marchó,

“sin volver la cabeza. En el momento de cruzar el umbral de la vieja casona, un aguilucho atraviesa muy alto lanzando su grito estridente y melancólico mientras se pierde en el horizonte. En verdad, para qué vuelvo... Ya las ventanas no se abren sobre la verde cabellera de los sauces ni sobre el patio cuajado de buganvillas. Algunos troncos mutilados yacen por el suelo y las flores se inclinan hacia la tierra como malezas de cementerios. Todo duerme en silencio. Todo muere en silencio”. (*Visiones... págs. 80 y sig*).

Ante tan fatal renunciamiento, repitamos que es de lamentar sinceramente que María Flora Yáñez haya sido tan parca, tan avara, tan temerosa al balbucear estas visiones de su infancia, sin engrandecerlas como el tema lo requería, sin gritos y sin aspavientos, sin profundizar en ellas como le llamaba y tentaba la intensidad afiebrada de sus recuerdos. Entre otras motivaciones y obligaciones, por ser hija de quien era, un personaje que abarcó triunfadoramente varios atormentados decenios de la vida chilena, uno de los más hábiles y labiales abogados del foro santiaguino, un ser que, como Eliodoro Yáñez, guardaba en su memoria y en sus archivos profesionales una nata nauseabunda de esos pintarrajeados personajes de la picaresca de la aristocracia y a los que María Flora, por temor, por pudor, por delicadeza tan censurable censuró en la punta de su pluma y en la punta de sus nerviosos dedos mientras sacaba sus arrebatadoras cuentas.

Este pequeño gran libro de visiones de una infancia forma un curioso paralelo con otro pequeño libro, también de recuerdos, también dictado por un antiguo niño. Sí, de un siglo al otro ambos se hacen tímidas señales, luminosas, li-

geramente intencionadas. *Recuerdos de 30 años*, de José Zapiola es el pasmoso testimonio de una etapa crucial en la historia chilena, contada por un rapaz de principios del siglo XIX, testigo desenfadado y frágil de las luchas por la independencia de la antigua colonia española.

El de María Flora Yáñez es, de todas maneras, el involuntario y sutil testimonio de las luchas sociales que comienzan a conmover los cimientos de la sociedad chilena a principios del siglo XX. Ambos textos han de servir como punto de apoyo y fuente de inspiración a los futuros talentos literarios, que ahora duermen. Porque ellos sin comprometerse a nada, sin pretender nada, iluminan y mantienen latente una larga época de la historia chilena, magistral en sus alturas y profundidades, en sus bajezas innobles y en los comentarios marginales que a ellas hace la insobornable vida. Sí, estas visiones, como aquéllas, están probablemente destinadas a no desvanecerse en el insondable olvido, como corto retrato de una época, de una calle, de una casa, de una figura, eternamente infantil e inmóvil, que presidió palpitando ese turbión de vida atravesando el cielo de Chile durante muchos inviernos, durante demasiada gente, muerta en esta vida y sepultada en ese olvido.

Ese olvido que se torna ahora en mensaje estético. Y que nos deja, después de mucho, después de tanto, una conmovedora visión, una inolvidable filosofía: "El costurero está lleno de sol. El sol de mi infancia. Y la tarde, esa tarde en que volví a la chacra treinta años después, no subsiste ya sino como un leve aroma de sementeras húmedas". (*Icha, en Juan . . .*, pág. 65).

Sensaciones de extrema fineza en un estilo que nace de

los nervios que recuerdan. Páginas temblorosas de experiencia y no de neurosis, finalmente, nos entregan en un susurro una afirmación y una invitación a seguir adelante, a pesar de la vida, a pesar de la muerte: "A veces se obtiene más sabiduría en mirar cómo tiemblan las hojas que en leer textos complicados". (*Visiones ...*, pág. 123).

Y ese temblor es lo que nos queda y nos prolonga.

INDICE DE PERSONAS QUE APARECEN EN ESTA OBRA

- Alessandri Palma, Arturo
Alessandri Rodríguez, Jorge
Alessandri Rodríguez, Eduardo
Alessandri Rodríguez, Mario
Amunátegui Solar, Domingo
Amunátegui Solar, Manuel
Alamos Barros, Luis
Alvarez de la Rivera, Cesáreo
Aldunate Carrera, Luis
Alessandri de Matte, Ester
Alessandri Rodríguez, Marta
Amorim, Enrique
Apol'inaire, Guillaume
Arce, José Dr.
Aberasturi, Dr.
Arquilleres
Alvarez de Sotomayor
Alfonso XIII
Alemparte, Arturo
Agenaar Volgeltanz, María A.
- Beethoven, Ludwig
Bach, Juan Sebastián
Baudelaire, Charles
Baeza, Ricardo
Bianchi Tupper, Rosalía
Bianchi Tupper, Ernesto
Bianchi Tupper, Luis
Barrios, Eduardo
Balmaceda, José Manuel, Pdte.
Brum, Presidente
Barros Jarpa, Ernesto
Blanquier, Pedro
Bertrand, Julio
Berry, Anita
Buck, Pearl
Bioy Casares, Adolfo
Bianchi de Larraguibel, Adriana
Bianchi de Donoso, Marta
Bianchi Valenzuela, Flora
Baladon, Suzanne

Bombal, María Luisa
Blum, Ruth
Bianco, José
Boulanger, Marcel
Bashkirstseff, Marie
Bécquer, Gustavo Adolfo
Benjamín, Dr.
Bulnes, Gonzalo
Bolívar, Simón
Bruna, Augusto
Briand
Bernard, Sarah
Botticelli
Backhaus
Buisson Ferdinand
Bataille
Brieba, Enrique
Blum Mme.
Bonnus, Dr.
Bonelli, Mario
Baeza, Ricardo
Baeza, Carmen
Bel'o, Enrique
Bianchi, Manuel

Capdevila, Arturo
Capdevila, Deia
Canizzo, Mary
Castillo, Edmundo
Calo Barro, Ofelia
Claro Lastarria, Samuel
Concha Subercaseaux, Carlos
Cuenot, Natí
Crespo, Dr.
C'emeñeau
Caillaux

Chateaubriand
Ciceron
Castro, Carlos María
Cicotti, Juan
Clarés, Dr.

Dante
Dostoievski, Fedor
Díaz de Mendoza, Fernando
Donoso, Alfredo
Dávila, Carlos
Del Canto, Carlos
Donoso, Armando
Díaz Arrieta, Hernán
Demóstenes
D'Anunzzio
Dreyfus
De Bray, Ivonne
Darío, Rubén
Diez Canedo, Enrique
Droguett, Carlos

Errázuriz Crescente, Monseñor
Echeverría Larraín, José Rafael
Echeverría Yáñez, José
Echeverría Yáñez, Mónica
Echeverría Yáñez, Alfonso
Echeverría de Larraín, Inés
Eyzaguirre Rouse, Guillermo
Edwards Bello, Joaquín
Echeverría Larraín, Julio
Echeverría Larraín, Vicente
Emar, Juan
Escobar, Alfredo
Echeverría, Sonia
Echeverría, Flora Luz
Echazarreta de Undurraga, Celia

Freire, Presidente
Figuerola Larraín, Emiliano
Figuerola, Jorge
Fabres, Oscar
Freudenburg
Figuerola, Enriqueta
Figuerola, Javier Angel
Ferrand Cristine
Figuerola, Pedro Pablo
France, Anatole
Feuillet
Felipe II
Freud
Fabres, Oscar
Figuerola, Francisco

Grove, Marmaduke
Gallardo, Canciller
Guitry, Lucien
Gaete Fagalde, Manuel
García Calderón, Francisco
Gatica, Abraham
Goethe
Gattiker, Mr. y Mme.
Guitry
Gorky, Máximo
Guerrero, María
Gris, Juan
García Burr, Guillermo
González, Carvalho
Gómez Carril'o
Girondo, Oliverio
García Lorca, Federico

Huidobro, Vicente
Hileret, Marie Louise

Hunneus Zegers, Jorge
Homero
Huxley
Hazard, Paul

Ibáñez, Carlos
Ibarbourou, Juana de
Ibáñez Blasco, Vicente

Jaurés

Kaysersling
Kafka
Kouprine

López, Buchardi
Luisi, Luisa
Leguizamón, Carmen
Leguía, Augusto
Larraguibel, Armando
Lewis, Sinclair
Le Bargy
Lastarria, José Victorino
Larraín Claro, Carlos
L'oyd, George
Larraín de Concha, Inés
Lippi, Filippo
Lamartine
López Pérez, Sofía
Lindbergh
Labarca, Santiago
Lange, Norah

Molina y Agüero de Herrera,
 Barbara
Menard Dorian, Mme.

Matisse
 Modigliani
 Momus, Genoveva
 Momus, Eugenio
 Momus, Odette
 Matta, Enrique
 Markman
 Montiel Ballesteros
 Monroe, Mr.
 Montiluro, María Eugenia
 Martínez Cuitiño
 Mistral, Gabriela
 Mallea, Eduardo
 Martos de Baeza, María
 Montero, Juan Esteban
 Morand, Paul
 Mardones, No'asco
 Martínez, Marcial
 Mac-Iver, Enrique
 Mora, Marcial
 Melfi, Domingo
 Mussolini, Benito

Nalé Roxlo, Conrado
 Noel, Carlos
 Nazar, Lola
 Nazar, Dora
 Neruda, Pablo
 Narbondo, Sara

Ocampo, Victoria
 Ortúzar de Figueroa, Sara
 Oliver, Ana María
 Ocampo, Silvina
 Oyarzún, Luis
 Orozco, José Clemente

Ortega y Gasset
 Orrego Luco, Luis

Puelma Tupper, Francisco
 Prado, Pedro
 Perpene, Justo
 Portela, Ministro
 Ponce de León, Josefa
 Pinto Riesco, Jaime
 Plutarco
 Pastor, Marta
 Pitoeff, Ludmila
 Painlavé
 Pfaundler, Profesor
 Pinazo, Alvaro
 Pinto, Jorge
 Paz, Octavio
 Pérez Rosales, Vicente

Riesco, Germán
 Rivas, Francisco
 Raposo, José María
 Rossetti, Juan Bautista
 Ramírez, Pablo
 Rivas Vicuña, Manuel
 Reyes, Vicente
 Reyes, Ricardo
 Rodríguez, José Santos
 Rol'and, Romain
 Rodríguez de Alessandri, Rosa
 Ester

Renoir
 Rivadeneira, Gabriela
 Rojas, Paz
 Ramaugé
 Rivera, Diego de
 Rulfo, Juan

Sanfuentes, Juan Luis
Sarmiento, Domingo
Santiván, Fernando
Salinas, José
Salinas, Bernardo
Stael, Mme. de
Sand, George
Scordino, Mme.
Sisle
Sacco
Sordelli, Dr.
Storni, Alfonsina
Sanz, Dr.
Soto Hall
Schiavetti, Valentina
Sabat Ercasty
Saenz, Raquel
Subercaseaux, Luis
Siqueiros, David Alfaro
San Juan, Esmeraldo
Sordelli, Chita

Tocornal, Ismael
Tocornal Matte, Domingo
Tupper Tocornal, Raúl
Terry, José A.
Thiers
Tupper Zegers, Flora
Taine, Hipólito
Tintoretto

Undurraga, Raimundo
Unamuno
Utrillo
Urrutia, Matilde

Villar, Amado del
Villanueva, Blanca
Villanueva, Marta
Vicuña Mackenna, Benjamín
Virgilio
Valery, Paul
Veronese
• Villanueva, Augusto
Vargas Rosas, Luis
Vanzetti
Vanzetti, Luisa
Vega, Manuel

Wilson, Presidente
Wagner, Ricardo
Woolf, Virginia
Weil, Mme.

Yrarrázabal, Alfredo
Yáñez, Luis Fidel
Yáñez, Elías
Yáñez, Ricardo
Yáñez de Bianchi, Fidelia
Yáñez Ponce de León, Elvira
Yáñez, Alvaro
Yáñez, Luisa
Yáñez, Gabriela
Yáñez, Laura
Yáñez, Mina
Yáñez, Pepe

Zegers, Julio
Zañartu, Alberto
Zweig, Stefan
Zola, Emile
Zapiola, José

INDICE

	Págs.
Prólogo	7
Presencia y actualidad de Eliodoro Yáñez	9
Mi madre	83
Primer gran viaje	95
La vuelta a Chile	114
Veraneos	116
Sobre la época más oscura	130
De los años más felices	148
Viaje a España	157
Divonne	169
Alemania	228
París visto por una sonámbula	242
Me equivoqué de camino	245
Una temporada en Buenos Aires	249
Montevideo	255
Retorno a Chile	274

Págs.

Nueva York	278
Mi hermano Juan Emar	285
Suprimir para alcanzar	290
Comentarios marginales a ciertas visiones de infancia	295

BIBLIOTECA NACIONAL
DEPTO. CENTRO NAC. DE PROYECTOS TECNICOS

DL D
Ca Co

18 MAYO 1981

SECC. CHILENA